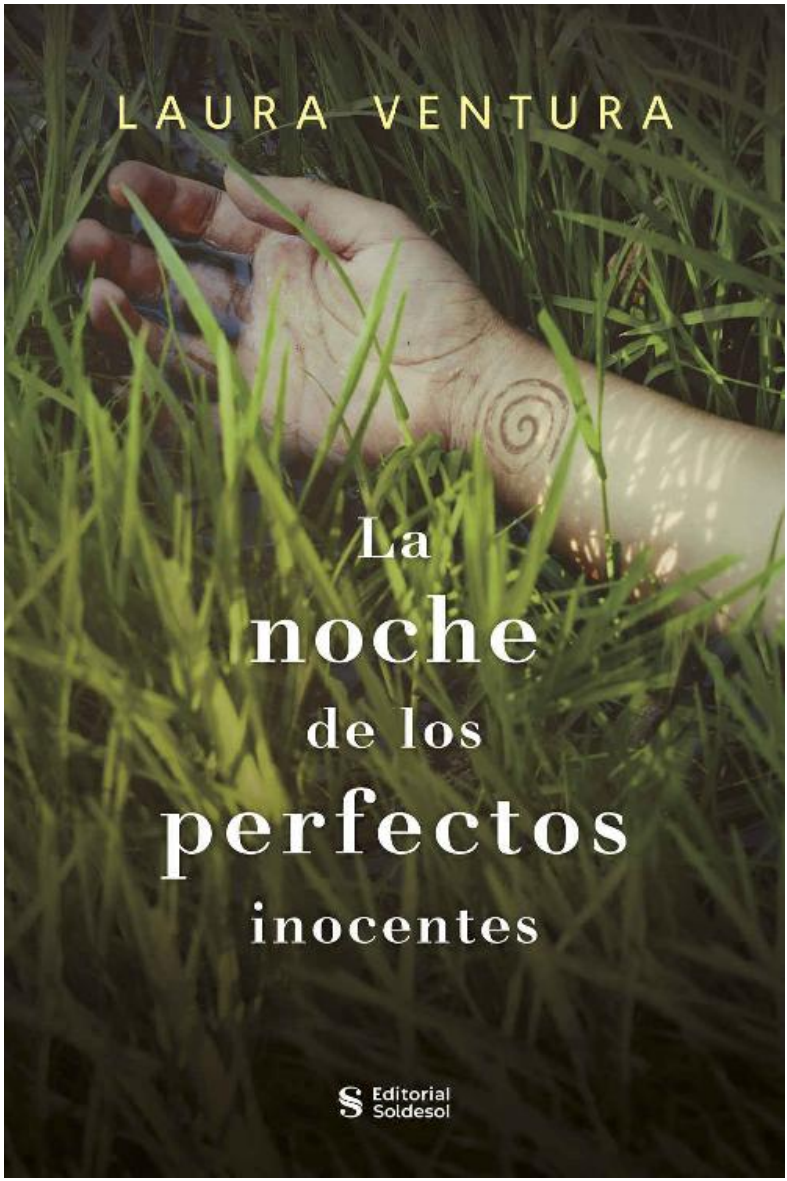
LAURA VENTURA
La noche de los perfectos inocentes
Editorial Soldesol


LAURA VENTURA
La
noche
de los
perfectos
inocentes
Editorial
Soldesol

Laura Ventura Burdeus

La noche de los perfectos inocentes

EDITORIAL SoldeSol

CRÉDITOS

la noche de los imperfectos inocentes

© 2021, Laura Ventura Burdeus

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol
(EditorialSoldeSol.com)

Corrección: Marta Gutiérrez
Más información del libro en Editorial SoldeSol

EditorialSoldeSol.com

Los derechos de este libro quedan reservados a sus autora. Puede dirigirse a ella para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

Sinopsis

En enero de 2020 culminan más de tres décadas de aparente paz en Birmingham. Vuelve a repetirse el modus operandi de un asesino en serie que atemorizó a toda la población, pero ¿cómo es posible que haya vuelto si está muerto?

Aina, una chica leridana, busca calma en tierras inglesas tras la pérdida de su padre, pero la vida no está dispuesta a darle la tregua que merece, pues se verá envuelta en un fatídico suceso el mismo día que se instala en Hertford, al abrigo de una familia de acogida.

Mientras la inspectora Russel trata de averiguar quién está detrás de los últimos hechos turbadores, alguien dibuja la escena de una niña tumbada junto a un riachuelo. Los dedos rozan el agua, pero ella parece no inmutarse, ya que se encuentra estática mirando al cielo. Tiene los ojos y la boca muy abiertos porque, tal y como él afirma, está muerta, muy muerta.

A los que siguen creyendo en mí
aun cuando pierdo la valentía.
A Lucas e India,
por hacer que me sonría el corazón.
A mi rosa,
por permanecer intacta en mis recuerdos.
Y, en especial, con todo el afecto de mi corazón:
a los que la pandemia les robó
mucho más que el mes de abril.

Prólogo

Londres, 2020

CUENTA PARA SÍ MISMO hasta el número trescientos, ya va por el doscientos sesenta y tres. Empieza a impacientarse porque a estas alturas del conteo ya debería estar escuchando los tacones de Anna aproximándose por el pasillo. Sin embargo, de detrás de la puerta tan solo le llega un silencio ensordecedor, el más cruel abandono, la más terrible soledad que se enreda en su piel y le aprieta en la garganta con mucho dolor. Va por el doscientos noventa, pega el oído a la puerta metálica, no vienen. Patalea en el suelo y, cuando ya no puede más, corre en círculos como el perro que quiere morderse la cola. No soporta cuando los adultos no cumplen sus promesas, son tan diferentes a nosotros... Los niños siempre hacen lo que dicen, ¿qué sentido tendría si no? Está enfadadísimo porque le han asegurado que en cinco minutos podría salir al patio, pero ya han pasado trescientos segundos y no viene nadie a liberarlo. Los guardianes son benévolos muy pocas veces y malos, muchísimas. No es justo.

Tararea la canción que le enseñó su madre, casi puede oír el arrullo de su voz. Se tranquiliza y queda acostado en el suelo, observando la blancura inmaculada de aquellas paredes que le comprimen. Si tuviera un rotulador verde, la llenaría de espirales para arrancar de ellas toda la tristeza que soportan sus cimientos. A los pocos minutos, se abre la puerta metálica y aparece Anna. No lleva tacones y eso le enfada todavía más. Si ya nunca más los lleva, ¿cómo advertirá él su presencia? Tendrá que encontrar nuevas técnicas de identificación.

Ella le franquea el paso y él, sin dirigirle la palabra, la sigue hasta el patio. Le gusta salir porque se siente libre, no por el cielo y las estrellas, tampoco por los árboles y sus hojas, sino porque solo allí le permiten hacer uso de su libreta y su estuche de rotuladores. Ojalá también pudiera tenerlos en la habitación, dibujaría espirales en las

paredes hasta la extenuación. Pero los guardianes se cobran muy bien la libertad y aquí solo se sale al patio cuando uno se porta bien. Y sin patio, no hay libreta. Así que últimamente intenta evitar los problemas. Cada prisionero tiene su propia moneda de cambio, un ejemplo es el viejo Henry, a él le gusta mucho fumar, así que cuando obra bien, le premian con un cigarrillo.

—De cuadrícula verde, como a ti te gustan —sonríe Anna, ofreciéndole una libreta nueva.

Él, con gesto hierático, se la arrebata de las manos y se aleja. Los guardianes le hacen creer que saben este tipo de detalles de forma fortuita, pero está convencido que es Héctor Izquierdo quien les ha contado todo.

Se acomoda en un rincón del patio y, poseído por aquello que le obsesiona, busca el lápiz que ya tiene el tamaño de su dedo anular, pues va consumiéndose lánguidamente en cada salida al patio, al igual que el cigarrillo de Henry. Hace trazos sobre la hoja hasta dar forma a una niña que se encuentra tumbada junto a un riachuelo. Los dedos de la niña rozan el agua, pero ella parece no inmutarse porque se encuentra estática mirando al cielo. Los ojos los tiene muy abiertos, al igual que su boca, que es un agujero redondo y negro en el centro de su cara. Con el rotulador naranja hace otro pequeño círculo dentro del que encarna la boca.

—¿Qué le ha pasado? Está demasiado sorprendida... —le interrumpe una voz. Es Henry, con un pie apoyado en la pared y un cigarrillo entre los dedos que señalan el dibujo.

—No le pasa nada. Solo está muerta, muy muerta.

Dorian vuelve a dirigir su atención a la hoja del cuaderno y con rotulador verde titula la creación:

La noche de los perfectos inocentes

Capítulo 1

Birmingham, 1984

SE DESLIZA DEBAJO DE LA CAMA y, al hacerlo, la visera de la gorra que lleva puesta choca contra una de las patas y cae al suelo, dejando al descubierto la enorme herida que atraviesa su cabeza. La gorra yace solitaria en mitad de la habitación, irresistiblemente a la vista de quien lo anda buscando con sed de venganza. Sabe que esa gorra puede ser el fatídico elemento que despierte a la bestia la necesidad de mirar debajo de la cama.

Sobre la visera, el escudo del Birmingham Vulcans le infunde el valor necesario para estirar un brazo con rapidez y apartarla de la vista del villano. El corazón le golpea el pecho y él lo aplasta contra el suelo como si así pudiera acallar el miedo que se le mete por los huesos y le clava los colmillos de mil lobos hambrientos. Aprieta la mandíbula para deshacer un llanto que le hace sentir más vulnerable que nunca. Le sudan las manos, aunque siente un frío que le congela la valentía. Escucha los peldaños crujir bajo la suela de las botas. Es un sonido viscoso que salpica barro a su paso, y eso le hace adivinar que ha estado buscándole en los campos. Debe de estar furioso con él y desea con todas sus fuerzas que no lo encuentre. Cree en Dios y, por eso, le ruega que lo ayude esta vez. Intentará ser mejor mañana. Intentará cumplir con las expectativas de la bestia, aunque no sean las suyas propias y nunca se atreva a decirle que no le gusta su vida. El pomo de la puerta se resiste, como si Dios estuviera haciendo uso de su fuerza celestial para que la bestia no irrumpa en la habitación. Pero ni siquiera Dios es capaz de apaciguar su ira, frenar sus manos, transformar las cadenas que tiene por brazos en sábanas de seda que le arropen en la noche. Entra en la habitación con su arrogante calma, se acerca a la ventana y la cierra con delicadeza. Con ese gesto pretende conservar la apariencia afable que lleva años cosechando entre el vecindario. Al construir la casa, la bestia eligió,

concretamente para esa habitación, una doble ventana con la intención de que la cámara de aire congestionada entre ambas actuara como aislante del ruido, dejando que los devastadores alaridos de la persona que hace mucho tiempo dejó de quererle quedaran presos hasta hacerlos desvanecer.

Trata de contener la respiración para no dejar ninguna evidencia de que se encuentra allí, bajo su cama. Desde la planta baja escucha las súplicas de su madre que tan solo componen un susurro encogido. Las botas se quedan frente a sus ojos durante unos instantes. Acto seguido, emprende de nuevo la marcha y camina con parsimonia alrededor de la cama. Sigue aguantando la respiración, aunque cada vez le pesa más la falta de oxígeno en sus pulmones. Y cuando cree que la bestia va a desistir, nota las manos sudorosas colocadas sobre las perneras de su pantalón y nada ocurre durante un breve instante que a él le parece fingidamente lento. La bestia le tira con rabia de las piernas, que se encogen en un vano intento de supervivencia. Es entonces cuando a él solo le queda desear que, esta vez, los golpes no sean en la cabeza.

Capítulo 2

Lleida, 2020

AINA SALE A LA CALLE junto a su madre, ambas sumidas en un silencio punzante que pasa desapercibido en mitad de una calle bulliciosa de un viernes cualquiera. Tiene la vista clavada en el suelo, ni siquiera se da cuenta de las miradas consternadas que le lanzan algunos vecinos. Siguen andando con paso apresurado, como si llegaran tarde al sitio al que se dirigen. Sin embargo, ninguna de las dos quiere llegar.

Todavía es temprano, pero las calles ya son un ir y venir de transeúntes. Es curioso cómo la vida puede seguir su curso cuando para ella se ha detenido en seco. Aina los mira con recelo, el 3 de enero es un día normal para el resto del mundo, pero nunca volverá a serlo para ella.

Advierte que hace frío, pero no porque lo sienta, sino por el gesto de las personas con las que se cruza. Ella lleva una chaqueta acolchada negra con la cremallera abierta, dejando que la brisa de enero le golpee con rabia el pecho herido. Se sube la cremallera inconscientemente mientras dejan a su izquierda el Camp d'Esports de Lleida. Lo mira con añoranza y, de repente, regresan las ganas de llorar. Todavía tiene los ojos ardientes y no le cuesta ningún esfuerzo derramar la primera lágrima del día. Sorbe por la nariz y se seca el rostro con la bufanda granate que le cruza el cuello. Su madre, sin mirarla, adivina lo que está pasando por la mente de su hija. Mete la mano dentro del bolsillo de la chaqueta de Aina y se encuentra con su mano. La aprieta con fuerza y siguen caminando con los dedos entrelazados hasta que llegan a la esquina de la calle.

El destino está justo al otro lado del cruce, pero su madre tuerce hacia la derecha y Aina la sigue por pura inercia. Entran en la farmacia y dos señoras que esperan su turno observan curiosas a madre e hija. Su agotada expresión y el riguroso luto que visten

confirman las sospechas de la farmacéutica.

—Teresa... No me digas que... —Sale de detrás del mostrador con la cara congestionada y las manos entrelazadas sobre el pecho.

La madre de Aina asiente con los ojos vidriosos. Tarda unos segundos en hablar porque teme que no le salga la voz.

—Sí. Ya ha pasado —logra responder buscando con la mirada a Aina, que le da la espalda para ocultar sus tremendas ganas de echarse al suelo y romper a llorar.

Montse, la farmacéutica, extiende sus brazos y recoge a Teresa en un abrazo. Ambas se funden en un llanto que vuelve de color gris la farmacia. Aina dirige su mirada hacia ellas y siente un ápice de consuelo en su interior. Adora a las personas que empatizan con el dolor ajeno. Las adora porque son necesarias para el mundo. Son las que equilibran el universo y lo convierten en un lugar un poco más bonito a pesar de todo lo oscuro y feo que hay en él.

Salen de la farmacia con una pastilla debajo de la lengua. Toda ayuda es poca en el día más triste de la vida de Aina. Al fin llegan al tanatorio donde familiares y amigos las esperan cohibidos. Algunos se lanzan con determinación a abrazarlas, otros susurran palabras afectuosas que no surten el efecto esperanzador que buscan. Aina tiene el corazón desconectado y duda si lo que está viviendo es real o fruto de una pesadilla. Mientras sigue refugiada en los brazos de personas que ahora no sabe muy bien por qué están allí, otros mucho más cercanos no se atreven a acercarse y las miran desde la distancia con los brazos cruzados y la mirada escondida tras gafas de sol oscuras. Más de una lágrima no se siente tan vulnerable tras un cristal opaco.

De pronto las ve. Allí están sus amigas: Alma y Gala. Corre hacia ellas envuelta en llanto y ambas la reciben con los brazos extendidos. Gala se muerde el labio inferior con fuerza para evitar romperse. Sabe que Aina las necesita más que nunca, así que trata de guardar la compostura. La calle enmudece y los sollozos de Aina vuelan hasta meterse en los balcones del vecindario. Se asoman con timidez algunos curiosos y Alma la sujeta con fuerza para evitar que Aina los vea.

—Vamos a estar aquí siempre —le susurra al oído Gala.

Teresa coge de la mano a su hija y la dirige al interior del tanatorio. Los primeros minutos van a ser para ellas. Nadie puede quitarles ese instante de despedida después de soportar cinco meses de angustia. Y es que uno no sabe lo que es el cáncer hasta que no lo ve

marchitando el cuerpo de un ser querido. Pasan por el recibidor donde un espejo enorme le muestra a Aina su propia mirada. Comprende entonces, al chocar contra sus ojos, que las pérdidas humanas son la mayor y más desgarradora pérdida que uno puede vivir.

Continúa arrastrando los pies hasta la sala donde está él. No se atreve a acercarse al cristal, pero saca fuerzas de donde parece que ya no le quedan. A sus 23 años ya sabe lo que es aferrarse a un recuerdo para poder sobrevivir. Su madre coloca una mano sobre el cristal y después apoya con delicadeza su mejilla, esperando un beso que ya nunca recibirá. Aina no toca el cristal. Para ella ya es un acto de valentía el simple hecho de despegar los ojos del suelo y posarlos sobre el cuerpo sin vida de su padre. Las arrugas de su frente blanquecina han desaparecido, como si la ausencia del dolor hubiera vuelto a rejuvenecerle. Aina se reconforta al ver que muestra una leve sonrisa en el rostro. Debe de ser el último regalo que quiere dejarle, esa última imagen que no va a poder borrar de su retina por más años que arranque del calendario. Se siente tranquila al ver que ya descansa después de que un tumor en el páncreas le mutilara la vida.

Joan lleva un elegante traje negro que ha elegido su mujer, pero Aina piensa que no hace justicia a lo que ha sido. Su padre era un hombre de muchos colores porque estaba vivo, se reía mucho, hacía felices a los que le rodeaban y era la persona más buena del mundo. Pero si de algo está segura Aina es de que la forma en que las cuidaba era, sin duda, el color que más le favorecía.

Da unos pasos al frente y también apoya la cabeza en el cristal. Aina se rinde después de cinco largos meses y llora con la desesperación de una niña pequeña a la que acaban de arrancar de los brazos de papá. Le susurra un «te querré siempre» que empaña el vidrio que tiene a dos centímetros de sus labios. Sonríe recordando los corazones que dibujaba en las ventanas del coche cuando se empañaban. Teresa siempre la reprendía por ello, mientras que papá le lanzaba una mirada cómplice por el espejo retrovisor. Serpentea su dedo sobre el cristal y, antes de que entren a despedirse los demás, traza el último corazón.

El resto del día se sucede con una lentitud que martillea su cabeza. Se ha dejado caer con derrotismo en un sofá de la sala de velatorio. Observa a la gente entrar con la mirada vacía y perdida. Desea con todas sus fuerzas que todo esto termine. Lo que no sabe es que este día que acaba de comenzar dura para siempre. Alma le ofrece un café que acepta casi sin quererlo y se sienta a su lado buscando su mano

derecha, que sigue vencida sobre la piel del sofá. Gala le acaricia la espalda por el lado izquierdo. Ahí están sus niñas, custodiándola, cuidándola.

Los minutos ejecutan un baile lento y funesto. Durante esa eternidad, Aina no vuelve a acercarse al féretro de su padre. No quiere que llegue esa última mirada. Le aterra despedirse, pero tiene su alma en paz porque ha estado junto a él durante esos cinco meses. Cada día, cada segundo, cada intervención, cada noche eterna en la que parecía que ya nunca volvería a amanecer. Está tranquila porque le dijo «te quiero» muchas veces, para que se fuera del mundo con el corazón parado, pero bien lleno.

Aborrece a mucha de la gente que hoy llora. Personas a las que ha echado en falta en el campo de batalla y a las que, al asomarse al pasillo del hospital, nunca veía llegar. Aina le llama campo de batalla porque esta enfermedad, digan lo que digan, es una puta guerra. Con la diferencia de que aquí no hay vencedores ni vencidos, aquí hay gente agarrándose a la vida como puede e intentando salir lo más ileso posible. No gana el que se cura, gana el que entiende lo valiosa que es la vida.

Por un momento se olvida de dónde está. No han sido buenos tiempos. No le ha ido bien en el amor, no ha encontrado trabajo tras terminar la carrera de Turismo y papá ha muerto. Se agotó el instante de evadirse de la realidad. El violín que toca la melodía más triste del mundo ha vuelto a instalarse en sus oídos. Se refugia en las palmas de sus manos para volver a llorar. Es momento de esa última mirada. Se acerca al cristal y cierra los ojos con fuerza. Ve a papá haciendo el chiste de siempre en la cocina, llevándola al fútbol cada domingo, tocando la guitarra (muy mal) en Nochebuena. Siente su beso en la frente, ese que le regala cada noche desde que se mecía en una cuna. Puede, incluso, escuchar su voz, que ya se ha difuminado por todas las estrellas del universo. Abre los ojos inundados de lágrimas y lo mira para siempre. No sabe cuánto tiempo ha estado frente al féretro, pero al darse la vuelta ya queda muy poca gente. Su madre está de pie junto a ella, soñando también con los instantes vividos.

—Mamá... —musita con un tono de culpabilidad.

Su madre la mira como si pudiese adivinar lo que va a decirle.

—Sé que me necesitas... —Hace una pausa por si en esa milésima de segundo se arrepiente de lo que va a decir.

—Pero... —predice su madre.

—Pero me voy a ir a Inglaterra.

Capítulo 3

Hertford, 2020

LAS BOLSAS DE LA COMPRA le cortan la circulación de los dedos, pero hace tanto frío que ni siquiera percibe el color violáceo que están adquiriendo. Son las cinco de la tarde y en Hertford el cielo ya está completamente apagado. Pasa junto al Balls Park y sonríe al recordar la primera vez que estuvo allí con Dorian. Se detuvieron junto a un árbol de hojas rojas que quedaba perfecto como estampa otoñal.

—Qué curioso, ¿verdad? Nunca había visto uno de estos.

—Es un arce japonés —le explicó Dorian—. En primavera sus hojas son amarillas, en verano pasan a verde y, ahora, en otoño, se vuelven rojas.

—¿Cómo sabes eso, maldito enano? —le preguntó perplejo.

Dorian subió sus hombros con indiferencia y se echó a reír. Nunca intentaba destacar, pero lo hacía continuamente y, siendo sinceros, le gustaba la cara de sorpresa que dejaba en los adultos cada vez que abría la boca.

Está llegando casi a la puerta de su casa cuando comienzan a hundirse en su pelo unas gotas gruesas y frías. Levanta la mirada hacia el cielo negro y parece que la lluvia acuciante le anima a andar a un ritmo más rápido. Llega a la puerta acompañado de los chasquidos que las gotas van dejando a medida que golpean el asfalto, uniéndose a ellos el sonido de las ruedas de una maleta que se desliza por el empedrado de la acera.

Todavía no está acostumbrado al frío inglés y los dedos de las manos chocan unos contra otros. Cree firmemente que su cuerpo nunca va a llegar a aclimatarse. Se pelea con las asas de las bolsas para poder sacar la llave del bolsillo de su chaqueta y es entonces cuando un bote de cerveza se escurre de la bolsa y rueda por los tres escalones hasta acabar en la acera. Maldice su torpeza, aunque alguien parece observar la escena con ternura. Es una chica de unos

veintipocos años quien recoge la lata del suelo y se la devuelve con una dulce sonrisa en los labios. Él le da las gracias en inglés, aunque no se anima a decirle nada más. Lleva años viviendo en Hertford, por lo que domina a la perfección el idioma, pero no se atreve a relacionarse con nadie. Su vida se ha vuelto fría y los días pasan indiferentes, como si ignoraran su desvalida existencia. Al fin consigue rescatar la llave y meterla en la cerradura.

La chica mira la calle de un lado a otro, arrastrando una enorme maleta de color malva. La lluvia cae sobre ella, pero parece no importarle demasiado. Descubre que el número 26 se encuentra justo enfrente y saca su teléfono para comprobar que es la casa que está buscando. Le llama la atención la fachada, que rompe la armoniosa estética de la calle. Todas las casas son adosadas y lucen un acabado de ladrillo blanco con detalles marrones, contrariamente a la casa número 26. Su ladrillo es de color marrón oscuro y los detalles de la mampostería de los ventanales son de color blanco.

Mientras la chica de la maleta llama a la puerta de los Paige, él distribuye la compra por los estantes de la cocina y enciende la Kettle para prepararse un té caliente. En tanto que el agua entra en ebullición, se acerca al ventanal en arco que tiene en el salón y se sienta en la repisa interior. Es la parte que más le gusta de la casa porque da justo a la calle principal y eso le permite analizar todo lo que ocurre en el vecindario. También le guarda un cariño especial porque es el lugar donde su mujer consumió sus últimos días de vida. La cogía en brazos y la transportaba desde el sofá hasta la repisa. Era como sostener a una niña de ocho años. En su cuerpo tan solo quedaban unos huesos que se transparentaban bajo la fina piel que la enfermedad todavía le permitía mantener. Podía pasar horas observando las ardillas que correteaban por la calle y que saltaban de un árbol a otro. Él la miraba desde cualquier rincón del salón y se preguntaba qué sería lo que se le pasa por la mente a alguien que sabe que inminentemente va a morir. Nunca se atrevió a preguntárselo porque le aterraba la idea de que ella estuviese tan asustada como él.

Hellen Paige sale a recibir a la chica de la maleta que se presenta con el nombre de Aina. Se pregunta entonces si la chica será española. Le cuesta tan solo un par de frases confirmar sus sospechas, ya que Aina saca a relucir el característico error hispano de pronunciar una *e* delante de todas las palabras comenzadas por *ese*. La señora Paige se ofrece a coger la maleta de la chica, siempre es así de servicial con todo el mundo. El vecindario está encantado con ella, pues convierte

cualquier festividad local en una excusa para cocinarles a todos. Aina y Hellen Paige se adentran en la vivienda, lo que le priva de poder seguir observando la escena. Él desearía seguir escuchando cada detalle de la conversación porque cada vez está más cerca de cumplir su misión. Es el único habitante de la apacible Hertford que sabe que algo insólito está a punto de acontecer, y es que Héctor Izquierdo no ha perdido su instinto indagador, a pesar de que ya no pueda ejercer nunca más la profesión que se lo dio todo y, a su vez, se lo quitó.

Capítulo 4

Birmingham, 1984

—ALCALDE, ¿cómo ve la situación que está viviendo Inglaterra con la huelga minera? —pregunta la mujer del vicealcalde Johnson—. Me preocupa que pueda afectar a Birmingham.

Arthur aspira con fuerza el puro que se desliza entre sus labios. Se forman riachuelos de humo frente a su rostro y deja entrever una sonrisa tranquilizadora.

—Lily, de momento no hay indicios que nos hagan preocuparnos. Es una minoría de trabajadores la que está en huelga en nuestras minas. La situación es mucho más alarmante en el condado de Kent —explica, tratando de sonar lo más sereno posible.

—Estoy de acuerdo contigo, amigo. Pero si se generaliza por todo el país...

—No va a ocurrir —interrumpe el alcalde a George Brown, un eminente empresario textil—. Thatcher está doblegándolos poco a poco, ha introducido el voto secreto en las asambleas de trabajadores. Ahora sí que se van a joder los sindicatos, que no van a poder imponer sus teorías a la torera.

—Eso, eso, ¡que se jodan los malditos sindicalistas! Ellos son el cáncer de esta huelga, obligando a muchos trabajadores a que exijan sueldos desmedidos con producciones ínfimas —añade exaltado el vicealcalde Johnson, que ya luce las mejillas sonrojadas a causa del vino—. Confiemos en la Dama de Hierro. Pretenden hacer con ella lo mismo que hicieron con Edward Heath, pero esta tiene más cojones.

Todos los comensales de la mesa asienten con la cabeza y se sonríen por su complicidad política.

—Margaret Thatcher... ¡Qué gran mujer! ¿Sabíais que estudió Química en la Universidad de Oxford? —agrega Isabelle con un hilo de voz inseguro y quebradizo.

Es la primera vez que interviene durante toda la cena, pero Arthur

le avisa con la mirada para que mantenga la boca cerrada. Odia cuando su mujer interviene en las conversaciones sociales. Siente que lo avergüenza con sus boberías. Isabelle se retuerce en la silla, incómoda, porque sabe la reprimenda que se llevará esa noche.

—Hablando de química... Estamos orgullosos de poder contaros que nuestro hijo ha ganado el concurso anual de ciencias —cambia el rumbo de la conversación y vuelve a sentirse digno de la mesa en la que está sentado.

—¡Enhorabuena! Si es que tenéis un tesoro de niño... —apunta Lily —. Sabe hacer de todo... ¿Cómo le va en el equipo de rugby?

—Es muy bueno —interviene el vicealcalde Johnson—. Lo he visto en acción y es uno de los mejores de su equipo. Le espera un gran futuro con los Birmingham Vulcans.

El alcalde levanta el mentón, enorgullecido, y por un momento los mira a todos con aire de superioridad. Su mujer, en cambio, no opina, no sonríe, no muestra ni un ápice de orgullo en su rostro. Su mirada pétrea se clava en la mesa en la que sigue sentado su hijo, moviendo la cuchara de un lado al otro del plato, y se dice a sí misma que sí, que es cierto: es bueno en todo, sobre todo, bailando.

Su hijo repasa con la mirada el salón, ve a un grupo de niños jugando con un avión de madera que ha traído uno de ellos. En la esquina contraria, tres niñas se enseñan los vestidos y los mecen zarandeando los volantes. Luego está él, que sigue sentado a la mesa frente a un asqueroso pudin de manzana. Lo aborrece desde aquella vez que su abuela Olivia hizo uno y, tras comerlo, él se puso enfermo y vomitó.

Antes de probarlo, ha buscado la mirada de su madre para obtener su aprobación de que no es necesario comérselo, pero, a cambio, ha recibido una mirada imperativa de la bestia. Así que debe zamparse el pudin y rebañar el plato con la cuchara si hace falta, porque el deseo de la bestia es que su hijo sea tan fuerte como el *full back* del equipo.

—Tienes que robarle la posición a esa bola de sebo. Eres el hijo del alcalde de Birmingham, puñetas. ¿Acaso eso no te dice nada? Tu obligación es ser el mejor del equipo, no quedarte en un mediocre jugador del que nadie se acuerda cuando hay victoria.

La bestia es tan bruta y simplona que ni siquiera es capaz de pensar que el medio melé, la posición que su hijo ocupa, es una de las más importantes. Es el cerebro del equipo, el engranaje que mueve a los demás y los guía con sus decisiones. Quizás no es tan fuerte como Jack Williams, pero es el más inteligente de todos. También es alto y

tiene una buena forma física, sus gemelos son dos piedras de tanto bailar en la oscuridad de su habitación.

El salón apaga sus luces, quedando tan solo un foco que ilumina el centro de este. Aparecen los novios en escena, acogidos por un sinfín de vítores que lanzan los trescientos invitados. Ella pasa sus brazos por la nuca de él y este le corresponde poniendo sus manos en la cintura. Comienza a sonar un vals que emociona y enmudece a todos los allí presentes, y ambos inician una serie de movimientos delicados. Son pasos sencillos que han aprendido por puro compromiso, pero los ejecutan de forma elegante.

El hijo del alcalde se aferra a la silla con fuerza, tratando de reprimir sus ganas de levantarse y bailar. Le posee un instinto animal que todavía no ha sido capaz de domar y se dirige al centro del salón. Sin saber cómo, se ve bailando junto a los novios. Él lo mira con expresión de sorpresa e incluso le hace gracia que el niño haya acaparado todas las miradas; ella, por su parte, lo mira con una mezcla de incredulidad y fastidio por haberle robado un pedazo de su protagonismo.

El alcalde se levanta de la silla estirando el nudo de su corbata. Siente que le falta el aire y le arden los puños. Quiere matar a su hijo, desea hacerlo con todas sus fuerzas. Sale del restaurante hecho una furia y busca en sus bolsillos un cigarrillo que calme su rabia. Tras él, su mujer arrastra de la muñeca a su hijo y lo saca del gran salón, pidiendo disculpas con los ojos. Pronto pasan a tener un brillo que refleja terror; quién sabe lo que van a tener que soportar en cuanto lleguen a su casa.

Capítulo 5

Hertford, 2020

HACE UN PAR DE HORAS que Aina ha llegado a su nuevo hogar y todavía se encuentra un poco fuera de lugar. Siente un nudo en la garganta difícil de deshacer. ¿Estará su madre bien? ¿Habrá sido decepcionante para ella el hecho de que no se quede llorando a su padre en Lleida? ¿Se habrá precipitado tomando la decisión de mudarse a otro país? La verdad es que ya llevaba un tiempo rondándole la idea de vivir una especie de Erasmus. Ese que nunca tuvo y que no se atrevió a realizar por miedo a perder a Carles. Al final acabó perdiéndolo de todas formas y se arrepintió de haber desperdiciado la oportunidad de vivir una experiencia de tal índole. Cuando terminó la carrera de Turismo comenzó su incansable búsqueda de trabajo. Rascando ofertas mal pagadas como recepcionista en algún que otro hotel de poca monta. Aquello estaba muy lejos de lo que siempre había soñado, y es que la única vía que realmente le apasionaba era dedicar su labor a un museo histórico. Pero en todos ellos había recibido la misma respuesta: necesitas un mejor dominio de la lengua inglesa.

Después de muchos noes y de observar cómo su currículum acababa en la papelera de todos los despachos, creyó conveniente mudarse a Inglaterra para mejorar su comunicación y expresión inglesa. Gala le contó que una vecina suya había estado con una familia de acogida en Londres. Se dedicaba a cuidar de los niños, le ofrecían asilo y sueldo y, a su vez, aprendía inglés. A Aina no es que le apasionaran los niños, pero tampoco le disgustaban, así que ser *au pair* durante un tiempo le parecía una buena opción para conseguir su objetivo. Pero la enfermedad de su padre detuvo en seco todos sus planes y pasó de ser una persona con metas y sueños a ser otra incapaz de tomar una decisión sin que el miedo le paralizara los huesos. Miedo al fracaso, a la soledad, a la inminente muerte de su

padre, a la posible dependencia que su madre desarrollaría hacía ella, y miedo a un futuro distinto al que había planeado. Ahora se sentía egoísta y cobarde por marcharse a Hertford con la muerte de su padre tan reciente que todavía podía sentirla en su estómago. El aluvión de consejos y juicios que había recibido tampoco facilitaba las cosas.

—No puedes dejar a tu madre ahora. Te necesita —la culpabilizaban sus tías.

—Irte a cientos de kilómetros de aquí no hará que te olvides del dolor —le decía su abuela.

—¿Por qué no lo dejas para más adelante? Cuando hayas superado el duelo... —añadían sus amigas.

Todo eso era cierto y falso a la vez. Quizás sí era una forma de no enfrentar la realidad. Puede que se tratara de una huida. Pero, por encima de todas las cosas, para Aina era el último salvavidas que podía impedirle un hundimiento irreparable.

Y es que, en un mundo tan accidentado, cada cual tiene su manera de sobrevivir. Sus maniobras para salir a flote.

***

HELLEN PAIGE, la madre de la familia de acogida, es un encanto que no ha dejado de agasajarla desde su llegada.

—Estás en tu casa, Aina. No tienes que pedirnos permiso para coger esto o lo otro —le ha ido repitiendo hasta la saciedad.

Aina va siguiéndola por cada una de las estancias de la casa mientras Hellen no para de darle instrucciones que parecen sencillas, pero que comienzan a ser del todo agobiantes. Nunca ha estado a cargo de nadie. Su única responsabilidad hasta el momento ha sido sencilla y exclusivamente respirar.

—Aquí está la cocina. Casi todas las mañanas tendrás que preparar a los chicos el desayuno. Como ya sabes, tenemos dos hijos: Kyle, de 11 años, y Darcy, de 7. En el frigorífico hemos dejado esta nota donde están detallados todos los alérgenos alimentarios que no puede tomar Kyle: gluten, lácteos, frutos secos y proteína de la vaca. En este estante de la esquina están los cereales y demás alimentos sin gluten que cocinamos especialmente para él. Aunque a la hora del desayuno Kyle suele tomar huevos y zumo de naranja, así que no tienes por qué preocuparte.

—Mejor —susurra Aina.

—Darcy desayuna casi siempre leche con cereales. Están en el estante opuesto. Aquí, en la otra esquina. Así evitamos posibles confusiones.

—¿Qué pasaría si Kyle tomara alguna cosa de estas? —pregunta Aina, que todavía no ha apartado la mirada de la larga lista de alimentos que hay en el frigorífico.

Hellen la mira perpleja.

—No puede ocurrir —sentencia con dureza y la mira atónita durante unos segundos—. Se pone muy enfermo del estómago. Malísimo —aclara recuperando el tono dulce de su voz.

Salen de la cocina en dirección a las habitaciones que se encuentran en el piso de arriba. Hellen se detiene en el primer escalón, como si acabara de caer en la cuenta de que su casa también tiene planta subterránea. La verdad es que no suele bajar mucho, por eso siempre se olvida de enseñarla.

—Bueno, abajo está la bodega. No hay mucho que ver... Infinitas botellas. Ya ves, es lo que tiene tener un marido al que le pirra el buen vino. Es muy pesado con que se tienen que mantener a cierta temperatura, evitar la luz y blablablá...

Mientras suben las escaleras, continúa su retahíla de indicaciones.

—Después de desayunar, tienes que llevarlos al colegio. Está muy cerca de aquí, luego te paso la ubicación.

—¿A qué hora entran?

—A las nueve menos cuarto, y salen a las tres. También tendrás que recogerlos. No los hagas esperar demasiado, Darcy se pone histérica si es la última niña a la que recogen. —Hellen se voltea para mirar a Aina y le sonríe cómplice.

—No te preocupes. Puntualidad es mi segundo nombre — miente Aina, a la que le suda la frente a pesar del frío—. ¿Les tengo que hacer la comida?

—No, se quedan en el comedor escolar.

Lanza un suspiro de alivio. Menos mal.

—Esta es tu habitación. Puedes decorarla a tu gusto o cambiar la distribución de los muebles. Eso como vayas viendo tú. Aquí en el escritorio te he dejado el horario de las extraescolares. Debes llevarlos a los lugares que te he indicado y también recogerlos.

Alguien debería avisar a esta mujer de la mala orientación de Aina. Está tan sorprendida y asustada que no es capaz de articular palabra. En su vida ha visto un horario tan completo y con tantos colorcitos.

—Lo tienes todo por colores, es muy sencillo.

Sí, sí, sencillísimo. Cristalino.

—De color púrpura, las clases de piano, que son en el conservatorio de música. Kyle va los lunes, miércoles y viernes de 16:00 a 17:00, mientras que Darcy solo va martes y jueves porque acaba de empezar. Aunque ya toca increíble, casi mejor que su hermano. De color verde, los deportes. Kyle tiene los martes y jueves rugby de 15:30 a 17:00. Verde oscuro. Darcy, gimnasia rítmica los lunes y miércoles a la misma hora. Verde pistacho. Los viernes de 16:00 a 17:00, Darcy tiene clases de ajedrez. Color amarillo. Cuando lleguen a casa, que hagan contigo los deberes y les hablas un poco de español para que vayan aprendiendo un nuevo idioma. Para las duchas y la cena estaré aquí yo. Y no hace falta decirte que mientras están en el cole, puedes hacer lo que te apetezca. Ir de compras, pasear...

—Ajá... —logra decir Aina, que sigue abrumada con tanta información.

—Se me olvidaba un pequeño detalle.

«Mientras sea pequeño...», piensa.

—A Kyle, en sus días de piano, como es pronto y está cerca, le dejamos que vuelva solo.

—O sea, que hoy vuelve solo —dice Aina, que observa un calendario que tiene pegado en la pared. Un calendario feísimo que piensa arrancar en cuanto Hellen salga por la puerta.

—Exacto —responde alegre al comprobar que Aina va captando las tropecientas señas, pero, de pronto, da dos golpecitos a su reloj de muñeca y tuerce el gesto—. De hecho, debería estar aquí ya. Son las cinco y media pasadas...

Justo entonces alguien mete las llaves en la cerradura. Se abre la puerta y se escuchan unos pasos. Aina, expectante, mira a Hellen, que relaja su rostro.

—¡¿Kyle?! —pregunta asomando su cabeza por las escaleras.

—No, nena. Somos nosotros. ¿Sabes que tu madre ha tenido que recoger a Darcy del cole esta mañana y no nos ha dicho nada?

Hellen baja apresuradamente, peinando su pelo tras las orejas. Aina la sigue porque todavía se siente incómoda quedándose sola en una casa ajena. En la puerta, el padre de la familia coloca un paraguas empapado en el paragüero de la entrada. De la mano lleva a Darcy. Tiene los mofletes y los labios de color escarlata. Resaltan sobre su piel blanquecina y su pelo rubio. Los ojos vidriosos anuncian una subida de fiebre. Hellen se acerca y posa sus labios en la frente de la

pequeña.

—¡Está ardiendo, David! —exclama en modo madre preocupada.

—Es una simple gripe, nena. Pero ¿puedes creerte lo de tu madre? —la avasalla David.

Aina recuerda la información que le dieron sobre la familia de acogida. Hellen era la bibliotecaria de Hertford y David, neurólogo pediátrico. Así que, si él dice que es una simple gripe, todo está bajo control.

—Darcy, David, os presento a Aina —anota Hellen, ignorando la pregunta de su marido.

—Encantado. Esperemos que estés como en tu casa. Supongo que Hellen ya te habrá informado de casi todo.

—Ah... ¿casi todo? ¿Todavía hay más? —pregunta Aina desatando una carcajada en el matrimonio.

—¿Te gusta Aina, Darcy? Seguro que os lleváis estupendamente.

Aina se acerca a la niña y se agacha para estar a su altura.

—¿Me enseñas tus juguetes? —le pregunta cariñosamente mientras le acaricia la mejilla.

La niña abre la boca para decir que sí y de ella sale un vómito espeso de color naranja.

—Luego mejor —añade Aina mirando su mano empapada de vómito y tratando de que no se note el tremendo asco que siente.

David coge en brazos a la niña, que apoya su cabecita en el hombro de su padre. Hellen corre en busca de una fregona y Aina busca el baño más cercano para introducir la mano bajo un abundante chorro de agua.

Tras unos minutos de caos, David baja al salón, donde ya esperan Aina y Hellen.

—Le he puesto el pijama y se ha quedado dormida en su cama. Necesita descansar.

—David, Kyle no ha llegado todavía. Debería haber estado aquí hace media hora.

El marido de Hellen adopta al instante una expresión de preocupación.

—¿Te ha dicho mi madre si, tal vez, había quedado con algún amiguito? —pregunta con voz trémula Hellen.

David niega con su cabeza y mira el reloj con insistencia.

—Es que hasta ahora los ha estado llevando y recogiendo mi madre, pero preferíamos a alguien como tú porque ella ya está mayor y a veces se olvida de las cosas —informa a Aina.

—Está mayor y, además, no queremos deberle nada —puntualiza David con retintín—. Voy a salir a buscar a Kyle.

—Voy contigo —dice Hellen contagiada por la desazón de su marido.

Aina los mira espantada. No quiere quedarse sola su primer día con una niña enferma.

—No hace falta, nena. Quédate con Darcy. Te va a necesitar en cuanto le vuelva a subir la fiebre. Ya sabes que cuando está malita siempre quiere a mamá.

David se dirige a la puerta y coge las llaves del coche.

—Llámame en cuanto des con él —ruega Hellen, que tiene los ojos empañados de miedo.

Aina mira la escena como si fuera una espectadora. No había imaginado así su llegada a Hertford. En su mente había proyectado una tarde soleada, con una de esas familias perfectas que aparecen en los *workbooks* de la ESO. Gente risueña y con cero preocupaciones que le invitaban a pasear para conocer los rincones más emblemáticos del pueblo. La tarde estaba siendo tan intensa que por más de dos horas seguidas no había pensado en la muerte de su padre.

Capítulo 6

Hertford, 2020

HÉCTOR SUMERGE los dedos en su frondosa barba y tira de ella para peinarla una última vez. Se mira al espejo y no se reconoce. Desde que murió Nekane ha estado escondiendo su aflicción bajo una mata de pelo desaliñado. Rebusca en el fondo de un cajón y saca la maquinilla eléctrica de afeitar que le regaló Pandora por su cumpleaños. Cubre la barba con abundante espuma y la masajea, mientras que la maquinilla encendida baila dentro del lavabo dando pequeños golpecitos que a Héctor le producen un agradable cosquilleo al escucharlos.

Se lo piensa dos veces antes de introducir la hoja en el interior de su barba. No sabe si quiere volver a ser como antes. Ya nada es como antes. Tiene miedo de que su rostro refleje la muerte, de que hayan aparecido arrugas que le envejezcan la piel y el alma. Al fin se envalentona y comienza por su labio superior. Los pelos descienden hasta el lavabo y crean una fina capa que va cubriendo el mármol blanco. Tras serpentear la maquinilla por cada recodo de su rostro, llena sus manos de agua y se lava. Segundos después hunde su cara en una toalla, todavía no se ha mirado al espejo. Alza la vista. No queda nada del chaval que se convirtió en el inspector Izquierdo. Ahora es más hombre, más viudo, más frío, incluso se siente más perverso.

Se dirige al salón y se sienta en la repisa de la ventana. Examina con atención la casa de los Paige y comprueba que todavía están en el salón por la luz que asoma de la ventana. La espesa cascada de lluvia que cae en la calle no le permite ver lo que ocurre en el interior, pero él intuye que hoy es la noche. La culpabilidad que sostiene le hace desprender un sudor frío, pero se calma al recordar que esta tormenta va a ser la luz. El final.

Abre la aplicación de YouTube y busca la canción de Prince: *Purple rain*. Aprieta el botón del volumen hasta que llega al tope y lo deja sobre la repisa. Cierra los ojos y se envuelve de música. Es la canción

que siempre escucha en las buenas noches, en los grandes acontecimientos.

«Nunca quise causarte dolor, nunca quise causarte ningún sufrimiento», susurra la canción al mismo tiempo que lo hace Héctor con un afinado hilo de voz.

La música cesa de golpe. Una llamada remata la paz en la que se encontraba enfrascado.

—¿Diga?

—Soy yo, Marta... ¿Cómo estás?

—Tirando —sentencia mientras se levanta para ponerse una copa de vino.

—¿Podrás responderme algún día algo que no sea «tirando»?

Héctor no contesta, ha dejado el móvil sobre la encimera y anda ocupado sacando el vino tinto de la nevera.

—¿Estás bebiendo otra vez? Nos prometiste que lo ibas a dejar.

—Lo estoy dejando.

—Claro... —dice su hermana Marta con cierta exasperación antes de cambiar de tema—. He pensado que quizás vaya a verte. Como dentro de dos semanas ya habré terminado los exámenes... ¿Qué te parece?

—Imposible. No puedes venir —decide Héctor sin posibilidad de consenso.

—¿Por qué no puedo ir? —insiste su hermana.

Un escalofrío atraviesa su espalda y la copa se resbala de sus dedos para precipitarse hacia el suelo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —exclama tratando, inútilmente, de sacar con una servilleta la mancha que impregna su camiseta. Es la última camiseta que le regaló Nekane.

—¡¿Qué ha pasado?!

—Se me acaba de romper una copa.

—De vino —afirma con enojo Marta.

—De agua.

—Héctor, deja eso y escúchame. No me has dejado ir a verte desde que os mudasteis a la nueva casa. Ni siquiera nos dejaste despedirnos de Nekane. Sé que es duro ver morir a la persona que amas. Sé que es difícil la vida sin ella. Pero yo también he vivido cosas terribles, lo sabes mejor que nadie. Y en lugar de tirar la toalla, he continuado viviendo porque vosotros me enseñasteis a volver a ser feliz. ¿Por qué no puedo estar yo ahora por ti? Déjame cuidarte como lo hiciste tú. Déjame ser la hermana que siempre he querido ser. No puedes pasarte

la vida en ese pueblucho, solo, sucio y borracho. ¿Qué cojones te pasa? No te reconozco.

Se hace un silencio atroz. Un trueno estalla en la calle colindante y se apaga la luz. Héctor se queda a oscuras, agazapado tras una ventana como un halcón esperando a su presa.

—Yo tampoco —responde—. Yo tampoco me reconozco.

Cuelga y lanza su móvil al suelo, junto a los diminutos cristales en los que se ha transformado la copa. La puerta de los Paige se abre y David sale con paso apresurado hacia el coche. Las palabras de Marta emergen de pronto en la mente de Héctor: «¿Por qué no puedo ir?».

—Porque la tormenta ha llegado —responde en voz alta.

Aunque ella ya no puede oírle.

Capítulo 7

Hertford, 2020

LAS GOTAS DE LLUVIA se aferran a la ventana durante unos segundos para terminar precipitándose con furia por la superficie de cristal. Por su parte, los relámpagos diseñan grietas en el cielo y roban, durante unas cuantas milésimas de segundo, la luz a todo el vecindario. Tan solo una farola de la calle resiste a la inclemencia meteorológica de Hertford; parpadea con cada estruendo, pero sin dejarse vencer por la hostil oscuridad. En el salón de los Paige el tiempo parece haberse detenido, impasible ante las plegarias de una madre que raya la desesperación. De los cuatro focos que componen la lámpara del techo, dos de ellos se han fundido con el último estallido, simulando una boca desdentada y macabra que entenebrece el ambiente, descubriendo un escenario cada vez más funesto. Definitivamente no, no es un buen día para desaparecer.

Aina sigue sentada en el sofá desde hace más de tres horas. Mira insistentemente por la ventana a la espera de que aparezcan David y Kyle. Ya no puede soportar más el terror que asoma de cada lágrima que recorre la pálida piel de Hellen. Hace ademán de acercarse a ella y tomarle de la mano, pero la falta de confianza y la espeluznante inquietud que proyectan sus ojos la convencen para no moverse de su sitio.

Hellen retuerce sus manos de forma salvaje mientras transporta su mirada de un punto fijo y vacío hasta el reloj de pared. Es un movimiento ocular que ha estado repitiendo constantemente desde que su marido salió por la puerta. Se lleva una mano a la boca del estómago y la otra, al sentir la ausencia del tacto, se aferra a la rodilla y la frota airadamente. En situaciones de amenaza, uno siempre necesita tener algo entre sus manos, rescatando el primitivo reflejo de cerrar los puños al sentirnos desprotegidos en el mundo. Hellen visualiza la silueta de Kyle bajo la lluvia, con el frío anidado en sus

labios temblorosos. Imagina a su hijo corriendo entre cortinas de agua y envuelto de una oscuridad tormentosa. Cree fervientemente que se encuentra huyendo de algo o alguien, puede sentir el peligro punzante en su interior. Casi toda mujer, al convertirse en madre, adquiere un sexto sentido inexplicable que le encoge el vientre cuando algo malo sucede. Es como si la cuna que meció a su vástago durante nueve meses siguiera conservando la conexión que une dos latidos fusionándolos en uno solo. Porque cuando el latido de un hijo se detiene, el corazón de una madre muere para siempre.

Aina analiza el rostro de Hellen, tratando de adivinar sus atormentados pensamientos. Al no conseguir ni un mísero contacto visual con ella, se decide por ir a su habitación a hacer una llamada a su madre y enviar un audio a sus amigas. No le da tiempo a encarar las escaleras. Hellen da un respingo del sofá y sale a toda prisa del salón. La puerta de la entrada se abre con un chirrido que le congela las articulaciones a Aina. Sigue de espaldas porque teme girarse y que no haya rastro de Kyle. Cuando lo hace, confirma su presentimiento. David aparece bajo el umbral de la puerta con la ropa calada y un rostro abatido, derrotado.

—¡¿Dónde está?! —gimotea Hellen—. ¡¿Dónde está?! —insiste zarandeando los hombros de David—. ¡¿Por qué no has vuelto con Kyle?! ¡Contéstame!

David la atrae contra su cuerpo y sepulta su cara contra su pecho. Mete los dedos en la boca de su mujer y le coloca con dulzura una pastilla debajo de la lengua.

—Esto te ayudará a comprender lo que tengo que contarte, nena.

Ella va cediendo en sus impulsos de zafarse del abrazo de David. Él la besa en la frente y la dirige hacia el salón.

—Aina, ¿puedes preparar dos tilas? —le pide.

—Claro... —murmura algo aturdida.

Se dirige hacia la cocina americana que está anexionada al salón. Mientras rebusca en los estantes de las infusiones, escucha atentamente la conversación que está teniendo lugar a unos pocos metros. Se esfuerza en entender todas las palabras que salen de la boca de David. El tono tranquilizador y sosegado con el que explica a su mujer la situación le permite a Aina enterarse de todo.

—Me he presentado en el conservatorio de música y la directora me ha informado de que Kyle no ha ido a su clase de piano. He llamado a tu madre para preguntarle si le había acompañado y me ha dicho que como Darcy no se encontraba bien, le ha dejado ir solo.

Después lo he buscado por todas partes, cariño. He pasado con el coche por cada rincón de Hertford, por todos los parques, pero estaba todo desierto. La lluvia ha despachado a la gente a sus casas y, si hubiera estado por ahí, lo habría visto enseguida. He parado en la Waterstons Library, ya sabes que le encanta, pero estaba cerrada. He comenzado a desesperarme, nena —se queja con los ojos perlados de lágrimas—. He tenido una especie de corazonada y he conducido hasta Londres, pero la he sentido tan inmensa que no sabía por dónde buscar. La tormenta se había apoderado de todo, las calles estaban vacías y faltaba Kyle por todas partes.

Hace una pausa para sorber la nariz y recobrar la compostura que ha ido perdiendo a medida que iba recordando la angustiosa tarde. Hellen no dice nada, pero no ha dejado de sollozar.

—Al final he ido a la comisaría y les he puesto al tanto de todo. Mientras estaba poniendo la denuncia de desaparición, ha llegado el padre de Ava.

Aina sale de la cocina con dos tazas humeantes que desprenden un fuerte olor a tila. Se sienta junto a ellos en silencio.

—¿Qué Ava? —pregunta aterida Hellen.

—Ava Potter. La compañera del conservatorio de Kyle. Su padre dice que ni se ha presentado a las clases de piano ni ha llegado todavía a casa.

—Les ha pasado algo, David... —solloza—. Les han hecho algo... Estoy segura. Son los alumnos más responsables del conservatorio. Le han hecho algo a mi hijo...

—La policía nos ha prometido que los van a encontrar, y que van a comenzar a buscarlos desde este mismo instante. Debemos esperar. —Toma la mano de su mujer y la aprieta con fuerza—. Estamos juntos en esto, cariño. Te prometo que vamos a recuperar a Kyle.

***

La pequeña Darcy ha reclamado un par de veces a su madre con un frágil gimoteo, como el gatito callejero que busca una teta de la que mamar con doloridos y tenues maullidos. Aina se ha acostado junto a ella y le ha susurrado las canciones que su padre le cantaba en las noches largas.

—¿Por qué estás tú aquí? —pregunta quejosa la pequeña—. Quiero a mi mamá.

—Estoy aquí para cuidarte. Tu mamá no se encuentra bien.

—¿Le he pegado la gripe?

—Creo que sí... —susurra dulcemente Aina mientras atrae a Darcy hacia ella.

Darcy se conforma con los brazos de Aina y vuelve a cerrar los ojos. No tarda en invadirle un sueño profundo alentado por la debilidad de la fiebre.

Aina lleva toda la noche mirando al techo y tomándole la temperatura a la niña. Las ventanas protestan a causa del viento y, aunque la lluvia ha cesado, el rumor de los truenos lejanos sigue vagando por el cielo británico. Son las seis y media de la mañana, la claridad comienza a filtrarse en el interior de la habitación y, súbitamente, suena un teléfono en la planta baja. Aina cubre su cabeza con el nórdico. No tiene un buen recuerdo de las llamadas de la madrugada. Esas que llegan cuando estás esperando lo que desearías no esperar jamás. Cierra los ojos muy fuerte y tapa los oídos de Darcy. Se le escapan las lágrimas a borbotones. El teléfono sigue sonando y ella desea con todas sus fuerzas que venga papá para arroparla.

Capítulo 8

Birmingham, 2020

CUANDO SALE DEL BAÑO, Lizzie la observa expectante, cubierta de oscuridad. Pam se orienta gracias a la luz que se ha dejado encendida en el baño. Son las cinco de la madrugada y Birmingham todavía no ha despertado. En el apartamento tan solo se percibe el liviano rugido de los electrodomésticos y el sonido borboteante de la cisterna, que se va debilitando a medida que Pam hace crujir el parqué con sus pasos. Lizzie está sentada en el borde de la cama, dando golpecitos contra el suelo con el talón de su pie derecho.

—¿Y bien?

Se acomoda junto a ella, también en el borde, como si tuvieran que salir corriendo en cualquier momento. Pam tiene el predictor enterrado en su puño. Su expresión es tranquila, neutra, almidonada. Nadie se atrevería a apostar que ella ya conoce el resultado. Sin dejar tiempo para adivinar el desenlace, le muestra a Lizzie la pantalla. Así es Pam: directa, rápida en la resolución, sin preámbulos, sin dejar un resquicio para la ansiedad.

Lizzie se lleva las manos a la boca para contener un grito, sus ojos se inundan al leer en un atropellado susurro: *Embarazada de 3-4 semanas*. Se sube al colchón de la cama y con un pie arroja al suelo el embrollo de sábanas. Después comienza a saltar todavía con las manos sobre la enorme sonrisa que esconde, pero que se adivina en el brillo de los ojos. Pam suelta una tierna carcajada al cerciorarse de la pueril y entusiasta reacción de su mujer.

—¡Vamos a ser madres! —grita con la respiración entrecortada—. ¡Vamos a ser madres!

—¡Shh...! Despertarás a todo el vecindario —dice torciendo el gesto.

—¡No puedo creerlo! —Se inclina para coger a Pam de las manos y tira de ella hasta el centro de la cama invitándola a saltar—. ¡Vamos a

ser madres!

Pam endurece su rostro y se deshace de las manos de Lizzie. No quiere dejarse contagiar por la emoción, se echa por los hombros un cárdigan que cuelga del perchero y sale al pequeño balcón que conecta con la habitación. Una densa niebla se arremolina a la luz de las farolas queriendo alimentarse del sutil calor que irradian. El suelo desprende un placentero olor a lluvia y algún motor lejano le arranca al silencio parte de su protagonismo nocturno. El viento perteneciente a la tormenta sigue revoloteando por el cielo, dando ligeras sacudidas a las ventanas de las viviendas. El primer contacto con el frío le corta la respiración. Aprieta sus labios y da una gran bocanada que culmina con una esfera de vaho que brota de ella.

—¿No estás feliz? —pregunta con fastidio Lizzie—. Creía que era lo que queríamos...

—Lo estoy, créeme. —Estira su mano hasta tocar la de su mujer, la desliza hacia ella y se deja abrazar por la espalda.

—¿Puedo gritar que vamos a ser madres? —formula la pregunta con un tono infantil, tratando de aparcar la hostilidad.

—No. No puedes —responde tajante, liberándose con desprecio de los brazos de Lizzie—. De verdad que no soporto cuando te pones en este plan adolescente. Si por ti fuera, en un par de horas ya lo sabría todo el mundo. Yo no soy así, quiero llevarlo de forma discreta. Te lo avisé desde el mismo día que pisamos la clínica de inseminación. Te dije: «Lizzie, quiero ser prudente». Recalqué la palabra *prudente*. ¿Acaso sabes lo que significa? —Ni siquiera le permite responder, Pam prosigue cargada de reproches—. ¡Tú qué vas a saber! Si cuando fuiste a comprar el test de embarazo llegaste también con un *body* de recién nacido. —Entra en la habitación dejando a Lizzie atónita, se da la vuelta y, con el dedo índice levantado, suelta—: ¡Ah! Y que no me ponga a saltar como una cría no significa que no esté feliz. No me hace falta demostrar nada, yo sé muy bien lo que siento.

—No entiendo qué problema hay en que quisiera tener un detalle contigo al comprar ese estúpido *body* —logra decir—. Lo devolveré, si tanto te molesta.

—El *body* no tiene nada de malo. El problema es que lo miro e imagino un bebé que probablemente muera aquí —sentencia al borde del llanto, llevándose las manos al vientre.

Pam recoge la maraña de sábanas y mantas, las estira con rabia sobre la cama y se sumerge debajo de ellas. Dos gruesas lágrimas comienzan a rodar hasta morir en la almohada. Está aterrada porque

es la cuarta vez que vive este momento, aunque esta sea la primera con Lizzie. Su vientre fue capaz de concebir tres vidas antes, tres vidas en tiempos distintos, pero todas tuvieron el mismo final. Se lleva las manos justo donde sintió ese terrible pinchazo que terminó con todo. Recuerda correr al baño y bajarse las braguitas con el temor de encontrar un espantoso manchado. Las tres veces había sentido esa decepción al comprobar que su cuerpo no era capaz de mantener una vida, de dejarla crecer, de ser un hogar precioso en el que prepararse para el mundo. No le cuesta ningún esfuerzo revivir la cara de John, su expareja. Podía reflejar la tristeza en sus labios apretados, conteniendo un llanto que trataba de esconder tras palabras optimistas que le dedicaba a Pam. «Lo volveremos a intentar. Lo conseguirás. No es tu culpa».

Cuando Lizzie se adentra bajo las sábanas, Pam se tapa la cara con las manos. Lizzie es muy distinta a John. No dice nada a pesar de que querría gritárselo todo. Del embarazo no solo le asusta que no llegue a buen término, sino también que la relación con Lizzie se estropee como pasó con John. Se obsesionaron tanto en la búsqueda de un hijo que comenzaron a verse incompletos, como si faltara la columna clave que mantiene erguido todo un edificio. Los momentos en pareja pasaron a convertirse en un sexo falto de pasión, con el único placer de imaginar un positivo en el test de embarazo.

Súbitamente, la habitación concibe una iluminación blanca que procede del teléfono móvil. Su vibración sobre la mesita de noche sobresalta a Pam, que saca un brazo y palpa a tientas hasta dar con él. No ha sacado la cabeza de debajo de las sábanas para que Lizzie no se percate del desconsuelo que se ha apoderado de ella. Se seca la cara con la manga del pijama y mira extrañada la pantalla de su móvil. Apenas son las cinco y cuarto de la madrugada.

—¿Sí?

—Jefa, disculpa las horas, pero es urgente.

—No te preocupes, Spencer. Estaba despierta —aclara irguiéndose —. ¿Qué pasa?

—Nos ha llegado el aviso del avistamiento de un cuerpo junto al embalse de Salford Park. En Hertford desaparecieron dos niños en la tarde de ayer. Creemos que el cuerpo podría ser de uno de ellos.

Capítulo 9

Birmingham, 1985

SIEMPRE HA CREÍDO que su casa huele a tristeza porque, cada vez que abre la puerta, el silencio le golpea en el rostro recordándole lo solo que puede llegar a sentirse en ella. Pero esta vez ha sido distinto, el murmullo que emite el televisor evidencia la presencia de alguien en el salón. Tiene que pasar por delante para subir a su habitación y ya le tiemblan las piernas al pensar que la bestia puede estar allí. Quién sabe de qué será capaz hoy.

Deja sus llaves con sumo cuidado sobre el mueble del recibidor, se quita las embarradas zapatillas y las coloca junto a los gigantes mocasines de su padre. Duda entre pasar muy rápido o, por el contrario, caminar sigilosamente para que no lo descubra. Ninguna de las dos opciones suele funcionarle, así que opta por pasar de forma natural. Eso sí, rezando. Libera un suspiro reconfortante al comprobar la silueta de su madre balanceándose en la mecedora. Su abultado vientre le sirve de soporte y sobre él se asoma un babero azul que está bordando. Frente a Isabelle se encuentra Lily, su mejor amiga y confidente. Ambas mujeres son capaces de arrebatarle todas las horas que componen una tarde al reloj. En la estancia se ha quedado afianzado el deleitoso olor a café que han apurado hasta dejar la cafetera desprovista de él.

—Acércate y saluda a Lily —exige su madre con un tono tan melódico y manso que ni siquiera parece una orden.

La mujer del vicealcalde se levanta con ímpetu de la butaca y le planta dos sonoros besos en la mejilla mientras le sujeta la cabeza con las dos manos.

—Arriba está Jane con tu padre. Creo que está enseñándole una preciosa maqueta de avión —dice Lily endulzando la voz como si estuviera hablándole a un bebé—. Me ha contado un pajarito que la has hecho tú solito.

Le responde con una efímera sonrisa que se desvanece por el aire. Lily sigue de pie, a la espera de que el niño diga algo, pero lo único que logra ver es el fugaz beso que deposita en el vientre sietemesino de Isabelle y cómo sale veloz del salón. Sube las escaleras de dos en dos, llevando la mochila colgada al hombro por una sola asa. La otra asa, demasiado holgada, está cerca de hacerle tropezar, pero es un experto esquivando golpes y lo sortea con éxito. Lanza la mochila encima de la cama y busca con desesperación la maqueta del avión. Allí está, justo en la última balda de la estantería, con la parte delantera sobresaliendo un centímetro, como si estuviese a punto de despegar. Una fina capa de polvo revela que nadie lo ha bajado de allí desde hace algunas semanas.

El corazón comienza a cabalgarle, subiéndole una especie de quemazón hacia el cuello. Siente la vena aletear con fuerza, requiriendo un mayor torrente de sangre, y eso solo le ocurre cuando tiene mucho miedo. Trata de detener su respiración y sus enérgicos latidos, necesita todos sus sentidos para percibir cualquier sonido que le permita averiguar dónde está Jane, porque imagina que está en peligro. Puede sentirlo en la sequedad de su boca, en el sabor a sangre que ha sentido tantas veces y que es capaz de recordar con exactitud.

De pronto, se cuela en su habitación un lejano gemido procedente del piso de arriba. Allí solo están el despacho de la bestia y un baño. Comienza a temblarle el labio inferior y se muerde la uña del pulgar con tal ahínco que se arranca la mitad. Nadie sube al despacho de la bestia, ni siquiera Isabelle. Mucho menos podría hacerlo Jane. Sube las escaleras de puntillas, está siendo más valiente de lo que nunca ha creído.

La puerta está entornada, dejando una separación milimétrica desde donde se escapa la luz. Acerca su rostro tanto que puede oler el barniz que lleva adherido a la puerta desde hace un par de meses. Cierra el ojo derecho para afinar la visión de su otro ojo, como cuando juega en la feria a disparar a la diana para así poder conseguir el peluche más grande y bonito para Jane. Entonces, la ve. Sus largas trenzas rubias le llegan hasta sus braguitas y la falda del uniforme la tiene abrazada a sus pies. La bestia está frente a ella y le susurra cosas inaudibles que él no es capaz de descifrar. Le baja despacio las braguitas y Jane mira a la bestia con inocencia, como si el acto repugnante que está a punto de cometer fuese menos ruin cuando lo perpetúa una cara conocida. La bestia acaricia el pubis de la niña y, a continuación, el dedo anular desaparece dentro de ella. A Jane se le

escapa un grito que Arthur consigue detener apretándole la boca con fuerza mientras que con la otra mano saca y mete el dedo lentamente. El rostro de la niña se enrojece y un puñado de lágrimas salen a flote a causa del dolor.

—¿Te duele, princesa? —le pregunta enroscando una trenza entre sus dedos.

Jane susurra un sí tan bajito que él no puede oírlo desde el pasillo, pero lo deduce al observar cómo la bestia detiene su mano y la besa en la frente.

—Arthur nunca te haría daño, princesa. Lo sabes, ¿verdad?

La niña asiente con la cabeza.

—Es un secreto que no podemos contar a nadie —dice sacando de debajo del escritorio una caja enorme con una muñeca que cuenta con decenas de accesorios.

La niña se limpia las lágrimas con las manos y comienza a dar saltitos de alegría, olvidándose al instante del terrible suceso que cambiará su vida.

Capítulo 10

Birmingham, 2020

PAM BAJA DE SU COCHE y siente que la temperatura ha descendido un par de grados. Spencer ya la está esperando, resguardado bajo la capucha de su impermeable. Ella se anuda el cinturón de la chaqueta, tratando de proteger al ser que habita en su vientre como si el embrión pudiese notar el frío. Le preocupa la impresión que está a punto de sobrevenirle en cuanto pose su mirada en el cadáver. Sopesa durante unos segundos el impacto que podría tener en su bebé. Los crímenes nunca son fáciles de digerir, tanto menos cuando se trata de analizar el cuerpo sin vida de un menor. ¿En qué clase de madre se convierte al hacer testigo a su hijo de la cara más oscura del mundo incluso antes de llegar a él?

Atraviesan el campo de desnudos sauces en silencio, acompañados de la sinfonía de chasquidos que despide el barro al recibir el impacto de las botas. Caminan apresurados y el murmullo del personal de la científica los va orientando en sus pasos.

—Ahí está, jefa —informa Spencer señalando con el dedo el bulto que se esconde bajo la bolsa mortuoria.

La médica forense Billie Hathaway los espera junto al cadáver, sosteniendo un iPad en el que parece estar anotando ciertos detalles. Tras ella se extiende la cinta policial que es enmarcada por el embalse que asoma al fondo.

—Buenos días, inspectora Russel —murmura con gesto afable. Y comienza a andar hacia ellos hasta que está lo bastante cerca como para estrecharle la mano.

—¿Qué tenemos, doctora?

—Me temo que todavía es pronto para que pueda ofrecerle todos los detalles. Lo que está claro es que la muerte ha sido producida por ahogamiento homicida. Yo diría que en el agua —informa mirando de soslayo el embalse—, ya que presenta una espuma blanquecina en

nariz y boca típica de las muertes por sumersión, así como equimosis subconjuntival —explica a la vez que destapa el cadáver y señala unas manchas oscuras alrededor de los ojos.

Pam siente una especie de vahído que le obliga a apoyar la palma de la mano sobre alguna superficie. No quiere contaminar la escena del crimen, así que se agarra a la pierna de Spencer para mantener el equilibrio.

—Pero todo esto os lo confirmaré cuando realice la autopsia. En muertes por sumersión los pulmones aumentan de volumen, cuando se presiona sobre ellos se queda una especie de marca. Además, al cortar puede aparecer un abundante líquido espumoso —continúa explicando, aunque Pam la escucha de forma lejana.

Los ojos de la niña apuntan hacia el cielo negro que se levanta sobre ellos. De su mirada nace un azul marino que se muestra intacto y perlado, buscando en el infinito una respuesta a su crimen. Su boca rígida y extremadamente abierta simula la última gran bocanada que la niña ha librado para pelear por su vida. Su piel ha adquirido el tono azulado que separa a los vivos de los muertos y su pelo empapado muestra unos rizos que se arremolinan sobre sus hombros y su cuello. La doctora Hathaway se coloca los guantes quirúrgicos y desliza los mechones de la niña hacia atrás, destapando unas marcas amoratadas en su cuello.

—Se trata de Ava Potter, 11 años —interviene Spencer. Pam se fija en él, su reciente divorcio le está dejando unas prominentes bolsas bajo los ojos.

—¿La niña desaparecida en Hertford?

—Así es, inspectora. El otro niño se llama Kyle Paige, todavía sigue desaparecido. Van juntos a clases de piano. Esta tarde tenían una sesión, pero no acudieron. En vista de que no aparecían por casa, los padres acudieron al conservatorio y la directora les confirmó que no habían ido. Fue entonces cuando alertaron a la policía.

—Demos un par de días a los padres de Ava para que asimilen esto... Después los citaremos. Quiero hablar con ellos y también con el profesor de piano.

—Oído cocina.

La doctora Hathaway los mira afirmando con la cabeza y, después, lanza una mirada hacia el juez que espera junto al embalse.

—Inspectora, hay más detalles interesantes que me gustaría comentarle —dice la doctora con premura—. Fíjese en su boca.

—La tiene muy rígida.

—Mire dentro.

Pam y Spencer se inclinan hacia delante en un gesto casi simultáneo y logran avistar un óvalo naranja apoyado en el revestimiento interno de la mejilla.

—¿Tiene un caramelo?

—Efectivamente. Y es prácticamente imposible que lo tuviera en la boca antes de la muerte, se lo habría tragado.

—Si el asesino lo ha colocado ahí de manera posterior a la muerte es porque quiere decirnos algo —afirma Pam en un susurro.

Hathaway continúa destapando el cuerpo de Ava Potter hasta la altura en la que descansan sus manos. Entre los dedos sepulta el envoltorio del caramelo. Spencer mira a la doctora, que le responde con unos ojos cómplices. Pam los observa y detecta al instante que saben algo que ella desconoce.

—¿Qué está pasando? —les interroga.

—Cuando entré en el cuerpo de homicidios a finales del año 1985 —comienza a explicar Spencer comprimiendo los labios con cierta congoja—, estudiaban el caso de una niña asesinada que había aparecido junto a este mismo embalse. Jane Johnson... Todavía recuerdo su nombre. Fue ahogada en el agua y, curiosamente, tenía un caramelo en la boca y el envoltorio entre sus dedos. Al principio no le dieron demasiada importancia a ese detalle, pero al poco tiempo niñas y niños de Birmingham comenzaron a aparecer muertos aquí, con el caramelo naranja en su boca. Imagínese el pánico que se extendió por toda la ciudad.

—¿Me está diciendo que el asesino ha vuelto a la carga, Spencer? —susurró con voz trémula Pam a la vez que, de forma inconsciente, se llevaba la mano al vientre.

—Imposible, inspectora. El asesino del caramelo lleva bastantes años bajo tierra. Se suicidó en la cárcel, un funcionario se lo encontró en su celda con el cuello rajado.

—Quizás es alguien que lo idolatra por algún motivo y está recreando sus crímenes.

La doctora niega con la cabeza y, antes de hablar, analiza su alrededor para cerciorarse de que nadie los escucha.

—Hay un elemento común en todos los crímenes que se produjeron que no trascendió a la prensa. Sería imposible que alguien más allá de los profesionales que trabajábamos en el caso supiera esto —dice quitando por completo la bolsa mortuoria y destapando los pies de la niña que están cubiertos por sendas zapatillas de *ballet*—. Ni

siquiera los padres de los niños asesinados conocían este detalle.

—¿Y si se tratara de alguien que participó en los crímenes y del que nunca supimos?

—Podría ser —afirma Pam tocándose el flequillo que tapa su frente —. Necesito todos los informes y expedientes de esos casos, Spencer. Es posible que en los asesinatos participara alguien más, alguien que burló a la policía en aquel momento y que ahora quiere hacérnoslo saber.

Súbitamente, un murmullo de voces toma posesión del lugar al mismo tiempo que la luz de una linterna rebota a toda velocidad por las copas de los árboles.

—¡Inspectora Russel! —grita el agente Frank—. ¡Acabamos de encontrar el cuerpo de Kyle Paige!

Capítulo 11

Birmingham, 1985

SALE DE LA TIENDA DE DULCES con una bandeja de caramelos con sabor a naranja, los favoritos de Jane, acomodada en una preciosa y pequeña caja *beige*. La mujer que lo ha atendido se la ha envuelto con un recargado lazo de color vino. Ha elegido como envoltorio una caja porque la bolsa le parecía demasiado zafia para regalársela a su mejor amiga. Camina decidido hasta Salford Park, impulsado por una mezcla de entusiasmo y frío. Las calles están abrigadas gracias a los adornos que anuncian la cercana Navidad. Las intermitentes luces de colores que decoran los balcones de las casas iluminan los rostros de los pocos transeúntes que quedan a esas horas, incluido a él, que puede sentir su calidez en las mejillas. Se voltea para ver el majestuoso árbol que impera en uno de los jardines que bordea, cientos de bolas cuelgan de las ramas y sonríe al imaginar los buenos deseos que cada vecino ha depositado en ellas. Los villancicos que sustituyen al silencio de una helada tarde invernal reinan en cada cruce de la ciudad. Siente un hormigueo en la boca del estómago que le empuja a andar dando saltitos de alegría. Nada puede salir mal en la época más mágica del año. Piensa en las muchas familias distanciadas que aparcan sus reticencias para sentarse en la misma mesa, fingiendo una armonía que se esfumará con la llegada del nuevo año, pero lo realmente mágico es que ellos ni siquiera sienten que están fingiendo. Eso es lo que convierte diciembre en un mes distinto, en el que la felicidad es palpable, es real, puede conseguirse sin apenas esfuerzo.

Él está a tan solo dos minutos de su destino, sigue sosteniendo la caja de caramelos entre sus manos y entonces decide, con la lógica que solo un niño podría tener, que la Navidad dura el tiempo justo y necesario para que los humanos no le arrebaten su magia. Está convencido de que si la pudiéramos tener más a menudo la destruiríamos por culpa del instinto insaciable de siempre querer más.

Se adentra en Salford Park con la esperanza de que los sauces lo envuelvan y protejan de la gélida brisa que entumece su piel, pero la oscuridad que abandera el cielo junto a la falta de vegetación le hacen estremecerse de frío. Las ramas del suelo crepitan bajo sus pies junto a una voz grave que le resulta horriblemente conocida. Es audible cómo la ligera brisa va tomando forma de viento y hace crujir los árboles con un aullido discontinuo. Levanta la mirada del suelo y se encuentra a la bestia junto al embalse con el pene erecto apuntando a la cara de Jane. No puede creer que vaya a ser cómplice de nuevo de la horrible escena que todavía no ha podido olvidar. Jane lleva el pelo suelto y salvajemente ondulado, como si la bestia la hubiese despojado con rabia de sus habituales trenzas. Arthur empuja a la niña hasta tenerla arrodillada y sometida, posando una mano en su cabeza para dirigirla hacia su sexo. Ella se resiste, agachándose en el suelo y clavando sus uñas en la tierra húmeda en un intento de adherirse a ella. La bestia la levanta a base de estirones en el pelo y estruja la cabeza de la niña hasta que el pene roza su cara.

—¡Abre la maldita boca! —ruje esparciendo por el aire diminutas partículas de ira.

La inocencia de Jane no le impide discernir la realidad, intuyendo que lo que Arthur quiere hacer con ella es algo espantoso. Niega con la cabeza y sus labios forman una *u* antes de arrancar un llanto pavoroso de sus pulmones. Un gemido que lo atormentará durante años, hundiéndose en los sueños de sus noches y atemorizándolo hasta la edad adulta. Jane se arrastra por el suelo tratando de escapar, pero Arthur la agarra por el cuello y la dirige hacia el embalse. Los gritos que emergen del alma de la niña se pierden en la eternidad de una ciudad desierta cuando la bestia le sumerge la cabeza dentro del agua. Él se queda petrificado con la vista clavada en aquella escena de terror. La caja de caramelos se desliza de sus manos, pero el lazo que la envuelve se aferra a su dedo queriendo liberar los dulces de la caja, que salen despedidos y acaban rodando por una pequeña cuesta del terreno. Arthur está arrodillado, presionando con una mano el omoplato de la niña y con la otra, la cabeza. Las piernas de Jane dan espasmódicas patadas contra el suelo hasta que a los pocos segundos cesan de su empeño por aferrarse a la vida.

La bestia saca a Jane del agua y deposita el cuerpo sin vida junto al embalse. Fija en ella su mirada pétrea y, sin perder ni un ápice de calma, sin atormentarse lo más mínimo por el crimen que acaba de cometer, comienza a mover levemente los labios para rezar por su

alma. Después, se santigua y se agacha para cerrarle los ojos eternamente. Lanza una mirada hacia donde está él agazapado y comienzan a chasquearle los dientes por el temor que siente en su mandíbula. La bestia dibuja una sonrisa maléfica en su boca al comprobar que ha conseguido lograr el propósito que tenía aquella muerte. Se dirige hacia su hijo dando grandes zancadas. El pequeño corre apresurado buscando la salida y soltando fogonazos de vapor por su boca, como un dragón incapaz de despedir una llamarada de fuego que destroce la vida de la bestia. Arthur lo alcanza con rapidez porque el torbellino de miedo que siente su hijo le arranca destellos de estabilidad, volviéndolo infinitamente más torpe y frágil. Lo arrastra hacia el embalse, empujándolo sobre el cuerpo de su amiga. El niño es incapaz de mirarla y cierra los ojos con fuerza, deseando que el cadáver desaparezca y Jane vuelva a la vida que ya nunca tendrá. Arthur comprime el cuello del pequeño obligándolo a admirar su obra de arte, un asesinato cometido como reprimenda, para así encauzar sus pasos. Abre los ojos ante la insistencia de la bestia y decenas de lágrimas ruedan por su rostro. Su amiga Jane esboza una mueca de dolor inmutable, delineando una despedida estremecedora en su rígida expresión. Los párpados cerrados resguardan su preciosa mirada llena de campos de olivo. Le acaricia la mejilla con su nudillo y recuerda con nostalgia cuando la conoció. Era principios del año pasado, durante el convite de una boda en la que se aburría soberanamente. A él siempre le ha costado hacer amigos, así que removía con la cuchara un pudin de manzana mientras el resto de niños correteaban por el gran salón.

—Por más que lo remuevas no se va a convertir en una tarta de chocolate —bromeó una niña sentándose a su lado. Era Jane—. ¿Vienes a jugar con nosotros?

—Tengo que acabarme esto... o mi padre se enfadará.

La niña de ojos verdes y largas trenzas rubias adivina sus pensamientos y temores más íntimos y, como si fuese una pequeña bruja salvadora, le arrebata la cuchara de las manos y engulle el pudin de manzana de aquel niño temeroso y apocado que acaba de conocer.

—Ya no tienes de qué preocuparte, ¡vamos a jugar! —dice Jane barriendo con la lengua los restos de pudin de sus labios.

La ensoñación termina con las manos de la bestia oprimiéndole el mentón.

—¡Mírala! Abre los ojos y mira a la zorra de tu amiga. No se ha esforzado lo suficiente por complacerme y por eso merecía la muerte.

¡¿Acaso quieres terminar como ella?! No me gustaría matar a un vástago mío, pero juro que lo haré si no dejas de hacer el maricón por ahí. Tenías que ser el mejor del equipo y ni siquiera acudes a los entrenamientos... ¿Creías que nunca sabría que venías aquí a hacer la niñata y bailar con tu amiguita? A la estúpida de tu madre podrás tomarle el pelo, pero a mí no. Escúchame bien —pega su boca al oído del pequeño y, con la crueldad anidada en sus labios, sentencia—: Jane ha muerto por tu culpa. Porque tú merecías un escarmiento y esto te va a perseguir toda la vida. Sigue bailando ahora si tienes suficientes cojones.

Se precipita hacia el suelo con un dolor que le desgarra por dentro. Ni siquiera llora, tan solo observa cómo su padre, en un acto completamente irreflexivo, deposita en la boca de Jane uno de los caramelos naranjas que se ha desprendido de la caja. Le coloca el envoltorio entre los dedos, saca de una mochila unas zapatillas de bailarina y se las cambia por las botas de agua rojas que lleva puestas Jane. Durante el tiempo que dura el macabro ritual, la bestia no deja de repetirle: «para que no olvides que esto fue tu culpa».

***

1986

HAN PASADO CUATRO MESES y todavía no puede dormir una noche del tirón. Se despierta con una terrible pesadilla en la que trata de quitarle el caramelo de la boca a Jane, pero justo en el instante en que lo atrapa con sus dedos, su amiga abre estrepitosamente los ojos y cierra con fuerza la boca. De los dientes de Jane brota la sangre a borbotones y dibuja una especie de sonrisa. Él trata de deshacerse del mordisco, pero es imposible, se siente amarrado al cadáver de Jane, que comienza a adquirir un tono parduzco y un pestilente olor a muerte que culmina con cientos de gusanos saliendo de todos sus orificios.

Jadea sentado en la cama y llora en silencio para no despertar a sus padres. Tiene miedo, pero al mismo tiempo le crece una especie de valentía en su interior que no acaba de aceptar. Tras la zozobra que experimenta cada noche, siente ganas de matar a su padre y lo imagina desangrándose y muriendo de mil maneras diferentes, terribles todas ellas. No le agrada sentirse una mala persona y, sin

embargo, desde aquella tarde de diciembre desea serlo con todas sus fuerzas. Se desprende de las mantas y sale a hurtadillas al pasillo hasta que llega a la habitación en la que descansa su hermano. El bebé duerme en una postura absolutamente carente de preocupaciones: los brazos extendidos a ambos lados de su cabeza, con las palmas de sus manos abiertas y succionando de forma intermitente sus labios como si soñara con la teta de su madre. Su hermano mayor lo observa apoyando la barbilla en la barra protectora de la cuna y, como cada noche después de la pesadilla, le susurra:

—Steve, recuerda que no fue mi culpa. Para mí te llamarás Esteban y algún día, pequeño, realizarás mi cometido.

Capítulo 12

Hertford, 2020

EL TROZO DE CIUDAD que se ve desde la ventana de Darcy ha desaparecido. Una niebla espesa, que moja el cristal queriendo filtrarse por él, ha devorado el paisaje, incluso la casa de enfrente parece que se haya desvanecido bajo la densa nube que acaricia las calles de Hertford. La pequeña de la familia duerme plácidamente en la cama, con los rizos dorados empapando su frente, delatando una optimista bajada de fiebre. Resopla profundamente por sus labios entreabiertos, creando una burbujita de saliva que se forma y deshace al compás de su respiración. Aina la mira apoyada en la ventana, deseando que la niebla se las trague a ellas también.

La inspectora Pamela Russel lleva media hora en la planta baja de aquella misma casa, sentada en el sofá del salón junto a los padres de Darcy y Kyle. Aina camina hacia la puerta de la habitación y los sollozos de Hellen se hacen más audibles a medida que se acerca. Apoya su oído sobre la templada madera de la puerta, que sigue manteniendo el dulce calor de la calefacción, pero es incapaz de escuchar más allá del dolor que emana del corazón de una madre. Opta por abrir un poco la puerta, no es que sea una de esas fisgonas que disfruta espiando conversaciones ajenas, pero lleva toda la noche cuidando de una niña pequeña a la cual no conoce y que acaba de perder a su hermano de la forma más despiadada en la que puede morir un niño. Por todo ello cree que está en su derecho de saber lo que está pasando. En cuanto abre la puerta es capaz de escuchar con claridad la voz de la inspectora que le llega lejana, pero completamente nítida.

—Señora Paige, siento mucho que haya perdido a su hijo, puedo imaginarme su dolor.

—No, no puede. Y deseo que nunca tenga que saberlo —dice con una nota de reproche en su voz, como si quisiera culpar al mundo de

su pérdida.

—Tiene razón, no puedo, pero lo que sí puedo hacer es aliviar un poco su corazón haciendo justicia y encontrando al culpable para hacerle pagar por... —se da cuenta al instante de que es incapaz de pronunciar «la muerte de su hijo» delante de una madre que acaba de sufrirlo—, por lo que le han hecho a Kyle. Necesito su colaboración.

Hellen asiente acongojada y sorbe una vaporosa taza de tila. David posa su mano sobre la espalda de su mujer y la frota con ternura, recompensándola por el enorme esfuerzo que le acarrea todo aquello.

—Valoramos enormemente su esfuerzo —continúa dirigiéndose a los Paige como si hubiese adivinado el pensamiento de David— y queremos hacerles saber que estamos a su entera disposición a lo largo de la investigación. Sostenemos la hipótesis de que la persona que perpetuó el doble asesinato no quería... acabar con Kyle.

Hellen y David adoptan una postura rígida y en sus ojos se dibujan decenas de preguntas que la inspectora Russel frena levantando la mano con un gesto que les ruega paciencia. Ambos esperan resignados a que Pam continúe con su exposición.

—Ava y Kyle murieron de forma parecida, pero a la vez muy distinta. Hay ciertos detalles en sus cuerpos que nos llevan a pensar que Kyle estaba en el lugar y el momento equivocados. El asesino se deshizo de él porque no le quedó más remedio.

Hellen ahoga un grito entre sus labios convulsos y visiblemente hinchados por la fuerza con la que los retiene entre sus dientes. Hay algo peor que asesinen a tu hijo, y es que lo asesinen por error. La culpabilidad de no haber estado con él en el lugar y el momento que, como había definido la inspectora, eran los equivocados. ¿Podrían haber evitado la hecatombe si ellos hubiesen acompañado al niño al conservatorio?

—¿En qué se basan para suponerlo? —pregunta David en un susurro que Aina es incapaz de descifrar desde la planta superior.

—Ava fue asesinada de una manera completamente agónica. Le sumergió la cabeza dentro del embalse produciéndole un terrible sufrimiento hasta el instante de su muerte. En cambio, en el caso de Kyle, el asesino se tomó la molestia de golpearle en la cabeza para dejarlo inconsciente y, cuando se aseguró de que el niño perdía la consciencia, lo estranguló con una especie de almohada u objeto blando con el que cubrió sus vías respiratorias —sentencia señalando la nariz y la boca a modo de aclaración.

Hellen vuelve a estallar en un llanto doliente que impregna el

salón de desconsuelo. Se agarra el pecho con una mano y se balancea, tomando con la otra sus rodillas, no soporta visualizar lo que su hijo ha tenido que vivir antes de su muerte. Un rayo de sol se cuela por la ventana, moldeando un hueco entre la niebla, y se posa sobre el rostro de Hellen, iluminando sus lágrimas como si alguien las besara. Parece que todos los presentes imaginan lo mismo y agachan sus miradas cuando Hellen cierra los ojos y traza una dulce sonrisa.

—Cuánto miedo habrá pasado... Y yo no estaba allí para protegerlo —murmura Hellen recogiendo sus lágrimas en un pañuelo y mirando el rayo de sol que se desvanece de nuevo entre la nubosidad.

Los ojos de Pam no pueden evitar empañarse. A pesar de tener que convivir con la muerte cada día, todavía no es capaz de domar el dolor, de gestionarlo de forma ajena y no como si lo sintiera suyo.

Un silencio lacerante se apodera de la estancia hasta que Spencer, que se mantenía de pie junto a una de las ventanas, comienza a hablar.

—En un primer momento, pensamos que Kyle había presenciado por error el crimen y que el asesino lo había descubierto. En ese supuesto el niño habría echado a correr y el asesino le habría golpeado para retenerlo, pero supimos de inmediato que eso no era posible porque ambos murieron en Birmingham, a 111 millas de Hertford. Era prácticamente imposible que Kyle llegara hasta allí y presenciara, por casualidad, el asesinato de su compañera de clase. Sostenemos la hipótesis de que el inductor de los crímenes tenía el punto de mira fijado en Ava y en el momento del secuestro se encontraba con su hijo. Los retuvo aquí, en Hertford, y los condujo hasta el embalse de Birmingham para... perpetuar el crimen —explica tratando de eludir de su discurso palabras amenazantes como matar o asesinar.

—Os contamos todo esto porque, además de tener derecho a saber cómo ocurrió, creemos que el asesino puede ser alguien del entorno de Kyle.

Hellen se revuelve nerviosa en el sillón. ¿Qué persona conocida podía acabar con la vida de su pequeño? ¿Quién era tan malvado como para esconderse entre la piel de todas las buenas personas que los rodeaban?

—Como hemos comentado antes, se tomó muchas molestias para evitarle sufrimiento a Kyle... —continúa Pam, haciendo bailar un bolígrafo que sostiene entre sus dedos—. Incluso tuvo la delicadeza de cubrir su cuerpo con una lona, como si no quisiera que la tempestad o

cualquier aspecto ambiental lo hirieran. Es algo incoherente, pero en la resolución de crímenes estos pequeños detalles nos arrojan mucha claridad. Creemos que el culpable es alguien a quien Ava y Kyle conocían bien y que, por algún motivo, sentía un afecto especial por vuestro hijo.

—Kyle y Ava solo tenían una cosa en común: sus clases de piano —anota David, que ha permanecido callado y sereno durante prácticamente toda la conversación. Pam sostiene con fuerza el bolígrafo y encara su libreta para anotar cualquier pormenor—. Ni siquiera iban a la misma escuela. Así que la única persona que se me ocurre que pueda ser un nexo entre ambos es su profesor del conservatorio.

Pam lanza una mirada cómplice a Spencer. Ellos ya habían barajado esa posibilidad y David se ha adelantado a sus conjeturas. Es un hombre inteligente, se refleja en su rostro y la forma en la que los escucha con atención.

—¿Podría decirme su nombre?

—John. John Grey.

Pam siente un mareo al escuchar el nombre y la libreta se desliza de sus manos hasta chocar contra el suelo. Reclama ayuda con la mirada a su compañero, que se acerca hacia los Paige estrechándoles la mano.

—Gracias por su colaboración, han sido de gran ayuda.

Pam recoge la libreta sin apuntar nada en ella y con gesto aprobatorio secunda las palabras de Spencer, que la analiza confuso, tratando de comprender su reacción.

Salen de la casa, emprenden la marcha hacia el coche y, durante el corto trayecto, ninguno dice nada. Pam se acomoda en el asiento del copiloto, no quiere conducir, solo necesita pensar. Spencer pone la llave en el contacto, con la otra mano sostiene el volante y, cuando está a punto de girar la llave, vuelve a acomodarse en el asiento, se desabrocha el cinturón y dirige la mirada hacia su jefa.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro?

Pam suspira.

—Debemos localizar al profesor de los niños e interrogarlo.

Spencer se encoge de hombros y suspira molesto.

—Yo también lo creo. Pero ahora quiero saber por qué te has puesto a temblar al escuchar su nombre

—No podemos enjuiciarlo todavía, sin pruebas —dice evasiva.

—Nadie ha dicho que vayamos a hacerlo, pero sigues sin

responder a mi pregunta. —Spencer no se rinde.

—El profesor no puede ser el tipo que buscamos, es imposible que sea el cómplice del alcalde Arthur, el inductor que está recreando sus crímenes.

—¿Por qué estás tan segura, Pam?

Se queda callada mirándolo durante unos segundos, queriendo que él adivine lo que pasa y no tener que pronunciarlo ella misma. Pero decide responder, agachando primero la mirada y apretando los labios después.

—Porque John Grey es mi exmarido, porque era un bebé cuando se cometieron los crímenes del caramelo y porque es una bellísima persona.

Spencer no dice nada más. Simplemente estira su brazo y acaricia con afecto el rostro de su compañera. Pam tiene los ojos anegados de lágrimas, un nuevo miedo se ha instalado en su interior como una nube a punto de descargar más frío y dolor sobre ella. ¿Cómo podría explicarles a aquellos padres que la misma persona que había deseado tener un hijo más que nada en el mundo les privara a ellos de ese mismo privilegio? No podía ser. No era posible.

Aina observa la escena desde la ventana sin ánimo de especulación, libre de suposiciones. Sencillamente mira el mundo con ojos escurridizos, anhelantes de escapar de la cruel realidad. La niebla se ha ido dispersando, despejando la calle y permitiéndole descubrir que no es la única que tiene la mirada puesta en el coche de la policía. El vecino de enfrente, el misterioso chico al que devolvió ayer una lata de cerveza, apunta con unos prismáticos hacia la inspectora Russel, tratando de interceptar aquella conversación, esforzándose por leer sus labios.

Capítulo 13

Londres, 2020

HÉCTOR LLEGA AL INSTITUTO PSIQUIÁTRICO diez minutos antes de los turnos de visita. Tal y como ya había previsto, no logra convencer al hostil recepcionista de que lo deje pasar antes de tiempo. Aprovecha para fumarse un cigarrillo a las puertas del enorme edificio, lo observa del mismo modo que lo hace cada lunes. Niega con la cabeza. Definitivamente no parece una clínica, sino más bien la mansión de un lord. La fachada enladrillada, el techo a dos aguas, los extensos jardines en los que rara vez se ve a alguien pasear... Se frota el mentón advirtiendo que su barba no lo oculta del mundo desde hace un par de días. Se siente más vulnerable sin ella, como si para el resto ahora fuese más fácil adivinar sus pensamientos, dominar sus más oscuros secretos.

—Perdone, aquí está prohibido fumar. Si quiere hacerlo, aléjese de las instalaciones. —Lo sobresalta una de las enfermeras que acaba de terminar su turno, enfundándose en un abrigo en dirección al aparcamiento.

Héctor arroja el cigarrillo con fastidio y lo pisotea airado hasta dejar un rastro oscuro en el impoluto suelo de la entrada. Su hastío nada tiene que ver con el tabaco ni con el tirante trato con el que se ha dirigido a él la enfermera, sino con tener que lidiar con el remordimiento de tenerlo allí encerrado, privado de la libertad que merecen sus alas inquietas, despojado de su mayúscula curiosidad por comprender y arreglar las roturas del mundo. Todo sería distinto si el universo que habitamos fuese un poco más sensato y no tan falso en apariencia. Desde fuera contemplas un edificio que nada tiene que ver con lo que te encuentras dentro. La gente que trabaja allí no parece en absoluto satisfecha con su trabajo, sus miradas siempre revelan un halo de oscuridad por las desesperanzadoras escenas a las que asisten cada día. La rigurosa actitud vigilante del personal de seguridad junto

a las puertas cerradas del psiquiátrico son un reflejo del sentimiento que se experimenta al recorrer los pasillos: una auténtica sensación de reclusión que lastima hasta lo más hondo. Allí nadie escapa de su mente, nadie abandona sus miedos, aunque se vean obligados a enterrarlos. Los susurros incoherentes de los pacientes producen un escalofrío en la nuca de Héctor, que se cruza con la mirada de algunos de ellos y los siente tan muertos que nadie diría que alguna vez estuvieron vivos.

Este lugar debería ser distinto, debería derrochar alegría y optimismo para contagiar esa energía a los que están faltos de ella. ¿Acaso nadie se ha dado cuenta de que la tristeza se alimenta de más tristeza y que, cuanto más come, más indestructible se vuelve?

Llega a la habitación 113 donde le espera la doctora con un informe en la mano. Tarda unos segundos en reconocerlo. La comprende. Desde hace un tiempo, y ahora sin su barba, él tampoco sabe quién es.

—Señor Izquierdo —dice con una pronunciación tan marcadamente inglesa que Héctor se siente ridículo al escuchar su apellido en la boca de la mujer—, hoy no ha tenido buena noche. Desde la tormenta del viernes anda un poco alterado, ya sabe cómo se pone cada vez que hay una. Durante el día de ayer tuvimos que suministrarle una dosis más alta de su medicación, así que no lo estimule demasiado. No creo que consiga hacerle hablar hoy.

La mujer emprende la marcha por el pasillo desierto, haciendo resonar los tacones con una melodía armoniosa.

—Gracias, doctora —responde mientras golpea la puerta con los nudillos.

La habitación desprende un fuerte olor a gel hidroalcohólico y lejía; comprende al instante que la reciente enajenación lo llevó al vómito. No quiere imaginar cuántas veces se lo provocó. Lo encuentra tumbado en la cama, con los ojos apuntando a la ventana, pero la mirada ausente desde hace tiempo. Dorian ni siquiera se vuelve para mirarlo, aunque sabe que está allí. Tiene las muñecas sujetas a las barras metálicas de su cama, como si acaso su cuerpo derrotado fuese capaz de hacer algo por sí mismo. Desde que le suministraron los calmantes no le quedan fuerzas para la resistencia. Tampoco para retar con la mirada a Héctor, para suministrarle su dosis semanal de culpabilidad. No puede perdonarle que lo haya dejado en un sitio tan triste. Se supone que la familia nunca te abandona.

—Hey... Estoy aquí —musita Héctor rozando la mano del chico—.

Sé que algún día me perdonarás, Dorian. Es por tu bien.

Aunque las lágrimas no amanecen en sus ojos, el pequeño llora a mares por dentro. Héctor siempre le repite lo mismo en cada visita, y él le responde con indiferencia, poniendo fronteras invisibles al afecto que una vez sintió por él. Pero, en esta ocasión, Héctor no se sienta a los pies de la cama. Se mantiene de pie observándolo, intentando compensarle con las migajas de una compañía efímera de la que no volverá a hacer alarde hasta el próximo lunes.

—Hoy no puedo quedarme mucho tiempo —rompe el silencio de nuevo—. Ya sabes que nada es más importante que tú, pero esto tiene mucho que ver contigo. He de ir al entierro de un niño, Dorian. Ojalá algún día pueda explicártelo, pero quiero que sepas que estamos muy cerca del final. Junto a la tormenta del viernes... llegó la noche de los inocentes.

Dorian vuelve con lentitud su cabeza hacia él, reconociendo el peso y el significado de las últimas palabras.

—Perfectos —susurra.

Héctor lo mira incrédulo, no consigue adivinar lo que ha pronunciado el chico.

—¿Qué quieres decirme, pequeño? —pregunta inclinándose hacia él para poder acariciarle la cabeza, descubriendo pequeños círculos simétricos en los que el niño se ha arrancado pelo.

Dorian lo observa con unos ojos terriblemente vacíos. Héctor se estremece, pero no cambia su posición. Sigue cerca del niño, esperando que se produzca el milagro de oírlo hablar de nuevo.

—Perfectos... inocentes —rectifica volviendo su rostro hacia la ventana bañada de humedad.

Héctor se irgue sin saber qué decir y sale apresurado de la habitación. Deshace sus pasos y vuelve para depositar un beso en la frente helada del niño.

—La noche de los perfectos inocentes —murmura mientras corre hasta su coche. No comprende si se trata de una casualidad o si Dorian de nuevo sabe más que él, pero ahí está, abriéndole el camino una vez más.

Capítulo 14

Hertford, 2020

AINA HA PASADO LA MAÑANA sentada en el salón, viendo dibujos animados con Darcy. En el resto de la casa parece no haber vida, todo se recubre de un silencio que es lo más parecido a la dentellada que deja un mordisco en la piel. David ha bajado una vez para preparar un par de infusiones y se ha acercado a ellas para acariciar la cabeza de su hija y obsequiarla con un beso. A Aina le ha dedicado una mirada de gratitud por el esfuerzo de adaptarse a una situación tan terrible, por tener que sobrevivir por cuenta propia en un país, una familia y un hogar que no son los suyos. Después, ha desaparecido por las escaleras y se ha metido en la habitación en la que Hellen sigue ejecutando el innato acto de respirar, aunque ya no hay en él ni una ínfima partícula de nada que tenga que ver con la vida.

—Kyle siempre quiere ser Ben duende y yo soy la princesa Holly —anota Darcy señalando el televisor en el que dos niños de dibujo juegan con una mariquita llamada Gastón—. ¿Quién quieres ser tú, Aina?

—Seré Gastón —afirma sin pensarlo demasiado.

La niña la mira incrédula.

—No puedes ser Gastón —dice llevándose la mano a la cabeza con gesto de estupor.

—¿Por qué no?

—Aina... —la voz de Darcy toma una entonación exageradamente adulta—, Gastón es una mariquita y tú no vuelas. —Lanza un suspiro pensando que a los adultos hay que explicárselo todo...

A Aina le hace gracia la aclaración bañada de lógica aplastante que acaba de proporcionarle Darcy y libera una risita que conduce a que ambas se miren cómplices.

—Entonces... ¿quién puedo ser?

Darcy lo piensa unos segundos, mirando hacia el techo y

colocando su dedo índice sobre el mentón. De pronto, aparece en la pantalla una especie de hada que lleva un vestido morado, el pelo recogido en un moño y una varita en la mano.

—Serás Nana —asiente convencida de su elección.

—Pero Nana también tiene alas, por tanto, puede volar —la provoca Aina.

—Ya, pero es que ella es la maestra de Ben y Holly, y los cuida. —Se hace una pausa que permite sorber la nariz a la niña. Parece emocionada—. Y tú me cuidas mucho. Por eso tienes que ser Nana.

Aina la observa con ternura y le dedica una sonrisa. Los minutos siguientes analiza la delicadeza con la que se mueve y habla la pequeña hada que se desplaza por la pantalla. Se siente afortunada de que Darcy haya visto en ella un reflejo suyo.

La pequeña comienza, sin causa aparente, a gimotear y expresar intermitentes sollozos. Aina no tarda en comprender que acaba de dispararse el torrente de emociones que siente Darcy al creerse abandonada por sus padres, sumándose a la lucha interna que está librando por entender la ausencia de Kyle.

—¿Quieres que hablemos de lo que está pasando?

La niña asiente enjugándose las lágrimas con la manga del pijama.

—Pregúntame lo que necesites —le anima Aina.

—¿Dónde van los muertos? —pregunta como un cuchillo directo al corazón de su interlocutora.

—Hay muchas teorías sobre eso, pero en realidad nadie lo sabe. Creo que dónde van no es lo importante, sino dónde se quedan.

Darcy la mira con ojos interrogantes antes de abalanzarse a hablar.

—Se quedan en la tumba —resuelve la pequeña.

—Su cuerpo está en la tumba, pero la magia de las personas se queda en un lugar mejor. Aquí. Y aquí —le susurra señalándole el corazón y después la cabeza.

—Creía que solo tenían magia las brujas y los brujos.

—¡De eso ni hablar! Todos somos capaces de hacer magia si creemos en ella. Es más, ahora Kyle puede estar aquí contigo porque en el cielo no caben todas las personas del mundo que viven a lo largo de la historia, por eso antes de irse dejan su magia dentro de nosotros. Es más fácil que sigan viviendo en el corazón que en el cielo. El cielo está muy lejos de nosotros, y si nos dejan la magia dentro es más fácil que podamos transportar su vida de un lado a otro y mostrársela a las personas que no los conocieron. Yo lo aprendí cuando se murió mi padre, ahí entendí que las personas nos dejan algo especial, que no

podemos ver, ni entender, pero que podemos sentir como si fuera real. ¿Quieres que te enseñe?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclama sin haber comprendido nada.

—Pues primero tienes que hacer algo súper fácil: cerrar los ojos. A ver cómo lo haces...

Darcy finge cerrarlos haciendo fuerza con sus párpados, aunque sus ojos siguen teniendo una fina cortina de visibilidad.

—No, no. Así no funciona la magia... Tienes que cerrarlos bien y concentrarte.

Al segundo intento, Darcy relaja los músculos de su rostro y cierra los ojos, dejándose vencer por la necesidad de reencontrarse con su hermano.

—Ahora tienes que recordar un momento especial con Kyle. Tienes que esforzarte mucho para poder escuchar en tu cabeza su voz, las palabras que decía en ese momento, qué ropa llevaba, su cara... Es muy importante que veas su cara, el color de sus ojos, la forma de su nariz, el grosor de sus labios...

La niña, inmóvil, escucha con atención. Aina también tiene los ojos cerrados, de modo que ella también está haciendo uso de la magia que dejó su padre, esa que nunca se fue. Los abre para echar un vistazo a la expresión de Darcy, una dulce sonrisa recoge las lágrimas que ruedan por sus sonrojadas mejillas. La magia ha hecho su efecto, Kyle está allí, en su recuerdo, en la primitiva función cerebral de detener el tiempo y retener a los nuestros para que no se nos vayan jamás. Aina posa su mano sobre los pequeños y delgados dedos que se entrelazan al sentir contacto. Reconoce el cálido tacto de su hermano en él y llora con más fuerza. Aina deja que el río de dolor brote de las cuencas de una niña que pronto dejará de ver el mundo con inocencia, una niña que se convertirá en una mujer fuerte que sobrevivió a la pérdida. Estamos hechos de todo lo que perdemos a lo largo de la vida y nada nos destruye y reconstruye más que las pérdidas humanas. Le tiemblan los labios en un intento de frenar su propio llanto, pero no lo consigue. Se acurruca sobre las piernas de Darcy y llora también. Descubre en las manitas que le acarician el pelo su mismo miedo: el olvido.

***

DE CAMINO A LA TIENDA de comestibles que hace esquina en la

manzana contigua, se desliza un pequeño copo de nieve que atrapan sus pestañas. Aina lo recoge entre sus dedos dejando una fina capa gélida y granulada sobre el surco de su ojo. Mira hacia el cielo y lo encuentra vestido de una espesa nube que podría dejar una buena nevada en los últimos coletazos del mes de enero. Apresura el paso para poder cobijarse cuanto antes. Al entrar a la tienda le sorprende su amplitud, imaginaba una especie de kiosco, pero en realidad es más parecido a un pequeño supermercado. Tras el mostrador, un dependiente de origen asiático levanta la cabeza de la pantalla del móvil al advertir su entrada. Lleva puesta una mascarilla quirúrgica y le señala un bote de gel desinfectante a la vez que se frota las manos para indicarle lo que debe hacer. Aina ha escuchado en la televisión algo sobre un virus que está asolando una ciudad de China, aunque tampoco ha prestado demasiada atención a las noticias últimamente. Quizás el dependiente sea de allí, esté al tanto de lo que está ocurriendo y eso le haga ser más prudente de lo normal.

—¿Tienen palomitas de maíz? —pregunta acercándose al mostrador.

El chico da unos pasos hacia atrás como si quisiera guardar las distancias con ella y levanta un brazo señalando hacia el interior de la tienda donde hay tres pasillos. Aina se queda frente a él con expresión interrogante.

—Primer pasillo —aclara y vuelve a clavar sus ojos en la pantalla del teléfono.

Aina no tarda mucho en encontrarlas, aunque duda entre saladas o dulces. Al final se decanta por las primeras. Tras la conversación con la pequeña Darcy, le ha prometido que harían una tarde de peli, manta y palomitas. Han escogido la de *Coco*, brutal elección para entender el duelo. Kyle lleva veinticuatro horas enterrado y su muerte ya está dejando una huella imborrable. Se dirige al mostrador y la estrepitosa campana de la puerta principal avisa de la entrada de un nuevo cliente. Aina mira curiosa y reconoce al vecino de los Paige. Sin saber muy bien por qué, hunde su mirada en el suelo y experimenta un bochornoso fogonazo en sus mejillas. El dependiente ha desaparecido del mostrador y no le queda más remedio que esperarle en caja con las palomitas en la mano. El misterioso vecino se coloca tras ella con una pizza congelada y una litrona de cerveza que trata de esconder tras el separador que reposa en la cinta. Ella trata de disimular mirando hacia el lado contrario cuando ve algo que le llama la atención. Junto a la puerta de salida hay un expositor giratorio de

CD, se acerca y coge un ejemplar de la parte inferior: es el primer disco de los Broken Hearts. Siente una punzada en el pecho que le inunda los ojos de infancia.

—Eres muy joven para gustos tan exquisitos —le sorprende una susurrante voz vestida de un perfecto español.

Se da media vuelta y se encuentra con el vecino de los Paige muy cerca de ella. A pocos centímetros, y tras desprenderse de la barba, a Aina le resulta mucho más atractivo. La marcada mandíbula y el hoyuelo que se dibuja en su barbilla se cuelan por su sistema nervioso.

—Era el grupo favorito de mi padre —acierta a decir.

—Soy Héctor, vecino de los Paige —se presenta estrechando su mano—. Siento mucho... todo.

—Aina —responde con el mismo gesto.

—Vaya papeleta te ha tocado vivir... Acabada de llegar y te encuentras con todo esto... Debe de ser horrible.

Ella le sonríe y vuelve a dejar el CD haciéndole hueco entre los que se han deslizado hacia delante al cogerlo. Quizás piense que es una antipática, pero la intimida tanto que no sabe ni qué responder. Tampoco es que confíe demasiado en un tío que se dedica a observar por su ventana con unos prismáticos.

El dependiente sale por fin de una puerta que Aina atribuye al almacén. Los atiende de forma distante y se pone unos guantes de látex para tocar el dinero. Aina resopla a causa de la extraña y desmedida forma en la que actúa el chico, y Héctor no puede evitar soltar una discreta carcajada.

Salen de la tienda casi a la vez y se protegen con las capuchas de sus chaquetas de los copos que van cubriendo el suelo de un blanco aterciopelado. A los pocos segundos, Héctor camina silencioso al lado de Aina.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunta ella para intentar hacer menos incómodo el camino a casa.

—No mucho —miente—. Apenas conozco a los Paige. Aquí en Inglaterra la gente no es tan abierta como en España, cuesta estrechar relaciones.

—¿Y trabajas por aquí?

—En realidad trabajo desde casa. Me mudé aquí porque mi exnovia encontró trabajo de maestra, pero al poco tiempo de vivir juntos nos dimos cuenta de que lo nuestro no iba a ningún lado. Estar tan cerca nos alejó por completo de lo que un día fuimos. De modo que ella se volvió a España y yo me quedé. Soy un tipo solitario, así

que esta tranquilidad en parte me fascina —dice arrepintiéndose al instante de todas y cada una de las mentiras que ha soltado por la boca en tan solo veinte segundos.

Aina lo observa tratando de averiguar si la ruptura es lo que le lleva a beberse una litrona y comerse una pizza congelada. Caminan durante un par de minutos en completo silencio, ella mira la pantalla de su teléfono tratando de disimular. No le gusta la gente que le cuenta su vida a la mínima de cambio. A ella le cuesta un poco más, entiende que sus pérdidas, sus heridas y sus risas son tan solo suyas y que para compartirlas es necesario rascar un poco más de tiempo.

—Te toca —instiga Héctor.

Aina suspira aliviada al ver que han llegado a sus respectivos destinos y se quedan uno frente a otro sin saber por dónde conducir la conversación. Los copos de nieve se acumulan sobre sus cabezas y, aunque Aina quiere marcharse, hay otra fuerza en su interior que le impide despedirse.

—Si algún día necesitas hablar o tomar un café, estoy tras esa puerta —concluye Héctor sonriente al comprobar que no va a sacar mucho más de ella.

Aina asiente sin mediar palabra y le dedica una sonrisita tonta al escuchar la propuesta. Ella misma se sorprende justo en el momento en que la ejecuta. Está tan confundida que la cabeza le da vueltas, quiere escapar de un desconocido y a la vez se muere por aceptar la propuesta de tomar un café.

«No te líes, Aina. Es un desconocido que podría ser un psicópata. Pero qué guapo es el tío...», se dice a sí misma.

Penetra en la vivienda con cierta ilusión de la que se siente culpable al instante, tras escuchar el llanto inagotable de Hellen. Se asoma al salón y descubre a Darcy sobre el sofá con las manos cubriendo sus oídos para evitar a toda costa que le invada el dolor que fluctúa en la planta de arriba. Aina desliza la puerta corredera del salón para amortiguar el sonido en la medida de lo posible.

—¿Preparada para una tarde de cine?

—¡Sí! —exclama la niña dándole un zarpazo a la tristeza.

—He comprado estas, ¿qué te parece? —pregunta enseñándole la bolsa de palomitas.

—¡Me parece que eres la mejor! —responde, y se abalanza para abrazar a Aina. Su salvavidas.

Capítulo 15

Birmingham, 2020

POR SI NO FUERA SUFICIENTE el intenso encuentro con los padres de Kyle Paige, Spencer y Pam también se acercaron en la jornada de ayer a casa de Ava Potter. La conversación fue similar a la primera: afilada, desoladora y sin ninguna evidencia que pueda aclarar la atropellada mente de la inspectora Russel. El único punto en común es, a todas luces, John Grey; y eso la trae de cabeza.

Deciden dirigirse al conservatorio, pero antes Pam le ruega a Spencer tomar un café con el fin de poder revisar el expediente de Arthur MacCarthy. La comisaría está prácticamente vacía al mediodía y se adentran en el despacho de Pam. Ni siquiera cierra la puerta. Prepara dos cafés de máquina, uno con leche para Spencer y otro solo para ella. Debería dejar la cafeína para no entorpecer el embarazo, pero tiene tan pocas expectativas puestas en él que ni siquiera concibe el peligro. Spencer vuelve con un carpesano blanco amarilleado por el tiempo y con las esquinas roídas. Lo deja sobre la mesa, toma el vaso que le ofrece la inspectora y espera paciente a que lea la ficha policial.

La inspectora sorbe el café, que tiene un sabor rancio al que su paladar ya se ha acostumbrado. Está ardiendo y eso la obliga a bañar los labios con su lengua para aliviar la quemazón. Cuando abre el carpesano, se encuentra con la mirada del exalcalde de Birmingham: Arthur MacCarthy. Era un hombre fornido, de anchos hombros y pecho abultado. Alrededor de los ojos empezaban a formarse unas livianas arrugas, su nariz ligeramente encorvada le daba un aspecto más fiero, que se relajaba al alejar un poco la perspectiva y añadir al rostro su sonrisa, que estaba coronada por un aliñado bigote. Su rostro le resulta familiar, como si hubiera coincidido con él alguna vez.

—Arthur MacCarthy fue el alcalde de Birmingham hasta el año 1986, cuando fue destituido al ser detenido como inductor de cuatro asesinatos —comienza a explicar Spencer, que se ha mantenido en

silencio desde que han salido de casa de los Potter—. Los que lo conocían dijeron de él que era un hombre visceral, de mucho carácter, pero que como alcalde era un tipo excepcional que se desvivía por sus vecinos y que había logrado grandes avances en Birmingham, así que era una persona querida y respetada. Tras la detención, se destaparon otros delitos como blanqueo de capital, contrabando de recursos mineros y reiterados maltratos a su familia.

—Un alcalde muy afable y campechano... —ironiza Pam.

La máquina de café escupe un insistente goteo que consigue captar la atención de Pam. Se levanta para colocar un vaso de cartón que amortigüe el sonido. Spencer no detiene su exposición, está más que acostumbrado a las manías de su jefa.

—El primer asesinato que cometió fue el de Jane Johnson, la hija del vicealcalde con el que Arthur mantenía una estrecha relación de amistad.

Pam vuelve a sentarse en su silla y Spencer desliza sobre la mesa la foto de una niña de larga cabellera rubia en un escenario idéntico al de Ava Potter.

—Es el único asesinato del que él mismo se declaró culpable. En su declaración admitió que se sentía atraído por la niña, de la que abusó sexualmente un par de veces antes de asesinarla. Confesó que la mató por miedo a que algún día ella hablara y lo inculpara. Los otros asesinatos fueron los de Jack Williams, Robert Green y Elizabeth Myers.

Spencer coloca las tres fotos junto a la de Jane. Los cuatro niños muestran la misma expresión de sufrimiento en su rostro, una mirada hueca orientada al desierto más infinito. En su boca, el caramelo; en sus pies, las zapatillas de *ballet*; entre sus dedos, el envoltorio de un crimen.

—Jack Williams tenía doce años cuando fue asesinado. Jugaba con el hijo mayor de Arthur al rugby. Era el *full back* del equipo y le auguraban un futuro prometedor en el deporte. Apareció muerto en Salford Park apenas ocho días después del asesinato de Jane. Se desplegó un dispositivo de vigilancia continuo en el embalse, no podíamos dejar que el asesino volviera a actuar delante de nuestras narices. Los vecinos ni siquiera entraban allí, se extendió el pánico por la ciudad y llegaron a creer que Salford Park estaba maldito. A los veintiún días teníamos otro chaval asesinado: Robert Green, dieciséis años.

—¿Y el dispositivo de vigilancia?

—Nos relajamos... Pasadas las dos semanas creímos que el asesino no volvería a actuar allí, que si lo hacía sería en otro lugar. Aquello habría sido una ratonera para él, estábamos perdiendo el tiempo. Pero nos equivocamos y el muy cabrón volvió con el mismo *modus operandi*; se estaba riendo en nuestra puta cara. Así que le tendimos una trampa, aunque también llegamos tarde porque ya se había cobrado otra vida.

—¿Elizabeth Myers? —pregunta Pam sosteniendo en su mano la foto de una niña morena, regordeta, con unos rollizos mofletes que sujetaban sus gafas de pasta.

—Elizabeth Myers —secunda Spencer apurando su café cortado.

—Vale, pero háblame antes de Robert Green. ¿Quién era? ¿Por qué tendría interés Arthur en matarlo?

—Nunca supimos qué fue lo que movió a Arthur para querer matarlos porque él mismo negó los asesinatos hasta el mismo día de su muerte. A Jane la mató porque era un pederasta que había perdido el control y tenía miedo, pero las autopsias de los otros tres jamás revelaron indicios de agresión sexual. Concluimos que el alcalde Arthur era un psicópata en potencia que disfrutaba matando, al igual que gozaba de dar palizas a su propia familia, pero era tan cobarde que no tenía el suficiente valor para reconocerlo. En cuanto a Robert Green, sabemos que lo conoció en un concurso de ciencias que se celebraba anualmente. El chaval había ganado un par de ellos en años consecutivos. Le rompió la racha el propio hijo del alcalde, Mark, que tenía once años cuando se cometieron los asesinatos. Suponemos que Arthur conocería a Robert en la edición de aquel concurso. Quién sabe lo que pasaría por su mente para decidir que debía ser ese chico y no otro al que asesinaría pocos meses después.

—¿Y Elizabeth Myers?

—Compañera de clase de su hijo Mark. Todos eran chicos que él tenía a su alcance, su hijo era la moneda de cambio para llegar hasta ellos.

—¿Cómo fue su detención?

—Como te comentaba antes, le tendimos una trampa y al final fuimos nosotros los que caímos en ella. Hicimos correr la noticia en la prensa de que se cerraba el caso de los tres niños, nos inventamos un culpable para herir el orgullo de Arthur. Sabíamos que, al ver la prensa, volvería a actuar para demostrarnos que él ganaba y que nosotros no teníamos ni puta idea. Desplegamos otro dispositivo de vigilancia, mucho más reforzado y a la vez discreto. Teníamos a todo

el cuerpo pendiente de Salford Park, pero todo se torció la noche que mataron a Elizabeth. Recibimos una llamada de emergencia de Mark —suspira.

—¿El hijo del alcalde?

—Exacto. Eran las dos de la mañana cuando nos avisó de que su casa estaba en llamas. Tomamos una mala decisión y barajamos que aquella noche el asesino no actuaría porque era habitual que lo hiciera sobre la medianoche y no entrada la madrugada. Nos movió eso y que era la casa del alcalde la que se quemaba, así que nos dirigimos allí dejando Salford Park desprovisto de cualquier posibilidad de salvar la vida de Elizabeth Myers. En efecto, la casa del alcalde estaba siendo devorada por el fuego. Los bomberos consiguieron rescatar con vida a su mujer y a su hijo pequeño, que en aquel entonces era apenas un bebé de pocos meses de vida. Creímos que Mark y Arthur habrían muerto, pero los bomberos nos aseguraron que no había nadie más en la vivienda. Fue entonces cuando algo en mi cabeza estalló, fue como conectar todas las piezas sueltas de un puzle confuso. Si Mark nos había avisado del incendio y ni siquiera estaba en casa, ¿cómo podía saberlo? ¿Por qué quería llamar de ese modo nuestra atención?

Pam ni siquiera tragaba saliva, estaba absorta en la historia que emanaba de los recuerdos de Spencer.

—Supe entonces que debíamos salir pitando hacia Salford Park. No fue una corazonada cualquiera, fue la corazonada que marcó mi carrera. Cuando llegamos nos topamos con el hijo de Arthur, corría despavorido hacia ninguna dirección. Lo interceptamos y nos confesó que acababa de ver cómo su padre asesinaba a Elizabeth Myers. Efectivamente, nos encontramos al alcalde arrastrando los pies de la niña, acercándola a la orilla donde solía depositar los cuerpos. Había provocado un incendio en su propia casa para desviar nuestra atención aun a riesgo de matar en él a su familia. Todo salió mal. Él perdió porque lo descubrimos, nosotros perdimos porque fuimos incapaces de salvar la vida de Elizabeth.

—Si lo encontrasteis junto al cadáver de la niña, ¿qué alegó para declararse inocente de ese asesinato?

—Esa es la parte más macabra de la historia. El muy cobarde, al arrestarlo, juró que fue su hijo Mark el que asesinó a Jack, Robert y Elizabeth. Fue tan sumamente pusilánime que inculpó a un niño de apenas once años.

La inspectora tuerce los labios y ladea ligeramente la cabeza sopesando la información.

—¿Se barajó alguna vez que aquello fuera posible?

—Jamás. Mark era un niño delgaducho, tímido y miedoso. Vivía atemorizado por las palizas que le propinaba Arthur, nunca le creímos capaz de hacerlo. Es más, Robert tenía dieciséis años, era un chaval fuerte y decidido, era prácticamente imposible que Mark tuviera fuerza como para poder ahogarlo en el embalse. Nunca pudimos sacar pruebas más allá de lo que vieron nuestros ojos, pero su mujer nos confesó que en el despacho de Arthur había encontrado una caja llena de zapatos de *ballet* dentro de un armario. Nunca contamos a la prensa que los cuerpos eran calzados de tal forma por el asesino, así que era imposible que ella supiera que aquello podía ser una prueba definitiva para incriminar a su marido. Aun así, le sorprendió encontrarlos y nos lo contó. No pudimos comprobar que decía la verdad porque todo había quedado calcinado, pero sus declaraciones fueron suficientes para el juez.

—¿Y qué es ahora de ella y sus hijos? ¿Sabemos algo?

—De Isabelle sabemos que falleció en el año 2000, de una enfermedad degenerativa que le detectaron unos años antes. Mark se ocupó de Steve, que todavía era menor de edad. A los pocos meses dejaron Birmingham, los asesinatos que cometió su padre los habían salpicado y no eran muy bien recibidos por los vecinos, habían aguantado allí por su difunta madre. Hemos tratado de investigar qué fue de ellos tras lo ocurrido con Ava Potter. Lo que hemos descubierto es que se marcharon a España y desde allí nos han confirmado que Steve MacCarthy fue asesinado en el año 2017 de una puñalada. No me han querido dar muchos detalles, pero al parecer era una joyita como su padre y lo mataron en defensa propia.

—La genética puede ser aterradora.

—Que se lo digan a mi prima Rose, con lo fea que es y lo guapo que he salido yo.

Pam suelta una carcajada, hacía mucho tiempo que no se reencontraba con el sentido de humor de Spencer.

—¿Y su hijo mayor?

—De Mark no hemos encontrado nada, le hemos perdido la pista completamente. Es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

El despacho enmudece durante unos segundos, aunque en la cabeza de Pam hay un ruido frenético, casi se pueden oír sus pensamientos.

—Quizás sea el hombre que buscamos... Él vio el asesinato de Elizabeth, podría recrear a la perfección la escena —sentencia.

—A Arthur no le dio tiempo a preparar el cuerpo de Elizabeth con los caramelos y las zapatillas de *ballet*. No sé, es una probabilidad, pero no termina de encajarme del todo. Además, recuerda que todavía tenemos a un sospechoso al que interrogar. Entiendo que te cueste verlo de esa forma, pero John Grey tiene que demostrar muchas cosas.

Pam se queda en silencio. Enrosca una bufanda en su cuello y se coloca el anorak que colgaba de la silla. Sale del despacho con paso decidido y Spencer la sigue hasta las puertas de la comisaría. El bolsillo del uniforme de Pam vibra, introduce su mano en él y saca el teléfono móvil. En la pantalla salta un mensaje de Lizzie: «Tenemos una conversación pendiente. Te quiero». Recuerda entonces la discusión y vuelve a ser consciente de que una vida lucha por crecer en su interior. Coloca su mano sobre el vientre y no logra evitar que se le dibuje una sonrisa en la cara. Cada día que pasa ahí dentro es un logro, cada latido de ese diminuto corazón es una sacudida de esperanza. Le responde con otro «te quiero» y descubre a Spencer que la mira con una ceja levantada. No se lo quiere contar todavía, no quiere gafarlo esta vez.

Siguen andando hacia el coche cuando Pam se frena en seco.

—Tengo otra pregunta. No alcanzo a entender por qué Arthur admite el asesinato de Jane y, sin embargo, niega los otros tres.

—Jane era prácticamente de la familia. Era la hija del vicealcalde Johnson, que por aquel entonces era íntimo amigo de Arthur. Es posible que fuera la única muerte que le pesara, la única de la que se arrepintiera realmente.

Pam se peina el flequillo con insistencia, queriendo estirar de ahí las ideas que revolotean salvajes por su mente. Le arranca de las manos las llaves del coche a Spencer.

—Conduzco yo.

Frente al volante siempre es capaz de ordenar sus juicios, la carretera es un analgésico para el inmenso tráfico de hipótesis que circulan por su cerebro.

Capítulo 16

Londres, 2020

LE HAN CONCEDIDO un permiso para asistir a la terapia ocupacional que se lleva a cabo en el patio interior del centro psiquiátrico. Se le asemeja bastante a una cárcel, aunque él nunca haya estado en una para poder compararlo. La débil luz del sol que se cuela entre los nubarrones, a pesar de ser tan endeble, es suficiente para cegarle por completo. Lleva un par de días en aislamiento y ahora el mundo le parece algo raro: las personas que, como él, arrastran los pies con torpeza sobre el asfalto, los árboles desnudos que todavía lo entristecen más, el cielo amoratado que no lo protege del frío. Todo, absolutamente todo, le produce una sensación extraña. Siente que está allí a modo de elemento accesorio, no pertenece a ese lugar, nadie lo ve. Es casi invisible.

Se sienta en una de las esterillas con las piernas cruzadas y con las manos reposando en sus rodillas. Su posición es una de las más alejadas con respecto al residente que imparte la clase de yoga. Lo nota algo tenso, es joven e inexperto, y les teme. Dorian no se fía de él, acabará siendo como el resto de médicos que hay allí, todos tienen intereses ocultos y la paciencia agotada. A veces les gritan y después se portan de forma muy servicial con ellos cuando esperan una visita. Los locos no se enteran de nada, pero él lo sabe todo y desea con todo su ser contárselo a Héctor. Lo que ocurre después es que se bloquea al verle, quiere gritarle por haberlo abandonado allí y lo resuelve quedándose callado. Algún día le contará lo que están haciendo con él esos psiquiatras, lo que quieren sacar de su cerebro, pero todavía no es el momento. Héctor cree que la noche de los inocentes ya ha comenzado, pero no tiene ni idea de nada. Pronto vendrá a buscar respuestas y no le quedará más remedio que dárselas, pero por el momento Dorian no opone resistencia, sencillamente hace lo que se le manda como un autómata programado para servir al usuario que está

jugando con él.

El patio se va llenando paulatinamente de otros pacientes que también se han portado bien en las últimas cuarenta y ocho horas. Los pasos atropellados se camuflan entre la melodía relajante que nace de dos altavoces colocados a sendos lados del chico que imparte la clase. Una mujer que rondará la cincuentena se coloca frente a su esterilla, dobla un poco las rodillas y da una sonora bocanada de aire a la vez que coloca los dedos en forma de pinza sobre su nariz. Inmediatamente después se lanza sobre la esterilla y comienza a mover sus brazos enérgicamente.

—¡Cuánto tiempo sin bañarme en una piscina!

El resto de internos ni siquiera la miran, cada uno está en un lugar distinto, pese a que en apariencia estén todos en el patio de un psiquiátrico. Un hombre toca una guitarra invisible mientras una muchacha le sigue el compás dando palmas. Otro se revuelca sobre el suelo y ronronea creyéndose un gato.

—¡Sé cuál es la combinación secreta! —grita una anciana desdentada y con una melena larga y cana—. ¡Somos ricos!

El residente resopla apurado, le habían prometido que solo asistirían a la clase los más tranquilitos para ir tomando contacto con el centro y sus pacientes. No quiere imaginar cómo serán los que están en los estados más graves.

Junto a Dorian se sienta Henry, un hombre de 93 años que siempre actúa de forma bastante común. Suele rondar a su alrededor cuando coinciden en el patio y de tanto en tanto se anima a hablarle. Se comenta que está allí por intentar matar a su hijo, pero Dorian siempre ha creído que es el hijo el que quiere matarlo a él.

—¿Puedo?

Dorian lo mira fijamente y asiente.

—Me caes bien, chico. Creo que tú y yo somos los únicos cuerdos que hay aquí —susurra Henry.

El residente se presenta con el nombre de Ray y comienza a dar instrucciones para realizar la primera postura. Su voz es melódica y pausada, creando una simbiosis increíble con la música que suena lejana.

—Nos ponemos de pie con los pies juntos. Imaginamos que nuestros brazos son las ramas de un árbol, van ascendiendo lentamente...

—¡Yo no soy un árbol! ¡Soy un gato! —afirma el hombre que ronroneaba.

—Puedes ser un gato haciendo yoga —se ríe Henry—. Ahora cierra el puto hocico y escucha al chico.

—Levantamos la pierna izquierda y tratamos de mantener el equilibrio, dejando todo el peso sobre la pierna derecha.

La clase de yoga continúa sin demasiadas interrupciones. Se adentran en la fase final de la clase, en la que un compañero da masajes al otro. Henry pasa las manos con delicadeza sobre los hombros de Dorian.

—¿Y tú por qué estás aquí? —murmura.

Dorian no se permite huir de su mutismo.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comida la lengua el gato? —le dice señalando a Daniel, que ahora en lugar de ronronear, maúlla—. Venga, ¿por qué estás aquí? —insiste.

El silencio de su voz es inmutable. Disfruta con la compañía de Henry, pero eso no significa que goce de igual forma con una conversación.

—A ver si resulta que es cierto que estás loco —le reta.

Dorian se deshace de las manos de Henry, que continúan masajeándole la espalda. Se irgue furioso y se queda mirándolo con la cara enrojecida de ira.

—Te crees que eres el más lúcido de todos nosotros. Nos miras con aires de superioridad, pero eres un puto loco como todos nosotros, si no, ¿por qué estás aquí? ¡¿Por qué leches estás aquí?!

—¡Porque maté a un hombre! ¡Maté a un hombre! ¡Maté a un hombre!

Dorian aletea con agresividad, corre en círculos y convulsiona a la vez que repite la misma cantinela. Salen dos enfermeros a la carrera, uno lo tumba en el suelo haciendo una especie de placaje mientras la otra le inyecta un calmante.

—Maté... Maté a mi madre —susurra justo antes de perder la conciencia.

La clase de yoga termina en ese mismo momento. Allí todo termina cuando alguien pierde la razón. Hasta la mujer de la piscina ha dejado de nadar, el que tocaba la guitarra la ha colocado con cuidado sobre el suelo y el que cree ser un gato se ha puesto a cuatro patas con la espalda encorvada, simulando el mecanismo de defensa que los felinos adoptan ante un peligro.

***

RAY RECOGE LAS ESTERILLAS una vez los pacientes han vuelto a sus habitaciones. No ha ido especialmente bien para ser su primer día. Quizás se ha equivocado de especialidad, la psiquiatría es demasiado dura. Llega a la zona donde el niño ha experimentado una especie de brote psicótico. No entiende por qué está ingresado aquí si es un centro de adultos. Debería estar en un psiquiátrico infantil, pero sus compañeros no han querido darle más explicaciones de las necesarias. Es nuevo en el centro y la primera vez que trabaja, así que además de chuparse todas las guardias es conveniente que mantenga la boca cerrada y no se meta en temas que creen controversia con sus compañeros.

Recoge la esterilla de Dorian y, al levantarla del suelo, una cápsula rueda por el asfalto. Ray la recoge con hastío, es habitual que algunos pacientes burlen los controles y no se tomen la medicación. Esto podría explicar el brote sufrido por el niño. Se pone los guantes que tiene en el bolsillo de la bata para recogerla del suelo, a veces los pacientes esconden las pastillas en lugares inimaginables. La observa con detenimiento, pero no es capaz de identificarla a simple vista. El revestimiento de la pastilla está intacto, puede que ni siquiera haya llegado a introducírsela en la boca. Se adentra en las instalaciones y se dirige al laboratorio donde almacenan todos los medicamentos, en algunos casos incluso los desarrollan allí mismo. Recorre los pasillos que a esas horas tienen algo más de vida, pues los celadores se desplazan arriba y abajo repartiendo la comida a cada habitación. Toma el ascensor e introduce la llave en la clavija de la planta subterránea, la única que está vetada para todo aquel que no forme parte del personal. El ascensor apenas emite sonido alguno, da la sensación de que flota y, en cuestión de segundos, Ray se encuentra enseñando a una pequeña pantalla la tarjeta que cuelga de su cuello con una cinta elástica. Existe el riesgo de que algún paciente trate de ahogarte con ella, de ahí la obligatoriedad de que sea flexible. El lector hace su función y la puerta del laboratorio se desplaza hacia la izquierda con un incipiente ruido metálico. Un largo aparador con tubos de ensayo se abre ante sus ojos y culmina con los refrigeradores que guardan las muestras de los pacientes. En el centro del rectangular habitáculo hay una extensa encimera con decenas de microscopios y buretas. Recorre con sus ojos la estancia hasta que da con el dispensario donde guardan los medicamentos. Para abrirlo es necesario volver a mostrar la tarjeta de personal y, de forma inmediata, todo su interior está al alcance de Ray. Está ordenado por

cajones, cada uno tiene una etiqueta con el nombre del paciente. No le cuesta demasiado encontrar el nombre de Dorian, debido al orden alfabético con el que se organizan. Desliza para sí el cajón y le llama la atención que tan solo son dos los botecitos que alberga. Reserva la pastilla en el bolsillo de su bata y con cada mano coge uno de los dos botecitos. Uno de ellos es un sedante, pero lo que descubre del otro lo deja petrificado. Ahora sí que es capaz de reconocer esa cápsula. Había decidido no crear polémicas, pero los códigos éticos de medicina no le permitirían guardar aquel secreto. Revuelve los dedos por su bolsillo hasta sacar la pastilla. La sostiene entre ellos mientras deshace sus pasos para salir de la estancia. Algo extraño bulle en su interior y se decide a buscar a la doctora que atiende a Dorian. Pregunta a los celadores que encuentra a su paso y le dan un par de indicaciones hasta que da con ella. Se esconde tras un mostrador y parece estar tecleando algo en el ordenador.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Anna?

—Ahora no. Estoy ocupada. Haz una ronda por las habitaciones de la primera planta.

—Es sobre Dorian Hume —insiste.

Anna despega los ojos de la pantalla y suelta un bufido exasperante.

—Ahora no.

Ray golpea con agresividad el mostrador, dejando sobre él una pastilla redonda.

—¿Por qué le están suministrando fenciclidina?

—Te estás confundiendo —responde con parsimonia—. Es normal que los residentes no reconozcan ciertos medicamentos al principio.

—Sé perfectamente lo que es esto. Es una droga, ilegal y con efectos gravísimos para cualquier persona, aún más tratándose de un niño. Vas a tener que explicar ante la policía qué interés tienes en producir efectos esquizofrénicos y neurotóxicos a uno de tus pacientes.

Anna lo reta con una expresión pétrea y sin que Ray se dé cuenta pulsa un botón que hay en el mostrador. Al instante, dos hombres rodean a Ray, que está quitándose la bata para abandonar el centro. No le da tiempo. Una aguja fría y gruesa penetra su cuello y a los pocos segundos cae fulminado en el suelo sin saber que pronto habrá desaparecido para siempre de la tierra.

Capítulo 17

Hertford, 2020

AINA REVISA LA MOCHILA de Darcy a las puertas del colegio hasta comprobar por cuarta vez que lo tiene todo: libros, estuche y almuerzo. A su izquierda detecta de reojo un corrillo de madres que las observan y murmuran, seguramente apiadándose de la niña y cuestionándose quién es ella. Bendito día de miradas y palabras compungidas le espera a Darcy, que luce el mismo semblante frío desde que ha despertado. Ir a la escuela parece no ser el plan de miércoles que deseaba, pero qué esperan, si hace apenas cinco días que pasó lo que pasó.

Al salir de casa, Aina se ha percatado de cómo Darcy volvía la mirada hacia la puerta. Al principio ha creído que era una forma de decirle que volvieran a entrar, pero el modo en el que se mordía los carrillos para remediar el llanto encarnaba la melancolía más absoluta. Es la primera vez que se va a la escuela sin Kyle, la primera de tantas. Le ha costado un puñado de segundos, que han sido más bien siete años de recuerdos, darse cuenta de que ya nunca jamás la volverá a acompañar. Resignada, Darcy ha emprendido la marcha junto a Aina, que le ha ofrecido su mano, gesto al que la niña ha respondido agarrándose con fuerza, con el fin de que ese apretón de manos le infundiera valor para enfrentar el día. Durante el trayecto se ha mantenido en silencio, con la mirada gacha y las facciones duras como el acero. Debido a su ceño fruncido, se le forman entre las cejas dos amagos de arruguitas que su piel tersa todavía no le concede.

—A las tres vendré a recogerte superpuntal e iremos a gimnasia rítmica. Estoy deseando que me enseñes cómo te doblas como una serpiente.

Trata de pintárselo de la manera más agradable que puede, pero no le arranca ni un atisbo de sonrisa. De hecho, parece que causa el efecto inverso porque Darcy vuelve a morderse los carrillos y,

simultáneamente, dos lagrimones se fugan de sus ojos hasta enterrarse en la bufanda de lana que rodea su cuello. Se pone en cuclillas frente a ella y la toma de las manitas, que se esconden debajo de los guantes.

—Venga, corazón, no llores. Sé que estás triste y que este día va a ser muy difícil y largo.

—No lo sabes. Si lo supieras, no me dejarías aquí.

—Seguro que luego te lo pasas bien con tus amigos.

—¿Y si me preguntan por Kyle?

Silencio. Frío.

—Apuesto a que nadie te preguntará nada de nada, solo querrán jugar contigo y hacerte reír.

—Que no. Que no me quedo —puntualiza dando un pisotón al suelo y cruzando los brazos.

Dolorcito en el alma es lo que siente ahora mismo Aina, pero no puede llevársela. «La escuela es la escuela, y debe ir», zanjó David anoche.

—Si nos vamos ahora, nadie se enterará. Será un secreto —la tortura.

—No podemos hacer eso... Tus padres han querido que vengas a la escuela y yo no puedo desobedecerles.

—Claro, porque ahora ellos solo tienen tiempo para llorar por Kyle.

Zasca. Ahí lo tienes. Otra vez hablas.

Y dejando en suspensión el puñal lanzado, Darcy coloca sus manos en las asas de su mochila, cogiendo las riendas de su valentía y tirando de ellas para encaminarse hacia la escuela. Aina la observa mientras se aleja. Por su lado pasan niños que corren hacia el interior, haciendo alarde de su vitalidad y formando una danza de mochilas que se balancean de un lado a otro de sus espaldas. En el centro de todos ellos, Darcy camina con una serenidad pasmosa, tragándose su niñez y digiriendo una madurez alimentada por la adversidad. Aina aprieta sus manos contra el pecho y le resuena por dentro la última frase de la niña, a la que no le falta razón. Porque hay familias que se recomponen y sobreviven, y otras que se hunden en una fosa de amargura que no hay hijo que valga, ni que les salve. Esas a las que nadie se atrevería a juzgar porque el dolor de perder a un hijo es el dolor de los dolores. Pero los padres no siempre son los grandes damnificados de estas historias, sino sus otros hijos. El otro niño, que no por haber vivido la muerte de cerca deja de ser niño. Ese que sigue siendo merecedor de compartir el afecto y que ahora solo le queda

mendigar un poco de amor en los efímeros instantes en los que se deja de llorar al otro, al que ya no volverá. Esos breves momentos en los que la vida truncada vuelve a ser un poquito más como antes y menos como hoy. Pero ese trozo de atención durará lo que tarde en llegar el buitre del dolor a picotear su alma y a recordarles lo que el olvido no podrá cobrarse jamás: que se les ha muerto un hijo. Y es justo ahí cuando el hoy vuelve a estar presente y los padres olvidan de nuevo que tienen un vástago que sí que late y respira, que sí que siente y necesita.

Darcy desaparece del campo visual de Aina al adentrarse en el edificio. Cree haberla visto hablando con otra niña al entrar, eso le alivia en cierto modo. Decide retomar el camino a casa y pensar en qué empleará su tiempo ahora que acaba de separarse de la niña. A decir verdad, no le apetece lo más mínimo meterse en casa con Hellen y David, a los que prácticamente no ha visto en tres días. De manera que baraja la idea de darse una vuelta por el pueblecito, pero es que hace un frío que despacha de la calle a cualquiera. Se fija entonces en la fina capa de nieve que cubre los coches aparcados, así como los tejados de las casas que va bordeando a medida que avanza. En el trayecto hacia la escuela ni siquiera se ha fijado en la bonita estampa que deja la nieve a su paso, solo ha tenido ojos para tratar de descifrar los pensamientos de Darcy. Saca el teléfono móvil de su mochila y la pantalla no reconoce sus dedos bajo la lana, así que atrapa el puño de su guante derecho con los dientes y estira para sacárselo. El frío impacta contra sus dedos, que incluso parecen perder movilidad. Toma una foto de la calle, le aplica un filtro que la hace más bonita y la cuelga en sus historias de Instagram.

A pocos metros de donde ha tomado la foto, encuentra una cafetería que la incita a entrar. Tiene una fachada rústica con un pequeño porche de teja del que cuelgan unas lucecitas doradas que todavía hacen el lugar más apetecible. No se lo piensa demasiado y entra con ánimo de tomarse algo caliente. Nada más cruzar la puerta la reciben los soplidos que suelta la máquina de café y el sonido de los cubiertos que parece estar ordenando el señor que está tras la barra. Aina se acerca al mostrador de vidrio, desprende un olor a bollería que despierta sus tripas rugientes enseguida. Se pide un café con leche y un *cinnamon roll*, que es una especie de rollito de canela.

El local está vacío, así que puede escoger la mesa en la que sentarse. Elige la que está junto a la ventana, no porque le guste mirar a la calle, sino porque tiene un radiador justo al lado. Se desprende de

los guantes, la bufanda y el abrigo, que coloca en el respaldo de la silla. Mientras espera a que le traigan su pedido, enciende la pantalla del teléfono. Alguien le ha contestado a la foto de Instagram y no es otro que su ex, Carles. Ese que no tuvo ni la decencia de darle el pésame cuando murió su padre. El mismo que tiene los huevazos de contestar ahora una historia.

«Se te va a congelar el moco».

—Este tío es tonto y en su casa no lo saben —piensa en voz alta, mientras el dueño del local deposita en la mesa el café y el rollito.

La mira raro y Aina espera que no entienda mucho el español. Al tonto del bote de su ex ni siquiera le responde, aunque ha estado tentada a escribirle: «a ti sí que te congelaba yo la cara de un guantazo». Y no le extrañaría, porque tiene las manos más frías que el *tupper* que se queda olvidado al fondo del congelador.

Da un bocado al rollito y comprueba que aquello está de escándalo. Pero el segundo bocado se le atraganta cuando ve al vecino de los Paige entrando en la cafetería. Siente en las mejillas el mismo fogonazo que el otro día y ahora parece que tiene hasta calor. Ladea el cuerpo hacia la ventana en un intento de pasar desapercibida. Tarde. Él ya está frente a ella y, joder, qué bien le queda ese gorrito gris.

—Parece que te persiga, pero te juro que son coincidencias. — Le sonríe dejándole admirar sus dientes medianos y perfectos—. ¿Puedo?

Ella asiente, a su edad todavía no ha aprendido a decir que no. Con lo a gusto que estaba ella tomándose su café y ahora le toca pasar vergüenza de buena mañana.

—¿Vienes de llevar a la peque al cole? ¿Qué tal lo lleva?

—Sí, acabo de dejarla. Bueno, lo lleva, que no es poco.

Agacha la mirada y la clava en su café, si pudiera se sumergiría dentro de la taza.

—Si te incomodo, puedo ir a otra mesa.

—No, si me viene bien poder hablar con alguien mayor de 7 años.

Héctor se ríe y, en ese instante, ella no diría que puede ser un mal tipo. El señor vuelve a la mesa y deja otro café, en este caso para Héctor.

—Bueno, entonces cuéntame qué te trajo a Hertford. El otro día nos quedamos a medias y yo ya te conté mi parte.

Le guiña un ojo y ella le responde con un vuelco en el estómago. Menos mal que eso él no lo percibe.

—Pues... Yo vine aquí porque hace apenas tres semanas falleció mi padre.

—Vaya... Lo siento muchísimo, Aina.

Lo mira a los ojos y descubre que están empañados. ¿En serio se ha emocionado? Acaba de ganarse un trozo de confianza.

—Necesitaba un soplo de aire y, como soy un poco extremista e intensita, pues cogí las maletas y me vine buscando paz... Pero creo que me he metido en un terreno más pantanoso si cabe.

—Buah, es que es terrible lo que ha pasado. —Quiere preguntarle si ya se sabe algo más de la investigación, pero opta por callarse. Eso podría despertar la desconfianza de la chica—. ¿Cómo están los padres? Aunque ya me lo imagino...

Aina sorbe el último trago de su café y responde.

—¿Te puedes creer que casi no he hablado con ellos desde lo que pasó? Imagino que quieren esconder su dolor delante de Darcy y por eso la han dejado a mi cargo totalmente.

—Deben de estar desesperados para dejar a su hija en manos de alguien que casi ni conocen. —Sus propias palabras le hacen recordar a Dorian—. Pero diré a tu favor que tienes cara de ser un sol.

Las mejillas de Aina arden y, como suele hacer cuando se pone nerviosa, comienza a parlotear sin parar.

—La realidad es que David parece estar más entero, en cambio Hellen sí que está desesperada. No ha salido de la habitación para nada, tan solo la oímos llorar. Y Darcy es un encanto de niña y muy lista para su edad, pero no deja de ser una niña viviendo algo traumático. Así que con ella me siento como si estuviera surfeando una ola de emociones; a veces me atrapa la ola y otras creo que la bordeo sin mojarme. No sé... Necesito tiempo para asimilar todo, ni siquiera he hablado largo y tendido con mi madre de lo que ha pasado aquí. Bueno, ni con mi madre ni con nadie. He intentado tragarlo todo como si esto fueran «cosas que pasan» y estoy harta de que no dejen de pasar cosas. Esto me ha descolocado por completo porque hasta ahora había sido más o menos fácil comprenderme a mí misma y tratar de dominar el duelo de mi padre, pero es horrible tener que lidiar también con el de una persona a la que ni siquiera conocía. Y ya no es solo el dolor, es miedo también. Al fin y al cabo, hay un asesino por ahí suelto y yo no conozco a nadie del pueblo, así que para mí todos son culpables hasta que la policía demuestre lo contrario. Aunque la inspectora que lleva el caso creo que apunta al profesor de piano. Pero vete tú a saber. Ay, perdona, es que cuando cojo carrerilla no paro.

Héctor la escucha atentamente, aunque trata de disimular la

satisfacción que siente al enterarse de lo que venía buscando. Así que tienen un sospechoso... Interesante.

—No lo sientas, te entiendo y tenías que soltarlo. —Le roza la mano, le sonríe con ternura. Conoce al dedillo sus tácticas para ablandarla.

Aina percibe que Héctor va ganando terreno y, a pesar de su timidez, se siente más cómoda en su presencia. Ha sido raro abrirse al instante con un desconocido, pero a veces lo único que uno necesita es soltar el fuego que va quemando por dentro. Una vez fuera, solo es cuestión de tiempo curar las cenizas.

***

QUEDAN CINCO MINUTOS para la hora y Aina ya está esperando a Darcy a las puertas del colegio. Durante la mañana ha aprovechado para llamar a su madre y ponerla al día, y esta no ha parado de rogarle que volviera a España, diciéndole que no dormiría tranquila sabiendo que su hija estaba cerca de un asesino. Ha tratado de tranquilizarla, aunque ha sido en vano. Después ha comido con David y Hellen, que parece que va remontando, aunque sea a pasitos de hormiga. Le ha enseñado todo un repertorio de álbumes de Kyle y han llorado juntas.

Ve a Darcy a lo lejos. Lleva la misma cara que esta mañana, ni más feliz ni más triste.

—¿Qué tal ha ido el día? —le pregunta cogiéndole la mochila.

—No me han preguntado nada, pero ha sido mucho peor.

—¿Y eso por qué?

—Porque no paraban de mirar y hablar bajito. Todos eran muy buenos conmigo, pero aun así me miraban raro. Y, por si fuera poco, la profesora nos ha leído un cuento sobre la muerte. Lloraba mientras lo contaba y no paraba de mirarme.

—¿Era chulo al menos?

—Era de Caillou —responde con fastidio.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que era para los de infantil. Ella se cree que no sé lo que significa que Kyle esté muerto. Ahora, vámonos a casa, ya le explicaré yo a mi padre por qué no he querido ir a gimnasia.

Aina mira a Darcy en busca de la señora mayor que parece que se haya tragado. Solo ve un cuerpecito de metro veinte con mucho

sentido común.

HÉCTOR BUSCA en su ordenador más datos sobre el profesor del conservatorio, con suerte encontrará indicios de dónde vive a través de Facebook. Ese portal de Internet en el que la gente cuelga, inocentemente, fotos de cualquier cosa, hasta de sus calles. Los hay que fotografían la fachada de su casa para que el resto admire la decoración de Navidad, todo un reclamo para los delincuentes. Cuando ya tiene lo que busca, se acerca al panel de la pared donde tiene fotos de Kyle, de Ava Potter y de unos cuantos niños más. Ninguno de ellos está vivo.

Capítulo 18

Hertford, 2020

DE BIRMINGHAM a Hertford son dos las horas que Pam ha tenido que estar al volante. Le duele la parte baja de la espalda, más o menos a la altura de los riñones. Esa molestia no le ha dejado un buen recuerdo en los embarazos anteriores. Trata de no pensarlo y lo achaca a la incomodidad del asiento. En el trayecto de vuelta le pedirá a Spencer que conduzca él, así ella podrá reclinarse un poco. Las calles de Hertford están transitables tras pasar la quitanieves. Pese a que solo hay un par de centímetros, podría ser suficiente para hacer patinar al coche.

Llegan a la puerta del conservatorio, ambos han acordado ir allí sin el uniforme, de modo que puedan llevar la investigación de la manera más discreta posible. Tras la puerta se encuentran con un puesto de información regentado por una chica delgada y menuda que se presenta, con un deje francés, como la directora del conservatorio y profesora de viola. Detrás de ella se extiende un panel ilustrativo en el que se indica información respecto a conciertos próximos, así como las distintas especialidades que allí se imparten y sus respectivos precios. En la parte superior, en letra mayúscula, un eslogan: «EL ÚNICO CONSEVATORIO AL QUE ACUDES SIN INSTRUMENTO».

Las pisadas de la inspectora Russel suenan atronadoras en la amplia entrada del conservatorio. Es espeluznante el eco que nace de cada paso, suena a hueco, a lugar sin vida. No se escucha ni un alma en todo el edificio, ni una mísera nota desafinada, ni un amago de melodía en aquel reino de la música. Las luces apagadas de las aulas y los instrumentos dentro de sus fundas rinden homenaje a los dos pequeños pianistas asesinados, por lo que las clases permanecerán canceladas durante una semana.

—Buenas tardes, soy Pamela Russel, inspectora del Cuerpo de Policía de Birmingham —anuncia mientras le enseña la placa

identificativa—. Y este es el agente Spencer Castle, de la Brigada de Investigación Criminal. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué? —pregunta brusca la directora, poniéndose de pie frente a ellos.

—Supongo que ya imaginará el motivo de nuestra visita. Aun así, se lo aclararé: estamos investigando los asesinatos de Ava Potter y Kyle Paige, ambos alumnos suyos, por lo que agradeceríamos su colaboración.

—Y yo se la ofrezco con gusto, pero no entiendo qué tiene que ver el conservatorio con lo sucedido.

—Quizás nada, pero es nuestro deber entender qué pasó la tarde del viernes y por qué motivo Ava y Kyle no llegaron a sus clases de piano.

La mujer, sin relajar la actitud seria con la que se desenvuelve, los guía hacia un despacho. Huele a tabaco como si alguien hubiese fumado allí dentro recientemente. El conservatorio perdería cierto prestigio si alguien entrara ahora mismo al despacho de la directora. Se sienta tras una mesa que parece el apocalipsis de las hojas y los bolis, y los invita a sentarse en las dos sillas vacías del otro lado. Pam analiza la estancia, a pesar de que no hay nada interesante que sacar de ella. Los expedientes de los alumnos se organizan por cursos académicos en una estantería que reposa en una de las paredes laterales. Los primeros datan de 1995, el año de su fundación, y ocupan una fina carpeta. Cada año que pasa las carpetas van evolucionando hasta convertirse en gruesos archivadores debido al peso de un alumnado cada vez más numeroso.

Cuando se acomoda en la silla, un pinchazo en la parte baja del abdomen la sobresalta, obligándola a presionar la zona para sentir cierto alivio. Spencer la mira alarmado y ella sacude la cabeza, constatando que no es nada. Se recompone enseguida, en el tiempo justo que tarda la directora en amontonar todos los papeles y despejar un poco la superficie de la mesa.

—Cuando quieran...

—Bien, en primera instancia, ¿podría facilitarnos el nombre de los compañeros de clase de Ava y Kyle?

La directora pone los ojos en blanco.

—Esto es un conservatorio de música, no una academia donde metemos a veinte alumnos en la misma clase. Organizamos los grupos por edades y, una vez tenemos toda una promoción, hacemos subgrupos según el nivel; principiante, elemental, intermedio y

avanzado. Los grupos, por tanto, son reducidos. Ava y Kyle eran los únicos alumnos de piano avanzado entre los nacidos en 2009.

—¿Quién es el profesor de piano? —pregunta Spencer, a pesar de que ya conocen la respuesta.

—John Grey.

—Nos interesaría conocer la hora de llegada, y también la de salida, de John Grey el pasado viernes.

—John llegó sobre las cuatro...

—Hum. Si no recuerdo mal, los padres de Ava nos comentaron que la clase empezaba a esa hora —alega Pam—. Necesitamos que sea más concreta. ¿A qué hora exactamente llegó John?

—¡Y yo qué sé! Sobre las cuatro, minuto arriba, minuto abajo... No cronometro a mis compañeros —responde con irritación.

Rebusca en sus bolsillos, saca una cajetilla de tabaco y se enciende un cigarro.

—No se puede fumar, pero las clases están canceladas y es mi conservatorio, así que si se lo están preguntando: sí, voy a fumar. Voy a fumar en MI despacho.

—La noto demasiado alterada. Esto no es un interrogatorio, señora Dubois, simplemente son unas preguntas rutinarias que debemos hacer.

—Perdonen, sufro ansiedad y esta situación me crispa los nervios.

Toma la palabra Pam, conciliadora:

—Si lo prefiere, podemos continuar en otro momento.

—No, continúen. Necesito terminar con este tema cuanto antes. ¿Qué más quieren saber? ¿Cuándo se fue? Pues sobre las cuatro y cuarto, en vista de que Ava y Kyle no venían, se marchó. Los viernes por la tarde solo tenemos una sesión.

—¿Se marchó? ¿Así, sin más? Sospecho que tendrán algún protocolo cuando algún alumno no acude y nadie ha avisado. ¿No pensó en llamar a los padres y preguntar por los chicos?

Céline Dubois se revuelve nerviosa en su silla.

—Verán, llevamos unas semanas con unos brotes de gripe que para qué contarles... Si lo que me preguntan es si John debería haber llamado a los familiares, pues quizás sí, debería haberlo hecho. Pero esta semana han faltado muchos niños, supongo que dedujo que estaban enfermos.

—Vaya, qué visionario el profesor de piano —replica Spencer.

MINUTOS DESPUÉS desaparecen del despacho de Dubois. La casa de John está a cuatro manzanas del conservatorio y a dos de casa de Kyle Paige. Un círculo en el mapa que lo acapara todo, asesinado, sospechoso y lugar de la desaparición. La casa de Ava, sin embargo, queda un poco más lejos, en las afueras del pueblo.

Charlan durante un buen rato sentados en el coche y convienen que cabela posibilidad de que haya sido John. Por tiempo, cuadra.

—Se encuentra a Kyle y Ava de camino al conservatorio. Su plan no ha salido como esperaba, no contaba con que Kyle y Ava fueran juntos. Es tan irrefrenable el ansia que le invade de matar a Ava que no le queda más remedio que sacrificar también al niño. Los invita a subir con la excusa de acercarlos con su coche, a pesar de que están a tan solo un par de calles. Es su profesor de piano, lo conocen y, muy posiblemente, lo admiran. A John, según cuentas, se le dan especialmente bien los críos. No se lo piensan: suben a la parte trasera del coche con la excusa de que todavía no tienen edad para ir delante. Los cristales traseros del coche de John son tintados, nadie puede verlos allí dentro. Los deja allí. ¿Estarían asustados? Seguramente no, pero sí extrañados. Los niños no son tontos. «¿Qué hacemos aquí en lugar de estar en clase?», «Pero ¿no iba a acercarnos?», «Da igual, es John. No hay nada que temer». Los deja con aparente calma y entra en el conservatorio creyendo que así puede fundamentar una coartada fiable. Quince minutos después se marcha y los lleva hasta Birmingham. Ya es de noche cuando llegan, pero todavía no es un buen momento para llevarlos a Salford Park, tan solo son las seis y media de la tarde. Los retiene en algún otro lugar y, al caer la noche, los lleva allí. El resto de la historia ya lo sabemos. Como posibilidad podría cuajar, inspectora.

—Podría, pero no tenemos ni una sola prueba concluyente. Divagamos porque es un lazo de unión entre Ava y Kyle. Nada más. Asimismo, esta hipótesis tiene fundamentos que no se sostienen por sí mismos.

—¿Como cuáles?

—Si Kyle fue un daño colateral, ¿por qué John no esperó a la niña más lejos del conservatorio, antes de que pudiese encontrarse con Kyle por el camino?

—Quizás John no estaba decidido completamente. Puede que dudara sobre los actos que estaba a punto de cometer y se entretuviera sopesando si quería o no hacerlo. Cuando se decidió, ya era demasiado tarde.

—No me cuadra demasiado con el carácter de John. Es un tipo inteligente y reflexivo. En el remoto caso de plantearse hacer algo así, lo haría bien.

—Estamos hablando de asesinar a una niña, poco tiene de reflexivo ese hecho. Tú me has contado siempre que es un tipo sensible, a la gente así le tiembla el pulso antes de asfixiar a alguien.

—Joder, Spencer. Me da la impresión de que quieres encasquetarle el muerto sea como sea.

—Y tú defenderlo a pesar de los pesares.

—No es cierto, parece mentira que trabajemos juntos desde hace tres años y me vengas con esas. Me conoces bien y sabes que, si John resulta ser el culpable, yo seré la primera en juzgarlo. Solo que hay cosas que no encajan y en este momento me vendría genial mi pizarra para plasmar todo el desorden que revolotea en mi cabeza.

El tema parece zanjado cuando, de pronto, surge otro cabo suelto:

—¿Qué me dices de la escenografía del asesinato? ¿Por qué estaría relacionada con los crímenes de Arthur MacCarthy?

—Para eso ni siquiera yo tengo explicación.

Otra punzada le atraviesa el abdomen y se encoge como un gusano.

—Pam, ¿te encuentras bien? Es la segunda vez que te retuerces de esa forma.

Pone la mano sobre la pierna de Spencer y le susurra que sí, que es solo un pinchazo. Le pide que sea él quien conduzca hasta casa de John y en esos cinco minutos ninguno de los dos se anima a hablar. La inspectora Russel manosea su flequillo mientras barrunta que hay un cariz raro en aquel caso.

Aparcan frente a la casa del profesor de piano, exmarido de la inspectora y principal sospechoso.

—Apostaría mi placa a que John no tiene nada que ver.

«Y de ese modo la perderías», piensa Spencer, que ha conducido hasta allí con un as bajo la manga. Pero resuelve que es mejor no responder.

Capítulo 19

2008

EL MINUTERO se acerca vertiginosamente a las doce de la madrugada.

Las noches en las que se derrama sangre las pasa completamente desvelado. Se sienta a oscuras en el borde de la cama, junto a la ventana de su habitación, y allí mata el tiempo husmeando tras la cortina. Todavía no es capaz de neutralizar la ansiedad que le roe las entrañas mientras espera. La paciencia debe de estar limitada a la gente buena, y él es una muy mala persona. Será eso, se consuela.

Ya pasan tres minutos de la medianoche y las sirenas de los coches de policía comienzan a inundar la gran ciudad. Madrid es inmensa, podrían estar persiguiendo a un ladrón o dirigiéndose a la M-30 a causa de un accidente, pero él tiene la certeza de que no es así. Por más grande que sea la capital de España, no se encuentran con un niño muerto todos los días.

Las tripas le rugen y recuerda que lleva muchas horas sin comer. Las noches de sangre nunca cena, es su manera de autoflagelarse. Se dirige a la cocina preso de la oscuridad y tiene que conformarse con la luz mortecina que le ofrece la calle, aunque no le desagrada del todo; le encuentra cierto placer a aquello de ser invisible. Abre la nevera y se sienta junto a ella. Hay tanta comida en el frigorífico... pero hoy no va a catar ninguna.

«Pasa hambre, maldito cabrón», se dice mientras piensa en ese niño pelirrojo al que hace unas horas le ha hundido un cuchillo carnicero en el cuello y, después, con impecable destreza le ha extirpado el cerebro, dejando su cabeza como una sandía abierta de la que solo han dejado la cubierta. Ese niño tampoco volverá a comer, quizás debería haberle dejado un caramelo en la boca para su viaje de no regreso.

***

CUANDO la policía nacional de Madrid cubre el cuerpo del pequeño Antón a la espera de que llegue el juez para proceder al levantamiento del cadáver, Mark MacCarthy sale del hospital general de Massachussets, en Boston. Acaba de asistir a una conferencia sobre neurocirugía que lo ha mantenido ocupado desde las siete de la mañana hasta ahora. Tres ponentes que son eminencias en el campo de la neurociencia han concluido su exposición con un hervidero de aplausos por parte de los más de seiscientos médicos asistentes.

Mark aprovecha el fervor del momento para abandonar las instalaciones. En la puerta del gran salón se encuentra con Maverick, un cirujano de Connecticut con el que ha comido.

—¡Ey, colega! Vayamos a tomar una cerveza y comentamos esta última ponencia. ¡Ha sido grandiosa!

—Me encantaría, jefe. Pero tengo un avión que coger dentro de un par de horas. ¡Qué tengas suerte en la vida, Maverick! Quizás algún día volvamos a encontrarnos.

Desaparece por los pasillos del hospital y se dirige hasta el aparcamiento. Allí telefonea a su mujer y le explica que la conferencia se va a alargar más de la cuenta y que, con total certeza, perderá el avión.

—He estado mirando los siguientes vuelos. Cogeré uno que sale a las 5:05 de la madrugada, pero tengo que hacer escala en Queens. Allí tomaré otro a las 7:15, hora americana, y, si todo va bien, sobre las siete de la tarde llegaré a Londres. ¿Vendrás a recogerme al aeropuerto, cariño?

—Allí estaré, te quiero...

Es la primera mentira que le cuenta desde que están casados, aunque a lo largo de su relación de pareja le ha contado muchas más. Busca las notas de su teléfono móvil y relee la dirección de la pequeña Abey antes de borrarla. Conduce por los alrededores hasta que la reconoce mientras camina por la acera en dirección a su casa, con la funda de su violín colgada a las espaldas. La calle está solitaria y la oscuridad de la noche pone las cosas fáciles. Actúa rápido y en un santiamén la niña se encuentra aporreando el maletero del coche que Mark ha alquilado para la ocasión: un Galloper Exceed.

A las 7:15, Mark se acomoda en el asiento del avión. Le ha tocado ventanilla, pero poco le importa, pues piensa dormir del tirón hasta llegar a Heathrow, el aeropuerto internacional de Londres. A esa misma hora, en la orilla del lago de Lynn Woods, el cuerpo sin vida de Abey es encontrado por un senderista que más tarde necesitará

asistencia psicológica al comprobar que a la niña le han extirpado el cerebro y se lo han guardado dentro de la funda de su violín.

Capítulo 20

Hertford, 2020

EL SOL TODAVÍA no ha rasgado el cielo, tampoco hay indicios de que vaya a despuntar tras las montañas, parece engullido por la tierra, bañando de categórica oscuridad la carretera M1 que enfila en dirección a Hertford. A Héctor le resulta placentero conducir antes del alba, presenciar el despertar del mundo anticipándose a los tempraneros bostezos de los que empiezan su día antes que el mismo reloj. Le seduce el ronroneo de su coche sobre la calzada despoblada, que va recogiendo conductores de forma gradual en cada intersección. Se detiene en una gasolinera para repostar y, de paso, pide un café con leche para llevar. La conducción en mitad de la noche y la falta de sueño comienzan a apoderarse de sus párpados que, debilitados, pesan cada vez más. Emprende de nuevo el camino y, cada vez que suelta el volante para cambiar de marcha, toma su café y le da un sorbo. Enciende la radio para detener la verborrea mental que no es capaz de silenciar con nada más, solo la música le ayuda a calmar su tormenta.

Una hora después, aparca el nuevo coche en su parcela. Aunque nuevo, lo que se dice nuevo... no es, y lo comprueba cuando tiene que subir el bordillo de la acera. Pisa el acelerador a fondo y el vehículo suelta un rugido obstinado: «yo por ahí no subo». Pero la terquedad de Héctor no se amilana fácilmente y consigue sortear el obstáculo dejando tras de sí una nube de humo herido. Faltan unos pocos minutos para las seis de la mañana: todavía tiene un par de horas de descanso. Se quita los zapatos embarrados en la puerta y los mete en la lavadora para eliminar cualquier rastro de tierra birminghense que pueda quedar en ellos. Sube descalzo al piso superior donde está la habitación y se lanza sobre la cama todavía vestido. Cae boca abajo y entierra sus manos bajo la almohada, no tarda demasiado en invadirle un sueño profundo.

A las 8:20 canta Michael Bublé a modo de despertador. Remolonea

sobre la cama, sigue cansado, el sol penetra por la ventana vilipendiando con rudeza sus ojos, los cuales frota con insistencia para reavivarlos. Se sumerge debajo del grifo de la ducha y siente cómo sus músculos van fortaleciéndose a medida que las gotas de agua tibia recorren su piel erizada. Se viste con la ropa que dejó dispuesta a los pies de la cama y baja a la cocina para prepararse el desayuno. Parte un kiwi por la mitad y, con un par de cucharadas, lo engulle dejando tan solo la fina capa de piel. Deja la cafetera sobre la encimera encendida y se encarama a la ventana del salón. Ve a Aina y Darcy alejarse al final de la calle. Le da tiempo a tomarse su café.

Con el sabor del moca todavía en su lengua, coge el abrigo del recibidor y sale a la calle para esperarla. Se encuentra con David Paige en la parcela de su casa. Desprende un fuerte olor a colonia y luce un pelo engominado hacia el lado derecho. Parece estar recobrando su impecable aspecto habitual.

—Buenos días. ¿Necesita algo, señor Paige?

—¿Y este trasto? —pregunta evadiendo la pregunta con una mueca de desaprobación.

—Es el tipo de trasto que algunos podemos permitirnos... —contesta mirando de soslayo el flamante Mercedes de David Paige—. ¿No le gusta?

—No sé cuánto le habrá costado, pero esta tartana no vale ni un mísero céntimo. ¿Cómo se le ocurre comprar un Galloper Exceed que no es capaz de subir ni este bordillo? ¡Menuda escandalera armó usted a las seis de la mañana!

—Siento de veras si lo desperté, pero de momento va a tener que acostumbrarse a sus bramidos —dice golpeando el capó del coche como si atusara a un caballo de carreras.

—Entonces espero que no siga usted haciendo muchas excursiones nocturnas...

David Paige se queda mirando escrutador a Héctor, que experimenta una especie de escalofrío en su nuca. ¿Lo habrá dicho con alguna intención o tan solo ha sido una acusación inocente? Sin decir nada más, rehace sus pasos hasta el Mercedes y, con el magnífico silencio del que se apropian los motores de alta gama, desliza los neumáticos con elegancia por el asfalto hasta desaparecer de la vista de Héctor.

En lo que tarda en recomponerse y estudiar las intenciones con las que se ha dirigido a él el padre de Kyle, Aina tuerce la esquina de la calle, le sonríe desde lejos y lo saluda tímidamente con la mano.

—Nos vamos de paseo —suelta Héctor cuando la tiene delante, abriendo la puerta del copiloto.

Aina frunce el ceño y observa el coche polvoriento.

—¿Dónde?

—A Londres. Voy a llevarte a un sitio que te encantará, después podemos hacer un poco de turismo. ¡Vamos! Te vendrá bien...

—No puedo, tengo que recoger a Darcy a las tres en punto.

—Y te prometo que a esa hora estarás frente a la puerta de la escuela.

Aina se vuelve para mirar la casa de los Paige con un aire de culpabilidad, pero se merece un poco de diversión. Así que, sin pensarlo en demasía, se acomoda en el asiento del copiloto y lanza su bolso a la parte trasera del coche.

Capítulo 21

Hertford, 2020

POR LA CELERIDAD con la que John abre la puerta tras los dos golpes secos con los que ha llamado Spencer, es evidente que esperaba a alguien, aunque no a ellos. El gesto frío en que demuda su rostro no es ni de lejos festivo.

—... ¿Pam? —Se da cuenta al pronunciarlo de que ese nombre todavía es una bomba y retrocede un par de pasos, como si hubiese sido alcanzado por la onda expansiva del pasado.

La inmediata náusea que le sobreviene la hace sentir culpable. Nunca ha experimentado asco ni animadversión ante la presencia de John, pero esa percepción se transforma si lo imagina asesinando a dos niños. Percibe una flaqueza intempestiva en sus piernas que a Spencer no le pasa desapercibida. Es llamativo ver cómo su jefa, la inspectora con mayor serenidad y profesionalidad para abordar cualquier situación, se descubre como alguien humano, con sus roturas internas y sus debidos zurcidos.

—Desde este instante, y para usted, inspectora Russel de la Policía de Birmingham. ¿Sería tan amable de respondernos algunas preguntas? —se recompone.

El rostro de Spencer muestra un gesto de satisfacción y sonríe burlón a John, que solo es capaz de murmurar: «adelante».

Ambos policías se acomodan en el sofá del salón y analizan la austera estancia en ausencia del sospechoso, que anda ocupado en la cocina preparando tres infusiones. La vivienda luce pulcra y ordenada, aunque no es difícil mantenerla de esa forma en vistas de los pocos útiles que hay en ella. El salón alberga apenas un sofá, un televisor de pantalla plana colgado en la pared, una pequeña mesa de madera con dos sillas del mismo material y un piano de cola junto a la ventana que da a la calle. Pam reconoce en la sencillez de la estancia un recuerdo de su antiguo hogar. A John nunca le gustó la ostentosidad,

y cuando vivían juntos en Birmingham la organización de su casa era muy parecida a la de este pequeño apartamento. El tintineo de las tazas sobre la bandeja que porta John descubre el temblor de manos que hace sentir autoritario a Spencer y compungida a Pam.

—Usted dirá, inspectora Russel... —dice con cierto tono socarrón John.

—¿Qué tal si, para empezar, nos cuenta qué hizo la tarde del viernes?

Le cuesta encontrar verdad en la mirada de esos ojos en los que un día confió de manera ciega.

—Fui al conservatorio de música donde trabajo.

—Especifique un poco más... ¿A qué hora llegó y a qué hora se marchó de allí?

—Llegué sobre las cuatro en punto. Es a la hora que comienzan mis clases de piano.

—Muy justo, ¿no cree? Normalmente los profesores siempre llegan unos minutos antes para organizar la clase, ensayar la canción, afinar los instrumentos y ponerlos a punto... Recuerdo que usted siempre solía hacerlo, ¿por qué fue diferente esta vez?

—Vaya, pero ¿no quería ser únicamente la inspectora Russel? Pues deje de hacer juicios como si fuera Pam, mi exmujer. Al parecer ya no me conoce tan bien, tampoco yo la conozco a usted.

Pam adquiere un rictus incisivo en sus labios y, ante su renuncia a cualquier tipo de enfrentamiento, John continúa hablando.

—Lo que pasó ese día es que después de comer me tumbé un rato en el sofá para ver la televisión y me quedé dormido. Iba bastante apurado de tiempo cuando me desperté.

—En algún punto del trayecto, ¿se encontró usted a Kyle Paige y Ava Potter?

El rostro de John, que se había envalentonado instantes antes, pasa a tener un aspecto céreo. El temblor controlado de sus manos vuelve a la carga y trata de disimularlo enterrándolas entre sus piernas.

—No... —Suena como un quejido que no pasa inadvertido ante los dos policías.

Pam y Spencer, en acuerdo tácito, se quedan en silencio, tratando de ponerlo más nervioso y contra las cuerdas.

—¿A qué hora se fue del conservatorio? —se lanza a preguntar Spencer, que hasta el momento había permanecido de oyente.

—Sobre las cuatro y cuarto. Los chicos no venían y llevábamos unas semanas con muchos niños aquejados de gripe, así que pensé que

ellos también habrían caído. De hecho, me consta que la hermana de Kyle estuvo enferma justo ese día. Quizás me precipité, pero eran dos alumnos muy responsables, jamás llegaban tarde y cuando lo hacían era porque no iban a venir.

John suelta un discurso parecido al de la directora del conservatorio. No hay resquicio de duda: le ha puesto sobre aviso antes de que llegaran. ¿Por qué querría la señora Dubois protegerlo de esa forma?

Pam suspira con profundidad. Conoce bien a John y sabe que oculta algo o que, al menos, no cuenta toda la verdad, pero lo cierto es que no hay más evidencias que lo inculpen.

—Bien... se lo compro. —Spencer toma la palabra y mira de soslayo a su jefa, previendo que lo que va a acontecer no le va a gustar ni un pelo—. Hasta este punto de la historia usted suena creíble, incluso desentendido del asunto, pero ahora me gustaría que me explicara a dónde fue después del conservatorio.

—A mi casa.

—¿A qué casa?

—Pues a esta. ¿A cuál iba a ser? —dice señalando con el brazo el salón.

—Ah, no sé. Pensé que quizás tenía una segunda residencia en Birmingham.

Un sudor frío empapa la frente pálida de John, que la seca a golpecitos con el puño de su camisa. Pam mira a ambos interlocutores con gesto interrogante. ¿De qué va todo esto? Spencer evita tener contacto visual con ella, una parte suya experimenta una sensación de traición.

—Si no, ¿cómo explica que las cámaras de una gasolinera de la carretera A-38 nos dejaran esta imagen? —inquiere Spencer, invitándole a coger la fotografía que zarandea con su mano—. Usted es situado a las 17:49 a tan solo dos millas de Salford Park, lugar donde aparecieron asesinados Kyle y Ava. Una casualidad espeluznante, profesor.

Un mareo se apodera de Pam, que lo intenta frenar apretándose sus ojos con los dedos. Quiere disimular frente a John, no quiere descubrirse traicionada por su compañero fiel. ¿Por qué Spencer había obrado a sus espaldas y le había ocultado esa información? John da grandes bocanadas como si le faltara oxígeno para responder, infla su pecho y responde.

—No es lo que parece, pero si me están acusando de algo tengo

derecho a declarar en presencia de mi abogado.

—Me parece que ha visto muchas películas. La paciencia se me está agotando, señor Grey. ¡Responda a mi pregunta!

Pam, que parece no tener voz ni voto, les pide un instante para ir al baño. Arrastra sus pies por el suelo y escucha un lejano susurro: «Inspectora, ¿se encuentra bien?». El piano de cola danza ante sus ojos y las paredes parecen encogerse con la intención de engullirla. Llega al baño a tientas, probando puertas que se extienden a lo largo de un pasillo que le parece eterno. Levanta la tapa del váter y arroja un líquido marrón que atribuye al café que ha tomado un par de horas antes. Arrodillada frente a la taza identifica una mancha roja y purulenta que impregna la tela vaquera de su pantalón a la altura de la vagina. Se lleva los dedos ahí y reconoce en su tacto el dolor uterino de la pérdida. Sin levantarse del suelo comienza a abrir con desesperación los cajones del mueble del lavabo. Busca toallitas con el objetivo de borrar esa mancha, no soporta verla, necesita hacerla desaparecer. Deja sobre el hormigón gris del mueble su huella dactilar ensangrentada y es al abrir el último cajón cuando encuentra la prueba del delito. Todo se detiene. Un nuevo golpe que la zarandea por dentro. Y no sabe cuánto rato se queda paralizada frente al contenido que emerge de esa gaveta, pero finalmente recobra la compostura, poniéndose en pie frente al espejo. Nota el viscoso dolor en su entrepierna, el mojado latido de un diminuto corazón que, probablemente, se haya derretido y sepultado en sus braguitas. Hasta hace unos instantes esa mancha era una vida en su útero. Se mira al espejo y atrapa con su lengua dos lágrimas que rodaban en dirección a su barbilla, pero es incapaz de impedirle el paso a todas las que siguen.

Vuelve al salón entrelazando con su dedo corazón las esposas. Zancadas lentas, pero imperiosas resuenan por el pasillo. Entra a la estancia con una espectral calma que sorprende en contraste con su rostro bañado de llanto. Tanto Spencer como John se irguen al verla y clavan su mirada en el pantalón empapado de miedo a la muerte.

—¡Pam, estás sangrando! —exclama Spencer. Y es en el momento de decirlo en alto cuando lo entiende todo.

El cuerpo de su compañera llevaba toda la mañana avisándoles y él, en lugar de captar las señales, la ha llevado al lugar exacto donde la conmoción podía desafiar a sus mayores y más primitivos miedos. Ajena a todo, Pam se coloca frente a John, mostrándole las esposas.

—Queda arrestado por doble asesinato. Tiene derecho a guardar

silencio, cualquier cosa que diga puede y será utilizada en su contra en un tribunal judicial. Tiene derecho a contar con un abogado, si no puede pagarlo, el tribunal le asignará uno de oficio.

Capítulo 22

2008

NO HA TENIDO que esperar ni dos minutos, allí está su mujer tan solícita como siempre. Deposita un beso en los labios de ella, se acomoda en el asiento del copiloto y, al hacerlo, le embriaga un fuerte olor a esmalte de uñas. Su mujer le muestra el dorso de la mano presentándole unas uñas rojas que brillan por estar recién pintadas.

—He aprovechado mientras te esperaba para arreglarme el estropicio que llevaba.

—¿Has tenido que esperar mucho, nena? —pregunta Mark con voz melosa. Se acerca al mentón de su mujer y lo muerde con dulzura, coloca su mano en la entrepierna y la esconde bajo el vestido de lana que lleva. Sus dedos encuentran las medias que abrazan el sexo de su mujer y, sin apartarlas, lo acaricia con suavidad con los mismos dedos con los que le ha arrebatado la vida a una niña—. Me muero de ganas de hacerte el amor.

—Si solo han sido dos días... —le sonríe de forma pícara mientras le aparta la mano y le besa la nariz.

—Suficientes para volverme loco.

Enciende el motor del coche y conduce de camino a casa. Sujeta el volante con las yemas de los dedos, forzando la postura con tal de proteger el esmalte de uñas. Le pregunta por la conferencia porque nota en sus ojos un aire enigmático, él responde impertérrito, tiene tablas ocultando su crueldad. Tras comentar con su mujer las anécdotas más reseñables de las diversas ponencias, se sumen ambos en un silencio. A ella siempre le ha gustado disfrutar de la carretera, de los árboles que se arraciman junto a las cunetas queriendo conquistar la carretera, ese trozo de hogar que los humanos les han arrebatado. Él, sin embargo, se zambulle en sus pensamientos y en la satisfacción que le produce estar cumpliendo su cometido. Piensa en la próxima Abey, o el próximo Antón, en todos esos niños que no son

merecedores de la tierra. En todas esas infancias que jamás podrán competir contra la de su hijo.

Despega los ojos de sus manos para mirar el vientre de su mujer, que le ciñe el vestido y que ya asoma curvado por encima del cinturón. Ella ni siquiera se da cuenta y enciende la radio para acompañar los últimos minutos de conducción.

«Nos llegan noticias desde otro continente. Nuestro corresponsal en Boston nos informa de un brutal asesinato a orillas del lago de Lynn Woods. Se trata de una niña de ocho años. Mike nos ofrece más datos sobre este terrible suceso».

Mark se apresura a apagar la radio y usa como subterfugio un súbito dolor de cabeza.

***

HACE UN PAR de días desde que David llegó de Massachussets, ya está completamente recuperado del *jet lag.* Se engomina el pelo con la ayuda del gel fijador que unta entre sus dedos. No lo tiene demasiado largo, pero sí lo suficiente para que sus ligeras ondulaciones le molesten en la frente los días que tiene guardia en el hospital. Allí dentro hace tanto calor que a veces uno parece estar en el infierno, sobre todo cuando se te va un paciente.

Sale al salón y percibe el olor a tostadas y huevo frito. Hellen prepara el desayuno con una camiseta larga de David, dejando sus piernas, así como una pequeña porción de sus nalgas, al aire. Se acerca a ella haciendo ruido para no asustarla, la rodea por la espalda y le besa en la mejilla.

—Deja que termine yo el desayuno —le dice arrebatándole con afecto la paleta con la que pretende atrapar el huevo que se infla y brinca a causa del aceite.

—No, que tú estás muy guapo con ese traje. No vaya a ser que te manches.

Le besa en los labios y él rehace los pasos hasta el salón. Toma el periódico doblado que hay sobre la mesa, da un repaso rápido al apartado de deportes y se centra más en la página de sucesos internacionales. Lee para sí y con mucha atención el brutal asesinato de una niña en Lynn Woods. Hellen entra con las palmas de las manos a modo de bandeja y deposita los platos sobre la mesa.

—Mira esto. El otro día cuando estuve en las ponencias asesinaron

a una niña en Lynn, una ciudad cercana a Boston. Un vecino vio un coche merodeando por los alrededores de la casa de la niña justo esa tarde, la policía está investigando a todos los que tengan un Galloper Exceed como este.

David desliza el periódico hacia su mujer, que lo mira impasible. Aguarda entre sus manos temblorosas un sobre que ha robado toda su atención, pero finge interés sobre lo que le cuenta su marido.

—¡Vaya, qué horror! Debe de haber muchos coches de ese tipo en el estado de Massachussets, ¿cómo van a dar con el culpable?

—Hasta que no tengan una pista más sólida es como dar palos de ciego. Al parecer a la niña la ahogaron en el río y, después, le extirparon el cerebro.

—¡Dios mío, qué brutalidad! ¡No quiero pensar en el dolor que deben sentir sus padres! ¿Por qué existe gente tan despiadada en el mundo, David?

—No lo sé, amor. Supongo que hay personas con las que el mundo también ha sido despiadado y acaban trastornados. No debe de estar muy cuerdo para cometer un crimen tan atroz, pero es un individuo inteligente. No todo el mundo sabe cómo abrir un cráneo y extirpar el cerebro. El caso es que en la ponencia...

—En la ponencia ¿qué? —apremia Hellen. Quiere que termine de hablar cuanto antes.

—En la ponencia conocí a un hombre, un tal Mark, que llevaba un Galloper Exceed. Lo sé porque comió conmigo y con Maverick, otro colega de profesión que conocí allí. Era neurocirujano pediátrico, como la mayoría de los que asistimos. Podría perfectamente realizar una intervención de ese tipo.

Hellen le coge de la mano antes de hablar, tratando de amortiguar el corte que está a punto de lanzarle.

—Cariño, ves demasiadas películas de misterio... ¿Cuántos habitantes tendrá el estado de Massachussets?

—Casi siete millones.

—¡Casi siete millones! —repite sorprendida al no esperar respuesta de una pregunta con intención retórica—. No creo que, con esa cantidad de gente, tú hayas tenido la desdicha de almorzar con un asesino.

—Tienes razón. Qué tontería...

Hellen le aparta de delante el plato que todavía tiene el huevo y la tostada intactos y, en su lugar, coloca con delicadeza el sobre.

—¿Qué es?

—Mi ginecóloga escribió el sexo de nuestro bebé. Prometo que no lo he abierto.

A David se le olvida la reciente conversación y adopta un semblante de felicidad, le sonríen hasta los ojos. No espera a recibir el beneplácito de su mujer y abre el sobre. Lee el contenido y una sonrisa de satisfacción ocupa todo su rostro.

«Niño».

Ambos se abrazan emocionados durante unos minutos, y sin mediar palabra muestran que era eso, y no otra cosa, lo que estaban esperando. David se agacha a la altura del vientre y pega los labios al ombligo de Hellen, por si aquel cordón que une dos corazones sirviera también a modo de interfono.

—Hijo, soy yo, tu padre. Vengo a decirte que te quiero y que vas a llamarte Kyle.

Hellen sostiene con sus manos la cabeza de David, que se rinde a llorar abrazado al abdomen de su mujer.

Capítulo 23

Londres, 2020

—APARCAREMOS en las afueras y nos moveremos por el centro en metro. Es mucho más cómodo.

Aina asiente con la cabeza y sigue mirando la carretera a través de la luna. Tres gotas salpican el cristal, emulando el goteo de un pincel sobre el lienzo. En pocos segundos el parabrisas recoge los cientos de gotas diminutas que se han precipitado sobre ellos. A cada kilómetro que se aleja de Hertford va perdiendo seguridad sobre la decisión que ha tomado. ¿Y si Darcy la necesita durante la mañana?

Al llegar a Londres, el cielo les da una tregua y, aunque el frío se clava en el pecho, al menos ha cesado la lluvia. Héctor se maneja como pez en el agua, como si viviera allí o visitara la ciudad muy a menudo. Conoce las líneas de metro y sus respectivas paradas, no consulta los mapas, no duda hacia dónde dirigirse. Aina se sorprende al verlo tan desenvuelto en una ciudad que no es la suya.

—El secreto es que he pasado toda la noche estudiándome Google Maps para sorprender a mi cita —suelta.

Ella traga saliva y sonríe. Agradece que la bufanda que lleva cruzada en el cuello le oculte parte del sonrojo de sus mejillas. Dos autobuses rojos conducen sobre el asfalto de Ludgate Hill y uno de ellos aporrea el claxon al estar a punto de arrollar a un ciclista que ha invadido su carril.

Al fondo de la calle se levanta la cúpula de la Catedral de San Pablo. Aina la observa impactada y apresura el paso para acortar la distancia. No es lo mismo verla en *Viajeros por el mundo* que tenerla ante sus ojos.

Héctor adivina sus pensamientos y la frena, sujetándola con fuerza de la mano. Entrelaza los dedos con los de Aina, fríos y desnudos. Ella experimenta un escalofrío que nace en su nuca y recorre de forma vertical su espalda; un león parece dar zarpazos en su estómago. Hace

tiempo que no siente algo así, apenas recordaba la sensación de no ser dueña de sus actos, de no poder controlar el visceral latido que araña acariciando. De pronto se ha olvidado de dónde está y de los últimos meses que han sido tan fríos que todavía duelen en los huesos. La ensoñación dura una milésima de segundo hasta que el tirón de Héctor la devuelve a la realidad.

—¡Vamos! Antes de ver la catedral quiero enseñarte algo.

Cruzan corriendo, cogidos de la mano, hasta la otra acera. Esta vez es a ellos a quienes dedican la estrepitosa queja de un claxon. Aina se ríe a carcajadas y Héctor descubre lo bonita que es cuando lo hace, todavía no la había visto así: riendo tan confiada, sin tapar su boca al hacerlo como es habitual en ella. Parece que pide perdón por mostrarse como es cada vez que ríe.

Se detienen frente a un edificio enladrillado de dos plantas.

—Es aquí.

—No... No te creo.

The Broken Hearts Story Museum.

Aina tiene los ojos empañados de la emoción, da saltitos y palmadas como una niña pequeña. Le dedica una mirada llena de devoción y se muere por besarlo, pero siempre ha sido demasiado insegura para dar un paso así. De pronto, el desconocido con el que ha ido a Londres le parece más cercano que nunca al comprobar que él presta atención a cada detalle que tiene que ver con ella. Héctor casi puede leer las intenciones de Aina y, fortuitamente, suelta su mano. La invita a entrar con el fin de evitar su mirada, se siente culpable por estar ilusionándola de esas formas. Él no puede desviarse de su objetivo, aunque Aina tenga que pagar las consecuencias.

Se adentra en el museo seguida de Héctor y se sorprende al comprobar que no hay ningún turista dentro, ni siquiera un guía o un taquillero que les proporcione las entradas.

—Conozco a la nieta de Jefferson Hume, que es la gerente del museo, y he conseguido que lo abran solo para nosotros. Los jueves suele estar cerrado —explica.

No menciona en ningún momento que él también es nieto del guitarrista. Aina apenas articula palabra, mira de un lado a otro con la boca ligeramente abierta y le dedica a Héctor una sonrisa a modo de agradecimiento. El *tour* comienza con una audioguía narrada por Pandora Bravo, la nieta y gerente.

La voz de la chica sale de los altavoces que acondicionan las salas y va narrando la historia de la banda londinense más conocida de

forma internacional. Llegan a una sala circular donde se exhiben los instrumentos y vestuarios de los componentes del grupo, así como las pocas imágenes de archivo tomadas en aquella época. La voz de Pandora sigue integrándose a la perfección, enlazando las explicaciones más generales con anécdotas y curiosidades de lo más genuinas. En el expositor hay de todo, desde botellines de cerveza que tomaron antes de un concierto hasta una cinta morada que Nick Harrelson llevaba en la muñeca el día de su prematura muerte en un accidente de tráfico.

Aina suspira pensando en que su padre ya no podrá visitar este mágico rincón que habita en Londres. Héctor la conduce a otra sala que han habilitado emulando la casa abandonada en la que la banda escribió su primera canción. Tan solo dos farolillos de forja iluminan la sala. En el centro, una guitarra eléctrica Fender, una batería y un bajo; junto a ellos, un sofá de piel desgastado por los años. Se sientan en él y un proyector refleja en la pared las tomas de vídeo en blanco y negro de algunos de sus conciertos. La música comienza a sonar para ellos y la canción favorita del padre de Aina abraza la estancia.

No puede evitarlo y, aunque en los primeros acordes ya surgen algunas lágrimas, lo hacen de forma comedida. No tarda demasiado en hundir su cara entre las manos y llorar desconsoladamente. Héctor le pasa un brazo por la espalda y la deja llorar durante todo el tiempo que dura la canción.

—Perdón —dice al cesar la música.

—¿Por qué te disculpas?

—Por esto —dice sorbiendo la nariz y señalando su rostro empapado.

—Nunca pidas perdón por sentir amor o por echar de menos, esa es la forma de recordar que has amado a alguien. Pide perdón cuando sientas odio o rabia, cuando hayas herido o quieras herir a alguien, pero no ofendes a nadie por llorarle a tu padre. En parte hasta te envidio por poder haber estado con él a través de una canción... Yo todavía no he encontrado la manera de revivir a ciertas personas y es muy duro no saber consolarse a uno mismo cuando se echa tanto de menos.

A Aina no le da tiempo a responder ni a preguntarle a quién extraña tanto él. Héctor se inclina hacia ella, le pasa una mano por el cuello hasta descansarla en la nuca y, cuando la tiene cerca, comienza a besarle el rostro bebiéndose cada una de sus lágrimas. Ella cierra los ojos en cuanto los labios de Héctor se detienen en su boca. La besa tan

despacio que querría morirse allí mismo, quiere rozar su lengua, necesita sentarse sobre su regazo, pero cuando está a punto de hacerlo él se separa y sonríe, marcando la línea de su mandíbula.

—Nos quedan muchas cosas por ver.

***

ESTÁN EN UN RESTAURANTE italiano cuando recibe la llamada. Ella moja con seguridad el pan en la cazoleta de barro en la que les han servido el *provoloncino*. Estira el queso y le da vueltas para hacerse con él, casi ha perdido toda su inseguridad después del beso que le ha dado Héctor. Por su parte, él casi no ha comido y observa cómo Aina ya empieza a apoderarse de la porción de queso que le corresponde a él, pero no le importa. Dedica su mirada a sus labios, bañados de queso, y siente ganas de volverlos a besar. Instantáneamente, frunce el ceño al pensarlo y se reprende en silencio por ello. El teléfono de Aina suena.

—¿Diga? —Suelta el tenedor encima de la mesa—. Voy ahora mismo, David.

Su rostro ha demudado y se ha instalado en él un halo de preocupación.

—¡Volvamos a Hertford, han detenido al asesino de Kyle!

Pagan sin demora y se dirigen al coche. Héctor no puede evitar sentir una especie de satisfacción: todo está saliendo según lo planeado. Por suerte, Aina no se ha percatado de su perturbadora sonrisa.

Capítulo 24

Hertford, 2020

PAM SE MUESTRA EVASIVA con el ginecólogo que explora en sus adentros. Mientras él observa el monitor en silencio y conduce el ecógrafo por dentro de la vagina, Pam cuenta los azulejos de color blanco hospitalario que contiene el techo. Se pierde al llegar a treinta y cambia de estrategia. De pronto recuerda trazos de su niñez y puede escuchar las melodías que cantaban sus compañeras al saltar a la comba. Ella era una niña solitaria, independiente, por aquel entonces la tildaban de rara por no querer jugar con las demás. Su profesora, Catherine, le llevó un día un muñeco para que no jugara sola. Los primeros días Pam era reacia a jugar con él, no se le ocurría qué era lo que podía hacer con aquel bebé inerte que mostraba al mundo una boca en forma de u. Catherine llevaba cada día más y más accesorios, biberones y chupetes de plástico, pañales, ropita usada de su sobrino... Todas aquellas pertenencias fueron acumulándose en el armario de la señorita Catherine. Las demás niñas le pedían encarecidamente jugar con el bebé, pero ella siempre respondía lo mismo: «vosotras tenéis la comba y sois muchas, esto es para Pam porque siempre está sola». Y ella, solo por hacerle la puñeta a todas aquellas que la llamaban rara, una mañana decidió coger el muñeco de bebé.

Desde aquel instante, los patios dejaron de ser una lucha incansable por volverse invisible, dejó de importarle lo que vieran otros ojos, ya no le dolían ciertas miradas porque no existía nadie más en el mundo que ella y su bebé. Caló en el inconsciente de una niña que, para poder completarse, necesitaba otro ser que la llenara, y fue allí, en esos patios que hasta entonces se le habían hechos eternos, que descubrió el instinto animal que poseía, el deseo ferviente de tener entre sus brazos a su propio hijo algún día. Pero ese deseo cada vez queda más lejano. Y es tan difícil sobrevivir a un sueño que se rompe... Sobre todo, si ha sido uno que le han arrancado a la propia

infancia.

Ya no es Pam la que llora, es la niña que un día fue y que imaginó con ilusión que protegería con sus propias entrañas a otro ser, un ser que habría venido para salvarla de su soledad. Ahora, a sus treinta y tres años, comienza a cuestionarse que, si la señorita Catherine no le hubiera llevado un muñeco para no sentirse sola, quizás ahora podría ser capaz de llenar sus vacíos sin un bebé.

La voz del ginecólogo la devuelve a la habitación.

—Pamela, lamento decirle que ha tenido un aborto.

Ella evita la mirada del doctor y la clava en el cristal de la ventana que le muestra un cielo plomizo, casi tan gris como su dolor. Siente que alguien le sujeta con firmeza la mano, tratando de evitar su inminente caída al vacío. Es Spencer, que ha podido entrar alegando que era su marido.

—Pero hay un dato esperanzador —prosigue el joven ginecólogo —. Todavía hay un feto con vida.

Pam, que hasta el momento se ha mantenido acostada en la camilla, se incorpora quedándose sentada frente a él.

—Se trata de un embarazo gemelar monocorial, con pérdida de uno de los fetos. Esto significa que ambos compartían misma placenta y mismo saco amniótico. Esto eleva el riesgo de morbimortalidad en el feto superviviente, pero está usted de siete semanas de embarazo y eso es una buena noticia. La muerte fetal disminuye gracias a la identificación temprana de un embarazo de riesgo y la vigilancia prenatal intensiva, por lo que a partir de ahora haremos un mayor número de ecografías y un seguimiento más exhaustivo. Eso sí, deberá estar en reposo absoluto hasta que el embarazo llegue a término o, al menos, hasta que comprobemos que no supone ningún riesgo para el bebé.

Pam se lleva las manos al vientre y mira a Spencer contrariada, ya no sabe si llorar de pena o de alegría. Así que solloza por todo a la vez, por su bebé superviviente y por el que se ha marchado al arcoíris de los niños que nunca nacerán. Pasa por su mente la mirada de John al ponerle las esposas y también eso le hace llorar con amargura.

—No puedo dejar el caso ahora. No puedo quedarme en mi sofá dejando que las cosas pasen —gime sin dejar de hipar.

—Lo que tenía que pasar, ya ha pasado. Jefa, los padres de Kyle y Ava ya van a poder llorar a sus hijos sabiendo que se ha hecho justicia. Ahora eres tú la madre que tiene que proteger a su cachorro con uñas y dientes. Con la propia vida si hace falta.

Lo mira sin convencerse del todo.

—Pam, has hecho tu trabajo, hay un asesino entre rejas, ya no podemos hacer nada más por esos niños. Pero a este todavía puedes darle una oportunidad —sentencia poniéndole una mano sobre el vientre.

Lo abraza. Es más que un compañero de trabajo, es su amigo. Ni siquiera se concede el derecho de enfadarse con él por haberle ocultado información del caso. Sabe que lo ha hecho para ahorrarle muchas preocupaciones y, al final, las pruebas le han dado la razón. Pam divaga entonces sobre lo ocurrido unas horas antes. Retumba en su cabeza la visión del cajón del baño en el que ha encontrado una bolsa de caramelos naranjas, dos pares de zapatillas de *ballet* y un pequeño cojín con una mancha de sangre.

***

SPENCER APROVECHA la llegada de Lizzie al hospital para poder marcharse. Hasta ese instante no ha querido dejar a Pam sola ni un segundo. Se dirige a casa de Ava Potter para informar a sus padres sobre lo sucedido. Y cuando les da el nombre y apellido del asesino de su hija, como si aquello fuera a aliviarles el corazón, se presenta también en casa de los Paige.

—Encontramos pruebas suficientes para sostener la hipótesis de que John Grey asesinó a Ava, y también a su hijo Kyle. Encontramos en el baño la firma del asesinato: caramelos y zapatillas de *ballet*. Además, junto a estos objetos había un cojín con una mancha de sangre. Sabemos que le pertenece porque es idéntico a los que tenía en el sofá del salón. Nuestros compañeros de la científica han comprobado que la mancha del cojín era sangre, pues han utilizado fenolftaleína, una sustancia química que puede probar la presencia de sangre, adquiriendo un color rosa intenso al reaccionar con ella. Nos faltaría confirmar que la sangre se trata de la de Kyle, pero teniendo en cuenta que fue asfixiado con un objeto blando y que presentaba una herida en la cabeza producida por un golpe, podría encajar perfectamente.

Hellen se abraza a David. Spencer sale de la casa sabiendo que esos padres tardarán mucho en curar una herida de tal dimensión. Para en el primer bar que encuentra en Hertford y bebe para lidiar mejor con la crueldad del mundo.

Capítulo 25

Londres, 2020

DORIAN HA VUELTO A SALIR de aislamiento después de pasar unos días más tranquilo. Pero ahora vuelve a irritarse al comprobar que le han cambiado de habitación. No lleva bien los repentinos cambios de su rutina. Todo lo que se aleje de su metódico esquema mental le produce ansiedad. Anna, su psiquiatra, le explica que va a compartirla con otro paciente y le asegura que de esa forma estará mejor.

Su compañero todavía no está en la habitación y Dorian se sienta en el escritorio que han dispuesto bajo la ventana. Sobre él encuentra un puzle de mil piezas de *La noche estrellada* de Van Gogh y una caja con pequeños cubos de letras que utiliza para comunicarse. Ha vuelto al mutismo que le acompañó sus primeros siete años de vida. Ahora solo se encuentra cómodo manifestando sus pensamientos a través de los cubos. El puzle ha sido un regalo de Anna por portarse bien en las pruebas que le hacen de vez en cuando. El celador que lo suele acompañar siempre le dice que son pruebas especiales para gente inteligente, pero él pasa mucho miedo por si vuelven a someterlo a descargas eléctricas como aquella vez.

Cuando le hacen esas pruebas, lo llevan a una sala oscura que tan solo alberga la luz que emerge del proyector. Le invitan a sentarse en una butaca y lo atan de pies y manos para evitar que se levante. Nunca opone resistencia porque sabe que de esa forma lo tratarán mejor. Después le colocan electrodos alrededor de la cabeza. En una ocasión escuchó cómo Anna les explicaba a otros psiquiatras más jóvenes, quizás estudiantes, que aquellos aparatos le servían para medir las ondas beta y gamma del sujeto. El sujeto era Dorian, como si no tuviera identidad, como si tan solo se tratara de un ratón de laboratorio. Aquel día había muchas personas en la sala y Dorian se empezó a agitar demasiado. Todavía recuerda la sensación de angustia en su pecho si piensa en ello. Anna se enfadó muchísimo con él y, tras

darle algunas descargas eléctricas, lo llevo a aislamiento y estuvo dos semanas sin recibir visitas. Saben que privarle de la visita de Héctor le produce una enorme tristeza, aunque después demuestre indiferencia ante él.

Esparce las piezas sobre el escritorio y sus ojos comienzan a trabajar a toda velocidad para dar con las esquinas. No tarda mucho tiempo en tener colocadas hacia arriba todas las piezas que conforman el marco del puzle. Va uniéndolas con una facilidad abrumadora cuando detecta que alguien entra en la habitación. Ni siquiera se da la vuelta para ver quién es, aunque no le hace falta. Por la forma en la que arrastra los pies sabe que es el viejo Henry. No pierde ni un ápice de concentración y, ajeno a cualquier estímulo, sigue formando entre sus dedos el cielo de la noche estrellada.

Henry se acerca hacia el escritorio y palpa la ventana en busca de la manecilla. No hay. Es una ventana completamente hermética.

—Sí que debes de estar zumbado para que no nos dejen ni abrir la ventana —refunfuña el abuelo nonagenario con un cigarrillo en la mano.

Arrastra, resignado, los pies hacia una de las camas y vuelve a guardarse el cigarrillo en el bolsillo de la bata. Dorian no responde, no levanta la vista del escritorio, ni siquiera tuerce un músculo de su rostro. Ya tiene armadas alrededor de unas cincuenta piezas.

—Venga, chico, cuéntame qué es lo que ha hecho que tu cabeza se vuelva del revés. Los locos estamos hechos de traumas, aunque a veces solo existan en nuestra imaginación.

Dorian no suelta la pieza que tiene entre los dedos, barre el escritorio con sus ojos hasta dar con su ubicación. La coloca, sonríe con satisfacción y se arrodilla en el suelo con la caja de cubos de letras en sus manos. Forma dos palabras frente a Henry: *Esteban. Mamá.*

Vuelve a su asiento y, sin decir nada más, toma otra pieza que pronto depositará en su lugar.

***

Hertford, 2020

HÉCTOR DEJA A AINA frente a la puerta del colegio. Antes de ir a casa, pasa por el quiosco para comprarse una botellita de vino con la que poder celebrar que las cosas están ocurriendo tal y como esperaba.

Sabe que no encontrará ningún vino fino allí, pero le vale cualquier chapuza que le nuble un poco la mente. De camino a casa piensa en la chica con la que ha pasado una mañana estupenda. No le gusta hacer daño a las buenas personas, pero él es consciente de que no va a poder enamorarse de ella. No quisiera romperle el corazón, pero lo hará. Lo nota por la forma en la que ella ha empezado a mirarle. En otras circunstancias se alejaría, Aina no merece un Héctor Izquierdo en su vida, pero necesita conocer los secretos más vulnerables de los Paige y ella es el único camino para conseguirlo. Si creyera en Dios, no se sentiría tan culpable. Le dejaría a él todo el peso de su conciencia y se defendería con el pretexto de que el Todopoderoso conoce el motivo de sus actos y solo él puede juzgarlo. Una lástima que ya no crea en nada de aquello en lo que un día creyó.

Se sienta en la repisa del salón y ni siquiera saca una copa para servirse el vino. Bebe a morro con la misma ansiedad con la que lo haría un alcohólico diagnosticado. Hay algo más de bullicio de lo habitual en el vecindario. Cuchichean unos con otros, tratando de disimular frente a la casa de los Paige, pero no consiguen pasar desapercibidos. Ya se ha corrido la voz en todo el pueblo, ya tienen el nombre del asesino, ya tienen al verdugo sobre el que poder vomitar todo el miedo y la rabia. Héctor no enciende la televisión, no quiere contaminarse de los falsos datos que dé la prensa, ya tendrá tiempo de conocer los entresijos cuando consiga embaucar del todo a Aina.

Al segundo trago largo de vino, rompe a llorar. ¿En quién cojones se ha convertido? Suerte que los muertos no pueden ver lo que ha hecho, lo que ha permitido. Suerte que a Nekane no le dio tiempo a decepcionarse. Le cuesta recordar tiempos felices con ella, todo se desencadenó a una velocidad demasiado rápida. Quizás eso fue lo que le cambió, que las desgracias comenzaran a hacer un efecto dominó y se volvieran irremediables. Todo comenzó con la muerte de Esteban aquella tarde de noviembre en la que Dorian acabó con su vida. Justo en ese instante todo se desmoronó y tuvieron que dejarlo todo por venir a Hertford. No fue una decisión al azar, Héctor sabía por qué debía de ser en ese lugar y no en otro, aunque nunca se lo confesó a Nekane. Pocos meses después, su mujer comenzó a sentirse mal. Al principio solo se sentía cansada, pero poco después comenzaron a preocuparle unos ciclos menstruales demasiado largos, un dolor de cabeza persistente que apenas la dejaba dormir... Una leucemia aguda estaba arrancándole la vida. Los médicos fueron poco optimistas desde el principio, explicaron cómo iba a ser el proceso y fueron realistas en

cuanto a las probabilidades de supervivencia. Las expectativas no eran buenas.

El cáncer, además de miedo y tristeza, trajo de la mano discusiones fuertes que nunca antes habían tenido como pareja.

—¿Por qué no me has contado lo de tu primo? ¡Resulta que ahora en esta familia las decisiones las tomas solo tú! —irrumpió una mañana Héctor en el salón.

—Las que atañen a mi vida, sí.

Nekane apenas sostenía con sus manos un vaso de agua que trataba de llevarse a los labios.

—¡¿Y tu hijo?! ¡¿Y yo?! ¿Acaso no formamos parte de tu vida?

—No me grites que me duele mucho la cabeza, por favor.

—Nekane, te he pasado muchas cosas desde que estás enferma. —Cambia el tono de voz porque su mujer ha roto a llorar—. Vale que quisieras dejar la quimio porque no había probabilidades. Vale que no quieras pasar los últimos días en el hospital y sea yo el que se dedique a los cuidados paliativos. Pero no puedo creer que hayas dejado pasar una posibilidad de vivir.

Nekane mira hacia la ventana, evitando los ojos de Héctor. Su primo Aitor es médico oncológico en Navarra, en el mejor hospital de España para tratar el cáncer. La llamó hace unas semanas para exponerle un tratamiento experimental que estaban probando con enfermos terminales. Había funcionado en algunos países y ahora estaban implantándolo allí. Ella lo rechazó.

—No quería pasar los últimos meses de mi vida sin poder ver a mi hijo. El tratamiento no era un milagro, Héctor. Podía no funcionar. Y yo no estaba dispuesta a perderme ni un segundo más de lo que ya me voy a perder de mi hijo. Sabes muy bien lo que nos dijo Fernández Larrea, movería cielo y tierra por reabrir el caso si alguna vez Dorian pisaba España. Y yo voy a quedarme donde esté mi hijo.

Ambos se abrazaron y lloraron durante mucho rato; eran conscientes de que se estaban despidiendo para siempre. Se dijeron lo mucho que se querían, rieron con momentos del pasado que les habían hecho felices y Nekane dejó atado todo lo que quería que hicieran cuando ella ya no estuviera. Lo que no sabían era que Dorian escuchaba sentado en las escaleras y fue esa conversación la que le convenció de que él había matado a su madre.

Capítulo 26

Hertford, 2020

ESTÁ ATARDECIENDO cuando Aina se quita los zapatos y se lanza sobre su cama. Tira la almohada al suelo y se sienta con la espalda apoyada en la pared. Enseguida busca el calor del edredón y acaba arropándose las piernas con él. David y Hellen han decidido llevar a Darcy a ver a su abuela, a la que también tenían algo abandonada desde el día en que asesinaron a Kyle. Hellen ha dejado de llorar, parece otra persona desde que conoce la identidad del animal que le arrebató la vida a su hijo. Se ha convertido en una persona más entera, como si la entrada de John en la cárcel le permitiera comenzar el duelo que hasta ahora había galopado desbocado en su interior.

Aina abre el WhatsApp y busca el grupo que tiene con sus amigas. Lo tiene silenciado y es entonces cuando se da cuenta de que hay más de doscientos mensajes de Gala y Alma, además de los respectivos chats que le han abierto cada una de forma individual. No ha hablado con ellas desde que ha llegado a Hertford, pero por lo poco que lee en los últimos mensajes recibidos, su madre ya las ha puesto al día de lo ocurrido.

Les responde con una palabra. «¿Birrallamada?». No tarda ni dos minutos en aparecer la cara de ambas en la pantalla.

—¡TÍA! ¡¿Cómo estás?! Nos ha contado tu madre —dicen casi al unísono.

Aina les cuenta cada detalle de lo ocurrido desde el día de su llegada hasta hoy. Descubrimiento de la identidad del asesino incluido.

—¡Tela! —Gala, la más vivaracha y expresiva de las tres, agita su mano derecha con un énfasis que podría traspasar la pantalla—. ¡Telita marinera! Bueno, tía, piensa que de aquí para arriba. Algo más *heavy* ya no creo que te pase.

Le arranca una risa a Aina y simulan un brindis acercando los

botellines a la pantalla. Alma no ha dicho nada todavía, se sostiene la frente tratando de asimilar lo que le cuenta su amiga y da un trago al botellín de cerveza antes de hablar. Ella es la más seria de las tres, también la más mayor, por lo que trata de animar a su amiga de una forma más sensata.

—Esto te va a hacer más fuerte, Aina. Piensa que el asesino está en la cárcel y esa familia ya puede ir sanando la herida. Estoy segura de que al final esto se convertirá en una experiencia bonita y sanadora.

Gala corta la intervención de Alma.

—Pues tu madre nos lo contó el día que subiste la historia esa de la nieve al *Insta*. Y pensé: «joder, ¿no le afecta nada a esta muchacha o qué pasa aquí?». Y nosotras venga a enviarte mensajes y tú sin contestar. Anda que ya te vale... Ahora que veo que estás bien, ya puedo reñirte.

—Gala, ponte en su piel. Estaría en *shock*. Yo tampoco sé si habría querido hablar con nadie.

—Pues, esperad, que no os he contado quién me respondió la historia... —dice Aina tratando de cambiar de tema. Sus amigas son las que le hacen olvidar los momentos oscuros y ahora mismo su realidad es negro azabache.

—Sorpréndenos.

—... Carles

—¡Buenooooo! Éramos pocos y parió la abuela. —Gala da una palmada y pone los brazos en jarras.

—¡Hombres! —exclama Alma negando con la cabeza como si el género masculino no tuviese remedio—. Se cepilla a medio Lleida, no acude ni al entierro de... tu padre. ¿Y ahora te habla como si nada? Qué sinvergüenza...

—Amiga, ¿sabes qué le habría respondido yo? Esto. —Gala muestra el gesto insultante que se atribuye al dedo anular—. Una foto de esto. ¡Anda a la mierda!

La conversación fluye durante la hora siguiente, como si no hubiese pasado nada, como si el miedo o el dolor nunca hubiesen sobrevolado por encima de ellas. Comienzan riéndose del ex de Aina y acaban riéndose de los de todas. Como ellas suelen decir: «les hemos hecho un buen traje a medida». Apuran la cerveza antes de despedirse y Aina prefiere guardarse lo de Héctor para otra ocasión.

Tras colgar, comprueba que tiene un nuevo mensaje de WhatsApp. Es de él. Sonríe como tonta al ver la foto que le ha mandado. También está tumbado en la cama, sacándole la lengua de forma infantil.

Todavía está abobada mirando la foto cuando Héctor escribe.

«Ya tengo ganas de verte». √√

«Solo tienes que cruzar la calle». √√

Le añade el emoticono del guiño para no parecer fría, pero tampoco demasiado cariñosa.

«Ojalá pudiera, pero David Paige me da mucho respeto». √√

Se ríen.

«Ven tú». √√

Parece que sí, que tiene muchas ganas de estar con ella.

«No puedo. Estarán al caer y no quiero que piensen nada raro». √√

Se despiden con algún que otro emoticono del besito. Ella siente un no sé qué, que qué sé yo. Él también está feliz, pero por motivos distintos. Su única intención era que ella abriera la foto que le ha enviado, lo ha hecho y ese gesto le ha valido para hackearle el teléfono y así poder acceder a cualquier información de su dispositivo.

Capítulo 27

Birmingham, 2020

—TODOS LOS MONSTRUOS sois unos mierdas, en realidad —increpa Spencer a John, que se encuentra invadido por un llanto desmesurado —. La mayoría sois tipos a los que os robaban el bocadillo a la hora del patio.

Todavía no ha conseguido arrancarle ni una palabra, ni una declaración mínimamente decente. Por un instante parece que va a serenarse, pero en cuanto se decide a hablar, los sollozos vuelven a apoderarse de él. Spencer desearía que Pam estuviera allí. Durante un segundo le viene a la memoria la primera vez que la vio entrar en las oficinas. Tenía treinta años recién cumplidos y todos la esperaban con un cierto recelo. ¿Cómo iba a ser aquella chiquilla de metro sesenta y cinco, manos menudas y delicadas la nueva inspectora al mando? Dedujeron que le faltaba calle, pues denotaba ingenuidad por los cuatro costados. No la habían visto en acción. Subestimaban ese rostro inmaculado que estaba coronado por un flequillo recto que todavía infantilizaba más sus facciones. A Spencer no le costó demasiado descubrir que era un diamante en bruto. Tenía, y tiene, cada día mayor capacidad, más que inteligencia, un olfato salvaje que le permite traducir los pensamientos más crípticos de los acusados, los anhelos más inaccesibles de cada uno de ellos. Se pregunta si el hombre que tiene enfrente ha sido capaz de interpretar tan bien el papel como para ser capaz de persuadir así a la mujer que había dormido a su lado tantas noches, sin despertarle sospecha alguna.

Spencer comienza a perder la paciencia. A ratos está convencido de la bestia que tiene delante, todas las pruebas le apuntan y, sin embargo, nunca ha visto a un hijo de puta llorar con tanto pesar. Otra de las cosas que más admira de la inspectora es el aplomo y la serenidad con los que encara los interrogatorios. Puede parecer empática y conciliadora hasta con la rata más miserable, aunque solo

forme parte de un juego macabro para hacerles cometer errores en sus testimonios, para darles una falsa confianza de la que después ella se alimenta.

—Yo... no... fui —gimotea

Spencer hace un gesto al cristal de la sala, tras el cual se encuentran dos agentes. Una de ellos entra con unas bolsas de plástico en las manos que deposita sobre la mesa. Después da media vuelta y desaparece.

—¿Y esto de dónde sale? ¿Del bolsillo mágico de Doraemon?

John clava la vista en los objetos que han encontrado en el cajón de su baño.

—No es mío —dice con rotundidad, frenando el llanto como si ese argumento le valiera para salir airoso.

—«Yo no fui», «no es mío»... Joder, te tenía por un tío inteligente. Busca algo más original que pueda colar —sonríe con sarna Spencer —. El cojín, que es exactamente igual a los que tienes en el salón, tampoco es tuyo, ¿verdad?

—Sí, sí es mío. Pero yo no lo puse ahí ni asfixié a nadie con él.

—Uy, ¿cómo sabes que han asfixiado a alguien con este cojín?

—No lo sé. Es lo que se decía por ahí.

Rompe a llorar de nuevo, siente que está desbordado, fuera de control. Es consciente de que en tal estado no puede sonar, ni de lejos, convincente.

—Vamos a probar con una pregunta más sencilla... ¿Dónde iba cuando las cámaras captaron esta imagen?

Desliza la fotografía tomada en una gasolinera cercana a Birmingham.

—Había... Había quedado con una chica de Tinder...

—¿Cómo se llama esa chica?

John se detiene a pensarlo. Está tan nervioso que, aunque fuera cierto, ni se acordaría.

—Emily.

Spencer lo escruta con la mirada.

—¿Apellido?

—No lo sé...

—¿Dónde podemos encontrarla?

—Ni idea... No se presentó a la cita, estaba despechado y borré la aplicación.

—¿Alguna red social que nos permita contactarla?

—No...

Spencer esboza una sonrisa y niega con la cabeza. La declaración del detenido no se sostiene y solo evoca incredulidad. La forense Hathaway pide permiso para entrar con un suave contacto entre sus nudillos y la puerta. Se acerca comedida a Spencer y, en un susurro, le informa.

—Tenemos los resultados del cotejo.

John se pone en guardia al escucharlo. Spencer abandona la sala junto a Hathaway, dejándolo solo y preso de los nervios.

—¿Qué tenemos?

—El ADN del niño coincide al cien por cien con la muestra tomada. Además, no solo contábamos con la presencia de la sangre, también encontramos secreciones salivales y nasales que apuntan a que fue ese cojín con el que asfixiaron al niño.

Spencer vuelve a entrar a la sala de interrogatorios con los labios apretados, reflejando todavía más hostilidad.

—John Grey, es usted acusado de doble asesinato. Permanecerá en prisión preventiva a la espera de que el juez en una comparecencia rápida decrete si ingresa en prisión con o sin fianza.

El acusado queda inmóvil, ya no puede hacer más que resignarse. Asiente en silencio, asimilando el golpe que acaba de recibir. Recuerda una frase que solía decirle su madre cuando era pequeño: «si no quieres que algo se sepa, no lo hagas».

—¿Puedo hacer una llamada?

Spencer no le responde, se limita a apagar la cámara y deshace sus pasos hacia la salida. Cuando está en la puerta, rompe el silencio.

—Traedle un teléfono a esta rata.

Un tono. Dos tonos. Al tercero descuelgan.

—Soy yo. No tengo mucho tiempo para hablar. Me han acusado de asesinato.

El minuto siguiente lo dedica a exponer brevemente su nueva situación. Al otro lado de la línea, Céline Dubois escucha fumando un cigarrillo con desesperación.

—Aguanta, John. Confía en mí, te sacaré. Buscaré al mejor abogado, aunque eso suponga perderlo todo. Pero no puedes contar la verdad, ¿me oyes?

John cuelga con rabia. Está colérico, no piensa asumir él solo todas las consecuencias.

***

JOHN CONOCIÓ A CÉLINE una noche en un local de copas de Londres. No fue un encuentro casual, sino una cita organizada por una amiga que ambos tenían en común. John no pasaba por el mejor momento de su vida, hacía poco tiempo que se había enterado de que su exmujer, Pam, estaba rehaciendo su vida con otra persona. Nada más y nada menos que con otra mujer, algo que resquebrajó todavía más su ego masculino. Pero no era lo único que atormentaba a John, sino que también acababa de perder su trabajo de profesor en la academia de música en la que impartía clase desde hacía años.

Céline Dubois era unos diez años mayor que él, pero a pesar de su enclenque físico desprendía una seguridad que atrapaba la atención de cualquiera. Todos detectaban la presencia de una mujer poderosa. No obstante, John no se sintió atraído por ella aquella noche, sino que el interés fue emergiendo paulatinamente los meses posteriores. Entre copa y copa, Céline Dubois le prometió que un día lo invitaría al conservatorio que dirigía para verlo tocar el piano. El encuentro tan solo tardó un par de días en formalizarse y, a la semana siguiente, John se vio trabajando de nuevo, pero esta vez en un conservatorio con excelente reputación.

La autoestima de John fue regenerándose, pero la herida de Pam seguía abierta como el primer día. Céline Dubois se interesó desde el primer momento por aquel chico joven, que desprendía un halo de tristeza que a ella le enganchaba de manera inexplicable. Sentía la necesidad de protegerlo, por lo que fue ella la que dio el primer paso. Lo invitó a cenar y a asistir a un concierto. Fuera del conservatorio Céline era una mujer divertida, incluso algo alocada, pero a la vez muy dulce. Después de aquel concierto llegaron otros muchos planes en conjunto: algunas tardes de cine, noches de teatro, mañanas en las que dejaban fluir su creatividad innata para la música... Y también, para qué negarlo, madrugadas en vela acompañadas de una complicidad estremecedora en el terreno sexual.

John acabó perdiendo la cabeza por aquella mujer que creaba música como nadie y que lo trataba con una ternura parecida a la de Pamela. Esa fue su perdición, querer encontrar en ella todo lo que anhelaba de su exmujer. Céline Dubois se convirtió en su única prioridad y, si no quería perderla, tenía que cuidarla, complacerla. No hay nada más dañino que confundir el amor con la dependencia, creer que quieres a alguien cuando simplemente lo necesitas para no enfrentarte solo a tus vacíos. Su actitud pasiva fue dando paso al verdadero carácter de Dubois, una mujer manipuladora que tenía a su

merced a aquellos que la rodeaban. Sus intenciones, camufladas entre una falsa dulzura, pasaban desapercibidas para John. Comenzó pidiéndole cosas sencillas a las que él siempre sucumbía: «me pone triste que salgas por ahí sin mí». «Prefiero que nos quedemos en casa hoy». «Me duele que hables con esa mujer, aunque digas que no te interesa». «No estoy preparada para que vivamos juntos, pero quédate esta noche a dormir»... Y cuando lo tuvo anulado del todo, sacó a relucir su mejor arma: la de mujer superada por la desgracia. John siempre había sido el débil de la relación y ver a Céline demandarle protección le hacía sentirse más fuerte, el hombre de la casa que nunca fue en ningún lugar. Aprovechando la manipulación emocional, Dubois le rogó que hiciera algo por ella: un acto de amor que le demostraría que era el hombre de su vida.

Ahora, en la frialdad que horada de las paredes del calabozo, se siente decepcionado consigo mismo. Abocado a una vida miserable a cambio de contentar a Céline Dubois. ¿Cómo se le ocurre confiar en la palabra de una mujer que le pidió que matara a su propia hija?

Capítulo 28

Hertford, 2020

AINA TODAVÍA no ha visto el sol desde que puso un pie en Hertford y eso va carcomiendo su estado de ánimo. Acaba de dejar a Darcy en la puerta de la escuela, repara en el cielo y advierte en él nubes del color del acero que van arracimándose unas con otras, formando imponentes torres negras. Antes de salir de casa ha metido un paraguas plegable y un libro en su bolso, le apetece desayunar en la cafetería del otro día y dedicar, enteramente, su mañana a leer.

Anoche estuvo dándole demasiadas vueltas a la cabeza y el cuerpo le pide un rato de tregua, de desconexión. Estuvo cavilando acerca de todo lo vivido en los recientes días y se descubrió dedicando gran parte de su ensimismamiento a la aparición de Carles vía Instagram. No sabe cómo lo hace, pero siempre que reaparece, la desestabiliza. Tiene claro que quiere conocer a Héctor, dejarse llevar y dejarse cuidar, cosa que nunca se permite; además, detecta una sensación de fastidio cada vez que piensa en Carles, pero aun así no logra extirparlo totalmente de su cabeza. En casa de los Paige parece que todo va volviendo a su lugar, es un buen momento para un nuevo comienzo, para enterrar el pasado y abandonar la desazón instalada en su pecho.

Entra en la cafetería decidida a sentarse en la misma mesa del otro día, la que está junto a la ventana, dispuesta así a instaurar una nueva costumbre, pero su intención se ve malograda cuando identifica que ya está ocupada. El resto de mesas están disponibles. Duda un instante y acaba decantándose por una que hace esquina y que, a su parecer, también es bastante acogedora. La mesa que Aina quería en un principio la ocupa una chica un poco más mayor que ella, que está acompañada por una niña que tendrá unos dos años. La pequeña corre alrededor de las mesas con una alegría diáfana, exclusiva de la infancia, inalcanzable en la edad adulta.

Aina no se anima a pedir algo distinto, así que demanda al

empleado del bar un café con leche y los mismos rollitos de canela que tomó la última vez. Mientras espera a que le lleven el desayuno a la mesa, consulta el parte meteorológico desde el teléfono. Da lluvia toda la semana. Chasquea la lengua y suelta un bufido tedioso que suscita una risotada proveniente de la niña, que ha dejado de corretear y que ahora se encuentra con algarabía frente a ella. Aina le corresponde con una sonrisa y le saca la lengua con ternura. Observa la perfección que irradia la fisonomía de su rostro, adornado por unos rizos color café que todavía resaltan más su belleza. La pequeña tiene la piel tostada y todavía se acentúa más si la comparas con la de su madre, de tez blanquecina. Pero sin duda les une algún parentesco porque tienen un gran parecido, sobre todo en la zona de la boca, en la que ambas tienen el labio superior con un marcado arco de cupido.

—*What's your name?* —le pregunta Aina con voz dulce.

La pequeña la observa con unos ojos color aceituna, vestidos con un espeso abanico de negras pestañas. No dice nada, incluso tuerce un poco la cabeza como si no comprendiera muy bien lo que acaban de preguntarle. Se gira buscando a su madre, que le hace una seña con la mano para que vaya. Se aleja de Aina dando pequeños saltitos, creando a su paso un ambiente hilarante. ¿Por qué los niños van corriendo a todas partes? ¿Será su felicidad plena la que les hace vivir a tal velocidad?

La mujer a la que Aina ha atribuido el rol de madre recoge a la niña del suelo y la sienta sobre su regazo. Le dice algo en voz muy baja a lo que la criatura responde con gran entusiasmo. Durante unos minutos madre e hija se regalan abrazos y carantoñas.

Aina da un bocado a uno de los rollitos y saca el libro que había guardado en su bolso. Se sumerge en el primer capítulo de la historia y presiente que está frente a un gran libro. Sin embargo, no le da tiempo a quedar completamente embebecida, pues la niña vuelve a estar pululando alrededor de su mesa. A Aina le parece un encanto, pero comienza a incomodarle un poco. La pequeña trepa hasta quedar sentada en la silla que está justo su lado y en la que ha dejado previamente su bolso. La posición próxima a la que ahora se encuentra le permite a Aina admirar aún más su belleza, es tan simétrica y exacta que hasta el lunar ubicado al extremo de la ceja parece delinear el límite de esta, como si se tratara de un punto y final. La madre se levanta con sobresalto para cogerla en brazos y disculparse con Aina, a lo que ella le responde con una sonrisa conciliadora. Las páginas del libro vuelven a atraparla y ni siquiera se da cuenta de que

lo que acaba de suceder ha sido una simple maniobra de distracción, pues mientras la niña se sentaba en la silla ocultando el bolso de Aina a sus espaldas, la madre depositaba en el interior de este un sobre sellado que albergaba en su interior un contenido perturbador.

Capítulo 29

Birmingham, 2020

DESDE QUE ESTÁN AL CORRIENTE de su estado, los padres de Pam la visitan a diario y ella agradece su compañía. Suelen presentarse por las mañanas, no demasiado temprano, pero sí a una hora razonable para tomar el desayuno juntos. La agasajan con todo tipo de dulces y, aunque ella es muy dulzona, los reprende con afecto.

—Si seguimos por este camino voy a acabar gigante, o lo que es peor, con diabetes gestacional asegurada. Así que mañana traed un *tupper* de frutitas, por Dios —sonríe dándole un bocado al *croissant*, del que aflora un consistente reguero de chocolate.

Mientras están sus padres, Pam se muestra animada y trata de evitar hablar de los riesgos, del aborto de uno de los embriones y del miedo atroz que siente en el abdomen. Trata de huir de él a toda costa, por si acaso al pensarlo lo estuviera invocando de alguna forma. Sus padres ayudan mucho a que se esfumen las preocupaciones durante unas horas. Ni siquiera han comentado con ella nada respecto a la acusación de John Grey. Son muy prudentes con el tema y esperan a volver a su casa para poder despotricar a gusto del monstruo que un día estuvo casado con su hija.

En cuanto a Lizzie, le han concedido unos días de permiso en el trabajo para estar cerca de Pam y poder cuidarla, aunque no desiste de sus funciones y las atiende desde el ordenador que poseen en el modesto despacho de su casa. Lizzie forma parte del equipo de *marketing* de una empresa de confección y comercialización de medias. Adora tanto su trabajo que le habría sido impensable aparcarlo durante unos días. Sale de la habitación para comprobar por enésima vez en una misma mañana que su chica está de una pieza y sin ningún cambio que les haga saltar las alarmas. Sus suegros están de pie en disposición de marcharse y ella aprovecha el breve descanso para despedirlos. Susan, la madre de Pam, tiene los brazos cruzados,

sirviendo de sostén al bolso que cuelga de ellos. Los despliega para señalar un *croissant* que sigue sobre la mesa del salón.

—Lo hemos guardado para ti —sugiere con acritud.

Todos acusan el tono de disgusto de la mujer y Lizzie adivina la razón de su molestia.

—Gracias, Susan —responde tomando el *croissant*, a pesar de que no le apetece nada—. Tenemos mucho trabajo estos días debido a la promoción que le estamos dando a unas medias recién salidas al mercado. Intento trabajar a tope mientras estáis vosotros aquí, así luego puedo ocuparme mejor de Pam.

Susan tuerce el gesto, resignándose a aceptar la argumentación de su nuera. Desde que está jubilada percibe el trabajo como una meta secundaria, muy por debajo del propósito de pasar tiempo de calidad con la familia.

—¿Cómo la ves? —pregunta Hugh como si su hija no estuviera delante.

—Más animada y, sorprendentemente, desconectada de su trabajo... Pensaba que sería imposible sacar a esta cabezota de sus investigaciones.

Pam sonríe con desgana. Detesta que hablen de ella como si fuera un cristal agrietado que todos deben sujetar con sumo cuidado para evitar que se rompa del todo. Pero lo que más le asquea es que sea Lizzie la que hable de tal forma. Parece que haya olvidado que Pam siempre ha sido la piedra angular de su relación, que se han delegado en ella todas las decisiones importantes. Cuando se conocieron, Lizzie no pasaba por su mejor momento, había perdido a su hermano pequeño recientemente en un accidente de tráfico. A modo de terapia y siguiendo las recomendaciones de su psicóloga, se apuntó a un club de cine donde cada semana visualizaban una película y después comentaban en grupo sus impresiones. Allí fue donde se fijó en una chica de su edad, que hacía unas críticas asombrosas acerca de las películas. Se fijaba en detalles que el resto había pasado por alto, evidenciando de ese modo su gran inteligencia. Esa fue la razón que despertó la curiosidad y admiración de Lizzie. Sin embargo, a Pam le cautivó de ella todo lo contrario: su ingenuidad. Esa parte cándida que mostraba a pesar del empellón que acababa de darle la vida. Fueron dos imanes que atrajeron justo aquello que necesitaban: Lizzie, alguien que le marcara el camino hacia la madurez, y Pam, una pizca de inocencia que le permitiera desdibujar la hosca realidad con la que se topaba cada día.

Susan y Hugh se despiden de ambas con un beso afectuoso en la mejilla. Lizzie regresa a la habitación, pero antes le pregunta a Pam si necesita algo. Ella niega y, cuando su chica desaparece de su vista, resopla exasperada. ¡Qué largo se le va a hacer este embarazo! Le empieza a abrumar que todos estén pendientes, teniendo que notificar a cada minuto que ese bebé sigue agarrado a su útero, tratando de ser más fuerte que la propia muerte.

Se deja caer en el sofá, ese lugar al que ha asignado todo su reposo. Piensa un segundo en cómo irá todo por las oficinas. Spencer la ha mantenido al tanto de la investigación y fue la primera a la que informó sobre la acusación presentada en contra de John. No debería darle más vueltas a un caso que está cerrado, pero es inevitable que la parte personal le asalte, suscitándole algunas dudas. Enciende la televisión dispuesta a beberse otra serie de Netflix en cuestión de horas, tiende una manta sobre sus piernas y se acomoda de lado, orientada a la pantalla.

Su teléfono móvil suena de manera fugaz, notificando un solo mensaje. Por la melodía, Pam sabe que se trata de un correo electrónico y en el teléfono solo tiene vinculada la cuenta del trabajo. Lizzie también conoce esa melodía y sale de la habitación para comprobar que Pam no claudica. Cuando llega al salón, la descubre levantada de camino a coger el teléfono. Le dirige una mirada escrutadora.

—Ni se te ocurra venir a darme la lata. Precisamente tú, que no has podido ni tomarte tres días libres.

—Vale. —Levanta las manos como signo de rendición—. Pero recuerda las palabras del médico: evita cualquier situación de estrés. Si tiene que ver con el innombrable, lo dejas.

Rehace sus pasos hasta la habitación, intuyendo que tiene algo que ver con el caso de John Grey. En los últimos días se ha convertido en «el innombrable», después de que Lizzie le atribuyera a él la causa de todas las desdichas.

Pam observa la notificación del correo antes de abrirla. No tiene el contacto guardado, tampoco hay asunto. Lo abre y se encuentra con un archivo de imagen adjunto. No vacila ni un segundo en abrirlo. Es una foto tomada de la fachada de la casa de John, a suficiente distancia como para que le cueste un poco advertir algo extraño. La puerta de la casa oscila un poco hacia fuera, captando el momento justo en el que alguien está entrando en ella. Pero no se ve la identidad de la persona, tan solo una mano cubierta por un guante

que acompaña a la puerta para que se cierre. En la esquina derecha de la imagen aparece la fecha y hora del momento en que se tomó, justo unas horas después del asesinato de Kyle y Ava. ¿Quién le manda esa foto y por qué? ¿Qué habría de raro en ella? Podía ser perfectamente John entrando en su casa. Justo en ese instante, recibe otro correo. Otra imagen, pero en esta ocasión está tomada unos segundos antes. Se ve algo más del individuo, tiene medio cuerpo dentro de la vivienda y esta foto permite ver justo el lado contrario, el brazo derecho y la punta del zapato de ese mismo lado. De la mano, esta vez desnuda, cuelga una bolsa. Pam amplía con los dedos pulgar e índice la imagen todo lo que puede, pero no es capaz de ver nada con claridad. Sus pulsaciones se han acelerado, así lo marca su *smartwatch* con una vibración corta e intermitente. Intuye que hay algo oculto que no es capaz de comprender. Busca en su agenda el nombre de Miren, de la Brigada de Informática Forense. Son buenas amigas y le debe algún que otro favor.

Capítulo 30

Hertford, 2017

NEKANE FUMA UN CIGARRILLO en la repisa de la ventana de la que va a ser su nueva casa. Es mediados de noviembre y el frío se cuela por la misma abertura por la que escapa el humo saliente de sus labios. Héctor desembala la única caja con efectos personales que han traído desde Madrid. Ni siquiera una mudanza en condiciones les ha permitido hacer Fernández Larrea en su acuerdo de salir del país a cambio de la inocencia de Dorian. Se acerca a Nekane, aparenta estar embelesada por la aguanieve que se resbala en una encantadora danza hasta el suelo, pero no hay rastro de deleite en su mirada, sino una imperante preocupación.

—Ahora entiendo lo que siente un exiliado, despojado de su vida, tratado como un delincuente que no merece más que el humillante destierro. —Lanza por la ventana con indignación el cigarro, apurado hasta la boquilla.

—Podría ser peor, cariño. A los demás no suelen darles ninguna alternativa. Deberíamos estar agradecidos.

—¿Qué quieres, Héctor? ¿Que llame a esto segunda oportunidad? —interroga abriendo sus brazos, queriendo abarcar con ellos la estancia—. Oh, gracias, Fernández Larrea, por dejarnos estar escondidos como criminales, alejados de nuestras familias y relegados de nuestros puestos de trabajo, esos por los que llevamos peleando toda una vida —responde con sorna.

Héctor cierra la ventana, dándose tiempo para saber cómo decirle lo siguiente:

—Nadie nos habría arrebatado todo eso si Dorian no hubiese cometido un gravísimo delito.

Nekane se irgue con violencia.

—¡Mi hijo no es un asesino! Sabes perfectamente cómo funciona su mente, tan distinta a la nuestra. No es fácil para nadie asimilar el

suicidio de un padre, la desaparición de su prima... ¡A la que trataba de prostituir su propia familia! ¡Por Dios, Héctor! Y súmale a todo eso la misteriosa aparición de otra prima idéntica a Pandora que llevaba doce años viviendo un calvario. Si ya es una locura para nosotros, ¡imagínate para él! Suficiente tenía ya con tratar de sobrevivir a su autismo.

—No quieras justificarlo todo con el puñetero autismo. Dorian estaba avanzando muchísimo, daba pasos de gigante cada día...

—Y ha cometido un error, como cualquier humano.

—No. No te equivoques, Nekane. Un error es romper un vaso de agua, dibujar en la pared o cualquier otra trastada inofensiva. Acabar con una vida es algo muy distinto.

Abandona el salón para otorgar espacio a la reflexión y porque no soporta verla llorar, aún menos cuando está ocultándole parte de verdad, pero es mejor así. Tiene que convencerla de que el ataque de Dorian a Esteban ha sido totalmente infundado y desmedido. Es la estrategia por la que ha optado para alejarla de la investigación que está llevando a cabo de forma clandestina. Héctor se está iniciando en la destreza de jugar sucio para conseguir lo que quiere y, si su objetivo es protegerla, lo hará, aunque sea a costa de una mentira.

El grito desgarrador de su hermana Marta todavía le persigue algunas madrugadas, colándose en sus sueños y hostigándole su paz. A veces piensa que quizás pudo hacer algo más, quizás si hubiese taponado mejor la herida de Esteban habría aguantado con vida hasta la llegada del personal sanitario, pero no. Fue imposible. Cuando llegaron tan solo pudieron certificar su muerte y fue justo en ese instante cuando supo que su carrera como comisario sería lapidada para siempre. No se equivocaba. El inspector Fernández Larrea puso todo su empeño en aquel caso, más movido por la envidia que sentía por Héctor Izquierdo que por fidelidad a la justicia. El análisis de la escena del crimen, el testimonio de Marta, así como la debida autopsia al fallecido enjuiciaban duramente a Dorian, pues no había ningún signo que confirmara que el ataque había sido en defensa propia, sino que el niño había embestido con el puñal de forma imprevisible y atroz en el cuello de la víctima. El inspector Fernández Larrea sabiendo que, si dimitía Izquierdo, él sería ascendido a comisario, le ofreció un acuerdo para salir más o menos indemnes. Aunque los delitos cometidos por menores de 14 años en España no tienen responsabilidad penal, Dorian habría sido llevado a un centro de menores o evaluado por una posible enajenación mental. Todo aquello

dilapidaría el futuro de un niño que, como era sabido por todos, podría llegar a ser brillante. Así pues, el inspector les concedió la posibilidad de dejar España; si Héctor cesaba, el caso se cerraría alegando que el niño había actuado en defensa propia. Era un acuerdo en el que todos salían beneficiados, probablemente Fernández Larrea el que más. Pocos días después del asesinato, Izquierdo, arrastrado por la consternación y convencido de que era la decisión más adecuada, aceptó el trato sabiendo que aquello cambiaría el rumbo de su vida para siempre.

Héctor dejó su despacho tal y como lo había dejado la última vez, pero se llevaba consigo algo más valioso: su implacable intuición. No acababa de creer que la versión oficial fuese cierta, quizás era verdad que no había signos aparentes de que Dorian se hubiese sentido amenazado, pero conociendo el sentimiento de justicia tan arraigado que poseía el pequeño, debía de haber un motivo de peso para realizar aquel acto tan brutal. Trató de que Dorian le explicara lo que había pasado, pero este se entregaba al más absoluto mutismo para atajar el asunto. Movido por su olfato detectivesco, Héctor examinó la habitación de Dorian a la espera de encontrar algo que justificara lo que había hecho. No encontró nada. Advertida la astucia del niño, sospechó que, si escondía algo, debía de ser en un lugar en el que *a priori* nadie buscaría. Estuvo todo el día husmeando en cada rincón del caserío en el que vivían, sin embargo, en todas las estancias se topaba con la desesperación de no encontrar el motivo de un asesinato tan terrible. Especuló sobre la posibilidad de que esa hipotética prueba no estuviese allí, sino en otro lugar que frecuentara Dorian. Esa suposición lo llevó a presentarse en la Universidad Complutense de Madrid, donde los sábados por las mañanas Dorian acudía para asistir a clases de astrorobótica para niños con altas capacidades. Se realizaban en un aula multifuncional en la que Héctor se adentró sin permiso, aprovechando el trasiego universitario de los lunes por la mañana. Pasaba totalmente desapercibido entre los grupos de jóvenes que cruzaban los pasillos charlando animadamente.

Llegó al aula y agradeció enormemente que estuviese vacía. Había acompañado a Dorian alguna vez y recordaba el pupitre en el que siempre se sentaba. Había una disposición distinta de las mesas, pero eso no le impidió orientarse para saber con exactitud la zona en la que solía permanecer el niño. De forma superficial no se advertía nada extraño, pero en cuanto puso su sexto sentido en marcha, percibió una baldosa que sobresalía escasos milímetros por encima de las demás. En

efecto, estaba suelta. Cuando Héctor la levantó, se encontró con un pequeño cuaderno que guardó en la mochila que llevaba puesta, no lo fisgoneó hasta que se sentó en el asiento de su coche. Al abrirla y advertir la cuadrícula de color verde supo de inmediato que el propietario de esta era, sin lugar a dudas, Dorian. Lo que descubrió en el cuaderno le estremeció. Junto a recortes de periódicos que había imprimido de Internet y en los que se narraba una cadena de asesinatos a niños con el mismo *modus operandi*, Dorian había dibujado cada una de las escenas con una exactitud inquietante. Fue pasando páginas hasta llegar a una nota escrita a mano que había sido pegada en el cuaderno. La letra no correspondía a la de Dorian, que se caracterizaba por ser redonda y grande, esta era, por contra, angulosa y pequeña.

El cometido está a punto de llegar a su fin.

Junto a la noche de los inocentes llegará mi liberación.

Ansío la libertad que otorga la muerte y así poder rendir cuentas con Dios.

Que me explique, en las puertas del Cielo, por qué esta fue mi encomienda y no otra con más misericordia.

No me ha gustado este paso mío por la tierra y espero que Él me guarde un buen sitio en el cielo.

Solo queda una luz por apagar.

Solo queda una luz cegando el mundo.

Fdo: S.M.

Héctor releyó la nota. ¿Quién había escrito eso tan turbio? ¿A quién correspondían las iniciales S. M.? Y, sobre todo, ¿de dónde había sacado eso Dorian? En la última hoja del cuaderno había otro recorte. Un niño con un rictus escalofriantemente cetrino miraba a cámara sentado frente a un matrimonio sonriente. Ambos progenitores apoyaban su mano en cada hombro del niño en un gesto de unidad y familiaridad que no se ajustaba a la mirada taciturna del niño. El padre de familia sostenía en brazos a un bebé de escasos días que había quedado inmortalizado en mitad del llanto primerizo y ansioso que caracteriza a los de nuestra especie. Bajo la fotografía y en letra pequeña había una breve descripción: «El alcalde de Birmingham, Arthur MacCarthy, se ha convertido en padre por segunda vez al dar

su esposa a luz al pequeño Steve». A Héctor le sorprendió que Dorian hubiese trazado dos cruces rojas, una sobre el hombre y otra más pequeña sobre la cara del recién nacido. En letra microscópica había dejado una anotación que a Héctor le costó descifrar, pero cuando lo consiguió, un escalofrió le hizo revolverse en el asiento:

Esteban.

Capítulo 31

Madrid, 2004

—Si ya están muertos, ¿para qué tenemos que extirparles el cerebro? ¿No es suficiente con quitarles la vida? —interroga Steve, evitando mirar el cadáver que está tendido en el suelo del salón.

—No entiendes nada, Esteban. Eres mucho más bobo de lo que imaginaba. —Mark suelta un bufido y señala a su hermano con el bisturí—. Cógelo.

Steve no puede evitar que sus ojos se posen en la cara del muerto.

—No puedo hacerlo, Mark. Lo siento.

—¡Cógelo! ¡Maldita sea! —grita colérico pegando su cara a la de su hermano—. Y no vuelvas a llamarme por ese nombre. Te lo advierto.

Steve, arrodillado frente al cadáver, agarra el bisturí y trata de sujetarlo con la mayor firmeza posible, pero lo único que consigue es ondearlo en su mano debido al temblor que le sobreviene. Oye a sus espaldas cómo Mark se levanta, sospecha que va a golpearlo, pero no lo hace. Su hermano tan solo cruza el salón para sentarse en un sillón. Eso es, lamentablemente, lo único que hay en la estancia: un sillón deslucido y un muerto.

Llegaron a España con la herencia que les había dejado su madre. Mark, que era el mayor de edad, fue quien gestionó aquel dinero. Lo invirtió en su propio futuro, sacrificando sin escrúpulos el de su hermano pequeño. Se matriculó en una universidad privada para obtener la licenciatura de Medicina. Actualmente, estudia cuarto curso y es uno de los alumnos más prometedores de su promoción. No pueden permitirse vivir holgadamente y pagar la carrera a la vez, por eso el precio a pagar es que Steve y él vivan en la miseria.

—Mientras tratas de serenarte, hermanito, te volveré a contar por enésima vez nuestro cometido, pues parece que tu mente inepta todavía no logra entenderlo del todo. —Mark cruza las piernas y reclina su cabeza hacia atrás en un gesto de frustración—. Me

asombra pensar que tú y yo podamos compartir los mismos genes. Pero no estamos aquí para divagar sobre cuán caprichosa puede llegar a ser la herencia genética... Vamos, acércate. —Da un par de palmadas a su pierna como si estuviese llamando a un perro.

Steve suelta el bisturí, gatea hasta su hermano y se queda sentado en el suelo, abrazado a las piernas de este. Frente a ellos, la lúgubre perspectiva de un cuerpo exánime.

—Amigo —apela refiriéndose al cuerpo desértico de vida—, en primer lugar, gracias por prestarnos su cuerpo para perfeccionar la técnica de nuestro cometido y, en segundo lugar, acomódese, vamos a contarle una historia magnífica.

Mark ríe de forma inquietante tras dirigirse al cuerpo del mendigo al que ha matado hace un par de horas. Cuando la burla cesa, Mark entierra sus dedos en el pelo de Steve y con voz blanda comienza a hablar.

—Érase una vez un mundo oscuro y frío en el que se sucedían cosas terribles. Todas las personas de ese lugar llevaban consigo una luz en la cabeza, pero no creas que eran todas iguales, Esteban. ¡En absoluto! Había luces tan tenues que apenas alumbraban nada, como podría ser la tuya; en cambio, había otras que sí eran capaces de iluminar el mundo a su paso, como probablemente fuese la mía. Pero existía un inconveniente, y es que estas últimas escaseaban. Ni juntándolas a todas eran capaces de albergar luz suficiente como para alumbrar y caldear tan sombrío planeta. Pero un día, pasó algo fascinante: nació un niño que tenía luz suficiente para conseguir cambiar el mundo, le llamaban el niño sol. Pero no podía ser tan sencillo, así que de ese acontecimiento surgió una nueva contrariedad: ahora había demasiada luz y se necesitaba con urgencia apagar aquellas que iluminaban mucho, pues con el niño sol ya era suficiente. Ahora viene lo interesante, Esteban, y lo que responde a tu cuestión. ¿Por qué sacrificamos a esos niños y niñas? —Provoca un breve silencio para crear intriga y se responde a sí mismo—. Porque su luz sobra en este mundo, no son lo suficientemente brillantes, pero tampoco lo bastante tenues. Molestan y no dejan que el niño sol destaque como merece.

—Pero eso sigue sin responder a mi pregunta. Ya hemos apagado su luz, ¿para qué perder más tiempo sacando su cerebro?

Se deshace del abrazo de Steve con una patada y se levanta furioso ante la incomprensión de su hermano pequeño.

—¡Eres rematadamente estúpido! Su cerebro ha sido la condena

que los ha llevado a ser merecedores de este destino —increpa señalando el cadáver—. Es la luz que debemos apagar y no hay otra forma que arrancarla de sus adentros. Ahora coge el maldito bisturí y comencemos de una puta vez.

Steve intenta reprimir el llanto, pero las lágrimas ya recorren su cuello. Se arrodilla tras el cadáver, colocándose junto a su hermano, agarra el bisturí y se seca las lágrimas con la manga de su camiseta. Valora, durante unos instantes, hundirle el bisturí a su hermano en la yugular, pero no se atreve ni siquiera a mirarlo fijamente a la cara. La mano derecha de Mark sostiene el rostro del cadáver mientras que Steve, que es zurdo, comienza a hacer una incisión desde el oído izquierdo hasta llegar al derecho, cruzando por completo la cabeza. Steve se encoge hacia un lado para contener una náusea que le atenaza. Mark le agarra con fuerza la mano, obligándole a continuar, y lo guía desde el punto en el que se ha detenido, más o menos a la mitad del recorrido. Cuando está a punto de llegar al final, Steve no puede soportar el espasmo que le embiste al notar cómo el bisturí va escidiendo la piel. Se voltea hacia un lado para no arrojar todo el vertido que sale de su boca en la cara del cadáver, al que todavía guarda un mínimo de respeto.

No se da cuenta de lo que ha hecho hasta que deja de vomitar. Alza la mirada en busca de la de su hermano, y lo encuentra envolviendo su mano en su propia camiseta, intentando detener la hemorragia que emana del corte de su mano derecha.

Capítulo 32

Hertford, 2020

AINA CONCLUYE SU SESIÓN de lectura en cuanto recibe un mensaje de Héctor invitándola a conocer el castillo de Hertford, propuesta que ella ha aceptado, no sin antes hacerse un poco la remolona. Ha guardado el libro dentro de su bolso, sin reparar en el sobre que hace un rato una mujer joven ha ocultado en él. Abandona la cafetería y le sorprende lo despejado que está ahora el día, incluso el sol parece querer tenderse sobre algunos tejados. Aun así, encuentra acertada la idea de llevar un paraguas encima, pues no sería nada extraño que en breve las nubes tapizaran de nuevo el cielo.

Emprende la marcha hasta encontrarse con Héctor a pocas manzanas de allí. Siente su corazón palpitar algo más veloz de lo habitual en cuanto aparece él en su campo de visión, pero es cierto que ya se ha desprendido, en gran parte, de la timidez que le atenazaba los primeros días. A medida que avanza hacia Héctor, le brota una nueva duda: ¿cómo debería saludarlo? Quizás para él ya están en el punto de darse un beso en los labios, pero ella se ruboriza con tan solo pensarlo. Sus temores quedan resueltos en cuanto él la recibe con un beso en cada mejilla.

Durante el camino es Héctor el que lleva el timón de la conversación.

—He pensado que te vendría bien conocer algunos lugares emblemáticos de Hertford. Tiene mucho más encanto de lo que parece.

—Y yo te lo agradezco. Si no fuera por ti, solo conocería la casa de los Paige y la escuela de Darcy. Si te soy sincera —añade con cierto sonrojo—, me encantan estos momentos de desconexión contigo.

—A mí también me agrada tu compañía, Aina. Cada día más, créeme.

Aina aprecia el mismo fuego de siempre agazapado en sus mejillas

y trata de sofocarlo cambiando de tema.

—No he querido buscar fotos ni investigar sobre el castillo para poder admirarlo por primera vez como es debido. Espero no tener las expectativas demasiado altas.

—No te defraudará, tiene unos jardines exquisitos.

El resto del camino lo recorren en silencio. Aina se percata de los cambios de humor que manifiesta Héctor y no acaba de comprenderlos. Puede ser la persona más agradable del mundo y, de pronto, quedarse callado y pensativo, como si le incomodara su presencia.

Llegan al castillo y cruzan una poterna que da acceso a los majestuosos jardines. Avanzan por un camino de asfalto que está sitiado por una amplia explanada de hierba verde. Al fondo se levanta la solemne fortificación, visiblemente reformada, de aspecto rectangular y con una torre central de mayor altura en la que ondea la bandera de Reino Unido.

Héctor le ofrece pasear primero por los jardines y visitar el interior del castillo después, proposición que ella consiente al comprobar que el cielo vuelve a tiznarse de una compacta negrura, característica de las nubes colmadas de agua. Se adentran en la espesura de un bosque de fayas que contrarresta la desnudez que exhiben los tilos en esta época del año. Aina imagina lo precioso que debe de ser aquel lugar en primavera, con la densidad que otorgan los árboles florecidos. Esta parte del jardín queda a uno de los laterales de la edificación que se levanta con fulgor tras la arboleda. Apenas se escucha el arrullo del río Lea, que avanza pesaroso debido a las bajas temperaturas, exponiendo la helada que sufre su manto superficial. Héctor y Aina ascienden por un puente que corona el río haciendo las delicias de sus visitantes, que quedan seducidos por el exquisito paisaje que les brinda. Aina considera que es lo más bonito que ha visto en los últimos días y su mirada se disipa en cada detalle de la panorámica. Corre por su mente el pensamiento de que la vida es una completa contradicción, ya que puede considerarse horrible en algunos instantes y un regalo en otros tantos; quizás sea ese el motivo que la hace inigualable. Mientras se pierde en estas divagaciones, Héctor la observa cauto con la perspectiva que le da la distancia de permanecer un par de pasos más atrás.

Al cabo de unos minutos, ella retorna a la realidad y se sorprende al encontrarse con los ojos indagadores de Héctor. No consigue discernir lo que profesa esa mirada, si admiración o absoluta

indiferencia.

—Me gustas, Aina, aunque a veces pretenda huir de lo que siento —desvela con voz trémula—. Un viejo amigo decía que la gente que está herida actúa de extrañas maneras... Yo estoy herido, pero te pido que no te rindas conmigo, ¿vale?

Aina no sabe cómo interpretar esas palabras, pero, en un acceso de valentía, pega su cuerpo al de Héctor y deposita un dulce beso en sus labios como respuesta. Él acoge el rostro de Aina entre sus manos y lo eleva con ternura para encontrarse de nuevo con sus ojos.

—No te rindas conmigo —le repite.

Héctor recorre la nariz de la chica con sus labios hasta que alcanza la frente, lugar para el que se ha reservado un beso cálido y suave, un beso que para Aina significa mucho más que cien de ellos en la boca. Cierra los ojos y se estremece al sentir el aliento templado de Héctor suspirando sobre su rostro. Durante unos minutos se dedican caricias y mimos, pero el estrépito de un trueno no muy lejano los apremia a adentrarse en el castillo.

Descubren en el interior un grupo de adolescentes uniformados que parecen estar de visita cultural. Un guía afanado por explicarles las particularidades del lugar farfulla algo inaudible al cerciorarse de que tan solo le prestan atención el profesor y un par de alumnos aventajados que toman nota. El resto, movidos por la indiferencia de todo aquello que es ajeno a su ego y gobernados por la incandescencia de la edad, revolotean bulliciosos por el gran salón.

Aina y Héctor se unen a otro grupo más reducido, formado por adultos que vagan comedidos tras otra guía. Esta, con voz edulcorada, cuenta los datos históricos del lugar, satisfecha por la atención que los turistas le profesan. La visita comienza en el gran salón principal, donde se celebran bodas y eventos en la actualidad. En los días soleados debe de ser magnífica la luz natural de la estancia, ya que cuenta con grandes ventanales en los que resplandece un vitral de colores con el escudo del condado de Hertfordshire. La estancia está presidida por mesas circulares, engalanadas con centros de flores frescas que sostienen a su vez un trío de cirios. En cuanto a los asientos, no desafinan ni un ápice, pues están cubiertos con una funda de seda blanca, abrazada por un lazo dorado que le procura un ambiente todavía más distinguido al lugar. La decoración de las paredes es más bien austera, contando con los retratos de aquellos que habitaron en el castillo en siglos pasados.

La guía les franquea el paso hasta adentrarse en un salón privado,

con el suelo tapizado por una moqueta granate con detalles bordados en color latón, propia de las casas solariegas. En el centro del salón se irgue una gran mesa oval enfundada con la misma ropa que la estancia anterior. Sobre el aparador de la chimenea luce una cabeza de bronce que esculpe el rostro de Enrique V. Una mujer sexagenaria trata de tomar una fotografía que abarque todo el salón. Camina hacia atrás con la mirada fijada en la pantalla, buscando el punto perfecto. Su afán le cuesta un tropiezo contra una alacena que, al recibir el estrépito, se balancea ante los ojos alarmados de los presentes, los cuales suspiran con alivio al observar cómo el susto queda en nada. La guía, que de pronto ha empalidecido, le ruega educadamente a la señora que tenga cuidado, pues la alacena alberga una vajilla de más de un siglo de antigüedad.

La visita continúa descubriendo los secretos más desagradables, pero no por ello menos atrayentes, del castillo. Descienden por unas escaleras de caracol hasta llegar a una especie de mazmorra, en la que durante el reinado de Eduardo VI se encarcelaba a los mártires protestantes. El suelo está cubierto de paja y las paredes ennegrecidas por el paso del tiempo. Se nota en los huesos la humedad que se hospeda allí. Aina siente un escalofrío en su nuca al reparar en una antigua guillotina donde decapitaban a los carceleros. A pesar de la tenebrosidad del lugar, está disfrutando con el aporte histórico y cultural de la visita.

Salen del castillo satisfechos con el plan improvisado que han llevado a cabo. Han estado tan embebecidos con la historia que ni siquiera se han percatado del diluvio que está arreciando fuera. Aina se dispone a sacar el paraguas de su bolso cuando encuentra un extraño sobre en él. No lo saca, pero vaticina que algo no va bien. Con el rostro demudado trata de disimular.

—¿Todo bien? —pregunta Héctor, desplegando el paraguas para poder guarecerse ambos.

Aina asiente precavida y se agarra al brazo de Héctor para emprender la marcha. Durante el camino no articula palabra, tan solo finge escuchar con atención los comentarios que anota Héctor sobre el castillo. Sin embargo, ella está invadida por un solo pensamiento: el sobre. Hay algo en él que le ha inquietado nada más verlo. ¿Quién lo habrá dejado ahí y cómo ha podido no darse cuenta? Aunque intenta hacer memoria, es incapaz de dar con el instante exacto, pues se ha mezclado con tanta gente durante la mañana que podría ser cualquiera.

Al llegar a casa de los Paige, Hellen y David la esperan en el salón para comer juntos, pero ella consigue zafarse aludiendo estar indispuesta. David la analiza con extrañeza.

—Esta chica no termina de gustarme, siempre tan esquiva. No logro entender por qué Darcy le tiene tanta devoción —musita David en cuanto Aina encara las escaleras en dirección a su habitación.

—Se porta bien con la niña —responde apática Hellen, que no tiene fuerzas para atender a la inquietud de su marido—. No debe de ser fácil para ella unirse a la comida de unos padres... desolados.

Trata de fingir recomponerse al instante, pero Hellen no puede evitar que la tristeza inunde de nuevo su pecho. Para ella, Aina es el subterfugio con el que no sentirse tan culpable por el abandono emocional al que han sometido a Darcy.

Aina, en la soledad de su habitación, cuartea con los dedos la solapa del sobre y sustrae su contenido. Lo lanza al suelo en cuanto descubre lo que es, cubriéndose la boca con las manos para ahogar un grito. Camina desazonada por la habitación, dando vueltas a la cama, incapaz de recoger las fotografías que ha precipitado con pavor. Tarda unos minutos en apaciguarse, tiene la boca árida y la sangre transita como un relámpago por su cuerpo. Recoge el manojo de fotos; a golpe de vista cuenta que debe de haber una veintena. Cada una inmortaliza la imagen de un niño asesinado. Todos ellos muestran la mirada infinita de la muerte, excepto uno que parece estar apaciblemente dormido y que Aina reconoce al instante. Es Kyle. Analiza su imagen, es la menos peliaguda, a pesar de la poza de sangre que le envuelve la cabeza como una aureola. En la parte inferior de cada fotografía están los nombres y apellidos de los niños. Voltea la imagen por si hubiese alguna inscripción más, descubriendo que cada una contiene una letra mayúscula trazada a dedo con pintura roja, o quizás sangre. Se estremece con solo pensarlo.

Consulta la hora en su teléfono móvil, tiene que marcharse ya hacia la escuela para recoger a tiempo a Darcy. Le cuesta guardar el contenido de nuevo en el sobre, pues la falta de control sobre sus manos entorpece la tarea. Deposita el sobre en su bolso, se lo cuelga al hombro y sale de la casa sin despedirse de los Paige.

Capítulo 33

Birmingham, 2020

HAN PASADO casi dos semanas desde el amenazador sobresalto que le costó el latido a uno de sus dos embriones, empero hoy Pam está especialmente contenta, pues ha reemplazado la visita tempranera de sus padres por una cita con el diminuto amor de su vida, del que todavía no quiere enamorarse perdidamente. «Por si acaso».

Sus padres, solícitos, han insistido en acompañarlas, pero tanto Lizzie como Pam se han negado en redondo. Hay muchas probabilidades de que les den malas noticias y prefieren asimilar lo que venga desde la intimidad de la pareja. La ginecóloga unta el abdomen con el gel ultrasonidos, ayudándose del ecógrafo para extenderlo. Lizzie se muerde los carrillos y aprieta con fuerza la mano de su mujer. Recelosa por conocer cómo evoluciona su bebé, avasalla a preguntas a la ginecóloga en cuanto la pantalla se tiñe de una sombra gris que fluctúa imitando el vaivén del mar. En cambio, la madre gestante se mantiene impávida, ya han sido tantos los fracasos que ha vivido con sus embarazos que ha perdido cierto miedo a lo que puedan comunicarle. La ginecóloga ruega paciencia a Lizzie, echándole así un capote a la paciente, que parece azorada con cada nueva cuestión de su mujer. Lizzie capta la petición y se mantiene callada en adelante, aunque no puede evitar mirar con fijeza a la profesional, por si de esa forma la intimida lo suficiente como para incitarla a hablar. Sin embargo, la doctora analiza el visor tras el cristal de sus gafas, impertérrita, con semblante prudente, tratando de no dar lugar a ningún tipo de deducción prematura por parte de las madres. Con el silencio de la doctora, comienzan a aflorar dudas y temores en ambas. Lizzie camina sobre el mismo punto en el que se mantiene de pie desde que ha entrado a la consulta, amarrada a la mano sudorosa de la embarazada. Ahora Pam sí que está casi tan inquieta como ella a causa de los dilatados instantes de reserva que se

toma la ginecóloga. Se aferra a la camilla, rígida, tensando cada uno de sus músculos, conteniendo la respiración de forma involuntaria, tratando de espantar los pensamientos funestos que van carcomiendo su liviano optimismo.

—Parece que está todo bien —concluye lacónica.

Ambas sueltan el aire contenido en sus pulmones. Lizzie ríe mostrando sus dientes, Pam llora empapando de júbilo cada una de sus pestañas.

—¿Quieren que intentemos escuchar el corazón? —pregunta conmovida por la alegría que acaba de llenar la consulta.

Ambas asienten con la cabeza, mirándose emocionadas a los ojos. Se producen unos segundos de desconcierto desde que la doctora imprime un esperanzador «ahí va».

—Hay casos en los que, en la semana nueve de gestación, todavía no es perceptible el sonido del corazón. Bien por la posición del embrión o por una excesiva capa de grasa materna —se apresura a explicar cuando repara en sus rostros demudados.

No les da tiempo a cuestionarse si algo va mal. Deseando desdibujar las últimas palabras de la ginecóloga, un torrente sanguíneo se hace escuchar desde el otro lado de la piel fronteriza que es el vientre materno. Invade la estancia un latido atropellado, frenético, valiente. Capaz de aferrarse a la vida desde el porcentaje bajo de supervivencia con el que fue obsequiado desde el mismo instante de su fecundación.

—Será niña —afirma Lizzie con los ojos llenos de convicción.

—¿Quién lo dice?

Tanto Pam como la ginecóloga la contemplan divertidas.

—Lo dice su garra —asevera señalando el cardiograma que cabalga en la pantalla.

Pam levanta ligeramente el rostro para recibir un beso de Lizzie en sus labios. La doctora, conocedora del arduo historial médico de Pam, les consiente escuchar, un par de minutos más, la fantástica melodía de su retoño. De pronto, suena, fusionándose con el latido, el pitido musical de un teléfono móvil. Replica con un sonido amortiguado dentro de la mochila de Pam. Dirige la vista a su *smartwatch,* que le notifica la llamada dejándole comprobar de quién procede. Hace el amago de erguirse para cogerlo, sabe que es importante. La ginecóloga traduce su intención y seca con un papel el vientre de Pam bañado de gel. Lizzie refunfuña algo en un bisbiseo, molesta con la interrupción que le niega seguir escuchando el adorable corazoncito. Pam finge no

haber advertido el enojo de su mujer, bajándose el jersey a medida que avanza hasta la mochila. Se disculpa con la doctora y sale de la consulta con el teléfono ya pegado al oído.

—Dime, Miren. ¿Qué tienes? —susurra en el pasillo desierto de pacientes a esa hora de la mañana.

—Buenos días, Pam. He analizado la fotografía que me pasaste. Quiero avisarte de que la informática, a pesar de facilitarnos mucho la existencia, no hace milagros —subraya con socarronería antes de comunicarle nada—. Como imaginarás, es imposible conocer la identidad de alguien a través de su mano o de un trozo de su zapato. Pero al ampliarla pude comprobar que el individuo tiene una cicatriz considerable en su mano derecha. No sé si esa información puede aportarte algo, pero es lo más significativo que he encontrado. Bueno, eso y que la marca del zapato es Dr. Martens, por lo que muy necesitado de dinero tampoco está.

—¿Una cicatriz? —interroga Pam a la vez que rastrea en su memoria—. Cuando me llegó la fotografía no me fijé en ese detalle.

—Es lógico. Al ampliar las imágenes pierden nitidez debido a la resolución, pero con los programas que tenemos aquí he podido despixelarla lo máximo posible.

Lizzie asoma la nariz tras la puerta de la consulta y le ruega que entre con una mirada inquisitiva. Pam le muestra el dedo índice y con un movimiento ligero de labios le pide un minuto.

—Una última pregunta, Miren. ¿Cómo es la cicatriz?

—Yo diría que, por el color oscurecido que presenta, no es una cicatriz reciente, más bien me atrevería a decir que tiene bastantes años. Lo otro que me sorprende es que es un buen tajo, le debieron de dar entre diez y doce puntos de sutura.

—Gracias, Miren.

Cuelga. Se queda con la sensación de que algo tiene, aunque no sabe muy bien todavía el qué. Debe ordenar las ideas y tratar de recordar si ha visto esa cicatriz y dónde, porque le ha resultado extrañamente familiar cuando Miren se lo ha mencionado.

Dentro de la consulta, la doctora le insiste en continuar con el reposo absoluto.

—Todo está bien, pero no por eso debemos relajarnos. Nada de sobresaltos.

—... ni trabajo —termina la frase Lizzie con cierto retintín.

Como si al nombrarlo lo estuviese invocando, el teléfono de Pam suena de nuevo, insistente. La mirada de Lizzie la perfora hasta

arañarla de culpabilidad, mientras que la ginecóloga las mira de forma intermitente a las dos, comprendiendo que aquello de «nada de sobresaltos» no va a ser del todo posible. Pam se escabulle de la consulta y responde a la llamada. Le sorprende sobremanera el motivo de esta.

—Inspectora Russel, soy Oliver Gold, abogado de John Grey. Mi cliente necesita que lo visite usted en la cárcel, tiene algo muy importante que contarle. Pero no me malinterprete, no actúe usted conforme a la autoridad que posee, mejor preséntese allí en calidad de familiar... o simple visita.

No le da tiempo a responder. Tras transmitirle el recado, Oliver Gold cuelga sin acceder a entablar una conversación.

Capítulo 34

Hertford, 2020

GEORGE POTTER RESPIRA aliviado al comprobar que Hellen, la bibliotecaria y madre de Kyle, no está tras el mostrador. Esa mujer tardará mucho tiempo en volver a tener una vida normal, si es que lo logra algún día. En su lugar, han contratado temporalmente a una chica joven, que asoma de vez en cuando la nariz por encima de la pantalla del ordenador para constatar si ha entrado alguien. Emite un *shhhh* que sobresalta a George. Lo hace para acallar a los que desafían el silencio, pero es una espontánea costumbre, pues en ese momento está sola en la sala. George entra de forma tan sigilosa que ella ni siquiera se percata.

Se desplaza con pasos firmes, pero amortiguados, hasta el fondo de la biblioteca, donde se localizan los libros de temática musical. Allí es donde lo han citado. El sobre que lleva en el bolsillo interior de su chaqueta le arde. Tiene ganas de desprenderse de él para poder volver a reconstruir su vida, aunque sabe que ya nunca será igual sin su hija Ava. Sus ojos son un pozo de miseria, envueltos por una tierra enlutada a su alrededor, víctimas de las noches de insomnio y culpabilidad en las que se pregunta por qué tuvo que meterse en todo aquello. Está convencido de que tomar aquella mala decisión constituyó el germen que ha acabado desembocando en el asesinato de la inocente y pequeña Ava. Tendría que haber pagado él por su error, y no ella. Pero es dolorosamente tarde. Y nada atormenta más que arrepentirse de algo que no se puede enmendar. Pasará el resto de sus días autoflagelándose por ello, castigándose por seguir vivo cada instante en el que no lo esté su hija.

«Lo tengo merecido», piensa.

Saca su teléfono para poder seguir con las indicaciones que le han llegado a través de un mensaje. Son escuetas y sencillas, por lo que las resuelve sin problema. Oculta el sobre entre las páginas de un

ejemplar antiguo de la historia del folk y abandona el lugar sin que la bibliotecaria haya reparado ni un segundo en él. Una vez en la calle, no puede evitar que las lágrimas broten con rabia. Se pierde entre travesías solitarias de Hertford, en las que sabe que no va a toparse con ningún conocido. Cada vez su llanto está más desbocado. Desearía matarse, que alguien lo embistiera con inquina, con todo el odio que siente él hacia sí mismo. Anhela con fuerza el tiro de gracia que haga cesar para siempre su sufrimiento, pero es tan cobarde que no se atreve. Ha sido capaz de decidir el final de otra vida, sin embargo, no tiene el coraje suficiente para rematar la suya propia.

Mientras ese hombre vaga por las calles sintiéndose el más miserable del mundo, una mujer se adentra en la biblioteca con la intención de recoger el sobre. Se ha bajado de los tacones que suele llevar para sentirse poderosa y altiva, optando esta vez por un calzado plano que le haga pasar desapercibida. Satisfecha de no encontrar a nadie tras el mostrador, se apresura en avanzar por el largo pasillo. Toma el libro con ansia y se alegra de localizar allí el sobre. Lo introduce en el interior de su bolso y encara la salida con rapidez, pero una voz detrás de ella la obliga a detenerse en seco.

—¿Puedo ayudarla? ¿Busca algún ejemplar en concreto? —pregunta la bibliotecaria con entregada actitud.

Cierra los ojos, contrae sus labios. Desearía decirle que no y salir de allí, pero no quiere levantar sospechas con su actitud. Coge el libro más cercano a ella y se voltea sonriente.

—Ya lo tengo —dice mostrando un libro sobre el sueño infantil.

—¿Es usted socia?

—... No.

—Entonces debo informarle de que el servicio de préstamo es únicamente para socios de la biblioteca. ¿Quiere que hagamos el trámite en un momentito?

—De acuerdo —musita, maldiciendo a la joven hacia sus adentros.

La chica sonríe feliz, es la primera persona que se ha hecho socia desde que ella está en la biblioteca. Invita a la mujer a acompañarla hasta el mostrador, se sienta frente a la pantalla y se anima a teclear con total ligereza y habilidad.

—Necesitaré algunos datos suyos.

—Contaba con ello —responde la mujer, dibujando una media sonrisa para esconder su disgusto.

—Nombre y apellido, por favor —indica con las manos dispuestas ya sobre el teclado.

Había salido de casa con la intención de llevar a cabo la recogida del sobre de la forma más fugaz y discreta posible. No obstante, no solo ha sido vista, mal menor con el que ya contaba, sino que, además, ha acabado registrando su visita.

—Céline Dubois.

Capítulo 35

Hertford, 2020

DARCY SE SUELTA de la mano de Aina para lanzarse sobre un charco. Suerte que sus previsores padres la han calzado con unas botas de agua de Peppa Pig que le resguardan hasta la rodilla. Aina, con la mochila de la pequeña colgada a su hombro, observa la felicidad con la que chapotea y desdibuja el charco, dividiéndolo en cientos de gotas que vuelan con movimientos huidizos a su alrededor. Piensa en la valentía titánica de los niños, en la fuerza camaleónica con la que hacen frente a la vida y dejan a un lado la adversidad. Quizás para superar ciertas cosas deberíamos acudir al abrazo intrépido de nuestro niño interior, al admirable consejo de quien encontraba fortuna en los días lluviosos, vislumbrando una oportunidad de ser feliz saltando en los charcos. Recurrir al emotivo sentir de quien hallaba la verdadera valía de las pequeñas cosas, siendo capaz de llorar con el alma por un juguete roto para acabar amándolo igual pese a su presente apariencia. Aina recuerda entonces a Nosi, un osito blanco de peluche que la acompañaba en todas sus aventuras y también en cada uno de sus desvelos. Una tarde de verano jugaba en el parque de debajo de su casa, bajo la cuidadosa mirada de sus padres. Llevaba a Nosi cogido de su mullido brazo, suspendiendo y serpenteando en el aire el resto del cuerpo de su apreciado peluche. Sin previo aviso, un niño trató de arrebatárselo y, debido al forcejeo de la contienda, Nosi perdió uno de sus ojos. Aina lloró tanto por él... No parecía el mismo, no la miraba igual. Sin embargo, su padre consiguió diluir la pena cosiéndole un pequeño botón donde antes hubo un ojo. La apariencia de *Nosi* había cambiado, pero todavía era blandito y suave, continuaba mostrando una sonrisa tierna de forma inmutable y seguía agasajándola con su compañía en la oscuridad temida de la noche. Aina olvidó al instante lo que había pasado, incluso llegó a encontrar divertido que su osito tuviese dos ojos distintos. ¿Por qué los adultos perdemos esa

capacidad de adaptarnos cuando crecemos? Cuando algo cambia, cuando nos ocurre algo que nos disgusta, somos incapaces de ver que la solución, a veces, es tan simple como coserle un botón a la pena y continuar.

Darcy busca la mano de Aina para reanudar el camino a casa y le lanza un *¿sabes qué?* que va seguido de un razonamiento interminable con el que concluye formulando la misma pregunta y enganchando un nuevo discurso. Aina finge escucharla, asintiendo sonriente a todo lo que la niña cuenta con ilusión, pero en su mente tan solo da vueltas un pensamiento: el sobre con las fotos de esos pobres niños. El resto de la tarde se le hace interminable, desea meterse en su habitación y observar con detenimiento esas imágenes. ¿Por qué se lo mandan a ella? O peor aún, ¿para qué? Quizás las iniciales escritas en el reverso signifiquen algo.

La familia Paige, aprovechando que David tiene día libre en el hospital, ha decidido mostrarle a Aina las tardes de juegos *como cuando estaba Kyle*. Esa coletilla en cada una de las frases le revuelve el estómago y envuelve su piel de una palidez mortecina.

—Aina, ¿sigues indispuesta? Estás muy pálida. —David posa su mano en la frente de la joven para tomar su temperatura—. Nada, fría como un témpano, ¡a jugar!

Darcy está emocionadísima, con su familia reunida, dedicándole la tarde en exclusiva para ella, aunque de pronto Hellen esté viajando lejos, seguramente a un lugar parecido al cielo, en busca de su hijo perdido.

Piden sushi para cenar y no pueden evitar reír cuando Darcy intenta cazarlo con los palillos. Hasta Aina parece recobrar la compostura y olvidar, durante un instante, lo que le espera dentro de su bolso. Por fin llega la hora de ir a la cama y David se ocupa de acostar a la niña que empieza a cabecear sentada en la mesa. Hellen desaparece arrastrando los pies y balanceando su cárdigan de punto con un movimiento delicado. Aina sube los peldaños de la escalera de dos en dos, apresurándose en llegar a la habitación. Desliza el pasador de la puerta para asegurar que no se den interrupciones y vuelca el contenido de su bolso sobre la cama. Se sienta en una de las esquinas, aparta los artilugios que le molestan y toma el único de ellos que le interesa. Respira profundamente antes de abrir el sobre que titila entre sus manos y se pasea por la habitación en busca del valor que ahora mismo le falta. Vuelve a la cama, cuenta hasta tres y se decide. El sushi baila en su estómago al toparse con el primer rostro sediento de

vida. Lee los nombres de los niños: Jack Williams, Robert Green, Elizabeth Myers, Antón Zaldívar, Abey Harrison, Brigitte Leroux, Maël Keller, Timo Keller, Niurka Boriso, Catalina Sastre, Mary Ann Grant, Joël Gauthier, Guido Coppola, Ava Potter, Kyle Paige.

Toma la de Kyle y le da la vuelta, una gran letra T araña el reverso. No coincide con la inicial de su nombre, pero cada vez está más segura de que al juntarlas deben formar algún tipo de código o mensaje. Intenta ordenar las letras sin éxito cuando le sobresalta el sonido de dos golpes secos en la puerta.

—Buenas noches, Aina.

Es David.

—¡Buenas noches! —responde y se relaja al escuchar sus pasos alejándose.

Apaga la luz para que nadie sea testigo de su inquietud. Enciende su portátil, que le sirve para alumbrar mínimamente las fotos. No tarda en teclear el primer nombre en el buscador de Google.

«Jack Williams, la promesa del rugby que ya no podrá brillar en el campo».

«Asesinan a la niña que tocaba el violín como los ángeles. Ahora es uno más de ellos. Mary Ann, llénanos de música el cielo».

«No solo París se viste de luto, la cruel tragedia ha conmocionado a todo el país. Joël Gauthier, el niño que era capaz de relacionar cientos de países con sus capitales desde que tenía dos años, ha aparecido brutalmente asesinado».

«Los gemelos suizos Maël y Timo Keller destacaban por su habilidad con las matemáticas. Realizaban operaciones complejas desde edades muy tempranas. Su maestra los llamaba cariñosamente: mis pequeñas calculadoras con patas. La escuela guardará luto durante una semana por la pérdida de dos de sus mejores alumnos».

Aina comprueba cada nombre, cerciorándose de que todos ellos eran niños brillantes, pero, aun así, no logra comprender qué quieren decirle con aquellas atroces imágenes. Encuentra relaciones entre algunos de ellos, pero no hay nada que los englobe a todos o, al menos, que ella sea capaz de discernir. Apunta junto a cada nombre la fecha del asesinato. Su padre siempre decía que los números a veces cuentan mucho más que las letras. Lo hacía por el chiste fácil, pero quién sabe si aquella afirmación podría servirle ahora.

Coloca a los niños por orden, Jack Williams es el primer asesinato cometido, al menos de entre los quince que contenía el sobre. Kyle Paige, el último. Una larga fila de fotografías se extiende sobre la

cama de Aina. Trata de no mirarlos a los ojos, pues han quedado inmortalizados en mitad de un ataque de pánico que se contagia al observarlos fijamente. Las voltea todas para destapar de nuevo las iniciales trazadas a dedo.

Una inminente sequedad le alcanza la boca, se queda paralizada frente al mensaje sin saber lo que quiere decir, pero segura de la magnitud del significado:

«Perfect innocent».

El perfecto inocente. Está en singular y son una quincena de niños. ¿Será que solo uno de ellos era considerado inocente? O, tal vez, falta uno que le componga el plural a la oración rematándola con una S.

***

PAM HA RECIBIDO las mismas fotografías, pero en su caso, por correo y a falta de la inscripción que esconde en el dorso. Sostiene su ordenador portátil sobre las piernas y come galletas de chocolate, quiere consentirse durante el embarazo. Ha abierto dos pestañas en el navegador: una para el correo y la otra, de tapadera, que muestra una tienda de puericultura. De esa forma, si aparece Lizzie, puede disimular y salir ilesa.

Pam ha hecho exactamente lo mismo que Aina: bucear en Google para indagar sobre cada uno de esos niños y niñas, descubriendo no mucho más que ella. Pero lo cierto es que a Pam le ha surgido una inquietud distinta. A ella no le asaltan dudas sobre el motivo por el que se lo han enviado. Está claro que hay alguien que no quiere que ella se aparte del caso. Le viene al pensamiento John, que quiere ponerse en contacto con ella. Quizás el correo venga de la mano de Oliver Gold, su abogado. Pero, ¿de dónde habría sacado esas fotos? Han sido tomadas en la escena y el momento del crimen. Además, hay otro asunto que no alcanza a entender y es que no encaja que todos los crímenes los haya cometido la misma persona. Algunos sí que tienen la firma de Arthur MacCarthy: asfixia junto a un embalse, caramelos de naranja y zapatillas de *ballet*. Sin embargo, hay otros a los que les han extirpado el cerebro y, aunque están junto a un embalse, no hay rastro de los caramelos ni de las zapatillas de *ballet*.

Los estragos del embarazo empiezan a hacerse presentes, abordándole de forma repentina las detestables náuseas de la gestación. Está a punto de cerrar su ordenador y lanzarse al pasillo

para correr al encuentro con el baño cuando se fija en otro detalle. Si todos estos homicidios están relacionados con el asesino del caramelo, indudablemente falta uno. Quizás el más importante por ser el primero, el que lo inició todo: el crimen de Jane Johnson.

Capítulo 36

Hertford, 2020

LA HABITUAL ALGARABÍA de la hora del recreo camufla los insistentes timbrazos. Debe actuar justo ahora que están las aulas vacías, pero se desespera al comprobar que la suerte no está dispuesta a ponerle las cosas fáciles. Divisa en la lejanía a la directora del centro que parece despreocupada, charlando animadamente con otra docente. Vuelve a insistir pulsando una vez más y al fin reconoce el refulgente sonido que desbloquea la puerta. Deja caer a propósito una pequeña cuña de madera para evitar que la puerta se cierre de nuevo. Avanza por un pasillo cercado con jardineras, siguiendo las flechas de colores que hay tatuadas en el asfalto. Llega a la recepción y allí le está esperando el conserje con el ceño fruncido y los brazos en cruz.

—Buenos días, caballero. ¿A qué viene tanta insistencia?

Lo escruta de pies a cabeza. Sospecha que no es un padre con la intención de recoger a su hijo, pues va ataviado con un mono de trabajo y lleva una especie de maletín o caja de herramientas.

—Buenos días. Vengo a revisar un proyector que al parecer no está funcionando correctamente —informa, estudiando la actitud desconfiada del bedel—. Pertenezco a la compañía eléctrica que los instaló —decide aclarar señalando en el mono el nombre de la empresa.

El conserje, meditabundo, se frota el mentón.

—No tenía constancia de ello. Espere un momento aquí, voy a consultarlo con la directora del centro.

Se dispone a iniciar sus pasos en dirección al patio cuando el técnico reclama su atención.

—Disculpe, caballero. Si no le importa me gustaría ir adelantando mientras usted lo consulta. Son muchos los sitios a los que debo desplazarme en el día de hoy. Entiéndame, no puedo perder tiempo esperando.

Vacila durante unos segundos, examinándolo en silencio, suscitando una situación un tanto incómoda.

—¿Podría decirme dónde está el aula… —insiste el técnico, sacando una nota del bolsillo y fingiendo leerla para aparentar naturalidad— KS2-3B?

—Le acompaño —masculla el conserje, sin tenerlas todas consigo.

Le sigue con paso apresurado hasta la primera planta. Después avanzan por un interminable pasillo decorado con trabajos realizados por los alumnos; todos ellos tienen la misma temática: la ciencia. Llegan al final del corredor, justo es la última aula, la más lejana con respecto a la puerta de salida. Tendrá que desenvolverse rápido si no quiere ser descubierto.

—Es aquí —aclara el bedel, señalando una puerta forrada con un mural de Marie Curie.

Se adentra en el aula que lo recibe con un aroma almibarado fruto de los zumos y almuerzos que han paseado por allí los alumnos antes de bajar al patio. El conserje se queda apoyado en el quicio de la puerta, observando cómo el técnico se alza sobre la silla del profesor con el fin de alcanzar el proyector que pende del techo. Simula examinarlo con detenimiento, persuadiendo al conserje de que está ejecutando satisfactoriamente su trabajo. Mira en derredor hacia la puerta y acredita que el señor ha desaparecido, posiblemente esté a la búsqueda de la directora. Baja de un salto y abre su maletín. Reviste sus manos con guantes de látex y extrae lo que ha venido a dejar. Rastrea en la memoria cada uno de los actos que ha llevado a cabo hasta el momento y está confiado de que no ha dejado huellas en ningún sitio. Ha empujado el movimiento de la puerta de la entrada con el codo y el de la silla, con el pie. Respira aliviado.

Del resto de sillas cuelgan las mochilas de los alumnos; algunas están a punto de precipitarse al suelo por estar suspendidas de una sola asa, otras yacen abiertas mostrando los libros que albergan, evidenciando la candidez con la que los niños actúan. Ninguno de ellos ha valorado durante la mañana que alguien podría entrar en su aula con una intención no del todo inocente. Encuentra enseguida la mochila de su interés. Tiene bordado en el bolsillo pequeño exterior el nombre de la propietaria. Se acuclilla frente a la mochila, estrellándose con el nombre de Darcy que resalta por su tono azul marino sobre el celeste del tejido. Recorre la cremallera central hasta conseguir una abertura suficiente que le permite depositarlo. Lo suelta y vuelve a cerrarla. Se apresura a recoger su maletín y escapa del aula

de forma veloz. Agradece no encontrarse con el conserje a lo largo del pasillo ni con ningún docente que pueda cuestionar su presencia, pero todavía le satisface más encontrar que la cuña de madera sigue haciendo su función. La recoge del suelo y abandona el colegio. El coche que ha estado dando vueltas a la manzana para recogerlo no tarda en hacerse presente. Está torciendo la esquina cuando abre la puerta del copiloto y él se introduce en el interior de un salto.

—¿Lo has conseguido? —pregunta el conductor.

Jadea a causa de la adrenalina y la carrera que se ha dado para salir de allí indemne. Toma una botella de agua que rueda sobre la alfombrilla chocando contra sus propios pies. Bebe un trago largo, consumiendo la mitad del contenido.

—Conseguido, Héctor —susurra al despegar los labios de la boca de la botella.

***

CUANDO AINA y Darcy llegan a casa, dejan la mochila sobre la cama de la pequeña. Se sientan en el tapiz acolchado que recubre el suelo y sacan una caja con diminutas piezas de lego que sirven para el montaje de una granja. La construcción de la base las mantiene ocupadas durante una hora en la que Darcy se siente acompañada, atendida, especial. Todavía queda alguien que juegue con ella.

Transcurrido el tiempo de diversión, Aina la invita a sentarse en el escritorio para realizar los deberes pendientes.

—Ya verás que son pocos, Aina. He adelantado mucho en clase —avisa Darcy, introduciendo su brazo hasta la altura del codo dentro de la mochila.

Palpa el interior en busca de su estuche, pero en su lugar roza lo que parece una especie de lápiz pequeño. Lo sujeta entre sus deditos y lo saca con la intención de guardarlo de nuevo en el estuche, quizás se lo haya dejado abierto y ha esparcido todo su contenido en el interior. A veces le pasa. Aina no está pendiente de los movimientos de la niña. Tiene la vista fijada en el teléfono con el chat de Héctor abierto. No han hablado en todo el día y eso, sumado al mensaje encriptado de las imágenes, la tiene más inquieta de lo habitual.

—¡Aina, mira! —exclama Darcy con voz quebradiza.

Aina la observa con el aliento contenido, ni siquiera consigue erguirse para avanzar hacia ella. No comprende cómo alguien ha

podido concentrar tan vasta crueldad en una pequeña pieza ósea que ahora mismo sostiene Darcy entre sus finos dedos. Ante la inmovilidad de Aina, la niña se acerca a ella con la intención de que reaccione.

—Aina, mira —repite acercándoselo a escasos centímetros de su rostro—. Parece un hueso.

Capítulo 37

Birmingham, 2020

CONDUCE DESAZONADA hasta el centro penitenciario. Detesta tener que mentir a Lizzie, pero ha sido necesario para poder visitar a John. Ha puesto como subterfugio dirigirse a casa de sus padres con el fin de invertir los papeles y ser ella quien los visita por una vez.

—Lizzie, voy a salir de una casa para meterme en otra... —argumenta con hastío.

—Pero vas a coger el coche y una frenada brusca podría ser...

—Iré con cuidado. Te lo prometo —concluye.

Le ha costado convencerla y reza para que no llegue a enterarse de su verdadero destino, pues probablemente no podría perdonárselo. Aparca el coche y permanece en el interior durante unos minutos, un agradecido sol de febrero arropa su rostro abstraído. Sigue con el cinturón puesto y está a tiempo de marcharse, pero su instinto y lealtad hacia la justicia no le dejan escapar.

Soporta el tedioso protocolo de identificación para poder acceder al locutorio donde está esperándola John. Está nerviosa, pese a que lo oculta tras una mirada templada y una posición estática de su cuerpo. Ni en una situación así consiente abandonar su rol de inspectora, permitiéndose ser un poco humana. El funcionario de prisiones la guía hasta la sala de visitas. A medida que avanza, escucha el griterío de un preso y su pareja, el bombardeo de reproches, la metralla de dolor que supone cometer ciertos errores. Se cruza con la propietaria de los gritos, que abandona el lugar con la rabia brotando de sus ojos, con el miedo agazapado en un temblor de labios. Divisa al fondo de la sala cómo se llevan al sobresaltado preso que sigue lanzando improperios a la pobre mujer. John ignora la escena, cogitabundo. Permanece sentado en una mesa céntrica, pero a pesar de ello goza de suficiente intimidad, pues el resto de mesas que lo rodean están vacías.

Lo primero en lo que Pam se fija cuando toma asiento es en las

manos de su exmarido, unidas por la cercanía que obligan las esposas, pero sin estar entrelazadas. Reptan sobre la superficie de la mesa en dirección a Pam, abiertas a la espera de que al menos las roce. Se sucede un instante en el que nada ocurre, pero Pamela, a pesar de querer abandonarse a la frialdad, no puede sepultar el lado empático que floreció y se enraizó en su pecho desde la infancia. Acaricia los dedos de John y estos buscan enredarse con frenesí al sentir un indicio de misericordia. Ambos se emocionan al volver a tocarse y Pam reconoce en esa piel la protección y la bondad de sus caricias. No se ajustan a la muerte, no pueden ser la pieza que encaje en el cuello de ningún niño.

—¡Sin tocarse! —avisa desde la distancia el funcionario.

Es ahí cuando Pam toma conciencia de nuevo de dónde está y libera con aridez su mano.

—¿Cómo estás, Pam? Siento mucho lo que pasó aquel día...

Ella prefiere no recordarlo, no es un buen momento para pensar en el hijo que se desprendió de sus entrañas.

—No sabía que estabas de nuevo en el proceso de inseminación —insiste John.

—No tenías por qué saberlo —subraya tratando de liberarle al menos de ese peso—. ¿Qué quieres, John?

—Contarte la verdad...

—Podrías haberme escrito por correspondencia.

—Necesitaba que me miraras a los ojos. Eres la persona que mejor me conoce. —Se sostienen las miradas, echando un pulso a la felicidad pasada, reconociendo en sus pupilas la nostalgia de quien retorna al calor del hogar—. Soy inocente.

—De ser así, ¿qué te impide demostrarlo?

John se muerde el labio inferior en un intento fallido de frenar sus palabras, que chocan contra sus dientes deseosas de que alguien las escuche.

—A veces la verdad oculta cosas tan terribles como la propia mentira. —Hace una pausa para tragar saliva—. Sé que estás fuera del caso por baja médica, me lo ha contado mi abogado, pero necesito que encuentres la manera de probar mi inocencia y volver a reabrir el caso.

—John, no tengo todo el día —le interrumpe con gesto adusto—. He puesto en juego mi relación matrimonial, he desestimado las recomendaciones médicas, intuyo que tu declaración, de la que esperas que guarde silencio, puede costarme la placa. Si te creyera

culpable, créeme que no estaría aquí, dejaría que todo el peso de la ley cayera a plomo sobre tu conciencia. Quiero creer en tu inocencia, pero reconozco la culpabilidad en tus ojos. Cuéntame lo que ha pasado. Sin omitir nada.

John rompe a llorar, agradecido por la oportunidad que le ofrece de explicarse y, a la vez, destrozado por saber que nunca encontrará otra mujer como ella.

—El día que asesinaron a los niños, es cierto que estuve en Birmingham y que hice algo horrible, pero no maté a Ava ni a Kyle. Todo comenzó cuando conocí a Céline, la directora del conservatorio y... mi actual pareja. Es una mujer con tremendo carácter y a su lado me sentía como un pelele. Sin embargo, un día llegué a casa y la encontré en el sofá llorando sin consuelo. Me inquietó verla así, pues no la había visto emocionarse jamás, parecía de hierro, como si las preocupaciones le pasaran por encima sin siquiera tocarla. Aquel día me contó que tenía una hija de diez años. No me lo había mencionado nunca y se lo reproché, pero estaba sufriendo tanto que no pude más que perdonárselo. Me interesé por ella y conjeturé que quizás la pequeña viviera con su padre. Céline resolvió mis dudas, Emily, su hija, permanecía en el hospital desde hacía tres años. Tenía siete cuando hicieron un viaje a las costas de España, un viaje que cambió sus vidas. Al parecer se encontraban en una pequeña cala que conformaba un acantilado. Los turistas trepaban por la zona rocosa y saltaban a las cristalinas aguas del mar. Céline quiso experimentar qué se sentía, y le gustó tanto que animó a su hija a hacerlo. Ella la esperaría abajo para atraparla antes de que el mar pudiese hacer el intento de engullirla. La niña saltó desde la zona más baja, pero, aun así, tuvo la mala fortuna de caer sobre una roca que se camuflaba en la arena. El golpe no la mató, pero la dejó en estado de coma. Los médicos fueron poco optimistas y avisaron a Céline de que las probabilidades de que la niña despertara eran tan mínimas que rozaban la nulidad, pero aquello no le valió al Tribunal Supremo para aceptar que desconectaran a Emily del aparato que le permitía respirar. Respirar no es lo mismo que vivir. Céline lloró mientras me lo contaba con una desesperación que nunca había visto, me confesó que no podía más, que era una tortura tener a su hija en aquel estado. Estar junto a su cuerpecito cada día no le permitía a ella hacer el debido duelo. Porque la niña estaba muerta, aunque su corazón dijera lo contrario. Me suplicó que la ayudara a descansar, que ella no se atrevía a hacerlo, pero necesitaba que alguien frenara tanto

sufrimiento.

—¿Lo hiciste, John? —pregunta a bocajarro Pam, encogida por el brutal testimonio.

—Sí, lo hice, la ayudé a morir.

Pam contiene el aliento con la boca ligeramente abierta, pero de ella no sale ninguna palabra y John aprovecha su silencio para continuar.

—Pasamos unos meses duros, el duelo es difícil por más preparado que creas estar. Céline fue sintiendo alivio y paz a medida que pasaba el tiempo, pero cuanto mejor estaba, más rara la notaba yo. Un día decidí seguirla y descubrí que continuaba visitando el hospital. Pensé que había perdido la razón y así se lo hice saber. Fue entonces cuando me explicó que visitaba el hospital para charlar con familiares de otras personas que estaban en la misma situación que había padecido Emily. Al principio, pensé que era un acto caritativo, que la honraba, pero no tardó en contarme sus verdaderas intenciones. Les hablaba de lo sanadora que había sido la muerte para ella y los acababa convenciendo de que era la mejor salida. Creó un negocio con ello: cinco mil libras por ayudar en el tránsito de la muerte. Te sorprendería la cantidad de gente dispuesta a pagar por ello. Si la eutanasia estuviera permitida... hoy no estaría contándote esto.

—Dime que Emily fue la única vez, John.

Se hace un silencio punzante.

—No lo fue. Hubo muchos. Céline me convenció de que éramos ángeles de la muerte. Había tanto agradecimiento en los familiares de aquellos pacientes, Pam. No pensé que hacía nada malo, incluso llegué a sentirme orgulloso de mí. ¿Puedes creerlo? El tipo con la autoestima más baja de toda Inglaterra sintiéndose orgulloso por matar. Pero es que si hubieras escuchado a esos padres que me suplicaban para que ayudara a morir a sus hijos, seguro que me entenderías. ¿Quién desearía algo así de no ser porque la vida contuviera más dolor que la muerte?

Pam suspira profundamente, divagando sobre si ella habría sido capaz, pero se responde a sí misma: jamás por dinero.

—El día que mataron a Ava y a Kyle, estabas *ayudando a morir* —recalca las últimas palabras con socarronería—, ¿no es así?

—Sí —confiesa con rotundidad—, pero no cometí el delito por el que se me acusa. Nunca mataría por placer.

—No te eximas de culpa. No te creas mejor que el asesino de Kyle y Ava. Has hecho lo mismo solo que bajo una falsa apariencia de

misericordia. Has cometido delitos, no quiero saber cuántos. Entiendo que esas personas necesitaran morir, pero no te correspondía a ti hacer justicia. No puedo creer que te hayas aprovechado de la aflicción de los demás para ganar dinero.

—Lo sé, y me arrepiento muchísimo —susurra con voz quejosa.

—Voy a guardar silencio por el momento porque quiero encontrar al verdadero asesino. Que tú estés aquí le da opción a que se confíe, pero en cuanto lo tenga, declararás todo esto ante un juez y cumplirás la condena que te corresponde.

Pam se levanta, dejando a John con un aspecto lastimero. Cruza la sala con la intención de abandonarla, pero entonces recuerda algo y deshace sus pasos. Pam lo analiza desde la perspectiva de superioridad que le otorga estar de pie y él sentado.

—¿Cómo llegaron los caramelos, las zapatillas y el cojín a tu baño? —pregunta con árida entonación.

—No lo sé... —Se enjuga las lágrimas para recobrar parte de la dignidad perdida en el transcurso del testimonio—. Alguien lo dejó ahí para incriminarme, supongo.

—¿Conoces a alguien con una cicatriz en la mano derecha?

John se queda pensativo, rastreando en el sótano de su memoria. De pronto enarca las cejas y sonríe satisfecho por el certero almacenamiento de sus lóbulos temporales. Es capaz de recordar dónde la ha visto y quién es el individuo portador de tal distintivo.

Capítulo 38

Hertford, 2020

SON CASI LAS ONCE de la noche cuando David sale del hospital. Debía haber terminado a las cinco de la tarde, pero una urgencia de última hora lo ha tenido retenido hasta ahora. Ser médico es un trabajo sacrificado que requiere más horas de las que están estipuladas en el contrato. Además, no siempre es recompensado o agradecido: los familiares de aquellos a los que has salvado la vida te veneran como a un Dios; los de un paciente incurable, te detestan y tildan de incompetente. Con todo, David disfruta ejerciéndolo. Sus primeros años de residencia fueron los mejores, aunque casi le cuestan su relación con Hellen. Vivía la medicina con la devoción del principiante y el arsenal de guardias que le tocaban no lo amilanaban; al contrario, había veces que debían recordarle que su turno ya había terminado. Al nacer los niños, la cosa cambió. Uno pasa de adorar su trabajo a amar a sus hijos más que a nada. La falta de conciliación familiar era lo que más le apenaba. Había días en que lo dejaría todo, como por ejemplo hoy, que ni siquiera encontraría a Darcy despierta.

Lleva puesta la radio a un volumen tan bajo que la música es un susurro indescifrable. Sin embargo, mientras aparca el coche en el garaje de casa, reconoce la melodía que está sonando. Es, o era, la canción favorita de su hijo Kyle. Se permite, vencido sobre el asiento, escucharla al completo. Cierra los ojos para evocar momentos que ya expiraron, con las manos sostiene todavía el volante, aferrándose a él por si las fuerzas le flaquean. Termina la canción demasiado pronto. No es suficiente encontrarse con el recuerdo de su hijo tan solo tres minutos al día. Deja caer su cabeza sobre el volante, abrazándose a él y sollozando con desesperación. Ese es el ritual de cada noche: llorar a escondidas, dejándose ganar ante el pulso de la pena, para después vestirse de fuerza frente a su mujer. Ha tenido que cargar con muchos dolores a lo largo de su vida, pero este es el único capaz de aniquilarlo

todo.

Su hogar lo recibe con el silencio pacífico de las noches. Se quita los zapatos para hacer el menor ruido posible, aunque no evita el crujido de la cálida madera al contacto con el frío que lleva él adherido de la calle. Asciende por las escaleras ayudándose del pasamanos. Tras llorar, el cuerpo parece haberle envejecido de golpe. Gira el pomo de la puerta con lentitud, no quisiera robarle el sueño a su hija. Se adentra en la habitación de puntillas, separando sus piernas para evitar que la fricción de la ropa cause el mínimo sonido. Sus ojos se adaptan a la oscuridad con rapidez y percibe movimiento por debajo del edredón. Se inclina para besar la frente de su hija y le sorprende descubrir los vivos ojos de ella buscándole entre la espesa negrura.

—¡Pero bueno, bichito! ¿Qué haces despierta a estas horas?

—No puedo dormir, papi. —Se frota los ojos. Ha estado llorando y el cansancio se apodera de sus párpados cargados.

David se sienta en la cama y enciende la lámpara que reposa sobre la mesita de noche. Darcy se incorpora para sentarse también.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Es que hoy he encontrado una cosa en mi mochila que me da mucho miedo. Aina me ha dicho que no dijera nada, pero me dolerá la tripa si no lo digo.

Su padre la observa con ojos interrogantes, esperando que se explique con más detalle.

—Alguien me ha gastado una broma dejando un hueso en mi mochila, papá.

—¡¿Cómo?! —exclama aterrado.

La niña hace pucheros con los labios al ver la reacción de su padre y no se hace esperar un llanto desconsolado.

—No llores, cariño. Papá viene muy cansado del trabajo y no piensa con claridad. —Se ríe para restarle importancia—. Seguro que ha sido una broma tonta de algún niño, probablemente ese hueso pertenezca al pollo de su cena.

Darcy sonríe también con las lágrimas todavía recorriendo su rostro. Es asombroso cómo los niños se mimetizan con las emociones de los demás.

—¿Me lo enseñas?

—Lo guardó Aina.

—Está bien. Durmamos, es muy tarde. —David se escabulle bajo el edredón, dejando que Darcy se haga un ovillo junto a él. Tras

encontrar la protección de su padre no tarda en entrar en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, Aina baja las escaleras apreciando el olor a café y pan tostado. Ha dormido fatal, por lo que necesitará un buen tazón de cafeína. Darcy pesca con la cuchara los cereales que nadan en la leche. La niña la recibe con una sonrisa divertida que ya carece de algunos dientes y recoge con la lengua las gotas de leche que danzan en sus labios. Sin embargo, Aina percibe cierta hostilidad en el ambiente. David muestra un gesto frío, ni siquiera le da los buenos días.

—¿Podemos hablar un segundo, Aina? —añade al fin.

—Claro.

Abandonan la cocina para que Darcy quede ajena a la conversación.

—¿Me puedes explicar qué es eso de un hueso en la mochila? —arroja con tono inquisitivo.

Aina baja la mirada antes de hablar. Nota en David una decepción que la hostiga a creer que en cierto modo les ha fallado con su silencio.

—Darcy encontró entre sus cosas un pequeño hueso. Pensé que sería alguna broma, no quise darle importancia y preocuparos más de la cuenta... Solo quería proteger a Hellen.

—¡Darcy es mi hija! Que te ocupes de ella no significa que puedas decidir lo que debería o no preocuparnos. Nosotros ya nos protegemos solos, pero con tu silencio a la que dejas desprotegida es a ella, que al fin y al cabo es la única que debería preocuparte. —Hace una pausa para controlar su enojo, pero no lo consigue—. Acaban de asesinar a nuestro hijo mayor. ¡¿Quién eres tú para saber si se trata de una broma?! ¡¿Y si es una amenaza?! —David ha ido subiendo el tono hasta acabar gritando.

—Lo siento... —es lo único capaz de responder.

—Dame el hueso —le ordena dedicándole una mirada fría—. Voy a ir a comisaría.

Aina hace lo que le pide y le entrega la pieza ósea que protegía dentro de un pañuelo. El resto del desayuno se sume en un intenso silencio. Quisiera llorar, pero tiene a Darcy a su lado observándola con detenimiento. Tras dejarla en la escuela, Aina se quiebra y llora. En estos momentos volvería a España, con su madre, sus amigas, su

hogar. Necesita un abrazo de los que reconstruyen, de los que salvan y curan. Y ese es el motivo por el que se presenta en casa de Héctor. Se lanza a su cuello en cuanto le abre, hundiendo la cara en su pecho. Héctor la rodea con los brazos sin decir nada, como si esperara que llamara a su puerta buscando consuelo en cualquier momento. A él también le sobreviene la emoción, pues en parte es el causante de ese llanto y cada día le atormenta más formar parte de ello. Aina es una buena persona, a la que le ha tocado estar en el lugar y momento equivocados. La conduce hasta el salón y le prepara una tila. La escucha con atención mientras le cuenta lo ocurrido, tratando de mostrarse sorprendido en algunos de los hechos que le va narrando. Ella sostiene la humeante infusión entre sus manos, recogiendo en ella alguna de las lágrimas que se precipitan de sus ojos. Héctor se pregunta por qué siente esa bruma en el pecho al verla llorar.

Aina consigue tranquilizarse apoyada en el hombro de Héctor, le arde la cara después de tanto dolerse. Él recorre la yema de sus dedos sobre el brazo de ella, arriba y abajo en un acto humilde de cariño y compasión. Llevan un buen rato callados cuando Aina advierte algo sobre la mesa auxiliar que tiene justo enfrente. Es una fotografía, así que se incorpora para verla mejor.

—¿Quiénes son? —le interroga al descubrir a Héctor junto a una mujer y un niño. Por el tipo de instantánea diría que parecen una familia.

Héctor se maldice al descubrir a qué se refiere. La sacó anoche del cajón para mirarla, es algo que suele hacer siempre antes de dormir junto a un par de copas de vino. La embriaguez provocó que olvidara guardarla de nuevo. No tiene escapatoria, así que decide no seguir ocultándole la verdad.

—Son mi mujer y su hijo. —Evita el contacto con sus ojos, no quiere encontrarse con la desilusión de estos. Acaricia el rostro de Nekane con el dedo índice—. Falleció hace poco más de un año. Cáncer.

El gesto de Aina ha demudado.

—¿Por qué me mentiste? —pregunta con voz trémula, pero firme.

—No quería que pensaras que me había fijado en ti por ser un viudo en busca de compañía desesperada.

—¿Y él?

—Es Dorian, su hijo.

—¿Dónde está?

—En España, con su padre —miente.

Aina lo observa incrédula. ¿Cuántas sorpresas más va a tener que vivir en Hertford? Siente una sequedad en la garganta que clama por dar un gran trago a la infusión. Héctor le libera las manos, tomando la taza y dejándola sobre la mesa. La mira y busca los dedos de ella con los suyos. Aina se muestra distante, no mueve un ápice de su piel. Él hunde sus dedos entre los de ella, como un puzle que encaja a la perfección.

—Te avisé de que estaba herido y te pedí que tuvieras paciencia. Entenderé si quieres tomar distancia, pero te prometo que no es lo que quiero. —Posa su mirada en los labios de Aina. Va acercándose, estudiando si va a dejarse besar o si, por el contrario, lo rechazará. No lo hace. Héctor siente de nuevo la calidez de los labios de Aina recibiéndolo despacio, con la ternura que guardan las personas que aman de verdad.

Capítulo 39

Birmingham, 2020

LA OSCURIDAD seduce a la muerte, por eso la noche siempre es cómplice de los actos más sanguinarios. George Potter engulle un buen puñado de pastillas antes de bajarse del coche. Está seguro de que esa es la forma más justa de cumplir su castigo. Le atormenta imaginar que su hija está sola en ese lugar al que van las almas. Necesita ir con ella para hacerle compañía y cuidarla. Se sienta frente al embalse de Salford Park y estudia la calma gélida con la que se mecen sus aguas, las mismas que besaron el bello rostro de Ava justo antes de arrancarle la respiración. Recuerda la primera vez que se puso en contacto con Céline Dubois para tratar un tema que nada tenía que ver con las clases del conservatorio. En los pasillos del hospital, entre susurros, corría el rumor de que había unos ángeles de la muerte, y George estaba desesperado. Su mujer se pasaba día y noche cuidando a su madre, una mujer octogenaria que había quedado impedida tras un grave ictus. Había perdido la movilidad, el habla e incluso había quedado incapacitado el mecánico acto de tragar, por lo que el alimento era administrado por vena. Cuando esa mujer muriera, él recuperaría a su mujer y Ava, a su madre. Decidió que era la solución para un problema que llevaba meses resquebrajando su estabilidad familiar. Se sorprendió al conocer que Céline y John, los profesores de su hija, eran los encargados de liberarle de aquel peso. El discurso de Céline no tenía fisuras y llegó a convencerle de que su suegra estaría infinitamente agradecida, pues aquello no era vida, tan solo una angustia constante. Lo que no valoró George fue que la liberación tenía un precio que no podía pagar. Cinco mil libras de una cuenta corriente que gasta por encima de sus posibilidades no es un hecho factible. Céline fue paciente al principio, pero firme después, hasta llegar a hostigarlo para que pagara su deuda. George se dispuso a reunir el dinero sacando pequeñas cantidades de su cuenta de forma

paulatina, de manera que las salidas de dinero fuesen inadvertidas por su mujer; también demandó ayuda a sus familiares y amigos más cercanos. Estaba a punto de conseguir recaudar la totalidad de la deuda cuando Ava apareció asesinada.

George comienza a experimentar un vahído adherido a un cansancio intenso que le obliga a sentir todo el peso de su cuerpo. Ha llegado el momento. Se levanta del suelo tambaleándose, sus aturdidas piernas tropiezan entre ellas un par de veces, dificultándole así el trayecto hacia su libertad. La sensación es parecida a una fuerte borrachera. Entierra los pies en el agua, que está extremadamente fría y le entumece al instante las extremidades. A los pocos segundos el agua empieza a paralizarle a la altura del pecho.

La claridad del día va despertando a los habitantes de Birmingham. Ryan es un joven universitario que sale a correr cada mañana antes de las clases. Vive cerca de Salford Park, por lo que ese es su lugar de referencia para ejercitar las piernas. Los Red Hot Chili Peppers cantan a todo volumen en sus oídos a través de los auriculares inalámbricos que está estrenando justo hoy. Las piernas de Ryan frenan en seco el trote veloz con el que avanzaban al descubrir un cuerpo flotando en las aguas del embalse.

Capítulo 40

Hertford, 2020

A LA MAÑANA SIGUIENTE del hallazgo del pequeño hueso, Aina todavía siente un nudo en la garganta, un hueco agudo en el estómago. Ese vacío le conecta con sus pérdidas, es una sensación que reconoce como no muy lejana. A pesar de la espiral de sentimientos en la que ha estado girando estas últimas semanas, no olvida a su padre. Piensa en él cada día, aunque no lo diga en alto, y lo echa terriblemente de menos. Camina meditabunda por la calle en dirección a casa. Hoy no le apetece ir a desayunar, ni dar un paseo, ni ver a Héctor. Hoy necesita meterse en la cama todo lo que resta de día.

Ha estado buscando billetes de avión convencida de que quiere volver a su hogar. Sin embargo, no se ha atrevido a comprarlos. No sabe qué es lo que le aferra allí, pero a pesar de los últimos sinsabores, una fuerte intuición le dice que permanezca un poco más. Además de eso, sabe que hoy no es un buen día para tomar decisiones, tiene la menstruación y las emociones colman cada poro de su piel.

Llega a casa y encuentra a Hellen sentada frente al televisor, le dedica una sonrisa muda. Hace ademán de querer decirle algo, sin embargo, vuelve a ahondar en una serie policíaca que parece subirle el ánimo. David está en el hospital y Aina lo agradece, se siente incómoda en su presencia desde la reprimenda de ayer. Durante el desayuno de esta mañana, él ha tratado de conversar con normalidad, pero su gesto seguía siendo rígido como si la decepción hubiera sesgado la confianza ya ganada.

Cierra la puerta de su habitación y se lanza sobre la cama. Se quita las zapatillas con la propia fricción de los pies y caen de forma tosca sobre el parqué. Busca protección bajo el edredón y su cuerpo se lo agradece con un escalofrío. Nota una vibración en la nalga que identifica rápidamente con su teléfono móvil. Lo libera del bolsillo

trasero del pantalón y echa un vistazo a la pantalla iluminada. Es un mensaje de Héctor que a ella no le apetece contestar. Lanza con suavidad el teléfono en el interior de un cajón de la mesilla y adopta una posición que le permite abrazar la almohada con sus brazos y piernas. Se detiene a pensar en Héctor, y el recuerdo de sus besos le estremece. Su actitud seria, pero a instantes dulce, es lo que la tiene tan enganchada. Aun así, no acaba de fiarse del todo. Ha llovido mucho en la vida de Aina, sobre todo en lo que respecta al amor; ha habido tormentas que le rompieron el corazón, acrecentando una desconfianza que le obliga a reprimir sus sentimientos, los cuales tienden a desbocarse con facilidad. La actitud misteriosa de Héctor tampoco ayuda a romper esa barrera, no es fácil cruzar una frontera en la que hay más desconcierto que esperanza. Siente que hay muchas más cosas que le esconde, no solo el tema de su mujer, otras que ella no alcanza a entender, pero que descifra de su mirada esquiva.

Se detiene a pensar de nuevo en lo vivido en Hertford; será complicado disipar los recuerdos que ha forjado de este lugar. Se imagina contándoles a sus hipotéticos descendientes la aventura más rocambolesca de su vida. Hace tres semanas el acto de asesinar tan solo formaba parte de las películas, de la ficción o del noticiario que siempre queda como algo ajeno e insólito. Sobre la silla del escritorio reposa su bolso, y dentro de él sigue atesorando el sobre con las macabras imágenes. No alcanza a entender por qué ella debía ser la receptora de estas, quizás para seguir atormentando a los Paige. Se horroriza con solo pensar en lo cerca que puede haber estado de un asesino, pero si algo ha aprendido en Hertford es que ser valiente es un mero acto de supervivencia. Cualquiera puede serlo si lo sueltan en un precipicio, pues nadie se dejaría caer sin antes haberse dejado los dedos en el intento.

Se hace un ovillo para tratar de calmar el cólico abdominal que le produce la menstruación. Permanece un buen rato en la misma posición, con la mirada fijada en la pared y retroalimentándose con los mismos pensamientos una y otra vez. Finalmente, hace acopio de sus fuerzas y se irgue para alcanzar el ordenador portátil. Su parte racional le ruega que no siga atormentándose con la información de aquellos niños a los que ella ya siente que conoce, pero su parte viva y emocional le anima a que no deje de indagar. Cuando abre el navegador, se sorprende al encontrar que el historial de búsqueda ha sido borrado, ya no queda rastro de ninguno de los inocentes nombres que hace un par de días tecleó con la esperanza de poder hacerles

justicia de alguna forma. Se lanza a hurgar las entrañas de su bolso, que ahora se le antoja como un sumidero inmenso. Sus ofuscadas manos bucean sin éxito, de modo que se decide por arrojar todo el contenido sobre el escritorio. No está. Vuelve a ojear el interior, desabrocha los bolsillos internos y de nuevo lo sacude con furia. Nada. El sobre ha desaparecido.

Recoge todo el contenido al percatarse de que alguien sube por las escaleras. Baja la pantalla del ordenador y se sumerge en la cama. Dos golpecitos a la puerta a los que ella no responde, se hace la dormida. Hellen insiste desde el pasillo.

—Adelante —resuelve al fin.

—Aina, han dejado un sobre para ti en el buzón.

—¡¿Para mí?! ¡¿Quién? —Lanza el edredón al suelo y sale de la cama.

—No sé... ¿Estás bien? —pregunta Hellen mirando de soslayo la cama deshecha y sosteniendo el sobre todavía en sus manos.

—Sí... Es solo la regla. El primer día es horrible.

Aina observa impaciente el sobre. ¿Por qué no se lo da? Hellen sigue mirando el embrollo de mantas como si procesara todavía la información. Los ansiolíticos hacen que cada palabra retumbe por su cráneo y ella tenga que hacer un esfuerzo titánico por decodificarlas. Pasan unos segundos hasta que dibuja una volátil sonrisa y le entrega el sobre a Aina. Sale de la habitación silenciosa, no queda estela de su melodía. Cada persona tiene su propia canción compuesta por las notas de su risa, el compás de sus pasos, el timbre de su voz. La melodía de Hellen ya no suena, se ha apagado para siempre.

Aina se apresura a cerrar la puerta. Analiza el sobre por fuera: no tiene remitente, tan solo el nombre de Aina formado con recortes de revista en la parte delantera. Así, desamparado, sin apellido que lo acompañe, sin dato que arroje clarividencia. Parece un *collage* hecho por un niño de preescolar, podría parecer ridículo, sin embargo, le atemoriza conocer su contenido. A estas alturas del juego no puede permitirse ser una cobarde. Despliega una nota que ha sido doblada a la mitad. Está escrita a ordenador, para no dar oportunidad a ser sometida a un peritaje caligráfico.

«En el mundo hay cosas que es mejor no saber. Haruki Murakami».

¿Qué cojones era eso? ¿Un consejo al estilo galletita de la suerte? Palpa el sobre y descubre que hay algo más, zambulle sus dedos y lo que libera del interior le intensifica la necesidad de emitir un grito ahogado. Un caramelo naranja convierte el consejo en una clara

amenaza. Corre hacia la ventana por si la persona que envía el sobre estuviera allí, pero se encuentra una calle desértica a causa del frío invernal. Justo en ese instante, Héctor está a punto de entrar en su casa y levanta la mirada hacia la ventana de Aina. Sonríe al encontrarla allí y levanta una mano a modo de saludo, pero ella tan solo es capaz de correr la cortina y refugiarse en la soledad de su habitación.

Capítulo 41

Hertford, 2020

SPENCER CONDUCE acompañado de la voz de Pam, que rimbomba en el interior del vehículo. Quedan cinco minutos para llegar al destino, pero ya ha dedicado todo el trayecto a ponerla al día acerca de los últimos sucesos. Por su parte, Pam se ha limitado a contarle los avances del embarazo, pero ni se le ha pasado por la cabeza mencionar los extraños correos que ha estado recibiendo, ni mucho menos la visita a John en la cárcel que culminó con un dato muy esclarecedor. En el asiento del copiloto, en silencio y con la mirada puesta en el paisaje, un agente especializado en estudios fisonómicos es conocedor, pero no participe, de toda la conversación que ambos mantienen. Es un tipo tímido y callado, con poca charla, por ese motivo Spencer ha aprovechado para llamar a su jefa y amiga.

—¿Cómo van las cosas con Serena?

—Ya he firmado los papeles del divorcio —aclara tajante.

Le dedica una mirada a su compañero de viaje, disimula muy bien o realmente le importa un carajo la conversación.

—Has hecho bien, Spencer. ¿De qué vale negarle la libertad a alguien? No va a enamorarse de ti porque tu firma no esté en un papel.

—Quería ganar tiempo para que reconsiderara su decisión. Fue una estupidez.

—Una estupidez que os ha hecho sufrir a los dos.

El copiloto se revuelve incómodo en el asiento, ¿por qué tiene que estar escuchando esto? Agradece el pitido esporádico que llega para interrumpir la conversación.

—Oye, Pam, tengo que dejarte. Está entrándome una llamada de Hathaway.

Spencer descuelga y el otro agente aparta los ojos del paisaje para centrarlos en la pantalla de la radio. Esta llamada sí parece interesarle.

Aparca frente a la escuela donde alguien depositó un fragmento óseo en la mochila de una niña de siete años. «Valiente cabrón», asume Spencer.

—Hathaway, dime que has conseguido que te admire todavía más.

Se escucha una modesta carcajada al otro lado de la línea. La mujer casi sexagenaria con la que lleva más de treinta años trabajando retoma su actitud seria y su voz profesional antes de comenzar a habar.

—Tras realizar el estudio histológico de los conductos haversianos, puedo confirmarte que se trata de un hueso humano, concretamente un segundo metacarpiano izquierdo. Por otra parte, a través de la observación de la unión de la diáfisis con la epífisis puedo aseverar que tenía alrededor de los once años cuando murió. Diría que era una mujer.

—¿ADN?

—Ya sabes que eso tarda un poco más, Spencer. Dame unos cuatro o cinco días. No es un hueso reciente, por lo que el proceso es un poco más costoso.

—Cuatro —determina Spencer entre suplicante y autoritario.

Las palabras de Hathaway se quedan flotando dentro del vehículo tras haber colgado. Tanto Spencer como el otro agente permanecen unos minutos sentados, cavilando seguramente lo mismo... ¿Se trata de una amenaza de muerte hacia Darcy? Un hueso de una niña en la mochila de otra niña no puede ser un buen auspicio.

La directora del centro los recibe en el *hall* y los conduce hasta su despacho, donde los espera también el conserje. Tras las primeras presentaciones y demás formalismos, ambos agentes toman asiento frente al hombre. La directora se queda de pie en uno de los laterales de la sala, cediéndole el protagonismo al único testigo, pero sin renunciar a estar presente. El conserje es un hombre entrado en años, posiblemente esté rozando ya la jubilación. Spencer se detiene a analizar sus ojos. Uno de ellos está bañado por un óvalo gris que le ha usurpado parte de la visión, el otro desprende un halo de decepción, como si al permitirle la entrada a aquel falso electricista hubiera fallado a la escuela a la que tantos servicios y años ha dedicado.

—Diane nos ha puesto al corriente de lo que pasó el otro día —inicia Spencer señalando a la directora—, pero queremos que usted nos lo explique con todo tipo de detalle. Este es Mike, un agente

especializado en estudios fisonómicos, él se encargará de realizar un retrato robot del intruso que accedió a las instalaciones.

El conserje hace un gesto de asentimiento.

—Era la hora del patio. —La voz pegajosa, fruto de años de tabaquismo, impregna la sala—. Llamaban al timbre de forma insistente, pensé que sería algún padre impaciente, así que tardé en abrir a propósito a modo de reprimenda. No se puede ir por la vida con tanta prisa y tan poco respeto.

Spencer no puede evitar soltar una carcajada, mientras que la directora se revuelve incómoda por la actitud inoportuna.

—Cuando lo vi adentrarse por el camino enlosado supe de inmediato que no era un padre. Iba vestido con un mono de trabajo y una especie de caja de herramientas.

—¿El uniforme tenía algún logo?

—Sí, RN electrical.

—Es la empresa que lleva el mantenimiento de las pizarras digitales, proyectores y ordenadores del centro —interviene la mujer por primera vez.

Spencer anota el dato en una pequeña libreta que siempre lleva consigo.

—El chico llegó a la recepción alegando que tenía que revisar el funcionamiento de uno de los proyectores. Nadie me había dado el aviso y sospeché, pero últimamente se me olvidan bastante las cosas, así que decidí no consultarlo para no quedar en evidencia. —Agacha la cabeza apesadumbrado, está reconociendo cosas que bien sabe podrían costarle el puesto de trabajo—. Había algo en él que no me terminaba de gustar, pero me especificó incluso el aula a la que debía ir, por lo que pensé que el encargo era cierto.

—Descríbanos al individuo.

—Era extranjero, eso seguro. Tenía la piel muy morena, el pelo corto y rizado, negro como el carbón. Yo creo que era árabe. Tenía los labios gruesos y cortados por el frío, hablaba muy bien el inglés, pero tenía un deje como... español. Los ojos profundamente verdes con un sinfín de pestañas. Había algo en esa mirada que no me gustaba. *Esa gente* nunca es de fiar.

—¿A qué se refiere con *esa gente*, caballero?

—A los forasteros.

La directora carraspea nerviosa, no quiere interrumpirlos y opta por no decir nada, pero está indignada con la actitud del conserje.

—¿Llevaba barba, tatuajes...? Cualquier tipo de distintivo es

crucial.

—No, no. Ese tipo no tenía ni un pelo en la cara, lo tenía todo recogido en las cejas.

Mike va trazando a toda velocidad las características que va narrando el bedel, inmerso en el procesamiento de la información, tratando de trasladarla a un dibujo de la manera más fiel posible. Tras una larga hora debatiendo sobre la fisonomía del sospechoso, el conserje dice que no, que el tipo no se parece en nada al dibujo que ha hecho Mike. Quizás un aire podía tener, pero nada más. Finalmente, optan por hacer uso de la tecnología, a regañadientes del agente, que está convencido de haber hecho su trabajo de la mejor forma posible. Incluso llega a acusar al conserje de estar tomándoles el pelo. El agente es joven y altivo, acaba de entrar al cuerpo, le sobra talento, pero le falta paciencia. Spencer y la directora del centro se deciden por ir a tomar un café mientras Mike trabaja a solas con el conserje. Transcurre otra hora mientras escogen entre cientos de formas de ojos, narices, labios y mandíbulas. Spencer vuelve al despacho para comprobar que no se hayan acabado matando. Al abrir la puerta, escucha cómo la voz impresionada del conserje concluye:

—Ese es. Sin duda alguna.

***

Londres, 2020

KEILA SONRÍE con la tetina del biberón atrapada entre sus labios, lo que provoca que un riachuelo de leche escape de su comisura y se precipite rodando por su cuello. Con una mano sostiene el biberón y con la otra enrosca un rizo de su patilla, señal inequívoca de que el sueño comienza a apoderarse de su travieso ser. A sus aceitunados ojos les cuesta cada vez más centrarse en los dibujos animados que corretean en la pantalla del televisor, pero una cancioncilla infantil capta de nuevo su atención y la invita a mover su pie derecho tratando de seguir el compás. Pulsa accidentalmente con el talón el mando a distancia que le cambia de cadena, arrancando de la pantalla los dibujos animados y ofreciéndole el informativo. Vuelve a reír al encontrarse con una cara que conoce muy bien.

—¡Papá! —grita señalando con alegría el televisor.

Pandora entra en el salón al escuchar la voz de su hija, lleva en su

mano una taza y en la otra un paño con el que está secando la vajilla. Ambos objetos se resbalan de su mano en cuanto descubre cuál es el motivo del júbilo de la pequeña Keila: un retrato robot de Malik encabeza el noticiario.

Capítulo 42

Hertford, 2020

ANTES DE SALIR, se deshace del historial médico de su hija lanzándolo a las llamas de la chimenea portátil de bioetanol que se autorregaló por Navidad. Es consciente al hacerlo de que es una soberana estupidez, pues tan solo con presentar una orden judicial al hospital la policía podría tener acceso a él y corroborar así la versión de John. Porque si de algo está segura es de que, tarde o temprano, acabará delatándola. En los últimos días ha tratado de ponerse en contacto con él, pero desde el centro penitenciario solo ha recibido negativas, ya que el presidiario ha dejado constancia de que no autoriza la visita de una mujer llamada Céline Dubois. Sin embargo, el motivo que ha precipitado su huida no han sido las evasivas de John, sino el súbito suicidio de George Potter. El inesperado suceso podría levantar sospechas en los investigadores, teorizando que George fuese el asesino de Ava y que, compungido en exceso, hubiera optado por quitarse la vida. De ser así, rastrearían sus últimos pasos y en ellos aparecería ella. La mujer que le liberó del yugo que ejercía la enfermiza salud de su suegra sobre su familia.

Abre el segundo cajón del aparador de roble macizo que engalana la entrada de su casa. Toma su pasaporte, dispuesta a abandonar Inglaterra con premura. Su idea es despistarlos aterrizando en el aeropuerto de Aviñón, de modo que crean que ha vuelto a su país con el rabo entre las piernas. Pero en lugar de dirigirse a Cavaillon, su pueblo natal, tiene pensado alquilar un vehículo que la ayudará a desaparecer de tierras francesas, siendo su destino final San Remo, Suiza. Echa un último vistazo a su vivienda y una inesperada nostalgia le maltrata en sus adentros.

A las cuatro y media de la tarde en Hertford ya está anocheciendo, lo que le permitirá actuar con cierto disimulo. Tiene varias llamadas perdidas en el buzón de su teléfono; todas provenientes de la

academia, de profesores alarmados por su repentina ausencia. Al abrir la puerta se encuentra con una cara que reconoce de inmediato. Es tal la conmoción que el pasaporte acaba escurriéndose de sus manos.

—¿Va a algún sitio, Dubois? —interroga con tono provocador su interlocutora, recogiendo el pasaporte del suelo.

—Sí, voy a visitar a mi familia. —Céline se esfuerza por parecer convincente, pero no puede borrar la palidez que ha salpicado su rostro—. ¿Y a usted qué le trae por aquí, inspectora Russel?

—He venido para informarle del suicidio de George Potter. ¿Estaba usted al tanto? —inquiere aviesa.

—Sí, una absoluta desgracia.

Céline aborda el reducido espacio que las separa, obligando a que Pam retroceda. Cierra la puerta con tres vueltas de llave y esquiva a la inspectora para dirigirse hacia el ascensor. Pam intuye sus intenciones y se coloca delante de este, impidiéndole el paso. Ambas mantienen el mentón alzado en un evidente acceso de provocación. Céline, aun sabiéndose asediada y con el corazón mordiéndole el pulso, tiene la bravura de sostenerle la mirada. Las dos mujeres que han sido el objeto de afecto de un hombre que se consume entre rejas se escrutan durante unos instantes. Les distancia una decena de años que se reflejan en la firmeza de la piel. Pamela posee la delicadeza abrazada de la treintena sumada a la luz lustrosa que confiere el embarazo; Céline, en cambio, muestra unos rasgos agudos a causa de la hoja afilada de los años.

—Verá, inspectora, tengo algo de prisa. Si me permite...

Pam chasquea la lengua y niega con la cabeza provocando el desespero de una mujer con ansias de huida. Saca del bolsillo exterior de su abrigo una cajetilla de tabaco y aparta sin miramiento a la inspectora, logrando pulsar el botón que eleva el ascensor hasta la planta en la que se encuentran.

—Dubois, estoy segura de que, si pierde el avión, podrá tomar otro... Haga uso de ese dominio que tiene usted sobre la tierra. Quizás consiga que el avión se retrase hasta su llegada.

Pam ha recuperado su sitio frente a la puerta.

—No sé de qué me habla —espeta Céline, proyectando con insolencia el humo del cigarro directamente en la cara de Pam.

—Claro que lo sabe, mujer. —Deshace a manotazos el humo que le aprisiona—. Los ángeles de la muerte tenéis la potestad de escoger cuándo y cómo debe morir una persona, por lo que estoy segura de que, si se concentra, tal vez sea capaz de frenar un avión.

Céline no responde, se siente acorralada y a la vez humillada por el cinismo de la inspectora. Le tiembla descaradamente el párpado a causa del nerviosismo y apaga el cigarro frotándolo con rabia contra la suela de su zapato, dejando un hollín negro que desvirga el impoluto calzado. Se encuentra sometida al gesto admonitor de Pamela y entiende que su plan de huida ha terminado mucho antes de lo que había imaginado. Trata de continuar evocando su porte de fortaleza inmutable, pues sabe que, si va a caer, al menos necesita hacerlo con dignidad, por lo que alza sus escasas cejas de forma hostil, como si las últimas palabras de la inspectora no le hubiesen arrancado la piel a tiras. Cada segundo que dilapida el minutero es un puñal certero en su espíritu, cobrando consciencia de lo que la inspectora Russel conoce de ella. Las piernas le flaquean y acaba sentada en el suelo del rellano, apoyando su frente en las rodillas, ocultando su rostro entre sus brazos. No derrama ni una sola lágrima. No se lo permite. Pam hace ademán de sentarse frente a ella, pero se decide por mantenerse en cuclillas y desenrollar los brazos de Céline, obligándola a mirarle a los ojos.

—Ahora, si es tan amable, va a contarme con todo lujo de detalles el motivo por el que George Potter visitó la biblioteca el mismo día que usted se registró como socia.

Muestra una impostada sonrisa de complacencia. Por supuesto que se lo va a contar, aunque no por gusto, sino porque llegados a tal punto no le queda otra opción.

Capítulo 43

Londres-Hertford, 2020

ES VIERNES Y EL CIELO, ataviado de blanco, advierte que todavía le queda nieve en las entrañas para regalar durante este invierno tan frío y largo. Hoy se cumplen tres semanas desde los asesinatos de Ava y Kyle, y para recompensar a Aina por su paciencia y buen hacer, le han dado el fin de semana libre. El matrimonio Paige ha planeado recoger a Darcy de la escuela y marchar hacia Bourton-on-the-water, un pueblecito de la campiña inglesa donde residen unos familiares de Hellen. Aina habría ido sin dudarlo para deleitarse del acogedor pueblo por el que cruza el río Windrush, al estilo de Venecia, pero con la esencia británica de las casas y puentes de piedra. Sin embargo, David la ha invitado educadamente a quedarse en Hertford y salir con sus amigos. ¿Cuáles? Ni idea. Porque el único amigo que tiene, si es que se puede llamar de tal forma, es Héctor, a quien todavía no ha respondido al mensaje que le envió hace un par de días. Así que, con semejante perspectiva del fin de semana, se descubre sentada en el asiento de un tren de camino a Londres, resguardada por las numerosas capas de ropa que lleva puestas. Por pereza no se ha quitado siquiera los guantes. Está tan embebecida en sus pensamientos que no se fija en la pasajera que toma asiento a su lado hasta que se dirige a ella.

—Eres signo de aire, ¿verdad?

Le sorprende una anciana de larga cabellera nevada de canas, con unos rizos caídos y despeinados que abrazan sus hombros como los tentáculos de un pulpo. Por ojos tiene dos minúsculas gotas grises que la observan de forma inquietante en medio de una piel invadida de arrugas. La mujer se desabrocha a la altura del pecho el único botón que conserva su abrigo mientras espera la respuesta de Aina. Por el aspecto deteriorado del abrigo de sastre, se entiende que tiene casi tantos años como ella. La anciana apenas roza el metro y medio de

estatura, por lo que el atuendo le llega hasta los tobillos y las mangas parecen haber engullido sus manos.

—¿Disculpe? —pregunta Aina, que no sabe si no ha entendido la pregunta o ha sido cosa de la extraña pronunciación de la mujer.

—¿Qué signo zodiacal eres? —insiste formulando la pregunta de forma distinta.

—Libra

—Lo que decía... Signo de aire. —Sonríe mostrando al completo su desdentada encía.

Aina le devuelve la sonrisa, pero se decide por no avivar la conversación. Saca su teléfono y finge estar viendo algo importante en él. Un timbre sibilante de voz reclama de nuevo su atención.

—Con solo mirarte a los ojos, puedo saber qué te deparará el futuro.

—Se lo agradezco, pero la verdad es que no creo mucho en esas cosas.

La sonrisa de la mujer se evapora, transformando su expresión en un rictus desafiante.

—¿No crees o no te atreves a creer?

Le cuesta arrastrar la voz de la garganta y acaba emitiendo un susurro quebradizo y poco crédulo:

—No creo.

Sus miradas contactan un par de segundos, Aina siente que se le afloja todo el cuerpo.

—Veo en tus ojos un inminente peligro. —Su esponjosa voz toma un timbre bronco—. Te encuentras rodeada de personas con malas intenciones que desean hacerte daño, pero el universo espera algo de ti a cambio. Tú eres el canal por donde las aguas negras transitan, transportando el veneno de un lado a otro. Los libranos poseéis un sexto sentido: la intuición. Escucha lo que te dice y sabrás nadar hacia el único extremo en el que podrías ponerte a salvo.

La anciana se levanta del asiento con dificultad. El traqueteo del tren le impide dar dos pasos seguidos sin tener que agarrarse a algo para mantener el equilibrio. Consigue llegar, a duras penas, hasta otro asiento libre, dejando a Aina intimidada, con el miedo enraizado en sus huesos. Escucha lejana la voz de la anciana que aborda a otro pasajero.

—Eres signo de fuego, ¿verdad?

Tras la incomodidad inicial, Aina va restándole importancia a las palabras de la anciana a medida que el tren avanza. Se convence de la

posibilidad de que le diga lo mismo a todo el mundo que muestra su escepticismo.

El resto del día le resulta muy sanador. No recuerda la última vez que decidió dedicarse un día a sí misma. Se decanta por conocer el Shakespeare's Globe Theatre, una réplica exacta del teatro en el que la compañía de William Shakespeare representó obras cumbres como Hamlet. Se entristece al saber que en esta época del año no se representan funciones; aun así, Aina encuentra exquisita la visita guiada en la que se deleita con los atrezos propios de la época y la fidelidad que guarda el teatro con respecto al original. La visita por la gradería le resulta agobiante debido a la marabunta de gente que recorre el interior. De hecho, es la propia muchedumbre la que le conduce de un sitio a otro como si se desplazara flotando. Al salir del teatro, le rugen las tripas. Estudia Google Maps y descubre que Borough Market se encuentra a tan solo ocho minutos andando. Emprende la marcha con la compañía del río Támesis a uno de sus lados, aunque el hechizo del momento dura poco, pues su teléfono comienza a sonar. Es Héctor. No quiere cogerlo, sin embargo, sus códigos morales le impiden seguir haciéndole el vacío.

—Hola, Aina... —El tono de voz suena a desánimo—. ¿Estás disponible para hablar?

—Estoy en Londres haciendo un poco de turismo. Me han dado el día libre —aclara—. Pero de camino al siguiente destino puedo hablar.

—¿Dónde te diriges?

—A Borough Market. Me pilla cerca y tengo un hambre...

—Entonces tienes que comerte un *meat pie*. Te encantarán y son muy típicos de aquí.

—No soy muy carnívora, pero me lo apunto.

Se hace una pausa tensa, ninguno de los dos sabe muy bien qué decir. Algo ha cambiado tras la incómoda confesión sobre Nekane y Dorian.

—Por cierto, he visto a los Paige cargando el coche con maletas. ¿Os vais a algún sitio? —rompe el silencio Héctor.

—Yo no. Son ellos los que van a pasar el fin de semana a un pueblo de la campiña inglesa. A mí me han dado libre por no decirme claramente que sobraba en esa escapada.

—Entonces no tienes excusa para cenar conmigo esta noche.

Aina se muerde el labio al escucharlo. Es cierto, no tiene nada más que hacer y, además, una parte de ella incluso lo desea.

—¿Qué llevo? ¿Vino?

Se oye un suspiro de satisfacción al otro lado de la línea.

—Con tus besos, suficiente.

Se despiden en cuanto Aina llega al mercado gastronómico más antiguo de Londres. Tras un buen rato paseándose por los puestecitos, todos ellos apetitosos, acaba siguiendo la recomendación de Héctor. No puede esperar a salir del mercado para probarlo, el hambre le araña las tripas. Suelta un gemido de placer con el bocado aún en su boca; sin duda, la fusión de la masa, la carne y la salsa le resulta deliciosa. Tras saciar su apetito, se dirige al último destino del día: la Catedral de San Pablo. Se decide por seguir utilizando sus piernas como medio de transporte, le viene bien tanto para mitigar el frío como para experimentar la sensación de cruzar el Támesis a través de uno de sus puentes. Le habría gustado detenerse a admirar el paisaje, pero tan solo es capaz de sacar dos rápidas instantáneas porque la afluencia de gente le resulta abrumadora. Se desprende de gran parte del gentío cuando se adentra en la catedral. El murmullo exterior se transforma en un susurro de admiración que se evapora volátil al recorrer el largo pasillo desde la nave central al coro. Sus pies arden mientras admira los mosaicos que decoran el ábside de la catedral, pero eso no le impide subir a las tres galerías. Sabe que la panorámica de Londres que ofrece la Galería Dorada merece alguna que otra ampolla.

La vuelta en tren hacia Hertford se le hace pesada tanto por el cansancio como por los nervios que le produce cenar con Héctor. Antes de llegar a casa pasa por un supermercado y compra una botella de vino, ella no entiende mucho de bebidas, pero se deja guiar por el precio y adquiere uno bastante caro para sorprenderlo. ¿Por qué a ratos no quiere saber nada de él y ahora necesita tanto complacerlo? Está a punto de torcer la esquina de su calle. Tiene pensado pasar primero por casa y arreglarse un poco. Darse una ducha, bañarse con colonia y quizás pintarse los labios con carmín. Se cruza tan solo con un transeúnte de camino a casa, por eso le sorprende escuchar el correteo vivaz de una niña en la calle. Cuando la perspectiva se lo permite, descubre a la propietaria del carcajeo. Reconoce, al arrancarse el gorrito de lana que la protege del frío, sus rizos oscuros a juego con el color dorado de su piel. Invaden su memoria los grandes ojos aceituna que revoloteaban a su alrededor mientras desayunaba. Es la simpática niña que le declaraba su alegría una mañana en la

cafetería. Distingue también a su madre y se asombra al encontrarla llamando a la puerta de Héctor. Aina paraliza sus pasos, agazapada en la esquina, atenta a los movimientos de ambos. La escena no le encaja y necesita poner claridad a lo que está viendo. La chica reclama a la niña haciendo aspavientos con la mano cuando la puerta de la vivienda se abre. La última escena que tiene del momento es la de Héctor cogiendo en brazos a la niña, que se abalanza con afecto sobre él mientras la mujer se adentra en la casa sin siquiera pedir permiso. La mente de Aina vuela a toda velocidad rememorando con exactitud el encuentro en la cafetería. Recuerda que la madre susurró a la niña algo en el oído e inmediatamente después la pequeña se dirigió a su mesa y acabó sentada en la silla donde Aina tenía su bolso. La madre se acercó a ellas para disculparse, fue todo tan fugaz y espontáneo que para Aina no fue relevante. Ahora que se detiene a pensarlo, el estómago le da un vuelvo que la obliga a sentarse en el escalón de la acera. Ese mismo día alguien dejó un sobre plagado de macabras imágenes. Nunca pensó en ellas. Ahora entiende que su encuentro no fue casual, tampoco lo fue que Héctor sugiriera visitar el palacio de Hertford, un lugar en el que él sabía que se rodearían de tanta gente. Fue simplemente una estrategia de distracción: vería a tantas personas en una misma mañana que sería incapaz de atribuir el suceso a una inocente niña de dos años.

El teléfono avisa de que le han entrado tres mensajes seguidos, impacientes:

«No voy a poder cenar esta noche».

«Me ha surgido algo importante de trabajo».

«Lo siento».

Avanza con celeridad hasta casa de los Paige con un ardor en el pecho que le sube por la garganta y se le enquista en la boca. Le cuesta introducir la copia de la llave en la cerradura, está tan agitada que ha perdido nitidez en su visión, precisión en sus manos. Una vez dentro, se deja caer con la espalda pegada a la puerta y recuerda las palabras de la anciana del tren: estás rodeada de gente con malas intenciones. Llora, llora con desesperación.

***

KEILA HACE CABRIOLAS sobre el sofá. Tiene una energía insaciable que ha heredado de su padre, según dice todo el mundo.

—¡Keila! Baja los pies inmediatamente de ahí —le reprende Pandora.

—Venga, Pandora, deja que la cabrita loca se desfogue.

—Lleva desfogando todo el día. Haz el favor de ponerle algo en la tele para que se distraiga... No puedo más, Héctor.

La petición de su hermana suena a súplica. Descubre en su mirada que está exhausta, preocupada, atemorizada. Busca un canal de dibujos animados, allí está la cerdita con forma de silbato que parece causar un efecto sedante. Keila, que estaba haciendo el pino con los pies en el respaldo del sofá y la cabeza colgando a dos centímetros del suelo, se acomoda silenciosa y sosegada como si fuera otra niña distinta.

—Joder con Pepa la cerda... Sí que tiene magnetismo —dice Héctor tratando de aportar un toque de humor.

Pandora ni siquiera se ríe, aborda sin rodeos el tema que le atormenta.

—¿Sabes algo de Malik? —Ante el silencio de Héctor insiste de nuevo—. Solo dime si está bien.

—Él está bien, Pandora, pero es mejor que no sepas ningún detalle más. De hecho, no deberíais estar aquí porque se nos puede ir todo al carajo. La policía no tardará en saber su identidad. ¿Y sabes qué es lo primero que harán? Hablar contigo, formularte mil preguntas para pillarte respondiendo mal en alguna de ellas, chantajearte emocionalmente con Keila y espiar cada paso que des. Por eso no basta con que finjas no saber nada, tienen que creerlo.

—Lo sé, pero estoy agotada, Héctor. No me quedan fuerzas. Keila pregunta por su padre a cada rato y yo ya no sé ni qué decirle. Estábamos bien, tranquilos, parecía que la vida nos daba una tregua, ¿por qué nos hemos tenido que meter en esto?

—Por Dorian. —Héctor endurece su expresión—. Él también es un niño, al que no podemos dejar a la deriva y por el que, te recuerdo, tú estás hoy viva. Malik no es el único damnificado de todo esto. Sabíamos que sería difícil, que habría daños colaterales. ¿Te crees que para mí es fácil estar hiriendo a Aina, por ejemplo? Ella tampoco merece todo esto, pero confío en que con la verdad todo se calme, todo vuelva a su sitio.

Pandora ha cambiado su gesto doliente por un rictus de duda. Le resta importancia a los puñales que ha lanzado Héctor porque en el fondo sabe que tiene razón. No pueden abandonar a Dorian, no pueden callarle su verdad. Sin embargo, lo que más le inquieta son las

últimas palabras de Héctor.

—No puedes enamorarte de ella, Héctor. ¿Recuerdas?

Se miran a los ojos durante unos instantes. Pandora descifra lo que su hermano piensa y se lleva las manos a la cabeza.

—Ya lo estoy... —musita Héctor.

Capítulo 44

Birmingham, 2020

—MALIK HASFURA —anota Spencer señalando el proyector a la vez que dirige la mirada a los miembros de la brigada—. 28 años. Doble nacionalidad: marroquí y española. Desde principios de 2018 vive en Londres junto a su hija y su mujer, Pandora. Ella ostenta una gran fortuna. —Pulsa un botón para cambiar de imagen. Se desvanece el rostro de Malik para dejar espacio al de Pandora—. Es nieta y única heredera del patrimonio de su abuelo... Jefferson Hume.

Se extiende un murmullo en el interior de la sala.

—Es la propietaria y gerente del Broken Hearts Museum —continúa Spencer para zanjar la exaltación de los agentes—. Malik estuvo fichado por la policía española por ser sospechoso de la desaparición de Pandora en 2016. Fue un caso muy sonado en el país. Finalmente, resultó ser inocente. Encontraron a Pandora en Rusia, estaba siendo prostituida por una enorme red de trata de blancas liderada por su propio padre biológico. El inspector Héctor Izquierdo —vuelve a pulsar el botón—, fue quien desarticuló la red. A su vez es hermano de Pandora, aunque en el momento de la investigación no lo sabía.

De nuevo el cuchicheo se hace evidente.

—Esto es digno de telenovela turca —ríe el agente Frank.

—¿Turca?

—Sí, ahora están de moda.

El resto ríe hasta hacer que Frank se ruborice; sabe que acaba de ganarse algún apodo chistoso entre sus compañeros. Spencer da un par de sonoras palmadas que significan *basta*.

—Aún no he terminado. Hay más. A finales de 2017, en el caserío heredado por Pandora se produjo un homicidio. Según la información que nos han hecho llegar desde España el caso fue archivado como homicidio en defensa propia, por lo que el autor tuvo impunidad. Si

hasta ahora habéis alucinado con la historia, esperad a conocer quién fue el asesinado y quién el asesino.

—¿Malik? —pregunta Tiffany.

Spencer niega con una sonrisa impostada para levantar intriga. Se sienta sobre la larga mesa principal antes de hablar.

—El autor del homicidio fue Dorian Hume, tenía ocho años por aquel entonces. Hijo de la mujer de Héctor Izquierdo. Apuñaló la yugular de… —carraspea mientras coge una botella de agua que reposa en la mesa—: Steve MacCarthy.

—¡¿El hijo de Arthur MacCarthy?! —exclaman al unísono tres agentes.

—El mismo. Al parecer estaba saliendo con Marta, hermana de Pandora y Héctor. El testimonio oficial fue que Steve trató de matar a Dorian con el mismo puñal, pero que en un descuido el niño se hizo con él y se lo hundió en el cuello.

Esta vez no hay murmullo. La sala se queda muda, fría.

—Raro de cojones —rompe el silencio Frank—. ¿Un niño de ocho años tiene fuerza para arrebatarle a un hombre fornido un puñal y llegar hasta su cuello?

—Rotundamente no —le responde Tiffany.

—Según la autopsia, Steve trastabilló, acabó sentado en un banco del jardín y así es como Dorian pudo atacarle. Tenemos todos claro que, o bien el niño tuvo ayuda, o bien lo atacó de imprevisto. La pregunta es: ¿por qué la policía española permitió que se tejiera esta versión de la historia?

—Héctor Izquierdo era inspector, ¿no? Ya sabemos que basta con tener un poco de poder para que una historia sea contada de otra forma y encima los demás la crean, o hagan como que la creen —apostilla Tiffany.

—En aquel momento, Izquierdo no era inspector, sino comisario. Tras el suceso, dimitió y abandonó España con su familia para instalarse aquí, en Inglaterra. Tiffany y Frank, encargaos de saber qué ha sido de él, de su mujer y de Dorian. Agnes y yo haremos una visita a Pandora.

El rechinamiento de las sillas evidencia el interés de los agentes por ponerse en marcha de inmediato. Spencer utiliza el mismo recurso para detenerlos: dos palmadas.

—Esperad. Hay algo más. Sabemos que Malik accedió al centro escolar con un uniforme de RN electrical. Hemos hablado con la empresa y allí no trabaja ni ha trabajado nadie con las señas que

tenemos del sospechoso. Sin embargo, sí que conocemos a alguien que trabajaba allí: George Potter. Se suicidó el mismo día en que Malik dejó el hueso en la mochila de Darcy.

—¿Y si el asesino que buscamos desde el principio es Malik? El hueso podría ser de Ava Potter.

—Hathaway nos confirmó que la pieza ósea no parecía reciente. Pero en el tema de Malik estoy de acuerdo: sí que podría ser nuestro hombre. Tenemos conexiones que lo vinculan con Steve MacCarthy, con George Potter, padre de Ava, y con Darcy, hermana de Kyle.

—De ser así, tendríamos a un inocente entre rejas.

—De momento no podemos hacer nada. No tenemos ninguna prueba sólida contra Malik Hasfura, solo suposiciones. Sin embargo, sí encontramos pruebas incriminatorias en casa de John Grey. Quizás alguien se haya ocupado de inculparlo, o puede que también esté en el ajo.

—Hay algo que no me encaja. —La voz ronca de Frank atrae a sus compañeros—. El asesino de Kyle y Ava recreó a la perfección los asesinatos del caramelo producidos a mediados de los ochenta. Este chaval no había nacido todavía. ¿Qué tiene que ver él con Arthur MacCarthy?

—¿Y qué tiene que ver John Grey con él? Exactamente lo mismo: nada. Aun así, ahí está, pudriéndose en prisión. Justo en esas dos cuestiones es donde encontraremos la pieza que falta. Tan solo tenemos que saber responderlas.

Ahora sí, se disponen a salir de la sala de reuniones cuando alguien irrumpe con celeridad en ella. Es Hathaway.

—Tenemos los resultados de ADN de la pieza ósea —anuncia con voz magistral.

—Ha sido mucho más rápido de lo que esperábamos. —Steve abre los ojos excesivamente como si quisiera penetrar en los pensamientos de Hathaway.

—Ha sido rápido porque teníamos un registro del mismo ADN en nuestra base de datos.

—¡Pues venga! ¡Suéltalo ya!

—Pertenece a Jane Johnson, la primera niña a la que asesinó Arthur MacCarthy.

Capítulo 45

Londres, 2020

UNO DE LOS MÉDICOS residentes despliega un juego de correas de sujeción mecánica para inmovilizar las extremidades de Dorian, que espera sentado en la butaca. Le toca uno de esos exámenes para gente inteligente, tal y como siempre le avisa el celador que lo traslada. La sala es oscura y eso no suele generarle la suficiente seguridad, por eso sus pulsaciones siempre se aceleran cuando está allí, pero no son lo suficientemente fuertes para convertirlo en un chico valiente. Le colocan, por un lado, los electrodos que estudian su cerebro y, por otro, los que producen descargas eléctricas cuando falla alguna pregunta. Dependiendo de la dificultad de esta, la intensidad de la descarga varía. Si falla algo muy sencillo, la descarga podría llegar a ser mortal. Las sesiones suelen comenzar con la visualización de unos tres o cuatro vídeos que arrojan una cantidad de información incapaz de procesar para un ser humano cualquiera. Sin embargo, Dorian no es uno de ellos. Su misión es concentrar, en el tesoro que posee bajo la masa ósea de su cráneo, toda la información posible. Suelen ser de ámbitos muy distintos; un vídeo puede tratar de conceptos algebraicos y el siguiente sobre la composición adecuada para crear una vacuna. Al finalizar, Dorian es expuesto a una ronda de preguntas que van subiendo de complejidad. El objetivo está en no errar para evitar la descarga, y hace mucho tiempo que él ya nunca se equivoca.

Dorian analiza a Anna, su psiquiatra; tiene un carácter volcánico y férreo, pero hoy parece haber perdido su firmeza, mostrándose excesivamente inquieta. Comprueba el funcionamiento de la pantalla una decena de veces, así como la presencia de los archivos de vídeo en los que se proyectará toda la información. Se manosea el pelo y las manos, examina el pasillo como si esperara a alguien y de nuevo se adentra en la sala para comprobar que todo sigue en perfecto orden.

Dorian percibe que no es un día normal, el ambiente está

sobreexcitado. Necesita levantarse de allí y salir corriendo, pero tiene tanta medicación navegando por su sangre que no consigue concentrar su energía para mover ni un solo músculo.

—¿Está todo en orden? —pregunta Anna al residente, liberando el pelo que retenía en una coleta para acabar recogiéndolo de nuevo—. Es la primera vez que viene aquí para ver nuestros ensayos.

—¿Quién?

—¡El guardián del Sol! —farfulla crispada por la ingenuidad.

Transcurren un par de minutos, quizás alguno más, hasta que la silueta de un hombre se apea del quicio de la puerta. Tiene el rostro oculto bajo una inquietante máscara que representa un sol humanizado, con unas facciones herméticas, amenazadoras. Lo único que deja al descubierto son unos ojos negros y lúgubres en los que Dorian encuentra algo extrañamente familiar. El hombre saluda con un movimiento conciso de cabeza. Emprende los pasos hacia Dorian, hasta posicionarse frente a él. Sus miradas se cruzan de forma efímera, pues Dorian cambia velozmente la trayectoria de sus ojos hasta que se quedan clavados en una cicatriz que el esotérico individuo tiene en la mano derecha. Arquea su espalda hacia delante para rastrear de cerca el rostro de Dorian. Están a tan poca distancia que Dorian percibe el impacto de su aliento contra la máscara.

—Así que eres tú —susurra sin despegar ni un ápice sus ojos de cuervo—, el que posee la luz robada del mundo. Ahora me demostrarás de lo que eres capaz y debo sincerarme contigo: ciertamente tengo las expectativas demasiado altas. Sería una lástima que me decepcionaras. Ya lo hiciste una vez.

La última sentencia cae a plomo sobre el imperturbable silencio de los presentes y resuena en el interior de Dorian, que trata de recordar en qué momento falló él a ese hombre.

—Quisiste frenar la noche de los inocentes... Pero no calibraste que el sol siempre sale cada mañana, en cualquier escondrijo del mundo. No importa el lugar al que vayas, el sol siempre estará sobre tu cabeza. Ingenuo Dorian, si te hubieras conformado con huir... Sin embargo, tu supremacía no pudo resistirse a la idea de venir aquí a apagar mi luz, ¿verdad? Lo que no imaginaste es que tu venganza sería la ocasión perfecta para llevar a cabo la mía. ¿O creías que podría perdonar a alguien que mató a mi querido hermano Steve?

La ingesta de su dosis diaria no le impide rememorar en el acto aquellos ojos taciturnos que miraban a cámara en una foto familiar de mediados de los ochenta. Tiene justo a escasos centímetros al

monstruo de Mark MacCarthy y reconocerlo es tan tormentoso que el miedo se manifiesta a través de su orina, empapando así sus huesudas piernas.

Capítulo 46

Londres, 2020

PAM GUARDA en la mochila el teléfono con el que acaba de hablar con Spencer. Suele llamarla para contarle los avances que se van dando. Aunque esté fuera del caso, todos son conocedores de la clarividencia especial que posee para encontrar la clave cuando todos los demás están perdidos. Tiene un fuerte pálpito cuando le cuenta que el hueso encontrado pertenece a Jane Johnson; no es casualidad que sea la única niña que faltaba en las imágenes que le enviaron al correo.

Se encuentra frente a las puertas de un hospital psiquiátrico, hecho que le costará un par de días de molesto silencio por parte de Lizzie. Ya ha descubierto que cuando sale de casa no es para visitar a sus padres. No sabe muy bien a dónde va y qué es lo que está haciendo, pero imagina que se trata de John Grey y eso le enerva. Pamela siente que hoy no es un buen día para experimentar ciertas emociones, pues un sabor agrio le trepa por la tráquea advirtiéndole de que este embarazo no va a estar libre de náuseas.

Sin embargo, su afán por saber la verdad es mayor que cualquier eventualidad que pretenda interferir. Mucho antes de la llamada de Spencer, Pam ya había estado indagando acerca de Malik, y tirando del hilo había descubierto el caso de Dorian Hume. No fue fácil dar con el niño. Llamó a todas las escuelas londinenses sin éxito, nadie lo conocía, nadie había oído jamás hablar de él, era como si nunca hubiese pertenecido a este mundo. Inglaterra era grande, podía estar en cualquier parte. Sin embargo, se obligó a volver al origen, a ese lugar en el que siempre se ocultan las respuestas. Recordó los ojos de Ava, agujereando el cielo; y los de Kyle, cerrados con dolor. Tenían la misma edad que Dorian, podrían haberse conocido si el destino no hubiese sido tan fatídico. Se le ocurrió entonces que podrían tener algo en común y telefoneó sin demasiada esperanza a dos escuelas de Hertford, en las que estaban Ava y Kyle escolarizados

respectivamente. En la primera recibió la misma respuesta, sin embargo, en la escuela de Kyle, sorprendentemente, sí tenían conocimiento de Dorian.

—Estuvo con nosotros apenas un curso escolar, justo el año pasado. Aunque tenía la misma edad que Kyle, no compartió clase con él. En las pruebas iniciales que le realizamos para saber en qué nivel se encontraba descubrimos que el niño poseía una inteligencia que cualquier curso escolar se le habría quedado corto. Nuestra solución fue avanzarlo a un nivel superior del que le correspondía por edad. Desgraciadamente, solo pudimos disfrutar de su presencia durante unos pocos meses. Su madre falleció de cáncer y el niño... no supo gestionarlo. No sé si está al tanto, pero además de tener altas capacidades, Dorian es autista. Tras la pérdida, sufría episodios psicóticos continuamente, llegando a herirse de gravedad. Una auténtica pena... El marido de su madre, que es como un padre para él, decidió internarlo en un centro psiquiátrico en Londres.

Y allí estaba ella, a punto de adentrarse en ese mundo en el que poco importa la cordura. Un espacio donde van los que tienen miedo y no han podido domesticarlo. Los demás también tenemos roturas, traumas, miedos... Quizás no tan fuertes, puede que menos dolorosos, pero están ahí, tomando parte de cada acción que realizamos, de cada decisión que tomamos. Lo único que nos diferencia de la gente que está allí dentro es que hemos aprendido a fingir que no los tenemos.

No ha sido fácil acceder al centro: quinientos dólares ha tenido que desembolsar al nieto de una mujer internada para que autorice su visita. No conoce de nada a la anciana, pero está preparada para teatralizar un emotivo encuentro con su tía abuela Madison. Una joven enfermera, de voz dulce y sonrisa permanente, la acompaña hasta el patio exterior donde los internos pasan su media hora de recreo.

—¿No hace mucho frío para que estén fuera?

—Sí, hace frío, pero ellos necesitan esta media hora, es parte de la terapia. Aquí se sale siempre, a no ser que llueva o nieve. —Nubes de vaho salen de su boca cada vez que habla. Pam se pregunta cómo puede hablar y sonreír a la vez. ¿Qué desayunará esta chica?

Llegan al patio ajardinado. No se parece en nada al recreo de un colegio, no hay diversión, ni carreras, tan solo pies arrastrándose de un lado a otro, labios que se mueven en conversaciones unidireccionales e introspectivas, miradas que han dejado de ver el mundo tal y como es para, simplemente, imaginarlo.

—Allí está Maddie. —La enfermera señala a una mujer sentada en un banco de piedra.

Pam no la ha visto en su vida, pero no le hace falta mucho esfuerzo para emocionarse al verla. A cualquiera le removería el alma ver a una persona en tal estado. Se le empañan los ojos a medida que se acerca y la analiza. Tiene la cabeza caída hacia un lado y un hilo de baba se desprende de su boca de forma continuada. Toma asiento a su lado y posa su mano sobre la de la mujer. Está tan fría e inmóvil que por un momento duda de que esté viva.

—Hola, tía Madison —le susurra.

La mujer levanta la mirada con una lentitud excesiva y cuando llega al rostro de Pam, sonríe imaginando que es quien ella hubiese querido que fuera. La emoción provoca que el reguero de baba sea más abundante y Pam lo detiene sosteniendo un pañuelo en la comisura de la mujer. Se mete rápido en el papel de sobrina querida, le habla sobre el embarazo, sobre Lizzie, el trabajo que últimamente tanto echa en falta... La mujer la escucha con los ojos centelleantes, orgullosa de una persona a la que conoce desde hace diez minutos. Pam mira en derredor en busca del pequeño Dorian. Trata de ser disimulada, dedicándole carantoñas a Madison entre tanto. Tres residentes charlan en la puerta del patio sin quitarle la vista de encima a los internos, preparados por si hay que aplacar a alguno con inmediatez. El patio circular se encuentra en el centro mismo del edificio, las paredes acristaladas que lo cercan permiten a los psiquiatras observarlos y tener en todo momento perspectiva de lo que ocurre. Tras un buen rato, su objetivo al fin se hace presente. Acaba de llegar al patio un niño que sostiene con recelo una libreta contra su pecho. Resalta en apariencia, por su niñez, comparado con el resto de internos, pero en cuanto a su conducta no difiere lo más mínimo. Rastrea con los ojos un lugar solitario donde sentarse y se decide por un trozo de suelo a metro y medio de donde está Pamela. Él no ha puesto la vista en ella ni una sola vez, avanza por el patio como si no existiera nadie a su alrededor, con la mirada puesta al frente y el rostro pétreo. Al llegar a su destino se sienta con las piernas cruzadas, que le sirven de soporte para su libreta. Saca un lápiz escondido en el anillado y se dispone a dibujar. Hoy no le han permitido tener acceso al estuche porque siempre acaba borrando los dibujos que hace y Anna se muere por verlos, pueden ser interesantes para la terapia. Pam trata de llamar su atención de todas las formas posibles: le canta a Madison, ríe de forma exagerada, incluso prueba a llamarlo por su

nombre con voz queda, pero Dorian no hace el mínimo ademán de atender a sus réplicas. Inmerso como está en los trazos que esboza tan solo es capaz de despegar la vista del papel cuando escucha un tintineo que le resulta familiar. Pam se da cuenta de que responde al sonido que hacen sus pulseras al chocar, lo que no imagina es que le recuerdan profundamente a su madre. Dorian la observa durante unos segundos, ella le sonríe y él responde con absoluto hermetismo. Tras un tiempo prudencial, Pam le hace un gesto para que se acerque y vuelve a zarandear sus muñecas para provocar el repiqueteo. Dorian se levanta despacio, con la agilidad de un octogenario en lugar de la de un niño. Se va acercando a la mujer con cautela, protegiendo de nuevo su libreta entre sus brazos.

Se queda frente a ella y Pam quiere decirle que es policía, que quiere ayudarle y que para eso necesita saber qué pasó con Steve MacCarthy, pero no sabe muy bien qué palabras emplear. ¿Y si se siente invadido y hay una reacción desmesurada por su parte? No quiere echar por la borda el único encuentro que va a tener con él. Madison mueve los brazos enérgicamente, parece feliz de tener a Dorian tan cerca.

Todo parece que transcurre de forma tranquila. Dorian tiene intención de rozar con los dedos las pulseras cuando, de forma súbita e impredecible, se voltea y comienza a gritar. Pam tarda en entender lo que le ocurre, pues ella no ha sido capaz de percibir el chasquido que ha desviado la atención de Dorian. Otro interno acaba de partir la mina del lápiz con la que ha estado dibujando. Esa era la única salida que tenía para que nadie descubriera su dibujo. ¿Cómo lo ocultaría ahora si no podía rallarlo con fuerza por encima? Dorian se lanza hacia él con una rabia desmesurada, cayendo al suelo la libreta que protegía con tanto ahínco. Los tres residentes se apresuran para reducirlo. Pamela se fija en la libreta, siente una náusea ardiendo en la garganta cuando observa lo que ha dibujado. No se lo piensa ni un instante, se acuclilla y arranca la hoja. Sin saberlo, le ha hecho un favor enorme al niño. La guarda en el bolsillo de su abrigo y se marcha apresuradamente del patio. Ve entrar a más médicos corriendo, incluso la enfermera que le ha atendido antes ya no sonríe. Corre cuanto puede y por un instante olvida que está embarazada. El pulso le golpea con virulencia en el cuello, la sangre le calienta la piel que ha estado helada hasta el momento. Llega a su coche y, apoyándose con un brazo en el capó, vomita. Una vez recuperada, toma asiento con el volante enfrente. Saca el dibujo. No puede creerlo.

Es la silueta de un niño en el suelo. No tiene ojos, ni boca, ni nariz. Tal vez a Dorian no le ha dado tiempo a terminarlo o puede que la deshumanización de la silueta quiera decir algo. Lo único que ha ilustrado con claridad es una mano que aprisiona el cuello del niño. Una mano con una cicatriz.

Capítulo 47

En algún lugar, 2020

EL DÍA QUE ESTEBAN se desangraba a la espera de una ambulancia, Héctor encontró dos teléfonos en el bolsillo de su chaqueta. El que utilizaba habitualmente y otro bastante viejo con tarjeta de prepago que despertó sus sospechas. No tenía ningún número de teléfono guardado en la agenda, ni mensajes, ni llamadas. Me pidió que lo guardara y así lo hice. Pocos días después, alguien llamó a ese cacharro. Nosotros ya nos habíamos preparado para el momento, descolgamos sin decir ni una palabra. Al otro lado del teléfono un hombre que parecía muy molesto le increpaba por llevar días desaparecido. Al comprobar que no obtenía respuesta, colgó enseguida, pero para nosotros fue suficiente. Rastreamos mediante geolocalización la llamada y nos dirigió a un punto de Inglaterra. No sabíamos qué era lo que estábamos buscando en realidad, pero Dorian se había metido en un buen lío y queríamos creerle inocente agarrándonos a cualquier clavo ardiendo. A los pocos meses de instalarnos en Inglaterra, Héctor continuó pidiéndome cosas, en esa ocasión que siguiera a un hombre. Durante mucho tiempo estuve estudiando sus pasos, pero no parecía ser la persona que creíamos. Todo en él era normal, iba al trabajo, después a su casa y vuelta a empezar. Si hubiese sido el hombre que buscábamos habría caído en todos los cebos que fuimos dejando a su alcance, sin embargo, no parecía prestar atención a ninguno de ellos. Después de dos largos años de seguimiento me estaba empezando a cansar, pero Héctor seguía empecinado en que era él sin lugar a dudas. En diciembre le dije que cuando terminara el mes, si no había ningún indicio de nada, lo dejaba. Le pareció justo después de dos años haciendo el gilipollas. Para mi sorpresa, descubrí que el tipo al que seguía también estaba siguiendo a alguien. Empezaba a ponerse interesante. Los trayectos dejaron de ser del trabajo a casa para añadir en el mapa Birmingham

y otras localidades colindantes. Yo siempre lo seguía a él, y él siempre seguía a la misma persona: a John Grey. Estudiaba todos sus pasos. Al principio no entendí por qué, ahora sé que era para poder colgarle el muerto. Qué inteligente es el cabrón y cómo lo subestimamos... La noche en la que mató a Ava y Kyle, Héctor sabía que se cocía algo raro. Había visto mucho movimiento y nerviosismo en casa de los Paige y sabíamos que para Mark MacCarthy los niños eran carne de cañón. Me dijo que tenía que seguirle esa noche y, por supuesto, accedí. Con lo que no contábamos era con que mi hija Keila se pusiera con 39 de fiebre y un dolor abdominal que le hacía gritar de dolor: apendicitis. Como cualquier padre comprenderá, me decanté por mi hija. Al día siguiente supimos que habían asesinado a dos niños. ¿Podría yo haberlo evitado? Seguramente. Me desesperé, ¿qué cojones habíamos permitido Héctor y yo? Mientras mi hija estuvo ingresada, Héctor se encargó de continuar con el seguimiento a riesgo de que lo reconociera. Fue él quien sacó las fotos de Mark entrando en casa de John y se las mandó a Pamela Russel mientras yo me asfixiaba pensando que no había protegido a esos dos niños. Hasta que un día Pandora me dijo una frase que algún día pienso tatuarme en alguna parte del cuerpo: los buenos también se equivocan.

Utilizo la lengua para dejar impecable la lata de bonito que he devorado. Sigo estando hambriento, pero no puedo acabar todos los suministros. ¿Cuánto tardará Héctor en llamarme para avisar de que ya todo ha terminado? Intento pensar en mi hija para aplacar el hambre, pero no funciona. Repito la frase de Pandora como un mantra retumbando dentro de este maldito agujero.

***

Hertford, 2020

LO QUE IBA a ser un trote suave se ha convertido en un auténtico galope. Las suelas de sus zapatillas arrastran la gravilla del camino, levantando una etérea polvareda en cada pisada. Va equipado con su ropa de deporte, aunque no sea muy aficionado a ninguno. Tan solo sale a correr de vez en cuando, esos días en los que siente que los fantasmas del pasado todavía le persiguen y necesita correr, huir. La carga emocional que ha tenido que soportar los últimos años a veces vuelve para desbordarle, para recordarle que no es tan fuerte, que

sigue siendo Héctor Izquierdo. Acelera todavía más con el recuerdo de Dorian, le gustaría que sus piernas se partieran ahora mismo. Trata de convencerse de que no lo ha abandonado, allí estará bien, sabrán curarle. Porque seguro que su dolor tiene cura, ¿no? Tampoco se olvida de Malik. No puede estar mucho más tiempo escondido, en algún momento se acabarán las provisiones. Confía en que su plan funcione, pero ¿y si no?

Antes de entrar en su casa, permanece unos segundos frente a la de los Paige. Llama dos veces al timbre, pero Aina no le responde. A la tercera vez, le grita desde el interior que se marche. Héctor no trata siquiera de explicarse, es razonable que no quiera saber nada de él después de tantas mentiras. Cuanta más distancia tome, mejor para ella. Los tres escalones que le reciben hasta la puerta de su casa se le hacen infinitos, las piernas al pararse ya no le responden. Va desprendiéndose de la ropa mientras sube a la planta superior. Percibe cómo las ruedas de un coche se deslizan sobre el asfalto de la calle. Está a punto de mirar por la ventana para descubrir quién es, pero no lo hace, está hastiado de su papel detectivesco. Abre el grifo de la ducha, deja el agua caer hasta que pasa de templada a caliente, y cuando el cristal ya está cubierto de humedad se sumerge debajo del chorro. No le da tiempo a enjabonarse, el timbre suena insistente. Dos, tres, cuatro, cinco veces ha sonado en cuestión de dos segundos. Se cubre con una toalla a la altura de la cintura y baja los escalones con presteza, haciendo malabares para no resbalar. No pierde tiempo echando un vistazo a través de la mirilla, directamente abre. Un frío gélido procedente de la calle le atiza el torso desnudo, pero más helado es el latigazo que siente por dentro cuando la ve. Le trota en la memoria el último abrazo que le dio hace más de un año. En las Navidades pasadas no, en las anteriores. La mirada de Marta desprende un temor que Héctor ya ha visto antes. Suelta la maleta y se echa las manos a la cabeza, rompiendo a llorar. Héctor la conduce al interior.

—¿Qué haces aquí, Marta? —No puede disimular la sorpresa. En su tono de voz no hay alegría.

—Héctor... —intenta hablar, pero no puede. Sus palabras se pierden en un jadeo atemorizado—. Acabo... Acabo de ver a Esteban.

Héctor la abraza, hundiéndole la cara en su pecho. Eso era justo lo que quería evitar cuando le decía que no podía visitarle, pero una vez más todo se escapa de su control.

Capítulo 48

Madrid, 2004

A MARGARITA SANTIAGO le queda un año para la jubilación y eso constituye una situación a la que ella renunciaría con gusto, pues su trabajo es lo único que posee en este momento. En el pasado reciente ha sido una de los mejores médicos forenses del país, pero los últimos seis años los ha dedicado a ejercer de profesora en la universidad. A sus alumnos les entusiasma casi tanto como a ella la asignatura que imparte: Toxicología humana, clínica y forense. Margarita es querida y admirada por toda la promoción de Medicina; su profesionalidad, combinada con la familiaridad con la que trata a los futuros médicos, ha supuesto que todos y cada uno de ellos la veneren. Además, Margarita también se encarga de la parte práctica de la asignatura de Anatomía, por lo que dirige las prácticas con cuerpos en la Sala de Disección, conocida por todos con las siglas SD.

Se desvive para que sus conocimientos calen profundamente en sus pupilos y es habitual que pierda la noción del tiempo mientras lo hace. A menudo son los jóvenes quienes la instan, con casi más disgusto que ella, a que termine la lección porque deben acudir a otra clase. De entre todos, hay un alumno por el que siente cierta predilección. Pese a que ella intenta dispensar a todos el mismo trato, no puede evitar que con él sea distinto, más exclusivo. Se trata de un joven inglés que ostenta una gran inteligencia y que, a su vez, está enteramente implicado en los estudios. Su vocación desmedida lo lleva a investigar continuamente, a querer empaparse de cualquier conocimiento por más insignificante que parezca. Podría decirse que más que un alumno es un fanático de la medicina. Con frecuencia va en busca de Margarita para preguntarle esto o lo otro; y ella, deslumbrada por tan notable interés, le agasaja con una lección magistral de forma individualizada.

—¿Qué hará durante las vacaciones de Semana Santa? ¿Viajará a

Inglaterra para visitar a su familia? —se atreve a preguntar con curiosidad Margarita. Coge su bolso, dispuesta a salir de la SD.

—Verá, profesora Santiago, nunca le he contado mi situación —compone una mueca de congoja y, tras un largo silencio, continúa con la voz quebrada—. Mis padres fallecieron y no tengo más familia en mi país.

A Margarita le sacude un vendaval de tristeza. Se acerca al joven y posa su mano en el hombro de este.

—Lo siento... Estoy segura de que estarán muy orgullosos del gran médico en el que se está convirtiendo.

Alza las cejas poniéndolo en duda, pero acaba asintiendo para que ella no haga más preguntas.

—Estoy bien, profesora. Hace ya algún tiempo que pasó y lo he superado. Además, está bien no tener nada que hacer en vacaciones, así podré dedicar este tiempo para avanzar en los estudios.

Margarita decide encauzar la conversación por el mismo camino.

—¿Ha decidido ya la especialidad que quiere hacer?

—Creo que sí, voy a decantarme por la neurología, quizás cirugía neurológica o tal vez neuropediatría, no sé. Ya sabe la pasión que siento por todo lo que tiene que ver con el cerebro. —Hace una pausa para que parezca que lo que va a manifestar lo ha pensado súbitamente y no con la verdadera intención con la que lo va a decir —. De hecho, me encantaría que algún día tuviésemos la oportunidad de ver con usted una autopsia craneal.

Margarita aplaude la respuesta. Sabe que el chico que tiene delante podría llegar a ser uno de los mejores cirujanos neurológicos. Están saliendo de la sala de disección cuando Margarita decide hacer algo que nunca ha hecho en su carrera como profesora, pero este alumno le recuerda tanto a su difunto hijo, que su corazón agradece pasar tiempo con él.

Lo invita a entrar a la sala y él accede de inmediato. Margarita saca del bolso un manojo de llaves, selecciona una de color rojo y abre un armario. Saca un par de batas, gafas de protección, guantes de látex y gorro desechable.

—Sírvase —le anima señalando los útiles que ha depositado sobre la mesa—. Vamos a profundizar en la técnica de abrir cabezas.

El pupilo sonríe con satisfacción. Es su día de suerte. Margarita se encarga de preparar todos los instrumentos que necesitarán y, al cabo de unos minutos, disponen el cuerpo de un hombre de unos cincuenta años en posición de decúbito supino, es decir, boca arriba, en la mesa

de autopsias.

—Ya sabe lo que toca en primer lugar, ¿verdad?

—Agradecemos a este hombre el acto generoso de haber donado su cuerpo al estudio y la investigación —recita el joven, que ya conoce las deferencias de Margarita tras tantas prácticas junto a ella.

—Y por ese motivo vamos a trabajar con su cuerpo otorgándole el mayor de nuestros respetos —culmina la doctora—. En primer lugar, elevamos el cráneo con un reposa cabezas, esto nos facilitará las maniobras que realizaremos a continuación.

El pupilo coloca la cabeza del cadáver siguiendo la indicación de Margarita.

—Comenzamos haciendo una incisión profunda desde un pabellón auricular al otro. Debemos llegar al periostio —explica mientras introduce el bisturí y realiza un corte horizontal—. ¿Qué cree que procede ahora?

—La separación cutánea para dejar al descubierto el cráneo.

—Exacto. Vaya preparándose, va a realizar usted con la sierra circular el corte del cráneo. ¿Quiere?

—Estaría encantado, doctora —responde con el rostro sonrojado de la emoción.

—Recuerde que comenzamos desde la frontal hasta el mismo punto y que no debe usted sobrepasar la duramadre.

Ni siquiera pestañea, tiene toda su atención puesta en las manos de Margarita. Ella, henchida de orgullo, explica la técnica con detalle ante la predisposición que muestra él por aprenderla. Lo mira durante un instante sin ser consciente de que lo que le está enseñando no va a ser utilizado para los fines que ella desearía. Mark MacCarthy tiene los ojos chispeantes de emoción, ha perdido la mirada taciturna que suele acompañarlo allá donde va.

—Sus ojos hablan. ¿Se lo han dicho alguna vez?

—Nunca.

—Pues lo hacen —reitera volviendo a dirigir la mirada al cráneo.

—Y, dígame, ¿qué están expresando ahora, doctora Santiago?

—Que abandona usted sus miedos cuando se adentra en el mundo de la medicina. Y eso es fantástico. Algún día le veré en los periódicos.

—Exagera usted, doctora.

—Ni lo más mínimo. Créame, será usted brillante, David Paige.

Capítulo 49

Hertford, 2020

EMPIEZA A ALZARSE la mañana cuando Aina ve marcharse a Héctor al trote. Ha estado toda la noche despierta, atenta a cada motor lejano que se perdía entre el vacío de la madrugada. Acostada en la cama con los músculos rígidos, tiesa, en guardia, convencida de que Héctor es un psicópata y en cualquier momento va a matarla. A eso de las cinco le ha parecido escuchar un par de voces susurrantes. Se ha levantado para vigilar la calle, dejando la luz apagada y ocultándose tras la cortina, y ha comprobado que el bisbiseo provenía de la chica que ha entrado unas horas antes en casa de Héctor. Llevaba a la niña en brazos, envuelta en mantas. Solo tenía al descubierto la carita, que descansaba profundamente sobre el hombro de la mujer. Aina se ha estremecido al pensar que la habían matado, pero enseguida la niña se ha retorcido buscando hundir el rostro en el cuello de su madre, cobijándose así del afilado frío. La mujer ha acomodado a la niña en la parte trasera de un coche y se ha ido, despidiéndose de Héctor con un cálido abrazo. Aina ha apuntado la matrícula del coche, aunque no sabe qué hacer con ella. Una hora después, Héctor ha salido de casa, parecía que iba a hacer deporte. Aina se ha puesto todavía más nerviosa al no tener bajo control a Héctor. En realidad, si se detiene a analizarlo, sabe que, por fecha, es imposible que algunos de los niños hayan sido asesinados por él. Tal vez pertenezca a algún tipo de secta y sean asesinos en serie repartidos por el mundo. Aun así, no tiene sentido que le haga llegar a ella las fotos. ¿Qué intención oculta podría tener? ¿Asustarla? Si se trata de eso, lo ha conseguido con creces.

Los minutos avanzan hasta completar una hora entera y no le queda más remedio que serenarse en vistas de que no ocurre nada. Se prepara un café mientras busca algún vuelo que salga hacia España hoy mismo. Se niega a pasar una noche más en Hertford, con el que

cree un asesino en la casa de enfrente. Ni siquiera piensa despedirse de los Paige. Le entristece abandonar a Darcy de esas maneras, pero seguro que encuentran otra persona que pueda sustituirla. La cafetera silba asistida por el habitual borboteo y un tostado olor que impregna la cocina. Lo sirve en una taza que deja sobre la isleta de mármol blanco. Toma asiento en uno de los altos taburetes, dispuesta a dar un sorbo al café y untar crema de cacahuete en una rebanada de pan. Sus intenciones se ven interrumpidas por el aviso del timbre. Al primer toque se sobresalta, quedándose inmóvil, casi sin respiración. Al segundo timbrazo el cuerpo parece querer reaccionar, consigue quitarse las zapatillas para amortiguar los pasos, atreviéndose a acercarse a la puerta y mirar a través de la mirilla. Es Héctor. Atemorizada hasta los tuétanos, es incapaz de producir sonido alguno. No sabe cuántos minutos pasan exactamente, quizás tan solo uno, pero parece interminable. Hay una tercera y última llamada. Está tan cerca de la puerta que da un respingo, llevándose las manos al pecho. Saca fuerzas para gritarle que se vaya, pero de su voz sale una especie de graznido. Héctor no muestra ademán de réplica, sus pasos se alejan permitiéndole respirar tranquila. Corre hacia la ventana del salón para comprobar que, efectivamente, el malhechor se ha largado. Y allí se queda, apostillada y vigilante un buen rato más, con el corazón escupiendo sangre a borbotones por si fuera necesario huir. No tarda en aparecer en escena, arrastrando una maleta enorme y unos cuantos bártulos más, una chica. ¡No puede creerlo! ¿No es la misma de antes? Claro que sí, solo que se ha hecho un corte de pelo estilo *garçon*. Parece desorientada, como si de pronto no recordara cuál es la casa de Héctor. Está en mitad de la calle mirando a un lado y a otro cuando el coche de David entra a toda velocidad, obligándola a subir a la acera trastabillando con la maleta. Aún asustada, lanza una mirada desafiante al conductor, pero el rostro se le desencaja cuando lo ve bajar del vehículo. El enorme parecido que guarda con Esteban le paraliza la razón, llegando a creer que el propio muerto, en realidad, está vivo. De esto último Aina ya no se percata, pues se ha ido a la cocina para fingir estar desayunando con normalidad. ¿Qué hace David allí? ¿Les habrá pasado algo a Darcy o a Hellen?

Se adentra en la vivienda aturdido. Aina no discierne si su rictus compungido refleja inquietud o más bien enojo. El rostro de David no ha demudado al ver a Marta, no se ha fijado en ella, ni siquiera sabe quién es. Su aflicción tiene otro origen, concretamente la llamada que ha recibido del subinspector Spencer. El hueso pertenece a Jane, su

Jane. Han llegado demasiado lejos y eso lo precipita todo.

—¿Va todo bien, David?

Se queda mirando a Aina como si le costara ubicarla, pero rápidamente sus pensamientos aterrizan de nuevo.

—Sí, solo que hay una urgencia en el hospital. Recojo unas cosas y me marcho —titubea.

No suena muy convincente, sin embargo, Aina no tiene motivos para desconfiar. Desaparece de su campo de visión, pero escucha cómo sube los peldaños de las escaleras con fuertes pisotones. Toma la taza de café y sale al recibidor. Vacila un instante, está a punto de preguntarle si necesita ayuda, pero se queda muda al percibir el llanto de David.

«Oh, mi Jane... ¿Qué te han hecho, querida?».

Eso es lo que Aina logra descifrar de los lamentos viscosos y ahogados que le llegan de la planta de arriba. ¿Quién es Jane? ¿Una paciente? No entiende nada en absoluto. Vuelve a meterse en la cocina en cuanto vislumbra la sombra de David. Desciende las escaleras con la misma torpeza con que las ha subido y, en lugar de salir por la puerta principal, continúa descendiendo hasta el sótano. La falta de control sobre sus emociones agudiza una torpeza poco habitual en él. Aina trata de traducir cada sonido atenuado que le llega, deduce que algo metálico se le ha escapado de las manos a David por el sonido que hace al estrellarse contra el suelo. Aina lo asocia con una llave, pero en realidad se trata de un bisturí. Poco tiempo después, David abandona la vivienda sin despedirse de ella. Su mirada negra y hueca se le clava a Aina como el picotazo de un cuervo en sus ojos. Se queda perpleja por la extraña actuación hasta que reemprende la búsqueda de un vuelo. Hay uno que sale a las diez de la noche desde Londres. El recuerdo de la chica entrando en casa de Héctor le impulsa a darle al botón de comprar. Tiene poco más de una hora de camino, pedirá un taxi para que la recoja a las ocho de la tarde. Le costará un ojo de la cara, pero necesita sentirse a salvo en todo momento. Quién sabe lo que podría ocurrirle si se decide a ir sola hasta la estación de autobuses. Todavía le quedan muchas horas por delante, pero la ansiedad le impide quedarse quieta, así que se ocupa en recoger sus cosas, metiéndolas en la maleta. Cuando termina con todo, las tripas le avisan de que es hora de comer. Se prepara en el horno una pizza congelada que acaba quemándose debido al tiempo que ha dedicado a vigilar la casa de Héctor. La tarde se le hace tediosa, los minutos transcurren con una lentitud áspera. Enciende la

televisión, pero tampoco le presta atención. Sus ojos deambulan en un espacio corto y angustioso entre la calle y el reloj de pared.

Son casi las ocho, el taxi estará al caer. La impaciencia le arde por dentro y nota cómo se anida en el pecho un incendio que relaciona rápidamente con un ataque de ansiedad.

—Ahora no... No puedo perder la cabeza —se repite.

Le falta el aire. Todo se nubla, sus pulmones se colapsan. Abre la ventana para que se cuele el oxígeno que le falta. Ahora no, ahora no, ahora no. De pronto el salón le parece diminuto y asfixiante. «No puedes perder la cabeza, Aina». Se estira el cuello de la sudadera, que siente como una soga alrededor de su garganta. La brisa gélida va apaciguando el incendio que le bulle dentro. Sus pulmones ceden y le permiten la entrada de aire. La boca, completamente árida, vuelve a humedecerse de saliva. Ha sido tan solo un aviso de su cuerpo. Una ráfaga de viento furiosa se cuela en la casa de los Paige, provocando que una puerta se cierre con contundencia de golpe. El susto le hace levantarse del sofá de un salto y cerrar la ventana. Está segura de que el estruendo ha venido del sótano, de ahí donde nunca ha bajado porque le interesa poco la bodega en la que David guarda todo tipo de vino. Pero un presentimiento la incita a bajar. Desciende la escalera con pasos cautos como si sintiera que no está sola, nota el latido del corazón en la mismísima garganta. La puerta de la bodega está cerrada, pero la curiosidad la conduce a virar el pomo. El desasosiego ha provocado que David olvide cerrarla con llave. La mezcla de aromas se hace evidente aun sin llegar a entrar. Enciende el interruptor y un despliegue de botellas de vino se abre ante sus ojos. Habrá cientos de ellas. Al fondo de la estancia, le sorprende encontrar una pequeña mesa con un ordenador portátil. No sabe por qué está haciendo eso, pero sin vacilar se sienta frente a la pantalla y aprieta la tecla *enter* del teclado. La pantalla se ilumina exhibiendo el escritorio del dispositivo, que tan solo tiene una carpeta titulada con tres puntos seguidos. La abre. Aparecen cientos de archivos de vídeo nombrados como: sesión 1, sesión 2, sesión 3... Y así sucesivamente. Hace doble clic en la última, la más reciente. Aparece un niño sentado en una butaca, parece estar asustado. De la cabeza le cuelgan diversos cables y observa con atención la pantalla de un proyector. El niño le resulta familiar, pero ahora mismo no rescata de la memoria su identidad. Transcurren unos minutos en los que nada ocurre, el niño está concentrado en lo que ve, pero frota sus piernas mojadas. Aina deduce que se ha hecho pis encima. Avanza el vídeo, que dura cuarenta y tres

minutos. Llega a un punto en que la cara del niño experimenta un cambio de iluminación, parece que el proyector al que miraba está apagado. Aina deja de avanzar y se detiene a mirar esa parte. Reconoce la voz de David. Le hace preguntas extrañas. Operaciones matemáticas que el niño resuelve con soltura. Muestra el resultado con la ayuda de unos cubos. ¿Será mudo? Llega una pregunta en la que el niño parece dudar, se muerde el labio, las piernas le tiemblan de forma involuntaria. No se la sabe. Una descarga eléctrica lo sacude en la butaca. Aina suelta un grito y se separa del ordenador, como si por el simple hecho de mirar fuera cómplice de su dolor. Entonces el niño mira a la cámara. El profundo verdor de sus ojos le agujerea el pecho, tiene una mirada punzante, recóndita. Los pensamientos de Aina cabalgan para ofrecerle la escena exacta que le haga recordarlo. Asiente con la cabeza, afirmándose a ella misma lo evidente. Sí, sí, exacto, es él. Es el niño que sonreía junto a Héctor y una mujer. Entonces no está en España con su padre, sino que está junto a David Paige pasando un calvario.

Retrocede hacia un lateral de la bodega hasta golpear su espalda contra un armario. El sonido de un claxon le recuerda que ha contratado un taxi, que en breve estará volando a España y se olvidará de esta historia. Un sentimiento de culpabilidad le corroe. ¿Sería capaz de abandonar Inglaterra sin decirle a nadie que hay un niño en peligro? Antes de salir de allí, ojea la bodega una última vez. Todo lo demás son botellas de vino, excepto el ordenador y el armario que tiene justo detrás. Lo abre por inercia. Ahora sí que no trata de frenar el grito. Montonones de caramelos naranjas se amontonan unos encima de otros en la balda central. En el resto de baldas se extienden pequeñas zapatillas de *ballet*, todas iguales y del mismo número. Debajo del todo hay un cajón, se arrodilla para abrirlo y encuentra las fotografías que echaba en falta de su bolso. No puede creerlo. David Paige es quien borró su historial, le quitó las fotos y la amenazó para que dejara de investigar los asesinatos que él mismo había cometido. Abandona la bodega a zancadas, asciende las escaleras. Tropieza con sus propios pies y se golpea la barbilla contra un escalón. Se lleva la mano a la zona golpeada como acto reflejo y el tacto se tiñe de rojo brillante. Sale golpeándose con todo lo que encuentra. El taxista que esperaba impaciente fuera del coche se queda con el cigarro a medio camino de la boca cuando la ve salir despavorida. Ella ni se percata de su presencia, cruza la calle sin detenerse a mirar si viene algún vehículo. Se lanza a la puerta de Héctor y la golpea con insistencia a

la vez que grita una retahíla de frases inconexas e indescifrables. El taxista piensa que está loca, enciende el motor del vehículo y se marcha.

Capítulo 50

Birmingham, 1986

NO ENTIENDO por qué sigo sintiéndome vacío después de lo que ha ocurrido. Acabo de salvar a mamá y a Steve de las garras de la bestia, sin embargo, el deseo de matar todavía no se ha esfumado de mi cuerpo. Pensaba que cuando el plan funcionara, cuando Arthur estuviera en la cárcel, yo recuperaría mi bondad. Pero no ha sido así. Las pesadillas de Jane siguen atormentándome cada noche y cuando me despierto necesito matar a alguien más para sentirme bien.

Se me dibuja una sonrisa malvada cuando pienso en la cara que se le ha quedado a Arthur al comprobar que su frágil y estúpido hijo le ha tendido una trampa. Ahora estará lamentándose por haberme subestimado. La primera vez que lo hice fue con Jack Williams. Me temblaban las piernas con solo imaginarlo porque él era bastante más fornido que yo. Le engañé para que fuera a Salford Park por la noche. Sabía que estaba colado por Sophie, una de las animadoras del equipo, y le conté que ella sentía lo mismo y que quería verlo esa noche junto al embalse. Al principio se negaba a ir, si sus padres le pillaban saliendo de casa de noche, le castigarían hasta la mayoría de edad. Y, aunque no lo dijo, también estaba acojonado por lo de Jane. Al final, lo convencí y apareció. Yo llevaba un rato allí, escuchando en mi cabeza la voz asesina de Arthur: «Eres un inútil. Tienes que ser mejor que Jack Williams, pero no te esfuerzas lo suficiente. No tienes talento. Inútil. Inútil». Cuando Jack llegó, yo ya me había convencido de que lo odiaba a muerte. De repente vi el rostro cadavérico de Jane y una fuerza abominable se apoderó de mi enclenque cuerpo. Me lancé sobre Jack como un auténtico animal. No le dio tiempo a reaccionar, le sumergí la cabeza debajo del agua hasta que lo vi convulsionar. Después lo preparé todo tal y como había visto hacer a Arthur con Jane. Cuando el cadáver apareció, Arthur se puso pálido. Pensó que alguien más había visto cómo mataba a Jane y ahora estaba

recreando el asesinato para atormentarle. En parte era cierto, pero ni siquiera barajó la posibilidad de que fuera el debilucho de su hijo. Eso todavía me enfureció más. El siguiente fue Robert, competíamos por el concurso anual de ciencias. Era un buen candidato para morir. La bestia también me había torturado con él para que le arrebatara el premio. Le convencí de la misma manera que a Jack. Todos estaban enamorados de la repelente de Sophie, menos yo. Yo estoy enamorado de Jane. Robert era cuatro años mayor que yo, pero la voz de Arthur en mi cabeza hizo su efecto. Una descomunal y salvaje fuerza me dominó y conseguí ahogarlo, aunque es cierto que me costó más trabajo. Pero la muerte de Robert tampoco consiguió enloquecer al maldito Arthur. Tenía que dar el golpe definitivo y ese fue el día que sacrifiqué a Elizabeth. Esa fue la más fácil de convencer, sabía que le gustaban los temas esotéricos. Era la típica friki que se moría por jugar a la *ouija* y hablar con los muertos. Le propuse ir al lugar donde habían asesinado a tres niños de madrugada. Queríamos comprobar si sus espíritus vagaban por allí. Mi casa estaba muy cerca de Salford Park, pero la policía era idiota y nunca sospechó del alcalde. Estaban vigilando el lugar, así que debía idear un plan para alejar a la policía de Salford Park y convocar allí a Arthur. Le di todos los ahorros de mi hucha a un mendigo adicto al *crack* para que llamara desde una cabina a la bestia y dijera lo siguiente:

«Te vi matar a Jane Johnson. Esta noche a las dos y cuarto de la madrugada en el mismo sitio de su muerte y te diré lo que quiero a cambio de mi silencio».

Elegí el miércoles porque era el día que Arthur dormía en un hotel con su amante. Antes de salir de casa subí a su despacho, que estaba en la buhardilla de la casa, y dejé una vela prendiendo un libro de la estantería. Salí corriendo de casa y, en la primera cabina que encontré, llamé a la policía para avisar del incendio. Escuché sirenas por toda la ciudad mientras me dirigía a Salford Park. Quedaban diez minutos para que llegara Arthur y vi aparecer a Elizabeth. No necesité las voces de Arthur como las otras veces. Me esperaba inquieta, temblorosa, atemorizada. No me vio cuando llegué por detrás y la empujé con extrema violencia. Le sumergí la cabeza en el agua como hice con los otros dos. La dejé así. Con el cuerpo mirando a la tierra y su rostro enterrado en el agua. Cuando llegó Arthur y me vio sonriente al lado del cuerpo, el rostro se le hizo gris como la ceniza. Su voz sonó como una flema viscosa:

—Tú, tú... No puedo creerlo. ¿Qué has hecho? —musitó

abalanzándose sobre el cuerpo de Elizabeth.

Tiró de las piernas para sacarla del agua, por si aún le quedara un atisbo de vida. Entonces escuchamos a un policía que le gritaba que pusiera las manos en la cabeza. Yo interpreté el papel de mi vida, lloré, corrí y hasta me hice pis encima. El resto de la historia ya la conocéis.

Capítulo 51

Birmingham, 2020

LOS LLANTOS DE HÉCTOR brincan en el interior del Galloper Exceed, que va soltando nubes de humo como si tosiera, ahogado por la velocidad que le exige el conductor. Aina agarra con una mano el asidero del techo y con la otra acaba de pegar la gasa adhesiva en su barbilla. Se mira en el espejo retrovisor, el apósito que acaba de ponerse para frenar la hemorragia ya está tiñéndose de rojo. Lanza una mirada de soslayo a Héctor, que lagrimea como un niño pequeño. No sabe qué decir ni cómo consolarlo, nunca lo había imaginado así: tan endeble, tan humano.

—Entonces, pensabais que David, o Mark, o como se llame, ignoraba cómo era Dorian físicamente, ¿no?

Héctor se seca las lágrimas con la manga de la sudadera sin apartar ni un segundo la vista de la carretera.

—Eso creímos, sí. Llevábamos bastante tiempo siendo vecinos. Precisamente me mudé a esa casa porque pensé que, si era la persona que imaginábamos, se fijaría en Dorian. Incluso lo escolarizamos en el mismo colegio que Kyle y Darcy para que destacara entre el resto. Era nuestro cebo. Pero nunca dio muestras de tener el menor interés y después de lo de Nekane yo no debí de percibir las señales... No me di cuenta. Le he fallado. He fallado a Dorian. —Los ojos volvieron a inundarse de lágrimas, la carretera se convertía en un borrón difuso.

Héctor le había estado contando pinceladas de la historia a Aina durante todo el trayecto, así como el parentesco que le unía a esas dos mujeres que, por idénticas, pensó que se trataba de una sola. El nivel de ansiedad es tan alto que en su mente todo es inconexo y confuso. No alcanza a entender ciertos detalles.

—Pero, ¿cómo supo Dorian quién era Steve?

En la parte de atrás del coche, Marta se revuelve incómoda. No está preparada para enfrentarse de nuevo al doloroso pasado.

—Dorian es la persona más brillante que he conocido —se dispone a narrar la historia de Pandora y Marta, y de qué manera fue Dorian determinante en ella. No obstante, opta por omitirla, no hay tiempo de entrar en tantos detalles, de hurgar en otras heridas—. Es inteligente, pero además tiene un sexto sentido que resulta inconcebible. Imagino que vio algo en sus ojos que los demás pasamos por alto. —Echa un vistazo a Marta desde el espejo retrovisor. Las lágrimas le resbalan silenciosas—. Dorian parecía estar ausente gran parte del tiempo, pero qué va, estaba concentrado analizando su alrededor. Debió de escuchar alguna conversación, leer algún mensaje y, a partir de ahí, magia. Agudizó todos sus sentidos, indagó hasta dar con la historia de los MacCarthy. Encontré un cuaderno en el que había pegado una nota un tanto inquietante. No era su letra y estaba firmada con las siglas S.M. Ahora sé que pertenecían a Steve MacCarthy. ¿Cómo la consiguió? No tengo ni idea. Nunca supimos cómo lo hizo, y te aseguro que no lo sabremos. Dorian optó por guardar silencio sobre lo que ocurrió aquel día y, cuando se lo propone, es más fácil arrancarle la cabeza que hacerle hablar.

Conmovido por la nostalgia, sonríe. El dolor de cabeza de Aina se intensifica por la ebullición de sus pensamientos.

—Pero, hay cosas que no entiendo. Si sabías que David era un asesino ¿por qué no fuiste a la policía? ¿Por qué esperar dos años?

—No teníamos ni una sola prueba en su contra. Tan solo conjeturas que formamos a raíz de la historia de un niño en tratamiento psiquiátrico. No nos habrían tomado en cuenta. Solo habríamos conseguido que Mark se fijara en nosotros y todo habría terminado. Teníamos que pillarlo cometiendo errores.

El apósito está completamente empapado de sangre, pero Aina no presta atención a su corte. En la mente se amontonan millones de preguntas que se empujan unas a otras para salir.

—¿Sabías que mataría a Ava y a Kyle? —inquiere con un tono de reproche.

Héctor vacila en la respuesta.

—¡No puedo creerlo! ¡Sois todos unos hijos de puta! ¡Quiero bajar! ¡Para el puto coche!

Héctor hace todo lo contrario y acelera cada vez más. Va adelantando a todos los vehículos que encuentra, están a punto de entrar en Birmingham. Aina grita, patalea e incluso golpea los brazos de Héctor con violencia.

—Aina, —la mira a los ojos una milésima de segundo para calar

dentro de ella—, no lo sabía. Aunque quisiera, no estoy dentro de su cabeza. No podía anticipar todos sus pasos, tan solo esperar a que hiciera algo.

—¡Mientes! ¡Las fotos! ¡¿De dónde sacasteis las fotos de los niños?!

—Eso fue después de lo de Ava y Kyle. Habían operado a mi sobrina Keila de apendicitis y mi cuñado Malik se quedó la segunda noche para cuidar de ella. Vio a David entrando esa misma tarde en el hospital, con su hijo todavía caliente. ¿Qué cojones hacía aquel tipo por allí, en lugar de estar con su mujer en el tanatorio? Malik es muy temperamental, no sé cómo no le partió la cara allí mismo. Estábamos convencidos de que había sido él. Le siguió por los pasillos del hospital y comprobó que su fugaz visita terminaba en los vestuarios de personal, pues entró en ellos y acto seguido abandonó el hospital. A Malik le comía por dentro la idea de no haber salvado a los niños, así que se las ingenió para colarse de madrugada en los vestuarios de personal. Tiene habilidad para abrir taquillas y puertas sin necesidad de una llave... No sabía lo que encontraría en la del doctor Paige, y al final el descubrimiento fue mucho más grande de lo que esperábamos. Las guardaba tras una pared falsa que tenía su taquilla. Había ido hasta allí para ocultar sus últimos dos triunfos, es un puto narcisista que tiene que dejar constancia de todo lo que hace. Fue ahí cuando conocimos todos los asesinatos que había cometido, aunque estamos casi convencidos de que no es el autor de todos ellos. Steve debió de hacer el trabajo sucio más de una vez. En cuanto a las letras que había en el reverso de las imágenes, las trazamos nosotros. Mark y Steve titulaban los asesinatos como «la noche de los inocentes». Añadimos el adjetivo «perfecto» por si las encontraba, o tú misma, asustada, se las mostrabas. Queríamos que viera que sabíamos el móvil de sus asesinatos.

A Aina no le da tiempo a decir nada más. Las ruedas del coche chirrían al derrapar frente al embalse de Salford Park. Son las diez de la noche y la oscuridad devora las calles. La mayoría de los ingleses a esas horas ya se refugian en sus camas. El viento choca contra las ramas secas y desnudas de los sauces, haciéndolas crujir como si emitieran quejidos. A ellos se unen los pasos planos de Héctor, Aina y Marta, que suenan densos al impactar con la tierra húmeda de la noche. Cruzan corriendo la espesura del bosque hasta que vislumbran las aguas del embalse. La niebla les oculta la presencia de dos personas.

—Os estábamos esperando —anuncia una voz oscura—. ¿A que sí,

Dorian?

Mark MacCarthy sostiene a Dorian, ayudándose de la afilada punta de un bisturí que besa la fina piel de su cuello. Con la otra mano empuña una pistola en dirección a Héctor Izquierdo. Tiene una sonrisa diabólica dibujada en el rostro. Sin embargo, Dorian no experimenta ni un ápice de emoción al verlos. Se muestra hierático, como si lo que está ocurriendo le importara un comino. Ha asumido su destino con una templanza perturbadora, solo la muerte podrá salvarle de su cabeza.

—¡Suéltalo, MacCarthy! La policía está de camino, no tienes escapatoria. Otro homicidio más solo empeorará las cosas. —Héctor trata de sonar convincente.

La carcajada sarcástica que emite David hace que Dorian cierre los ojos. No lo soporta, su risa es vomitiva.

—Estoy acabado igualmente. Prefiero estar en prisión sabiendo que he hecho justicia por la muerte de Steve.

Marta no contiene la emoción y su lamento descontrolado todavía llena más de gozo a Mark.

—No llorabas tanto cuando te follabas a mi hermano, perra.

Aina rodea el cuello de Marta con el brazo y la empuja hacia ella para refugiarla. Héctor intenta desmoronarlo utilizando la táctica de la provocación.

—Venga ya, Mark. ¿A quién quieres engañar? Tú no quieres matarlo por lo de Steve, eso te importó una mierda. Es tu ego el que se muere por hacerlo, no soportas que Dorian sea mejor que tú. —Da un paso al frente para acortar distancias.

—¡Si das un paso más, primero te disparo y luego le rebano el cuello a este mierda! ¿Estamos?

La rabia se apodera del rostro de Mark, Héctor sabe que está surtiendo efecto.

—Para ser mejor que yo ha resultado ser un estúpido —continúa Mark acelerando el ritmo—. ¿Qué creíais? ¿Que no sabía quiénes erais cuando llegasteis a Hertford? Ha sido un placer para mí jugar con vosotros. Un año dediqué a ignoraros por completo y he de reconocer que se me hizo largo. Pero tu mujercita me lo puso tan fácil...

Los puños de Héctor se cierran con rabia, no está dispuesto a escuchar ni una palabra de Nekane saliendo de la boca de semejante ser. Aina lo agarra rápidamente de la muñeca y con el calor de su tacto parece volver a la realidad. Es él quien tiene que desestabilizar a Mark, no al revés.

—El día que murió, yo estaba allí entre vosotros, pero el dolor os cegó por completo. ¿Recordáis las tilas que os prepararon? Pues mi compañera Anna fue la que se ofreció a llevároslas y conversar con vosotros en calidad de psiquiatra. Conoces bien a Anna, ¿verdad? —Aprieta aún más el bisturí, clavándoselo a Dorian en la piel. A pesar de ello, no muestra dolor, su rostro pétreo no le concede ese placer a Mark—. Pues fue ella quien suministró fenciclidina en el vaso de Dorian. Una droga que le provocó, poco tiempo después, un brote psicótico, obligándonos a reducirlo e ingresarlo en el hospital. Se fue a casa con la condición de continuar la terapia una vez a la semana. Y en cada sesión, un nuevo chute que le hacía enloquecer. Hasta que su papaíto decidió, siguiendo los consejos de una eminencia en el campo de la psiquiatría, internarlo. Así de sencillo fue tenerlo a mi alcance. ¡Ya podía estudiar el cerebro de este monstruo! —Levanta la pistola y le golpea con saña. Dorian suelta un grito desgarrador, la cara se le empapa de sangre que le nace de la cabeza.

Héctor da dos zancadas hasta que la pistola de Mark vuelve a apuntarle al pecho. Está a tan solo un metro y medio de distancia, casi le llega la fragancia de Dorian. ¿O son imaginaciones suyas?

El nudo que siente Héctor al ver sangrar a Dorian es tan considerable que tiene que concentrarse para no vomitar.

—Piensa en Darcy, David. —La voz de Aina resulta en una especie de susurro, pero es lo suficiente firme para hacerse escuchar—. Ya le has hecho bastante daño arrebatándole a su hermano Kyle, ¿no crees? Deja libre a Dorian, haz que las cosas terminen bien, al menos.

—¡Yo no maté a mi hijo! ¡Fue Mark! ¡Él lo hizo! —farfulla llenándose la boca de baba.

Se forma un silencio de desconcierto que solo se atreve a interrumpir Héctor.

—Ya lo entiendo. Ya entiendo por qué siendo la misma persona la escenografía de los asesinatos es distinta. Te has creído tu propia mentira... Mark MacCarthy asesina dejando la firma de su padre: los caramelos, las zapatillas de *ballet*; sin embargo, cuando se convierte en David Paige opta por extirparles el cerebro. Le enseñaste a tu hermano la técnica, ampliando así la posibilidad de cumplir tu cometido en un cerco más grande y en un tiempo más rápido. A Ava también pretendías asesinarla así, ¿verdad? Al estilo de David, pero no esperabas que Kyle estuviera en el momento equivocado. David Paige no podía matar a su propio hijo, pero Mark sí. Así que decidiste cambiar la escena, dejando el caramelo en la boca y las zapatillas,

creyendo ser alguien distinto. Te has exculpado de la muerte de tu hijo para poder tener la conciencia más tranquila, pero eres la misma persona, eres el mismo monstruo. ¡Mataste a tu hijo! ¡Tú mataste a Kyle!

El rostro de David va enrojeciéndose por momentos, le tiembla la mano con la que sostiene la pistola. Está perdiendo el control. El bisturí cada vez está más hundido en la piel de Dorian, pero la sangre de la cabeza lo ha empapado todo y ya no se sabe si emana de un lugar o de otro.

—Eres un mierda, Mark MacCarthy. Sigues siendo el mismo niño inútil al que su padre ninguneaba. ¿Sabes qué te pasó? Que desarrollaste la misma patología que Arthur: el síndrome del perfeccionista. Eres igual que él, aunque te hayas empeñado en evitarlo. Descubriste un placer oculto al matar a Jack, Robert y Elizabeth, y ya no pudiste parar. Continuaste asesinando a todos los niños con los que tu padre te habría comparado. Todos los que tienen un coeficiente intelectual superior al tuyo o que destacaban en campos que tú no dominas. Eres listo, pero no eres el más inteligente, y eso te jode. Supiste de la existencia de Dorian cuando la prensa se hizo eco de su labor en la investigación que llevé a cabo. Ahí fue cuando Steve se acercó a Marta.

—¡No se te ocurra nombrar a mi hermano, maldito capullo! No pienso escucharos más. —Hunde despacio el bisturí en el cuello, empapando la hoja de un rojo reluciente.

Aina cierra los ojos, no puede verlo. No se atreve a ver cómo muere un niño.

—¡Yo lo maté! ¡Yo maté a Steve!

El grito de Marta hace que la mano de Mark se detenga durante un instante. Héctor la conoce bien, ve en sus ojos empapados que no está mintiendo. Las lágrimas de Dorian se deslizan mezclándose con la sangre.

—Una semana antes de matarlo, me quedé a dormir en casa de Esteban, aunque no dormí en toda la noche porque yo vivía en un estado de alerta continua. La vida me ha hecho desconfiar de todos los hombres, por más buenos y atentos que fueran. Me levanté de la cama mientras él dormía. Fui al salón y fisgoneé en todos los cajones. Era una forma de autoboicotearme, no estaba acostumbrada a que las cosas me salieran bien. Algo tenía que esconder, algo malo. No encontré nada y volví a la cama, pero no sé por qué aquel día no encontraba la paz. Era la primera vez que tenía sexo consentido en mi

vida y, aun así, me sentía ultrajada. Abrí la mesilla de noche que tenía al lado, Esteban se revolvió en la cama y me asusté, pero continuó dormido. Descubrí que tenía un diario y lo leí entero, estando él a mi lado. Escribía cosas raras y era muy religioso, nunca me lo había dicho. En la última página encontré una nota muy extraña. Hablaba de una especie de cometido, al voltearla había muchos nombres, entre ellos, Dorian Hume. Me asusté y le hice una foto con mi móvil, tanto a la nota como al listado de nombres. Al día siguiente, las imprimí y se las enseñé a Dorian. «Cariño, ¿por qué tú nombre está aquí?», le dije. Se encogió de hombros, no lo sabía. —Los ojos de Dorian están encharcados de lágrimas. Al fin sale a luz lo que ha silenciado por proteger a Marta—. Le di las dos notas para que lo pensara y Dorian investigó los otros nombres. El día que maté a Esteban, Dorian se sentó conmigo en el balancín del jardín. Le pregunté por el tema. «Cariño, ¿ya sabes por qué tu nombre estaba en la nota?». Me miró en silencio y asintió con la cabeza. «Porque quiere matarme», me dijo. En ese momento llegó Esteban, se sentó a mi lado y yo... Yo llevaba siempre un puñal encima, vivía en un miedo constante. Me habían hecho tanto daño en esta vida que no podía permitir más dolor. No me lo pensé, le hundí el puñal sin que él lo esperara, con toda la rabia que pude. Cuando todos llegaron vieron a Dorian con el puñal en la mano y pensaron que había sido él. Dorian me protegió con su silencio porque sabía que a él no le pasaría nada por ser un niño. Pero fui yo. ¡Yo le hundí el puñal y volvería a hacerlo!

Mark MacCarthy lanza un grito atronador. Aina mira al cielo antes de cerrar con fuerza los ojos. Allí debería estar ella, en el interior de un avión sobrevolando las nubes y no frente a un asesino en serie. Lo último que escucha es el estallido de un disparo.

Capítulo 52

Birmingham, 2020

LLEVAN UN LARGO RATO sentados uno frente al otro. Héctor Izquierdo ha narrado con exhaustivo detalle cada parte de la historia. Pamela Russel le escucha con atención, pero en ciertos momentos despega sus ojos de él para dirigirlos a sus propias manos.

—¿Puedo irme ya con mi hijo, por favor? Estará muy asustado.

—Enseguida, pero todavía hay algunas cosas que aclarar.

Héctor respira con exasperación. Cuando dos años de tensión terminan de golpe, el cuerpo solo pide que le dejen desfallecer. Pam se identifica con la mirada ansiosa del hombre que tiene delante. Se lleva las manos al vientre, ella también quiere saber cómo está su hijo.

—¿Eran conscientes del peligro al que exponían a... —observa las notas que tiene escritas en la libreta— Aina?

—Sí. Y no me lo voy a perdonar jamás. —Levanta la mirada, las lágrimas claman por salir—. Pero queríamos asustar a Mark, le habíamos arrebatado las fotos de sus asesinatos, sus triunfos más preciados, y se las hicimos llegar a alguien cercano para que su entorno comenzara a sospechar. Queríamos que se cagara de miedo, volverle loco.

—Fue una inconsciencia muy grande por su parte. Utilizaron la vida de una persona como cebo, la pusieron en peligro.

—Ya le he dicho que me arrepiento, pero usted conoce bien las estrategias que utilizamos a veces para frenar a un asesino. No siempre son éticas.

Pam vuelve a mirarse las manos, las mismas con las que ha matado de un tiro certero a Mark MacCarthy. Es cierto, la moralidad y la justicia no siempre van unidas.

—¿Puedo irme?

—Paciencia, Izquierdo. Explíquenos —dice señalando al cristal tras el que se encuentran Spencer y el *sheriff*— cómo consiguieron el hueso

de Jane Johnson.

—Sabíamos que Jane era el único asesinato que no había cometido y, a juzgar por sus posteriores actos, el que le había traumatizado hasta el nivel de convertirse en un asesino en serie. Visitamos al padre de Jane, nos recibió con gusto cuando le explicamos que estábamos investigando las muertes de Ava y Kyle. Ambos fallecidos en circunstancias idénticas a su hija. Estaba muy afligido, llevaba más de treinta años tratando de asimilar que su amigo Arthur había matado a su hija, sin embargo, tras los últimos hechos estaba confuso, desesperado. Había encontrado la paz con el suicidio de Arthur, pero ahora el odio había que depositarlo sobre otro individuo. Le confirmamos que Arthur sí había matado a Jane y eso pareció calmarlo de nuevo. Volver atrás en el duelo y abrir viejas heridas puede llegar a ser tormentoso. Nos habló durante horas de Jane, de lo inteligente y buena que era, y de la magnífica relación que tenía con Mark MacCarthy. Íbamos en busca de su punto débil y lo encontramos. Le contamos que estábamos tras la pista de Mark, que podría ser él quien estuviera detrás de los recientes homicidios. «¿Qué queréis de mí?». Más que una pregunta fue un ofrecimiento, entendimos que estaba dispuesto a todo. Era un padre tranquilo porque se había hecho justicia por Jane, y ahora quería ayudar a que otros padres pudiesen vivir, dentro del dolor, con la misma paz. Era gran amigo del sepulturero, así que no tuvimos problema para acceder de noche al cementerio de Birmingham. Johnson no estuvo presente. Era demasiado doloroso para él ver a su hija, pero le aseguramos que trataríamos los restos con todo el respeto del mundo. Le dimos las gracias a la pequeña Jane, ella nos iba a ayudar a destruir a Mark MacCarthy. Esa noche volví a Hertford con un Galloper Exceed de segunda mano que había adquirido. Era el mismo modelo de coche que MacCarthy alquiló en 2008 en Massachussets cuando asesinó a Abey Harrison. Fue la única pista que tuvieron sobre el asesino, así que me planté con el mismo modelo para seguir provocándole. El pasado más oscuro tocaba de nuevo a su puerta.

Pam no contuvo la sorpresa en su rostro, estaba absolutamente impresionada. Le costó encontrar las palabras para formular la última pregunta.

—George Potter. Háble me de él. ¿Cómo consiguió Malik Hasfura su uniforme de trabajo?

—Como ya habrá deducido, recurrimos a las flaquezas de las personas para conseguir lo que queríamos. George Potter era un pobre

diablo que creyó que la muerte de Ava era por un ajuste de cuentas. Nos acercamos a él de la misma forma que a Johnson, ofreciéndole justicia a cambio de su ayuda. La única diferencia es que no le hablamos de Mark MacCarthy, sino que le alentamos a creer su versión de los hechos. Le prometimos hacer caer a Céline Dubois, pero para ello necesitábamos colarnos en su despacho del conservatorio. Malik se ofrecía a hacerse pasar por técnico, pero necesitábamos el uniforme de su empresa. Así fue como lo conseguimos. No pensamos que acabaría suicidándose. Murió creyendo que era culpable indirecto de la muerte de su hija, pero no era cierto. Mark había estado estudiando los pasos de John Grey. Sabía que aquel día se dirigiría a Birmingham a realizar uno de sus encargos, por lo que aparecería en las grabaciones de una gasolinera. Lo siguiente ya lo sabe, inspectora. Yo mismo le envié al correo las fotos de Mark entrando en casa de John Grey. ¿Puedo irme?

Pam está aturdida y, a la vez, satisfecha de saber la verdad. Asiente con la cabeza en silencio. Héctor se dispone a salir de la sala cuando escucha de nuevo la voz de la inspectora.

—Espere, Izquierdo.

Se voltea para mirarla, sigue sentada en la silla. Tiene una expresión nueva en su rostro que no logra descifrar.

—Me encantaría trabajar con usted, formando parte de mi brigada.

Epílogo

2039

MI NOMBRE ES DORIAN HUME y hoy cumplo treinta años. Tengo el teléfono lleno de felicitaciones, estoy feliz de tener tanta gente que me aprecia y quiere. La verdad es que no lo entiendo, pues soy un tío bastante raro, callado y maniático. A veces, incluso puedo resultar algo pedante. No lo hago a propósito, simplemente me sale. Vivo solo en un ático en el mismo centro de Madrid, si eres claustrofóbico y odias el ascensor, tendrás que subir quinientos setenta y siete escalones para verme. A ratos me apetece vivir con alguien, pero se me pasa enseguida cuando recuerdo lo mucho que me gusta estar solo. Además, no creo que exista alguien con tanta paciencia como para aguantarme. No he parado de quejarme todavía, lo sé. Pura cultura de la queja, amigos. En realidad, mi vida no está nada mal. Soy el director del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), aunque no suelo decirlo cuando me presentan a alguien. Todos me dicen que debería vivir en una casa en las afueras, con escoltas y guardaespaldas todo el día pegados a mí. He estado al borde de la muerte infinitas veces, hace años que le perdí el miedo. Prefiero seguir aparentando normalidad, vivir en mi apartamento de siempre, con mis cosas de siempre. Seguir fingiendo que soy un tipo... normal.

Es curioso que el mismo día de mi cumpleaños Céline Dubois salga de prisión habiendo cumplido su condena. En cuanto a John Grey, ya hace un par de años que se encuentra en libertad. No es que a mí me importe mucho la vida de estos dos, bastante tengo con los asuntos de Estado. Sin embargo, a mi padre le encanta mantenerme al día acerca de las batallitas que se suceden en Birmingham. Hace mucho tiempo que yo dejé todo eso atrás, arrinconado en el baúl del olvido. Recibo una llamada de mis hermanas, son gemelas y tienen doce años. Las oigo discutir sobre cuál de las dos ha dicho primero felicidades. Suelto una carcajada, las quiero, las quiero a morir. Os preguntaréis quién es

la madre. Una mujer valiente que supo entender y perdonar los errores de mi padre, se llama Aina y ya la conocéis.

Cuando termina la llamada de mis hermanas, escucho una voz detrás de mí.

—*Excuse me.* —Una chica joven, rubia y de profundos ojos azules trata de buscar las palabras en español—. *Disculpe,* señor Hume.

Tendríais que verla, debe de tener al menos diez años menos que yo, pero es preciosa. Miro al suelo, no consigo sostenerle la mirada. Me pongo nervioso al ver que no consigo estarme quieto, estoy dando unos saltitos ridículos frente a una chica guapa. Para, Dorian. Eres un tío serio.

—Perdone que le *interumpa*...

Ha hecho una *r* suave en lugar de fuerte. Quiero rectificarla. Cállate, Dorian. ¿No ves que la chica no es de aquí?

—No me interrumpe —digo, pronunciando la *r* superfuerte. Qué gilipollas eres, macho.

—Mi nombre es Lauren Russel, soy la hija de Pamela.

Ahora sí la miro a los ojos. Ella estuvo el día en el que casi me mata Mark MacCarthy. Ella también peleaba por vivir en el interior de la mujer que me salvó la vida. Me emociono. Sí, estoy emocionado, aunque en mi cara no se refleje.

—Verá... Soy escritora y me encantaría dejar constancia de su historia. Si usted me deja, claro.

—Te ha mandado mi padre, ¿a que sí?

Se ruboriza y baja la mirada. Eso es un sí. Hablo antes de que responda.

—Vayamos a tomar un café y me cuenta su idea.

Sobre la autora

Laura Ventura Burdeus
(Octubre de 1994, Castellón)

Soy maestra de Educación Infantil en posición de interina, por lo que soy un tanto nómada. Cuando lo necesito también soy escritora. Mis hijos literarios son tres: *Alma Inmarcesible*, un poemario nacido del desgarro personal y su consiguiente sanación; y la bilogía formada por *En los ojos de Dorian* y *La noche de los perfectos inocentes.*
Sigo creyendo, con la inocencia con la que devoraba libros de niña, que la literatura es capaz de cambiar el mundo.
Si quieres descubrir un poco más de mí (por cierto, nunca dejes de descubrir cosas), puedes hacerlo en:

Instagram: @laura_vb16
Twitter: @estonosonruinas

YouTube: Laura Ventura